



# EL LADRÓN DE CARTAS

ROGELIO ARONNA

Lectulandia

Paulino Chain tenía una única obsesión, robar cartas en los buzones, hasta que un día descubre que una de las cartas resulta una seria amenaza para la destinataria. Impedido de recurrir a la policía decide iniciar la investigación por su cuenta. A partir de allí se implica en una pesquisa que lo llevará a vivir las peripecias más insólitas e insospechadas.

**Lectulandia**

Rogelio Aronna

# **El ladrón de cartas**

ePub r1.0

Titivillus 22.03.2019

Título original: *El ladrón de cartas*  
Rogelio Aronna, 2018

Editor digital: Titivillus  
ePub base r2.0

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

«Dedicado a mi querido nieto Alessandro»

# UNO

---

Paulino Chain salió de su departamento apresuradamente. Esa noche tenía una importante tarea por delante. Se lo había propuesto desde el momento que había leído la última carta que había robado. El sobre en cuestión ponía en letra cursiva con tinta azul: «Sta. Margarita Bassand», y no decía nada más, no tenía dirección, tampoco remitente. Al momento le llamó la atención, tampoco tenía sello, no había sido llevada por el correo normal, alguien, probablemente el mismo que la había escrito, la había depositado en el buzón en persona, y algo le olió mal, tuvo un vago presentimiento que esta carta encerraba un misterio, una incógnita. La iluminó con la linterna, la miró por las dos caras, y se la metió en el bolsillo interno de la chaqueta. Intuyó que algo no cuadraba, y a diferencia de lo que solía hacer luego de robar en algún buzón: irse a uno de «sus» bares a tomar una copa mientras saboreaba el «triumfo» del nuevo saqueo, esta vez inmediatamente partió a su morada, tenía que investigar. Mientras iba de camino a su casa una cierta ansiedad lo corroyó por dentro. Cuando llegó a su edificio se puso nervioso al ver cuánto tardaba el ascensor en llegar, ya en su piso maquinalmente metió las llaves que ya llevaba preparadas en su mano derecha, entró rápidamente, se quitó la chaqueta y se dirigió al «estudio», como a él le gustaba llamar. Encendió la lámpara lupa de la mesa e inmediatamente el «vaporizador», cuando este comenzó a humear colocó la solapa del sobre encima, esperó unos minutos hasta que el pegamento comenzó a licuarse, y luego muy lentamente, tal cual un cirujano en una intervención muy delicada, con unas pinzas muy finas, comenzó a abrir el sobre, muy despacio, para no romperlo, hasta despegar completamente la solapa, luego, con las mismas pinzas retiró la cuartilla, estaba doblada en dos, la abrió y comenzó a leer:

*«Srta. Margarita Bassand. Como ve, la conozco, pero además le quiero dejar muy claro que la conozco muy bien, pues sé todo acerca de Ud. No se impaciente, sé que esta carta le producirá una fuerte impresión, pero vayamos por pasos. En principio tiene que saber que desde el momento que está leyendo esta carta, está seriamente amenazada, obviamente por quien le escribe, pero no se apresure, por ahora lo vamos dejar así. No quiero adelantarme a los acontecimientos. Mire, le voy a dar unos datos, para que vea hasta donde la conozco: Ud. fue alumna en la Facultad de Historia y*

*terminó sus estudios como profesora, después de graduarse; en la misma Facultad impartió clases, allí se la recuerda por el eterno lacito rosa con que se recogía el pelo, ¿no es verdad lo que le digo?, y ahora trabaja en el Consejo de Investigaciones, como investigadora. ¿Se da cuenta cuantas cosas sé de Ud.? Pero hay más, Ud. sale de su casa por la mañana a eso de las ocho, antes de salir le deja un plato con comida a su perro, luego toma el bus número cuatro en la esquina y se baja frente al Consejo de Investigación, donde trabaja, mañana y tarde. Al mediodía, no se vuelve a su casa, suele vagar por las inmediaciones del Consejo y almuerza en un pequeño restaurante donde la conocen mucho y la atienden muy bien. ¿Su plato preferido?, la merluza con salsa de puerros. Por la noche, antes de llegar a su casa, a eso de las nueve, suele detenerse en el supermercado de la esquina de su casa, y allí hace algunas compras para la cena. ¡Ah!, le gusta el pescado, al horno, y lo sazona con algunas especias, y también el vino blanco. Conozco su marca preferida, ya se la voy a hacer saber. ¿Sabe Srta. Bassand que incluso sé que tiene a su mejor amiga en el extranjero y que ella suele venir a visitarla? Le puedo contar muchas cosas de Ud. y de todo lo que acontece a su alrededor. Srta. Bassand, no atente inútilmente contra su vida, no muestre esta carta a nadie, y menos a la policía. Nos seguiremos comunicando. Pronto tendrá noticias mías.*

*Mi nombre... no tengo nombre, para Ud. yo seré, el Cazador».*

Cuando terminó de leer la carta se sobresaltó. Las cartas que él solía arrebatar eran casi todas de carácter amoroso, cuando no de cartas amistosas, de recuerdos lejanos, de encuentros y desencuentros, de amistades distantes, pero esta vez era distinto. El carácter amenazante del mensaje no dejaba lugar a dudas, se trataba de algo diferente que ponía en riesgo la vida de una persona, y debía tomar cartas en el asunto. Pero no podía recurrir a la policía, era obvio que en ese caso pondría a la mujer en verdadero peligro, según él había leído, pero además, ¿cómo explicar a la policía cómo se había hecho con la carta? Cualquier excusa despertaría sospechas, y podría ser descubierto, y tendría que renunciar a su juego preferido: robar cartas en los buzones, sin olvidarse de los problemas que le sobrevendrían con la justicia y todas esas cosas que no quería ni imaginar. Debía actuar él, sin poder contar con nadie en quien confiar la trama que acababa de descubrir. Y debía actuar ya. Paulino tenía una única obsesión, totalmente patológica, aunque él no lo sabía, porque para él era un hobby, casi un juego, pero ahora había tomado un cariz diferente, y ya no era un simple entretenimiento, ahora ya, con la

responsabilidad que le cabía, debía, si no le quedaba otro remedio, que jugar a detective.



# DOS

---

A Paulino Chain se le había despertado de niño la curiosidad por los buzones. Para Paulino, que por aquel entonces no debía pasar los diez años, ver pasar al cartero y repartir cartas por los buzones lo llenaba de intriga. No era por cierto el trabajo del pobre cartero que cada día pasaba con su bicicleta lo que le intrigaba, sino el enigma estribaba en el contenido de las cartas que llevaba. Cuando llegaba una carta a su domicilio él iba corriendo en busca de su madre para que inmediatamente esta la abriera y se la leyera. —¿Qué dice mamá?—. Nada, es tu tía. —¿Pero qué dice, qué dice? A veces se paseaba por el barrio, después de haber pasado el cartero, y miraba de reojo por la abertura de los buzones, como si creyera que viendo a su través pudiera descubrir vaya a saber qué cosas decían esas cartas. Todo empezó una tarde noche de verano, hacía calor, y todo invitaba a pasear—. Ahora vengo mamá, voy a dar una vuelta. Salió disparado en busca de sus amigos, era casi de noche y no era seguro topar con alguno, así que fue caminando por las calles del pueblo hasta que de pronto se detuvo, miró hacia un lado, y se vio ante un hermoso buzón pintado de un verde brillante. La luz del farol de la esquina lo iluminaba de lleno, y por la mirilla de abajo pudo ver que había una carta. Se acercó instintivamente, miró en derredor, las calles desiertas y las ventanas vacías le aventuraban que nadie lo estaba observando, metió su pequeña mano y arrebató la carta. Se la escondió entre las ropas y volvió a su casa. Cuando llegó fue directo a su habitación. Estaba agitado, un estado de nerviosismo por la acción ejecutada lo había invadido. Cerró la puerta con el pestillo. Tenía que asegurarse que nadie entrara. Encendió la lámpara de la mesa de estudio, se sentó y miró de frente el sobre que había terminado de hurtar. Era una carta como tantas otras. El sobre blanco tenía escrita en letras negras de imprenta el nombre de la persona a quien iba dirigida, Sr. Arturo Pastrano, debajo la dirección y más abajo el nombre del pueblo. Miró detrás, había un remitente que por estar escrito con letra pequeña no pudo, o más bien no le interesó descifrar. La iba a rasgar, para sacar la carta y leer su intimidad, hizo un amago, pero luego se arrepintió. Se la volvió a meter entre las ropas. «Mejor la devuelvo al buzón», pensó, y se puso de pie. Iba a descorrer el pestillo para salir cuando una intrigante curiosidad por conocer el contenido lo detuvo. Se volvió a sentar en la silla. Así estuvo unos instantes, indeciso. Finalmente con un rápido movimiento de su mano la volvió a sacar de entre

las ropas y sin pensarlo dos veces la abrió. Había una cuartilla doblada en dos y un folleto. Desplegó la cuartilla y se puso a leer. No era nada particular, una casa de electrodomésticos que hacía una oferta ¡Excepcional! ¡Por la compra de una nevera a plazos y sin intereses! En el folleto había una foto de la nevera en cuestión con una serie de indicaciones que leyó con mucha atención. Se recreó un momento mirando la carta y el folleto que tenía cada uno en cada mano. Volvió a doblar la cuartilla y la introdujo con el folleto nuevamente en el sobre. Tenía que deshacerse de él. Su madre no le perdonaría lo que había hecho. Ahora la guardaría muy bien entre sus cuadernos de clase y mañana camino a la escuela la tiraría en algún cubo de basura que encontrara por la calle. Pero a partir de allí tuvo debilidad por recorrer los buzones del barrio, meter su mano por la abertura y hurtar las cartas que había en él y luego leerlas. Su mano y su brazo pequeños le permitían acceder por el agujero de los buzones y llegar con facilidad hasta el fondo y hacerse con todas las cartas que había en él. Una vez, siendo aun niño, le asustó el carácter serio de una de las correspondencias que había robado, procedía de un banco, e intimidaba a la receptora: «Muy Sra. mía. Por la presente le hago saber que Ud. tiene una deuda pendiente con el Banco de la Ciudad y si no atiende este requerimiento comenzaremos las acciones legales pertinentes a través de nuestros abogados. Muy atte.», y firmaba el director del banco. Sin entender del todo la magnitud del hecho, supuso que se trataba de algo importante, así que en esa oportunidad volvió a introducir el escrito dentro del sobre, lo volvió a cerrar como pudo, y lo volvió a introducir en el buzón. A partir de ese momento dejó de apropiarse de las cartas que provenían de bancos o instituciones como podían ser el cobro de la luz, el gas, el agua, y otras parecidas que además de no tener para él ningún atractivo, podía provocar un perjuicio que él no quería ocasionar. Y Paulino se comenzó a hacer aficionado a robar cartas íntimas, esas que venían con el sobre escrito con letra cursiva, a veces sin remitente, y que se las suponía muy personales. Así con el tiempo fue descubriendo intimidades insólitas de los vecinos de su barrio. Su mano pequeña le permitía introducirla en el buzón y hurgar hasta el fondo en busca de los secretos más ignotos. A medida que fue creciendo fue extendiendo su dominio y ya no fueron los buzones de los vecinos los que violaba, también comenzó a visitar otros barrios, la libertad que la edad le confería le permitía alejarse e incurrir en otros territorios, inexplorados por él, y mucho más emocionantes, según él veía. Con el tiempo aumentaron las dificultades para poder violentar los buzones en cuestión: aunque era un joven delgado el aumento natural del tamaño de la mano y del brazo le impedía

ahora acceder con facilidad por la abertura. Algunas cartas quedaban en el fondo y él por más esfuerzos que hacía no lograba llegar a apoderarse de todas causándole en esos momentos una profunda frustración, porque aunque lograba tocar con la punta de los dedos el borde de los sobres no lograba hacerse con ellos. En esos casos a veces terminaba con pequeñas heridas y excoriaciones en la piel que luego debía curar, con un poco de alcohol y a veces una tirita.

—¿Qué te hiciste ahí Paulino? ¡Es una herida!,

—Nada mamá, jugando al fútbol.

Porque Paulino era, además de ladrón de cartas, un joven no muy diferente de los demás. Tenía su grupo de amigos, los del barrio, que muchas veces coincidían con los del colegio, con los cuales salía los fines de semana o por las tardes cuando los deberes de la escuela lo permitían, y jugaban partidos de fútbol, y con la llegada de la adolescencia llegaron los primeros escauceos amorosos en los bailables que se organizaban, y sabía muy bien compaginar sus reuniones sociales con su obsesión por los buzones. Dicha obsesión nunca le supuso una dificultad ni tampoco un remordimiento en la consciencia, quizás porque esta funcionaba como un acto reflejo que eludía el control encargado de reprimir la mala acción. Pero este acto irreflexivo, solo se refería al hecho del robo de cartas. Por lo demás era un joven responsable y con grandes méritos que lo hacían aparecer a los ojos de los demás como una persona totalmente digna de confiar.

# TRES

---

Paulino era un joven delgado, algo enjuto, aunque no bajo de estatura, con brazos y piernas largas, y mano, muñeca y dedos también alargados y finos, dando al conjunto una expresión estilizada de su cuerpo. Además gozaba de una peculiaridad muy especial, tenía las articulaciones muy laxas, pudiendo contorsionar las extremidades y exagerar los movimientos hasta límites insospechados. Era capaz de contorsionar su delgada mano sobre su fina muñeca hasta lo indecible. Esta particularidad, dedos, manos y muñecas delgadas y muy laxas, cuando era niño le permitía acceder fácilmente a los buzones a través de la abertura y hurgar en ellos hasta hacerse con toda la correspondencia. Durante la adolescencia, mientras cursaba el colegio secundario, el gradual crecimiento de su cuerpo se acompañó inevitablemente de un agrandamiento de sus manos, que si bien a esta temprana edad no supuso un serio obstáculo para continuar con su obsesiva idea, sí hay que decir que más adelante, a medida que fue ganando en años, fueron apareciendo algunos inconvenientes. Al principio empezó por notar que ya no llegaba con facilidad hasta el fondo de los buzones, sin embargo este hecho no le supuso ningún trastorno, porque, aun sin llegar con sus manos al fondo, le bastaba con asir la parte superior de los sobres para luego arrastrarlos todos hacia arriba, el saqueo continuó siendo por mucho tiempo completo: nunca dejó en ningún buzón ninguna carta por extraer. Sin embargo, el hecho de haber tomado consciencia del aumento del volumen de su mano, y el riesgo de no poder continuar con su hobby favorito, lo llevó a reflexionar que se debía anticipar a ese panorama. Todas estas cosas pensaba nuestro Paulino mientras siendo adolescente y cursaba los estudios secundarios preveía serios interrogantes para el futuro, quizás cuando fuera mayor, o quizás no tan mayor... Y estos pensamientos no dejaban de preocuparle, más que nada porque su afición a desmantelar buzones se había convertido en el principal objeto de su enferma mente. Ante esta expectativa, se planteó investigar otras formas, otros métodos para acceder a los buzones. Le surgió entonces la idea de operar sobre la misma cerradura; al principio pensó que podía ser factible además de sencillo: abierta la puerta del buzón tenía acceso al interior, y con ello a toda la correspondencia; por ello se entregó a estudiar seriamente esta posibilidad. Lo primero que hizo fue copiar lo que él tantas veces había visto en el cine: con un alambre relativamente fino y resistente que él deformaba a

conveniencia con unos alicates, comenzó por intentar violentar los cerrojos de buzones que él ponía a prueba. Y aunque en algunos casos, bastante excepcionales por cierto, con esta herramienta logró abrir algunos, no era garantía de éxito, porque muchos intentos fallaban y no le daban ninguna seguridad, luego también probó con varias llaves pequeñas para ver si alguna de ellas hacía de llave maestra y lograba su propósito, pero tampoco logró el objetivo deseado. Por ahora, el único acceso posible era la abertura, por allí, con sus finas manos le resultaba fácil acceder, y por el momento esta no significaba un obstáculo, por lo que continuaría sin cambiar un ápice su método. Se dio cuenta que no todos los buzones le presentaban las mismas dificultades, por eso comenzó por clasificarlos, y entonces, cuando señalaba uno, ya sabía por sus características si le iba a resultar fácil o no la sustracción. Había unos de una marca determinada que tenían la abertura tan estrecha que le resultaba imposible violentarlos, a estos los odiaba con toda su alma, máxime cuando a través de la mirilla veía que había alguna carta manuscrita.

Hay que decir que en la adolescencia esta actividad Paulino la realizaba casi siempre en horas nocturnas, para ello, el cuento de una salida con sus amigos era la excusa perfecta a los ojos de sus padres, y siempre salía munido de una pequeña linterna de bolsillo, además, una vez extraídas todas las cartas, sin apartarse del buzón, y ayudado por la linterna, repasaba una por una las cartas sustraídas, y luego solo se quedaba con las que verdaderamente le interesaban, las que llevaban el sobre escrito a mano, porque las otras, las que se referían a recibos del agua, de la electricidad, de los bancos, o propaganda, a todas las devolvía al buzón; aunque también hay que decir que si de pronto descubría en una caminata diurna un buzón que él consideraba de los fáciles y en él descubría una carta manuscrita, después de comprobar que nadie lo observaba, metía la mano y se apropiaba impudicamente de ella.

Por eso mismo cuando cumplió diez y ocho años y comenzó la universidad, para estudiar Administración de Empresas, en la ciudad y lejos de su pueblo, su comportamiento en ella fue impecable, y si bien nunca fue un alumno brillante, supo destacar entre los demás por ser un estudiante sacrificado y meticoloso en su formación. Ningún profesor le podía achacar nada a este estudiante abnegado en los estudios y en la entrega. Su obsesión por los buzones pasaba por épocas de rachas. Había temporadas, generalmente coincidiendo con los exámenes, que dejaba la manía a un lado y dedicaba todo su tiempo a los estudios, aunque nunca renunciaba a mirar de reojo los buzones llenos cartas que en el trayecto de la facultad a su casa iban

apareciendo como una seguidilla interminable de oportunidades perdidas. Cuando caminaba en grupo con sus compañeros de estudio hacía caso omiso en buscar con la mirada el objeto de sus sueños, se cuidaba muy bien de no despertar sospechas, y de esa manera podía continuar disimulando hasta que la situación le permitía volver a sus andanzas. Entre exámenes y exámenes, que era cuando más se relajaba en los estudios y le sobraba el tiempo, era cuando lo asaltaban en su pensamiento los deseos, a veces irrefrenables, de robar en algún buzón. Y era en la época estival, cuando acababan las clases, cuando más se dedicaba a su obsesión favorita, porque el piso compartido quedaba vacío y él se podía explayar en su actividad predilecta. Y luego operar sobre la correspondencia: abrirla con delicadeza al vapor de una olla hirviendo, leerla detenidamente, recrearse en las intimidades ajenas, y finalmente ocultarla de manera segura, de modo que nadie del piso pudiera descubrirlo. Las metía en un maletín con llave que a su vez guardaba en su armario que también tenía cerradura, así escondía las cartas que se iba apropiando, todas muy ordenadas, una encima de la otra formando montones muy bien distribuidos, que llegaron a ocupar de esa época de estudiante, el maletín entero.

Una de las frustraciones más desilusionantes era cuando metía la mano y tocaba con la punta de los dedos el filo o la punta de un sobre y no lograba asirlo, y por más que se esforzaba, no lo conseguía. En estos casos se desesperaba, y forzaba la mano al máximo, imprimiéndole a su delicada muñeca giros a derecha y a izquierda para así con mucho esfuerzo ir introduciéndola poco a poco hasta poder tomar la carta entre el índice y el dedo mayor, y hacerse con ella. Pero eso no siempre ocurría, y las más de las veces terminaba con excoriaciones y ralladuras en la piel sin el objetivo cumplido. Una vez sucedió, que habiendo logrado agarrar firmemente una carta después de muchos intentos, resultó que accidentalmente metió toda la mano dentro del buzón, cosa que le produjo una gran inquietud, porque previó que iba a tener problemas poder retirarla, y eso fue lo que ocurrió, porque aunque intentó por todos los medios sacarla, con la carta cogida entre los dedos, nuevamente con movimientos hacia un lado y hacia el otro para desencajarse, fue en vano, y esa vez, lesionado y todo como estaba, hizo un esfuerzo extremo hacia afuera, y al ver que los intentos eran vanos, comenzó a desesperarse ante el riesgo de ser descubierto: había quedado preso de un buzón. Esa vez hasta pensó tirar con fuerza con ambas manos —una adentro y la otra afuera— y arrancarlo de la pared. Cuando recordaba ese momento, estirado en su cama, no podía menos que reírse de sí mismo, ya que se

imaginaba cargando el buzón con su propia mano adentro. Finalmente lo pudo resolver, porque, ayudándose con la mano libre, con mucho esfuerzo, llegó a arquear la abertura metálica y así poco a poco pudo retirarla, con un costo bastante alto, porque se hizo una herida y algunas excoriaciones que lo llevaron al hospital donde lo tuvieron que curar y poner algunos puntos de sutura. Fueron tiempos difíciles para su afición de «robacartas» los tiempos de estudiante, que con mucho freno a su ímpetu y mucha pericia supo sobrellevar. ¡Pero a qué coste! Cuántos buzones pasaron de largo ante su mirada aviesa cuando acompañado por sus compañeros de estudio no tenía ninguna posibilidad de violentar alguno. Además cuando tenía exámenes debía abocarse a los estudios y le resultaba materialmente imposible dedicarle alguna oportunidad a su obcecación por los buzones.

Cuando terminó la facultad, a la edad de veinticuatro años, se agudizó su obsesión por hurgar en los buzones ajenos. El tiempo de la universidad, en la que debía compartir piso con otros estudiantes había tocado a su fin, y con ello la cautela que debía imprimir a todos los movimientos destinados a su robo preferido. Libre de las miradas indiscretas de sus compañeros de piso, su horizonte se amplió de repente de manera inusitada, y la pasión por el fisgoneo en los buzones se acrecentó de tal manera que no había día que no centrarse su mente en algún buzón. Por eso, salir a caminar, por el motivo que fuere, llevaba implícito que en su paseo su mirada siempre la dirigía a los buzones por los que pasaba, y a cada uno de ellos los estudiaba con la mirada y sacaba las más variopintas conclusiones; así de esta manera llegó a conocer de ellos todos sus secretos, y supo de marcas, fabricantes, año de fabricación y cambios que pudieran haber surgido, y con todo esto se hizo una idea cada vez más precisa de sus posibilidades para violarlos. Al mismo tiempo comenzó en la búsqueda de un trabajo, así fue como pasó por distintos empleos, empleos que no lo dejaban satisfecho ni lo complacían, pero debía asumirlos porque ya era hora de independizarse de sus padres en la cuestión económica, y comenzó a peregrinar por varios trabajos, los primeros, sin mucha responsabilidad, tuvieron todos fecha de caducidad, pero a partir del momento que tuvo el primer trabajo alquiló un departamento, y aunque este no le complacía, porque era pequeño y estaba situado en la periferia de la ciudad, muy lejos de la zona céntrica y del propio trabajo, descubrió las ventajas que le proporcionaba la intimidad de la que ahora gozaba. Por esa época robar en los buzones y luego manipular las cartas se había constituido en todo un arte de la ocultación. Pero fue diez años después, después de mucho trajinar, siempre con dedicación y mucha responsabilidad, cuando

entró a trabajar en una empresa de dulces y mermeladas, que además de vender en todo el interior del país también exportaba. Experto en Administración de Empresas y Finanzas era el hombre que la casa necesitaba, y allí por fin encontró la estabilidad que tanto estaba buscando. Inmediatamente empatizó con el director, el Sr Benedicto Martínez, que aunque tenía casi la misma edad que él, parecía un hombre de otra época; de estatura mediana y bigote espeso, vestía con mucha elegancia, casi diríamos como corresponde a un director. Para su bendición, además de las otras tareas que le había encomendado, él era el encargado de recibir las cartas y clasificarlas para luego distribuirlas a la sección correspondiente. Esto obviamente no lo dejaba indiferente sino todo lo contrario, porque el contacto físico con la correspondencia le producía un arrebató de emoción que difícilmente podía evitar. A fin de mes era cuando más cartas recibían de las firmas con las que trabajaban, y era en ese momento, con el aluvión de cartas encima de su escritorio, cuando más se le aceleraba el corazón y comenzaba a excitarse. Y como si de algo de mucho valor se tratara las tocaba como acariciándolas, y a cada una les daba un trato especial, las agarraba con cuidado, leía con mucha atención el remitente, luego las ponía sobre la mesa con mucho celo para posteriormente clasificarlas, según la procedencia, si eran del interior o del extranjero, por provincias o por países, luego las más urgentes, las que venían certificadas, las que iban destinadas personalmente al director, o las más corrientes, las que iban dirigidas a la empresa en general, y luego de esa meticulosa tarea de clasificación, las distribuía. Cada vez que dejaba un mazo de cartas sobre la mesa de la sección correspondiente sentía como si lo despojaban de algo que le pertenecía, porque en el fondo hubiera querido quedárselas todas y abrirlas y leerlas, aunque la mayoría de las veces eran simples correspondencias llenas de puro formulismo, como ser folletos, facturas, recibos, pedidos, a veces algún reclamo por algún retraso en el envío. Las que más le llamaban la atención y por las que más sufría por no poder apoderárselas eran las que iban destinadas al director de la compañía, por supuesto que despreciaba las más corrientes, pero le ilusionaban las que venían del abogado de la empresa, de algún estudio jurídico, o algunas otras que pudieran desentrañar algún secreto de la compañía, algún litigio, algún reclamo. Sin embargo, las que le desataban la imaginación y por las que verdaderamente sufría eran las que cada tanto llegaban, dirigidas al director, con el sobre escrito a mano, y las más de las veces, sin remitente. Por esas verdaderamente suspiraba. Sin embargo una vez, después de varios años en la empresa, no lo pudo soportar más. Era un sobre blanco marfil que desprendía



un suave olor a perfume. Escrita en letra cursiva estirada y muy elegante iba dirigida directamente al señor Benedicto Martínez: nombre y apellido, dirección y ciudad, y no tenía remitente. No era la primera vez que el director recibía cartas dirigidas de manera tan personalizada y sin remitente. Siempre además de intrigarlo le producían una fascinación increíble, quedaba atrapado en esos sobres escritos a puño y letra por los que hubiera dado cualquier cosa por conocer el contenido. Él se imaginaba mil fantasías, porque de eso se trataba, de las fantasías que él recreaba en su imaginación: amores ocultos, reproches, viejas disputas enterradas pero revividas, deseos velados, secretos escondidos. Pero esa vez la intriga y su obsesión pudieron más que él. Entre el montón de cartas que esa mañana le volcaron en su escritorio destacaba esta. La apartó ligeramente del resto y comenzó el rutinario trabajo de clasificarlas. Entre los montones que iba haciendo la colocó debajo del último grupo. Sin darse cuenta, porque en plena consciencia siempre tuvo muy claro que nunca debía violar una carta de la empresa, él iba dirigiendo todos sus movimientos en contra de ese dogma que se había autoimpuesto. Porque aunque sabía las consecuencias que le acarrearían si lo descubrían, de manera inconsciente la había señalado, la había apartado y la tenía muy bien ubicada. Mientras hacía la tarea de agrupar las cartas en montones, una lucha sin cuartel se producía en su mente. Por un lado un deseo casi incontrolable lo llamaba a desatender el irracional propósito de hacerse con la carta, y por otro una voz que clamaba por llamarlo al orden y desoír su anhelo más ambicioso. Una vez que terminó la faena se quedó mirando los mazos de cartas agrupados en montones, uno tras otro. Del último de la derecha asomaba debajo, como una flecha envenenada, la punta del sobre blanco marfil. Se lo quedó mirando, como tonto, extasiado. El corazón le comenzó a palpar, más que nada porque sabía que estaba por cometer algo que siempre supo que no podía y ni debía hacer. En un movimiento de distracción, se acomodó las gafas, colocó ambas manos sobre la mesa del escritorio y giró la cabeza en derredor. En las otras mesas estaban sus compañeros de trabajo cada uno abocado en lo suyo, sobre el lado izquierdo de la oficina se ubicaban los despachos de aquellos que por su rango disfrutaban de la intimidad de un espacio, hacia la derecha los ventanales que daban a la calle desde la altura del quinto piso, y al final, el despacho del director. Su mesa de trabajo estaba en la primera línea. Volvió a detener la mirada en el sobre blanco que asomaba como un aguijón debajo de las otras y que se le incrustaba lacerante en el pecho. Dirigió su mano derecha al montón y con un rápido movimiento tuvo el sobre en su mano, disimuladamente mientras fingía un leve ataque tos

se lo llevó al bolsillo interno de la chaqueta. Ya no era consciente de lo que hacía. Ahora ya era imparable. Se puso de pie y se dirigió a la salida. Iría al baño común que compartían con el resto de las oficinas del piso del edificio, eso pensarían todos, como era rutina. Entró al lavabo y cerró la puerta con el pestillo. Sacó el sobre del bolsillo y se lo quedó mirando, luego estiró el brazo y lo dirigió hacia el aplique del techo, como queriendo ver al trasluz los secretos que había por descubrir. Se lo llevó a la nariz, y lo olió. O le pareció, o realmente olía a perfume, porque cuando lo puso a la altura de su nariz dijo sonriendo: —¡Huele a Lancome! La solapa estaba muy bien pegada y necesitaba su vaporizador para poder abrirlo sin romperlo. Dirigió su mirada a los lavabos y se le ocurrió una idea, abriría el agua caliente al máximo, desprendería vapor. Puso la solapa de la carta de cara al vaho que salía del grifo y estuvo un rato hasta que el pegamento comenzó a licuarse, luego con los dedos y con mucha maña y delicadeza lo empezó a despegar. De pronto el ruido de la puerta de alguien que quería entrar lo sobresaltó, se volvió agitado, cerró el grifo, se volvió a guardar de manera apresurada la carta en el bolsillo interno, una humareda inundaba el local, el espejo se había empañado, con la manga de su chaqueta lo intentó despejar, ahora unos golpes en la puerta lo descontrolaron. Temió que lo descubrieran, o por lo menos que pudieran sospechar algo, y corrió a abrir—. ¡Ahh! Eres tú Paulino. Cuánto humo, que... ¿Te dejaste el agua caliente abierta?—. Sí, un descuido. Ya terminé. Y se fue palpitante a su mesa de trabajo. En la oficina todo seguía igual. Cada uno en su puesto de trabajo, el tecleado de las máquinas de escribir, las cabezas gachas apuntando datos, leyendo y comprobando documentos. Tenía que repartir el correo. De pie, frente a su escritorio, con la mirada al frente y con toda la correspondencia en sus manos, se quedó maquinando que el director no tenía porque enterarse de la carta en cuestión, así que, giró la cabeza a un lado, como dirigiéndola displicentemente al despacho del director, y tomó la decisión, sin ningún tipo de contemplaciones, porque ahora ya no era consciente de sus actos, de llevársela consigo, para allí, en la soledad de su apartamento merodear como lo había hecho siempre, en los secretos e intimidades de los otros. Totalmente ajeno a las consecuencias que esto podría acarrearle si lo descubrían comenzó con su trabajo. Repartió la correspondencia mesa por mesa y luego en cada despacho particular, y como siempre lo había hecho, dejó para lo último la oficina del director. Golpeó la puerta y entró, con aire sosegado, tranquilo, en su cerebro no bullía nada que lo pudiera descomponer. Al contrario, se sentía inmensamente feliz, por eso su media sonrisa placentera con que enfrentó el momento. Llevaba consigo un

manejo de cartas, la mayoría de carácter informal, todas habían pasado por sus manos y las conocía una por una: del municipio, del abogado de la empresa, diversas facturas, una de la administración del edificio. Su memoria de elefante no dejaba pasar una. En el bolsillo interno de la chaqueta, muy bien guardado, el sobre blanco marfil esperaba. Cuando adelantó las manos para dejar la correspondencia sobre el escritorio del director, que en ese momento estaba enfrascado en la lectura de un documento, con la parte superior de su brazo rozó la chaqueta en el sitio donde por dentro aguardaba «su» carta. Sintió el leve crujir del papel del sobre, e inmediatamente tuvo una inusitada sensación de placer, como cuando era adolescente y en el bus, apostado, rozaba con su brazo o con la pierna a su vecina de asiento, el mismo placer, el mismo deleite.

—¡Hola Paulino! ¡La correspondencia... eh! Déjala aquí nomás.

Y continuó con la lectura del documento que lo tenía ocupado. Paulino volvió a rozar con el brazo, ahora adrede, la chaqueta, donde guardaba el sobre, volvió a sentir el crujido suave que se trasmitía como una vibración, nuevamente el placer, el goce. Miró al director que seguía enfrascado en sus cosas y se le dibujó una sonrisa. Acomodó las cartas con delicadeza sobre la mesa de trabajo, se ajustó la chaqueta, y se estiró los puños de la camisa, mientras no dejaba de observarlo, que seguía sin verlo, y se sintió tan seguro en su cometido, tan infalible, que volvió a sonreír, un tanto displicente, porque se sentía dueño, amo y señor de la situación.

—Aquí le dejo las cartas del día, Sr Director... —le dijo con cierto entusiasmo—, y se giró y muy pausadamente se retiró a su escritorio.

Cuando se hicieron las tres terminó la jornada laboral. Se desató el bullicio, porque era el momento que cada uno comentaba las incidencias del día. Todos ordenaron su mesa de trabajo y en grupos, todos charlando, fueron saliendo. Paulino estaba como ausente, aun no era consciente del peso que llevaba encima, exactamente en el bolsillo interno de la chaqueta. Sin conversar con nadie fue acomodando sin prisas su mesa de trabajo, guardó algunos papeles de la oficina en su maletín, su bolígrafo, su lápiz y la goma de borrar, cuando de pronto, sonó la voz del director.

—Paulino. ¡Puede venir por favor!

Una puntada en medio del pecho lo hizo dudar. Se giró y con las cejas arqueadas, interrogantes, inició la marcha, en contracorriente con los demás, hacia el despacho del director. Iba caminando lentamente, acompasando los pasos con un ladeo continuo de su cuerpo hacia un lado y hacia el otro, con

una cara inexpresiva, como la de un niño al que le descubren una mentira, o alguna travesura.

—Sí Sr director, —dijo con una cara que cuestionaba todas las emociones anteriores.

Se presentía en lo más íntimo que el director le iría a decir, «¡A ver Paulino, deme la carta que se quedó en el bolsillo!», y así estaba, esperando la cachetada del destino, de la mala suerte por haber sido descubierto, —no acertaba a entender cómo ni cuándo lo habían descubierto—, entonces fue que este le dijo:

—Siéntese que tengo que hablar un momentito con Ud.

—Sí Sr director.

Ahora sentía pánico el pobre Paulino, que había comenzado a tomar consciencia de la metida de pata que había cometido. Y el director se explayó:

—Mire Paulino, Ud. lleva algunos años en la empresa, lo he estado observando muy atentamente últimamente, —Paulino temblaba—, y es Ud. una persona, además de íntegra, eso está fuera de toda duda, muy responsable. Una persona en quien se puede confiar. La verdad le digo que si yo en esta oficina me tendría que fiar de alguien, ese, ese es Ud. Paulino. Así que quizás pueda tener para Ud. un ascenso, y como se jubila Pacheco, Ud. tendría despacho propio. ¡Qué le parece! Tengo que hablar con la comisión para que me lo autoricen, pero primero quería tener un primer contacto con Ud. porque quiero saber en primer lugar si le interesa. Por supuesto que este ascenso conlleva un aumento de sueldo. No quiero ilusionarlo porque no todo depende de mí, pero quiero saber si puedo proponerlo.

Paulino se quedó boquiabierto. Evidentemente no se le pasaba por la cabeza una situación así. Los ánimos le volvieron al cuerpo y con ello la sensación de infalibilidad que se había apropiado de él. Se estiró un poco más en la butaca y cruzó las piernas, exagerando su indolencia, atribuyéndose una superioridad que solo a él se le ocurría, porque no había nada más contradictorio que verlo con cierta pedantería ante su propio director, como si tuviera una ventaja que no era real, pues solo en su mente tomaba sentido esa sensación de sentirse todopoderoso.

—Es curioso, —le dijo socarronamente al director.

—¿Curioso por qué?, —le contestó este mirándolo un tanto sorprendido.

—Porque mire, la verdad, siempre me he sentido como alguien completamente prescindible en la compañía, es más, por un momento pensé

que me llamaba para amonestarme por algo que hubiera hecho mal, algún desliz, cosa que a cualquiera le puede ocurrir, porque como comprenderá no todos somos infalibles en esta vida, —le respondió Paulino con una media sonrisa y contradiciendo su discurso con sus sensaciones.

Le contestaba de esa manera un tanto insólita, ya que el director en ningún momento había tenido algún atisbo de reprocharle algo, es más, todo lo contrario, ya que le estaba ofreciendo un ascenso y todo lo que suponía en el rango social dentro de la compañía respecto al resto de sus compañeros, y obviamente un aumento de sueldo. Sin embargo, Paulino, sentado en su sillón, de manera estirada y con las piernas cruzadas, contestando las cosas que contestaba y la manera de contestarlas, daba la impresión de estar nuevamente en un estado de delirio difícil de entender, porque era del todo inconsciente que la actitud que mostraba era totalmente irracional, tratándose del director y los motivos por los cuales había sido citado. Y porque quiérase o no, él estaba totalmente sobrepasado moral y mentalmente al saberse poseedor de una correspondencia, propiedad de su jefe, que en su casa pensaba violar y desvelar los secretos que este pudiera tener. La situación no dejaba de ser compleja, porque el secreto que él guardaba en su bolsillo, de acuerdo al razonamiento que su rocambolesca mente hacía, lo colocaban, según su delirio, en una posición de superioridad respecto al director, que era su verdadero ascendiente en lo que se refería a la empresa, y en el fondo le causaba gracia que hubiera sido obsequiado con palabras como que era un hombre íntegro, responsable y en quien se podía confiar. De ahí el regocijo que le causaban esas alabanzas hacia su persona, sabedor que poseía de quien lo estaba halagando una correspondencia muy particular, una correspondencia que venía sin remitente y escrita a mano, seguramente de mano de mujer, se regodeaba Paulino. Sentado como estaba frente al director, en su insensatez, lo trataba de igual a igual. Ese era el sentimiento que en su intimidad experimentaba Paulino, que había dejado de percibir de su jefe el temor o el respeto que siempre infunden los que de verdad mandan. Y eso se reflejaba no solo por la forma en que estaba sentado frente al director, totalmente displicente, sino porque en su cara se dibujaba una expresión de indolencia a los comentarios que le hacía su más que inmediato superior. El director era completamente ajeno al estado de ánimo en que se encontraba Paulino, aunque le llamaba la atención su desafecto por la invitación que le acababa de hacer.

—Mire Paulino, Ud. no entiende realmente lo complejo que es estar al frente de una empresa y todo lo que ello implica. Tenga en cuenta que aunque

yo soy el director, están los accionistas mayoritarios de la compañía, los dueños de esta casa, a los cuales debo rendir cuentas, y para los cuales yo soy el verdadero responsable, y no me resulta nada fácil entenderme con ellos cuando los números no cuadran como a ellos les gusta. El director acercó la cabeza a Paulino, como queriéndole confesar un secreto, y le dijo en un tono muy mesurado:

—Yo tengo que dejar contentos a los de arriba, y para eso, a veces, tengo que pelear con los de abajo. Por eso, si acepta el puesto, sepa que voy a necesitar de Ud. la total complicidad. ¡Un cargo más alto, y un sueldo mayor, qué más quiere! Pero se lo repito, si acepta el nuevo cargo requeriré de Ud. su máxima colaboración y su total apoyo. Ahora, eso sí, nada de politiquesos con los de abajo, porque eso nos llevaría a la ruina.

Paulino, mientras lo escuchaba movía acompasadamente la pierna que tenía cruzada sobre la otra, se llevaba la mano al mentón, y asentía con la cabeza, pero estaba en otro mundo, escuchaba sin oír, miraba sin ver, habían pasado las tres y sus compañeros ya había partido, y él tenía unas ganas locas de salir de allí y dirigirse a su casa, allí lo esperaba la tarea por la cual suspiraba y que lo halagaba mucho más que todas los obsequios que le podía hacer el director, así que un poco hartado, y sabiéndose suficiente, pese a que estaba siendo gratificado con un ascenso, —situación que se podía revertir, si el director en algún momento no se sentía correspondido—, se levantó de repente y de manera indiferente se dirigió a su interlocutor de la siguiente forma:

—Bueno, muy bien, le agradezco el ofrecimiento que me ha hecho, tenga en cuenta que soy una persona muy ocupada, sin embargo creo poder cumplir con el cometido, y puede confiar en mí, —le dijo sacando una sonrisa que era más de superioridad que de complicidad.

El director, sorprendido por los modos de Paulino, se quedó un tanto desconcertado, en realidad esperaba otra cosa, suponía que la noticia sería recibida con alborozo, no era para menos, le estaba ofreciendo despacho propio, un ascenso y un aumento de sueldo, sin embargo, ante la perplejidad en que quedó sumido, luego hizo una doble lectura, y en un alarde de creerse seguro de sus deducciones e interpretaciones del entendimiento humano por saberse el director de una empresa importante, pensó que bien pudiera tratarse del hombre que necesitaba, alguien que no aceptaba el puesto por el ascenso social que pudiera significar y por el dinero que le aportaría, sino que si aceptaba el ascenso era porque se consideraba realmente apto no solo para los nuevos cometidos que tendría en relación a su nuevo puesto, sino también porque se comprometía a lo que él entendía como de máxima importancia:

complicidad, fidelidad total y máxima colaboración. Entonces, más complacido por este razonamiento, —equivocado a todas luces, ni imaginaba la enfermedad obsesiva de su empleado—, le contestó más distendido:

—Bien... bien..., mañana podemos seguir hablando Paulino. ¿Se tiene que ir ahora? Bueno, puede retirarse, vaya, vaya con Dios, mañana seguimos.

Y Paulino, hizo una leve inclinación de cabeza, se dio la media vuelta y salió del despacho, en ese momento volvió a tocar con su brazo el sobre que tenía en el bolsillo de adentro, un cosquilleo eléctrico lo traspasó por dentro, se dirigió a su mesa, recogió el periódico, el maletín, y salió de la oficina. El director, un tanto confundido, pese a las últimas reflexiones que se había hecho, se lo quedó mirando, mientras este se dirigía a su mesa, a recoger sus bártulos, para partir.

Tomó el bus en la esquina de su oficina y se llegó a su alejado y pequeño departamento donde vivía.

Cuando Paulino llegó a su casa desplegó toda su artillería. Puso a hervir un cazo de agua y cuando comenzó a borbotear puso la solapa del sobre blanco marfil al humo del hervor. Con los dedos, con mucha maña comenzó a despejar la punta de la solapa, así, poco a poco, logró abrirla toda. El corazón le comenzó a latir fuerte, y un sudor por la frente y en las sienes le formaron gotitas como perlas, estaba en su máxima excitación, metió sus ágiles dedos en el sobre y extrajo un manuscrito, era una sola hoja, escrita a puño y letra. Se secó la frente con la manga de la camisa y comenzó a leer:

*«Hola amor mío. Tal como te lo había comentado en la carta anterior, por fin tengo vía libre para el viernes 16 ir a la ciudad, tengo muchas ganas de verte y estar contigo, espero que reserves en el mismo hotel que la última vez, me gustó mucho y tengo los mejores recuerdos del último día que estuvimos allí. No veo la hora que llegue el momento, y aunque aun faltan dos semanas para unir nuestros corazones, no dejaré de pensar en ti.*

*Un beso de quien de ama y te desea.*

*Jasmine.*

*P/D: podríamos encontrarnos en el salón del hotel a la misma hora de siempre».*

Paulino respiró hondo. No sabía gran cosa de su jefe, no sabía si era casado y esta era una amante, o era su novia formal que venía de afuera e iba a tener

un encuentro nada informal, aunque sí oculto, por lo que veía. Tampoco sabía si la infiel era ella, quizás estuviera casada y se escapaba de su marido, era extraña la misiva, «*por fin tengo vía libre para el viernes 16 ir a la ciudad*», ¿a qué se refería?, luego, para desgracia de él, no ponía el nombre del hotel, ni la hora del encuentro, si supiera esos dos datos le hubiera gustado seguirlos y ver el encuentro, de la manera más disimuladamente posible, era obvio, pero esta carta hubiera dado muchos juegos, y uno de ellos hacer de espía. Sin embargo su imaginación no dejó de urdir que allí había gato encerrado, porque le sonaba a sospecha esa carta sin remitente, un encuentro misterioso en un hotel, como a escondidas. Miró la carta al trasluz, la dio vuelta, y luego la olió. «Sí, huele a Lancome», —se dijo para sí, reafirmando en su apreciación inicial—, luego se giró, se sentó en una silla, y aflojó todos sus músculos, la tensión que traía desde el momento que se había apropiado de la carta hasta este otro que había terminado de leerla desapareció de golpe, de pronto el corazón volvió a corretear a las pulsaciones normales, y un estado de relajación lo invadió, sin embargo, al punto se dio cuenta que en sus manos tenía una bomba de relojería, una bomba de tiempo: en el trabajo él era el encargado de recibir y distribuir la correspondencia, en esa carta había un mandato muy claro, era el santo y seña de un encuentro, y si el director no la recibía se produciría un fatal desencuentro, y él, que era el encargado de la correspondencia que llegaba a la oficina, pasaría a ser el principal sospechoso. Estaba bien que podría aducir que no había recibido ninguna carta, eso lo salvaba, pero la sombra de la sospecha recaería sobre él, justo ahora, que el director le había dado toda su confianza y le había prometido un ascenso. No, no podía quedarse con la carta, la debía restituir. Sin embargo, el pesar que le provocaba desembarazarse de un verdadero tesoro, —consideraba la carta del director un auténtico trofeo—, le hacía dudar de sus propias certezas, y así estaba, dándole vueltas en la cabeza si devolverla o quedársela, que de pronto se le ocurrió una idea, era una idea simple, y que si bien no reparaba completamente el daño que le producía su pérdida, sí era verdad que se quedaba a mitad de camino, y lo más importante, podía salir del paso: le haría una fotocopia a la carta y se quedaría con la fotocopia, y mañana, en la nueva de remesa de cartas pondría la verdadera, y se la entregaría a su verdadero dueño, amo y señor de la empresa, y desde que trabajaba allí, su amo y señor.



# CUATRO

---

Después de algunos años, cuando finalmente su vida se estabilizó en la fábrica de dulces y mermeladas, con contrato fijo y bien remunerado, cambió de piso y alquiló un departamento más amplio, con dos dormitorios, y mejor ubicado, cerca del centro. El departamento era sencillo, pero se ajustaba a sus necesidades. Traspasada la puerta de entrada había un pasillo, a la izquierda se abría una puerta que sería su dormitorio, después venía el baño, y más allá otro dormitorio, que él convertiría en estudio, el sitio donde abriría las cartas robadas, con su olla vapor, y donde luego de regodearse con ellas las archivaría, porque de eso se trataba, hacer de su obsesión una verdadera profesión. Cuando fue a ver el piso para alquilarlo, la señorita de la inmobiliaria le había advertido, antes de tomar el ascensor:

—Es un piso muy sencillo pero muy cómodo, además tiene un parking subterráneo, en esta zona del centro vale la pena, y lo más importante, le va a dar mucha intimidad, los vecinos son gente mayor y muy tranquila, y eso no tiene precio, ¿verdad?

Y lo miró de reojo mientras pulsaba el botón y volvía la mirada al frente. Le gustó de entrada, el departamento era como él, oscuro, introvertido, un poco triste, y no se escuchaba ningún ruido, y se respiraba una sensación de tranquilidad, que era exactamente lo que él estaba buscando. Así que no regateó mucho el precio y se lo quedó. Además su sueldo y su soltería se lo permitían. Aunque estaba amueblado quiso hacer algunos arreglos que dejaran sellos de su propia identidad, por eso hizo colocar en las paredes papeles pintados con estampados, eligió cortinas oscuras, porque las sombras, en determinadas condiciones anímicas, le producían el sosiego que su atribulada consciencia necesitaba. Se fue a comprar cuadros, con marcos simples pero de estilo antiguo, lo mismo que algunos muebles que adquirió para completar la casa. El ambiente creado, mezcla del mobiliario que ya tenía, más los agregados un poco inciertos, hicieron del conjunto una combinación rara, mezcla del desconocimiento de los estilos de moda y de su propia imaginación, un poco acomplexada y plagada de incertidumbres, porque no acertaba a definirse completamente y porque no tenía consciencia plena de su propia enfermedad, esa que lo llevaba obsesivamente a fisgonear las vidas ajenas a costa de desvalijar buzones. El resto del departamento era

por así decirlo muy austero: traspasado el pasillo se abría una sala no muy grande, que al final, a través de una puerta ventana, daba a un pequeño balcón con una reposera, que le servía en los veranos calientes pasar durante la noche los momentos de reflexión que en su soltería empedernida siempre tenía, de la mano de una cerveza bien fría y un cigarrillo, que dejaba, entre calada y calada, consumir entre sus dedos. En el extremo de la sala que daba al balcón había un sofá de dos plazas, el televisor enfrente, y entre ambos una mesa baja donde muchas veces comía mientras veía la tele, al lado del sofá otra mesita pequeña para el teléfono y una nota de blocs y un bolígrafo, en el otro extremo, cerca del pasillo, una mesa comedor redonda con sillas que casi nunca usaba y que le servía para darle el primer sitio a las cosas que traía de afuera y que luego guardaba en el lugar correspondiente, porque también hay que decirlo, era un tipo muy ordenado aunque no obsesivo en esa faceta. Inmediatamente a la derecha se abría la cocina, donde a veces comía, porque tenía espacio para una pequeña mesa y dos sillas. Desde la cocina, un ventanuco daba al costado del edificio desde el cual veía abajo las azoteas de las casas vecinas y las ventanas de los otros edificios del vecindario. Muchas veces mientras masticaba un bocadillo recién hecho se quedaba de pie mirando a través del ventanuco, los techos de las casas y los patios, así, como a vuelo de pájaro, desde la distancia que la altura del quinto piso se lo permitía.

El hecho de que su departamento tuviera parking le hizo plantear la compra de un auto. Por esa época no era común que los edificios tuvieran esta comodidad, y lo consideró una suerte agregada a la fortuna de haber encontrado el piso del que ahora disfrutaba. Así que se puso a buscar. Por fin, después de varios días de una infatigable búsqueda, —la posesión de un auto le garantizaba una autonomía de la que nunca había disfrutado—, encontró lo que buscaba, un Renault Dauphine color beige del año 58 casi nuevo, muy bien cuidado por fuera, y por lo que él veía, también por dentro. Como no sabía conducir, se llegó a la única autoescuela de la ciudad, y allí además de enseñarle le gestionaron el carnet. Al principio fue como un juguete del que no se quería desprender, porque no había sitio, aun estando cerca de su morada, al que no accediera sin el auto. Como sus robos siempre se limitaban a un perímetro dentro de las posibilidades que le permitían sus caminatas, inmediatamente tomó consciencia de la importancia del auto para su cometido de roba cartas. Traspasó sus propias fronteras y se explayó a otros barrios, abriendo su panorama a suburbios impensados, de pronto encontró en el auto una verdadera explosión de su actividad, porque esta dejó de circunscribirse a

un coto que cada vez le resultaba más peligroso por la reiteración con la que actuaba, ahora, diluida su actuación en una superficie mucho mayor, su presencia en un mismo barrio se hacía muy escasa, disminuyendo las posibilidades de ser cazado. Con el tiempo llegó a ser un conductor experimentado, y con el auto conoció los rincones más ignotos de la ciudad.

Una vez que tuvo el departamento como él quería comenzó a construir su estudio. Allí dispuso un precioso escritorio que compró y eligió con mucho cuidado, recorrió varias mueblerías hasta que encontró lo que buscaba, porque se trataba de un mueble estilo inglés, muy refinado, que tenía una alzada con estanterías y otros espacios donde ubicar folios, carpetas, lápices, notas, la goma de borrar, clips, gomas elásticas, un sacapuntas, y unos cajoncitos con sus propios herrajes que él sabía que con el tiempo los iría rellenando con otros enseres, este iba apoyado contra la pared, al lado de la ventana; luego una cómoda silla de oficina con ruedas tapizada de cuero, después una biblioteca y una cajonera que ya estaban en el piso y que hubo de restaurar, y con el tiempo le agregó una vitrina que encontró de pura casualidad en una casa de antigüedades. Encima del escritorio puso una lámpara, que más adelante cambiaría por una lámpara-lupa. A la ventana, que daba a la calle, le adicionó una cortina azul oscuro que además de aislarlo del exterior y de la intromisión de alguna mirada indiscreta le otorgaba más intimidad. El trabajo de licuar el pegamento lo hacía al vapor de un cazo con agua que hacía hervir en la cocina. Esto le suponía un contratiempo porque una parte del trabajo lo debía hacer fuera del «estudio», por lo que rápidamente en una tienda de electrodomésticos compró un calentador eléctrico. El calentador en cuestión lo dispuso encima del escritorio, cosa de tener todo a mano, y así, sentado como estaba podía desplegar toda su actividad sin necesidad de moverse de la silla, como cualquier profesional que requiere para su labor los menores desplazamientos y la máxima concentración. A las paredes les hizo poner los mismos papeles pintados estampados del resto del departamento. A la puerta del estudio, de madera maciza y de aspecto antiguo, le puso llave, no quería que si alguna vez tenía visita, esta pudiera entrar a husmear y descubrir a qué dedicaba su tiempo libre. En realidad, y más de una vez lo había conjeturado, no se trataba de su tiempo libre, porque la verdad era que esta era su verdadera y más apasionante actividad. Su trabajo en la fábrica de dulces y mermeladas, como los otros empleos que había tenido anteriormente, eran una exigencia impuesta por la necesidad de ganarse la vida, solo de eso se trataba, porque si por él fuera, ¡ah, si por él fuera!, dedicaría todo su tiempo a la búsqueda de buzones donde hurgar. Se hizo un propósito: la cama

desvencijada y el armario, que ya estaban, y que eran unos trastos, debía deshacerse de ellos, solo la biblioteca, que era una simple estantería pero que estaba intacta quizás por su nulo uso, —faltaba darle una mano de barniz—, y la cajonera, que estaba un tanto deteriorada pero que se podía restaurar, se los quedó. Otra de las compras que hizo fue unas pinzas de depilar las cejas que las iba a usar para despegar la solapa de los sobres una vez licuado el pegamento. Esta acción siempre la había acometido con los dedos. Al vaho de la olla, con la punta de las uñas iba levantando el vértice de la solapa, y luego con mucho trabajo terminaba por desprender el papel firmemente pegado, pero era un trabajo arduo, porque no lograba asir con facilidad el pequeño doblez despegado, y lo peor, tanto darle con el dedo terminaba por manchar por las propias rozaduras, el sobre en cuestión. Así que la ocurrencia de unas pinzas para las cejas lo alegró, había sido un descubrimiento fortuito, en su propio departamento, cuando una de las chicas de pago que cada tanto llevaba para calmar su apetito sexual, esta, antes de retirarse y mientras esperaba por el pago de sus servicios, sacó de su bolso unas pinzas y con mucha coquetería y espejito en mano comenzó a depilarse las cejas. Allí, con los billetes en la mano se la quedó mirando, se había quedado mudo, la mirada fija en la pinza de depilar, absorto hasta en el asombro, recién tomaba consciencia de la ayuda que este ínfimo instrumento podía significarle. Hasta esos límites llegaba su obsesión, porque incluso hasta los encuentros sexuales que a veces tenía no lograba separarlos de la manía que lo acompañaba siempre. Compró varias pinzas, porque las había de punta fina y otras más bien chatas, pero todas de buena calidad, de acero inoxidable. Les encontró un sitio donde guardarlas, en uno de los cajoncitos del escritorio, era el sitio ideal, allí las tendría a mano para el momento preciso cuando las necesitara, en el instante que al vapor del cazo de agua hirviendo el pegamento de la solapa se comenzara a licuar. Fue por esa época que tomó consciencia que el cazo donde hervía el agua era un instrumento de trabajo demasiado vulgar para el sitio que estaba construyendo. Además, el vapor que se desprendía del cazo se diluía inmediatamente en el ambiente, obligándole a acercarse demasiado las manos sobre a la superficie hirviendo para desprender la solapa, con la consecuencia a veces de pequeños accidentes que se saldaban con algunas leves quemaduras en sus dedos. Al principio lo reemplazó por una tetera, el humo salía más concentrado por el pico mejorando la prestación y evitando las quemaduras, y esto al principio lo tranquilizó. Sin embargo con el tiempo la solución de la tetera le pareció burda, tan burda como el uso que había hecho hasta ahora del cazo de agua. Tenía que encontrar el instrumento

apropiado, o bien inventarse uno. Era en esos trances cuando peor lo pasaba en la oficina, porque eran los días en los que tenía la cabeza en otra parte y no se aplicaba como debía en las tareas que tenía encomendadas, aunque él, muy inteligente, sabía muy bien cómo disimular ese estado de desvarío que lo mantenía alejado de todo lo que no se refería a su idea fija y fingía muy bien estar concentrado plenamente en su trabajo. Pero ocurrió que un día, volviendo de su trabajo andando, —a veces le apetecía caminar, él decía que caminando era cuando se le ocurrían las mejores ideas—, al pasar distraídamente por un taller metalúrgico se quedó observando, como un tornero trabajaba sobre una pieza de metal, allí en ese instante le saltó la chispa, porque inmediatamente se imaginó un cazo con una simple tapa con un orificio en el medio al cual le podría adaptar un pequeño tubo de metal. Y así, de pie, mirando de frente el interior del taller, siguió pensando y maquinando la forma que le daría y cómo funcionaría su instrumento de fabricar vapor; estaba, como se diría, como en un delirio, con toda su fantasía desplegada, porque por fin había dado en el clavo, y como siempre le ocurría, se llenaba de ilusión. «¡Y además será precioso!», se dijo entusiasmado. Y entró tan campante al taller metalúrgico, y encargó el instrumento que había imaginado. Así fue que le fabricaron una especie de olla, algo más pequeña que la que él usaba normalmente, con una tapa desmontable agujereada en el medio y adaptado a ella un pequeño tubo de unos tres centímetros de alto. Desde el momento que lo comenzó a usar vio facilitada su labor, el vapor salía espeso y bien dirigido, y al no tener necesidad de acercar tanto las manos se vio libre de quemaduras y se manejó con más libertad. A tal invento le tuvo que poner un nombre, en realidad, era un invento, ya que tal ingenio no podía ser encontrado en ninguna tienda, y una noche, que acostado en su cama y sin poder dormirse divagaba en sus pensamientos, dio con el nombre: «El vaporizador», se dijo, «Así de fácil», —se dijo, «A partir de ahora será el vaporizador», y se tranquilizó y por fin concilió el sueño.

Por todas esas razones la habitación/estudio que había dispuesto era la que más tiempo le había llevado en ordenar y acondicionar, y era, además, la que más lucía de la casa, porque estaban los muebles más caros, todos de madera; el escritorio por ejemplo, el que había elegido, se trataba de un hermoso escritorio inglés, la silla, una comfortable silla de oficina giratoria tapizada en cuero, de altura graduable, deslizable, con rueditas, y con apoya brazos y de respaldo alto, que la hacía cómoda y le permitía desplazarse por todo el habitáculo sin necesidad de levantarse. Había conservado del piso la cajonera, porque era de calidad y le venía bien para guardar las cartas sustraídas; como

estaba un poco deteriorada por el mal uso y el poco mantenimiento la hizo restaurar, ese mueble haría de archivo, y de por sí sería una pieza importante en su lugar de trabajo, por eso cuando se la entregaron, recién barnizada, con los cajones ajustados y los herrajes de bronce enlucidos, se alegró de sobremanera. El día que se la trajeron la acomodó contra la pared opuesta al escritorio, de esta forma quedaba justo detrás de él, con su silla deslizante solo tenía que girase 180 grados para ponerse de frente y archivar la carta sustraída. Ese día, cuando la cajonera quedó ubicada como él lo había planeado, y los portadores de la casa de restauración se hubieron retirado, se la quedó mirando, con una ilusión que se reflejaba en su rostro, porque como embobado se le dibujó una sonrisa, como el niño al que le traen los reyes el juguete preferido. El hecho de tener una habitación/estudio le abrió un horizonte inusitado. La estantería, que era el otro mueble del piso que se había quedado, estaba bastante bien conservada, solo bastaba darle una mano de barniz, eso lo haría él por su cuenta, y la usaría de biblioteca, allí pondría sus libros. Así hizo un estudio a su medida.

Tenía por costumbre, cada tanto, abrir las cartas y leerlas, porque se regodeaba leyéndolas, fue entonces que un día se le ocurrió, en una hoja aparte, comenzar a hacer pequeñas anotaciones relacionadas con las circunstancias que habían incurrido durante el robo, una especie de historial, que él se oponía a llamar delictivo, porque él no se consideraba un delincuente. A partir de ese momento cada robo lo comenzó a registrar con una pequeña historia que luego con un clip adosaba a la carta sustraída, y que luego guardaba en la cajonera. Al principio eran pequeñas reseñas con fecha, hora y la principal circunstancia que había acompañado el robo, pero más adelante comenzó a aficionarse a contar verdaderos relatos que comenzaban desde que salía de su casa por la noche para realizar el atraco, hasta la vuelta a su morada, cuando ansioso y lleno de ilusión abría la carta y la leía. Contaba con el máximo rigor y con todos los detalles las incidencias que se producían antes, durante, y después del robo. A veces la presencia de personas en los alrededores, o en la puerta de la casa de algún vecino, le retrasaba la hora de hurgar el buzón, otras veces cuando estaba a punto de introducir la mano por la abertura aparecía alguien por la esquina más cercana que lo obligaba a abortar el plan, otras veces era en la misma morada que se encendía la luz de una ventana, y esto lo atemorizaba y le hacía desechar la intentona. A veces, aun siendo un buzón accesible, estos imprevistos lo forzaban a aplazar la tentativa y dejarlas para otro día. Y todas estas cosas las relatava con sumo detalle. Trataba, cuando escribía, recordar todos los pormenores, por

insignificantes que fueran, y los apuntaba con una minuciosidad increíble. Al principio escribía la hora en que emprendía la aventura y la hora de llegada a su casa, pero luego se fue haciendo más quisquilloso con estas cuestiones del tiempo y la cronología, y a medida que se sucedían los acontecimientos del robo, él intentaba rememorar la hora y los minutos: «Ahora son las 12,10», —decía, que era el momento en que estaba violentando el buzón—. Luego cuando tenía la carta en sus manos volvía a mirar la hora: 12,15, decía «Me llevó 5 minutos, está bien» —se repetía—. Y estas cifras intentaba recordarlas para apuntarlas en el informe, pero después no acertaba a evocar con exactitud la hora y los minutos, y le resultaba insoportable esta inseguridad en las anotaciones recogidas en su cabeza, estas dudas en los números, así que comenzó a hacer las incursiones con un bolígrafo y una libretita donde anotaba los tiempos de los acontecimientos más importantes de la noche del robo. Luego, esa misma noche, para evitar que se le olvidaran otros detalles menores, en la intimidad de su departamento, escribía la historia.

Como debía contar con su trabajo verdadero, el de la fábrica de dulces y mermeladas, que lo comprometía a levantarse por la mañana muy temprano, y como su cometido lo practicaba por la noche, el tiempo que podía dedicar a estos menesteres era más bien escaso. Los viernes y los sábados era cuando más libertad tenía para entregarse hasta el límite del libertinaje, ya que al otro día no tenía obligaciones, por lo que se convirtieron en los días más importantes y ajetreados de su agenda particular. Los esperaba con fruición, y la motivación era muy distinta al resto de los congéneres, porque además, él no era ni de fiestas ni de bailes, y tampoco tenía amigos íntimos con quien compartir el tiempo. Por no compartir, ni siquiera compartía el tiempo con otros hablando por teléfono, porque nadie lo llamaba, y porque él tampoco tenía nadie a quien llamar. Digamos que el teléfono era en el departamento un elemento decorativo más que otra cosa. Su casa era visitada muy de vez en cuando por algún compañero, generalmente de la oficina, que por alguna cuestión específica relacionada con el trabajo iba por allí. Así es como pasaba los días, en hacer las compras de la semana, cenar, leer, ver los informativos por la televisión, alguna película, y luego, lo que más le atraía era la visita a su estudio: repasar cartas archivadas, observar con atención en un mapa que tenía de la ciudad los sitios por donde había pasado, —marcaba la ubicación de la casa del buzón violado con un círculo rojo—, y muy importante, los lugares donde tenía programada una incursión, —estos los marcaba en lápiz—. Era escrupuloso en estas cuestiones, jamás repetía barrios ni calles por miedo a ser descubierto. Asaltado un buzón pasaba inmediatamente a otra

área, a otro barrio. Para elegir la nueva zona primero ubicaba la barriada elegida en el plano que tenía en su estudio, clavado en la pared al lado del escritorio, luego por la tarde después del trabajo se movilizaba hasta allí y en horas de sol verificaba personalmente la zona, estudiaba de manera personalizada los buzones más vulnerables, las calles menos transitadas, la disposición de las farolas que durante la noche lo pudieran delatar, el movimiento de personas dentro del área escogida, y de la presencia de bares y restaurantes cercanos que pudieran permanecer abiertos hasta tarde. Luego visitaba la zona por la noche, apenas anochecía ya se acercaba al lugar, y mientras paseaba distraídamente, estudiaba, ahora sí con más atención, la casa del buzón elegido, la hora que apagaban las luces sus moradores, momento en el cual él podía comenzar a operar, y también la circulación de gente que había por la calle a esa hora. Se fijaba muy bien cuándo cerraban los negocios, y los bares cercanos si los había, y todo lo anotaba en su libretita. Después de un estudio detallado de la situación, elegía la casa donde cometería el atraco. Demás está decir que el estudio del propio buzón era de vital importancia, como ya sabemos, conocía todas las marcas del mercado y sabía perfectamente cuáles eran los más asequibles o por el contrario cuáles presentaban mayores dificultades para el abordaje. Luego, ya en su casa con todos los datos reunidos y estudiados, fijaba un día para la incursión, que necesariamente era un viernes o un sábado, no solamente porque tenía más tiempo para hacer su trabajo con tranquilidad, sino que luego de terminado el saqueo gustaba ir de copas a festejar y saborear el éxito de la misión cumplida. Porque a la excitación que le embargaba desde que se ponía en marcha, —cuando salía de su departamento, la llegada a la zona, el merodeo por los alrededores, la decisión de dirigirse al buzón en el momento oportuno, el posterior abordaje, la sustracción de la carta y el salir disparado, huyendo veloz del lugar—, le seguía un estado de euforia que difícilmente lo conseguía con ninguna otra actividad. Desde luego, en la planificación del atraco también estaba preparada la huida, para ello dejaba el auto a una prudente distancia, y luego, después de asaltar el buzón se alejaba dando un rodeo, para evitar cualquier seguimiento, «por si acaso...», —decía él, mirando a un lado y al otro, con cara de distraído—, y una vez que llegaba al coche, antes de abordarlo, observaba muy bien a izquierda y derecha, y si el terreno estaba libre de peligros, subía y se alejaba. Pero nunca iba a su casa. Le gustaba festejar la victoria, por eso en estos casos siempre se encaminaba a los bares de copas ya conocidos por él. Pero si en el análisis que había hecho previo al robo había localizado algún bar nocturno en el perímetro del atraco, —aunque



nunca demasiado cerca de la casa en cuestión—, solía dirigirse primeramente allí, ahí brindaba por el éxito conseguido, porque nada le daba más placer que celebrar su particular festejo en territorio ajeno. Era una sensación de soberbia de la que no se podía sustraer y que él recreaba de una manera particular. Permanecer en los alrededores pavoneándose y brindando por la victoria le suponía un gozo y una alegría inusitados. Por eso en estos casos, cuando se había alejado lo suficiente del buzón atracado, aminoraba el paso, y se llegaba con mucha complacencia al bar cercano que ya tenía señalado. Entonces se transformaba. Era un cambio rotundo de su personalidad. Ya no era el Paulino tímido y condescendiente de la oficina. Ahora era el hombre firme y seguro de sí mismo que se disponía a brindar por el trofeo conseguido, ese que llevaba como un premio en el bolsillo interior de la chaqueta. Con paso firme pero mesurado abría la puerta del bar con cadencia de artista en pleno rodaje, después entraba, y luego de dar dos pasos se detenía, medía con mirada fría la escena: la barra, las mesas, las sillas ocupadas, los clientes, algunas parejas, envueltos cada uno entre volutas de humo y en sus propias convicciones. De pie, desde la entrada los observaba de una manera superficial, con esas miradas que ven pero que no se detienen en nada en especial, miraba como a través de una nebulosa, se imaginaba quitándose el sombrero y abriéndose el abrigo a lo Humphrey Bogart, con el cigarrillo colgando de la comisura, mientras seguía observando el ambiente, entre humo y olor a alcohol. Se sentía un héroe. Luego, camino a la barra, se sentaba, clavaba los codos y dirigía la mirada al infinito, mientras esbozaba una media sonrisa mezcla de felicidad y esa sensación de omnipotencia que lo embargaba; entonces llegaba el camarero, y era en ese momento, que con voz gruesa inventada, gastada por el tabaco y la mala vida de los bajos fondos, le pedía un Gintonic, «¡Con mucho hielo!», —decía—, fingiendo una ronquera que no tenía y mirando al más allá, como despreciando todo y a todos. Así se quedaba, entre sorbos de alcohol y caladas profundas, sin intercalar ninguna palabra con nadie, como si no necesitara más que estar encerrado en su propio delirio. Cuando exhalaba el humo miraba a través de él y entrecerraba los ojos, mirando sin ver, actuando más que viviendo una realidad ficticia que él había sabido muy bien construir. Cada tanto y de manera disimulaba metía la mano en el interior de la chaqueta y tocaba la carta sustraída, más que tocarla la acariciaba, con la punta de los dedos, de manera suave, y esto le producía un estado de euforia indescriptible, una cierta excitación, que se iba repitiendo y que iba aumentando a medida que reiteraba los tocamientos. Porque después de sobarla y toquetearla retiraba la mano, tomaba un trago de Gintonic, encendía

un cigarrillo, y así se pasaba un rato entre tragos y caladas hasta el próximo toqueteo. Era como un juego, una rueda que no se detenía porque trago, calada y tocamiento iban unidos como una sola acción. Al principio la excitación era pasajera y se refería a algo muy ambiguo y fugaz, que no trascendía más que a la simple dicha por el contacto con la carta, pero luego, a medida que el juego carta/sorbo/calada se repetía la excitación iba a más, y era cuestión de girarse y fijar su mirada en algunas de las mujeres que allí estaban que mostrara sus muslos, o que de su escote asomasen dos pechos turgentes, para que se desatara en él una agitación que le exacerbaba sus deseos sexuales. Ese era el momento que pedía su cuenta, pagaba, y se dirigía con su auto a los bares de copas y prostitutas a los que solía concurrir, donde recalaba cada sábado o cada viernes, después de la aventura que significaba para él ese viaje al fisgoneo de las vidas ajenas. «El Neón» y «La Perla». Esas eran sus casas de citas más frecuentadas, allí se pavoneaba un poco entre las rabiosas meretrices que bien lo atendían porque lo conocían y sabían que pagaba bien. Además no era un tipo conflictivo, más bien al contrario, solía tener buena relación con las «chicas», como él las llamaba, porque escuchaba complacido sus cuentos y lamentos, por la vida que llevaban, por desamores pasados y nunca más encontrados, por eso se producían auténticas confesiones que él desde su mundo las complacía prestándoles atención. Ya se sabe, la vida de este submundo no es como la gente imagina, porque detrás de las risas, el alcohol y el desenfreno, se dibujan seres complejos llenos de necesidades y paradojas, porque había que verlas luego por la mañana haciendo las compras en el mercado, mezclándose con el resto de la parroquia como una más. O yendo a la mercería de la cortada de la esquina por necesidad de una cinta de satén o alguna tela que le hacía ilusión. Y allí, en su bar de copas, después de tomarse su segundo Gintonic, elegía una y se la llevaba a su piso. Así culminaba el fin de semana Paulino, soltero empedernido, responsable empleado de oficina, hombre de pocos amigos, y enfermo de una compulsión obscena por los buzones.

# CINCO

---

Cuando empezó a escribir los informes, que los adosaba con un clip a la carta sustraída, los guardaba en la cajonera que hacía de archivo. Explorar en la cajonera/archivo y ponerse a releer las cartas sustraídas, y luego el informe, con los pormenores que habían rodeado la sustracción, la huida, el festejo en sus bares de copas, la vuelta a su casa con la prostituta de turno, todo esto lo satisfacía de sobremanera, porque era el producto de muchos anhelos y mucho trabajo, y porque constituía el principio y el fin de su obsesión. A partir del momento que comenzó a hacer informes el delirio por profesionalizar su actividad se convirtió en el centro de su interés. Después de mucho meditar concluyó que debía poner en carpetas separadas las cartas-informes si quería darle más seriedad a su trabajo. Por eso, una tarde que volvía de la oficina se metió en una papelería y compró unas carpetas muy simples de cartulina amarilla donde pondría el conjunto, que sería archivado como siempre, en la cajonera/archivo. La idea de encarpetar la carta y el informe le dio una mayor formalidad a su cometido, porque él, si bien tenía bien ordenadas las cartas-informes en la cajonera, estas estaban sueltas, en un desorden «ordenado», pero sueltas al fin, y todo esto no lo llegaba a conformar plenamente. Por eso la idea de las carpetas elevó el estatus de su profesión de robacartas; ahora daba gusto abrir su cajonera y poder observar en orden las carpetas. Fue entonces que a partir del momento que comenzó a usar las carpetas, se le disparó la imaginación. Lo primero que se le ocurrió fue titular cada una de ellas con la dirección de la casa sustraída y la fecha del robo, en principio por no dejarlas en blanco, por el aspecto inexpresivo que transmitían, y él era todo un profesional, y porque además, ambos datos facilitaban la búsqueda de tal o cual carta-informe. Sin embargo al poco tiempo esto no le fue suficiente, y reflexionó que en ellas debía constar algo más que la fecha y el sitio, debía tener un título, un calificativo, algo que pudiese dar una idea general del contenido, o mejor dicho del informe, algo como para orientarse a la hora de buscar. Después de mucho meditar, llegó a la conclusión que el «momento de la acción», —que era cuando junto al buzón, palpitante el corazón, introducía la mano por la abertura y sustraía las cartas, y luego, ayudado con la linterna, separaba las inservibles y se quedaba con las preferidas—, debía denominarla con un título. Por eso, después de esta reflexión, no le costó mucho pensar que el título tendría que ver con la

«dificultad» que entrañaba el hurto, y así lo debía encabezar. Podría ser por ejemplo, una palabra que sintetizase los inconvenientes que había encontrado cuando estaba en plena acción, y fueron estos pensamientos los que finalmente dieron en el clavo, porque se decidió por fin titular las carpetas con la palabra «Dificultad Acceso», y según los inconvenientes que hubieran acaecido, podía calificar numéricamente las dificultades, podía ser por ejemplo del 0 al 10, siendo, según su pensamiento, «Dificultad acceso 0» cuando la acción no observaba ningún inconveniente, y «Dificultad acceso 10», cuando esta fuera máxima. Una Dificultad Acceso 7 por ejemplo, sería cuando hurgando en un buzón, apareciera alguien por la misma acera donde él estaba intentando robar, que lo obligaba momentáneamente a desistir del atraco, aunque luego de pasearse un rato por el barrio haciéndose el distraído, volvía nuevamente a la casa hasta por fin concretar el robo, y una Dificultad Acceso 10 sería la máxima puntuación, y por supuesto llevaba implícita la máxima complicación; por poner un ejemplo real: el caso aquel que, estando en plena acción, se encendió la luz de una ventana de la casa donde estaba procediendo, y alguien salió por la ventana y empezó a gritar: «¡¡¡Qué está haciendo Ud!!! ¡¡¡Voy a llamar a la Policía!!!», esa vez se vio obligado a salir disparado, lo recordaba muy bien por el susto que se llevó, esa noche después de correr varias calles y llegarse hasta el coche terminó en un bar donde todo alarmado y excitado se pidió un whisky doble para relajar la tensión, y ese día tuvo que desistir del robo, teniéndolo que dejar para la próxima semana.

Y todo esto que meditaba era para darle más seriedad al trabajo. Luego debajo del encabezamiento «Dificultad Acceso» pondría la dirección de la casa atracada, y la fecha. Así se imaginaba que lo haría la policía, el FBI, los investigadores en general, y si esto era así, ¿por qué no él? Sin duda Paulino estaba más loco que nunca, porque nunca nadie había llevado tan lejos, tamaña obsesión.

La vitrina no estaba en el departamento cuando decidió alquilarlo. Pero un día que estaba paseando por la ciudad sin rumbo fijo, —era un relumbrante día de primavera y la brisa suave y tibia le destilaba sensaciones placenteras, por eso caminaba feliz en su soledad—, cuando de pronto la vio, estaba imponente en el escaparate de una casa de antigüedades, y fue como un amor a primera vista, quizás porque el día era especialmente esplendoroso y él se sentía embebido de tanta felicidad, pero lo cierto es que se la quedó mirando, absorto e impresionado por el carácter del mueble, que sin ser rococó pegaba justo con el escritorio estilo inglés que había comprado, y porque se puso a conjeturar, en su locura de fantasear constantemente, que allí podría exponer

objetos, sin saber a ciencia cierta a qué objetos se refería, porque la verdad, no había quedado atrapado del mueble por la utilidad que este le pudiera dar, eso era lo de menos, le había llamado la atención su belleza, y se lo imaginó haciendo juego con los otros muebles que con mucha dedicación había ido adquiriendo y restaurando, obviamente la vitrina iría destinada al estudio, como él lo llamaba, completaría un espacio que a él se le ocurría vacío y que debía terminar por rematar, para que este resultase por fin acabado. Paulino no entendía de antigüedades, para él una antigüedad era simplemente algo viejo e inútil que algunos tontos con dinero lo dedicaban a malgastarlo. Por eso nunca se detenía a mirar con atención estas «casas de cosas viejas», y esa vez no fue distinta a las otras, simplemente el mueble era demasiado grande para el escaparate en cuestión, y resaltaba desmesurado por encima de los otros objetos que se exponían, por eso le llamó la atención y lo miró al pasar, al principio de manera descuidada, pero luego se detuvo, digamos que volvió sus pasos, y cuando lo tuvo de frente, quedó cautivado, de eso se trataba. La vitrina era de madera noble, muy lustrosa y de barniz brillante, evidentemente había sido restaurada con mucha dedicación y con mucho celo, porque aun siendo un trasto viejo, estaba como nueva. Tenía por delante dos puertas acristaladas con herrajes dorados que dejaban ver unas estanterías de vidrio grueso biselado; por encima de las puertas, una solapa de madera repujada en forma de arabescos le proporcionaba carácter, y abajo, en el tercio inferior, unas puertitas de madera con llave, le daban al mueble una calidad exquisita que hacían de la pieza un objeto de deseo para el pobre Paulino. Permaneció así un momento mientras le daba vueltas en la cabeza la posibilidad de hacerse con él, aunque deducía que el precio sería prohibitivo. «Las antigüedades siempre son caras», se dijo Paulino. Por fin se decidió entrar y preguntó.

—¿Es Ud. el dueño?,

—Sí señor, dígame Ud., —le contestó diligente el comerciante, que algo panzudo y muy bien vestido, con corbata, y atusándose el bigote, lo atendió.

—Mire, quiero preguntar por la vitrina que tiene en la vidriera.

—¡Ah!, sí, veo que Ud. es un entendido; mire, se trata de una pieza única de principios de siglo, está restaurada como verá, y la verdad, está como nueva.

Cuando le dijo el precio no estaba equivocado, el mobiliario en cuestión era efectivamente caro, sin embargo no tanto como él suponía, por lo tanto relativamente asequible, claro, debería hacer cuentas, porque tenía otras necesidades de las cuales algunas no podía evitar, había sido invitado a la

boda de un compañero de trabajo, debía hacerle un buen regalo, y no podía quedar mal, además estaba planificando un viaje a Brasil, de vacaciones, las necesitaba, hacía mucho tiempo que no salía de la ciudad, y además tenía otras intenciones para mejorar el confort de su casa, si quería la vitrina tendría que renunciar a algo. Se quedó pensando y le contestó que se lo pensaría. Aunque no le gustaba regatear, —nunca se vio con genio para asumir este punto—, sin querer había dado la puntada que hizo picar al comerciante, que lo que más deseaba, como es lógico, era vender el objeto en cuestión, así que de inmediato este le soltó:

—Mire, si es por el precio lo podemos arreglar, no hace falta pagarlo todo de una vez, lo podríamos hacer en dos o tres pagos en diferido, y si lo paga al contado podemos ver de hacer alguna diferencia.

Mientras esto decía, el comerciante miraba de soslayo a Paulino, que tenía dirigida la mirada a la vitrina, que ahora desde dentro del negocio veía la parte de atrás del mueble en cuestión; se acercó despacio a él y estiró la mano, rozó el mueble con los dedos y descubrió algunas imperfecciones, y se lo indicó:

—Mire, Ud. disculpe, aquí no ha sido bien pulida la tabla, —y la siguió mirando y estudiando—, y aquí en esta pata de atrás le falta un trocito de madera, no es por nada, pero...

—No se preocupe mi amigo, eso todo tiene arreglo, piense que es un mueble muy antiguo, y se lo repito, creo que podemos llegar a un arreglo. El comerciante cada vez veía más cerca la posibilidad de la venta del mobiliario, no se le había escapado el verdadero interés que tenía el tipo en cuestión, pero suponía que estaba ante alguien que sabía de lo que hablaba, y por encima de todo, pensaba que era de esos tipos que regateaban con sabiduría, sin necesidad de ir al grano pidiendo un descuento, como tantas veces le había ocurrido y a los que aborrecía por encima de todas las cosas. «No, este señor, además de ser un entendido en antigüedades, me está regateando sin nunca haber mencionado que le rebaje el precio, es inteligente», cavilaba el comerciante que cada vez iba sintiéndose más interesado por la personalidad disimulada del perspicaz interesado.

—Así y todo me lo voy a pensar, —le contestó Paulino con cierto desinterés, sin pensar que para el tendero esto significaba ni más ni menos que volver a tirarse un farol para continuar de manera subrepticia, con el regateo, regateo que nunca había existido en realidad, porque Paulino estaba muy lejos de regatear algo. La verdad era que debía hacer cuentas, ver qué

cosas de las que tenía planificadas deseaba, para hacer frente al precio que le había dado por la vitrina, de más está decir que suspiraba por hacerse con ella. Pero la personalidad de Paulino, un poco parco en demostrar sus emociones, lo hacían inaccesible al pobre tendero, que creía firmemente en las cualidades del comprador. Este, lo que más deseaba era liquidar el mueble al primero que preguntase por él, y no era porque no valiera su precio, porque era cierto que era de principios de siglo y además había sido restaurado con esmero. «¡Ah, lo voy a agarrar al que lo restauró y le voy a tirar de las orejas! ¡Dejar sin pulir la tabla de atrás! ¡Y el trozo de madera que le falta a la pata! ¡Ya no se puede confiar en nadie», discurría el comerciante que se lamentaba de esos pequeños yerros del restaurador que lo obligaban a hacer rebajas y descuentos que no entraban en sus planes, y además se autoculpaba, por no haber examinado con mayor cuidado cuando recibió el mueble recién restaurado. Entonces le volvió a soltar una nueva oferta:

—Mire, le voy a hacer una propuesta muy buena para Ud. Es que veo que Ud. está deseoso de obtener esta joya, y yo, claro, por supuesto que yo, en mi condición de dueño de este negocio de antigüedades, lo que quiero es vender, ese es mi trabajo y mi ambición, pero le voy a decir una cosa, cuando veo alguien entendido en la materia, como es el caso suyo, —Paulino no salía de su asombro—, que anhela comprarme alguna antigüedad, que además sé, que le va a sacar más provecho que cualquier otro que se presente aquí a comprarlo sin tener idea de lo que compra, se lo digo porque como experto en este negocio, a veces vienen y se llevan joyas, verdaderas joyas, solo por un capricho, créame, ¡solo por capricho!, ¡sin entender nada de antigüedades!, y vendérselo a Ud. también me hace dichoso a mí. Esta venta para mí tiene un doble provecho, por supuesto mi ganancia, que con la oferta que le voy a hacer ahora, no será mucha, y la otra es saber que se lo vendo a alguien que sabrá valorar lo que se lleva. Créame, mire, le voy a quitar un diez por ciento, más no puedo hacer porque entonces perdería dinero. —Eso sí que era mentira, él la había comprado por un módico precio a los nietos de un abuelo que había fallecido hacía poco tiempo; cuando desalojaban el piso de trastos viejos donde el abuelo vivía, casi recordaba cuando les dijo, refiriéndose a la vitrina en cuestión: «Miren, creo que me la llevo y les hago un favor, así vacían este piso lleno de trastos»—. Y así se la llevó por dos monedas, una vitrina destartada que ahora después de restaurada era una pequeña joya.

Cuando Paulino escuchó de boca del comerciante la nueva propuesta ya no lo dudó. Le entregó una seña y quedaron para el día que el tendero se la haría llegar al departamento, lógicamente después que el dueño se comprometiera a

reparar la tabla de atrás del mueble y reponer el trozo de madera que faltaba. Ese día Paulino se fue saltando de alegría de la tienda de antigüedades. Si tenía que renunciar a sus vacaciones en Brasil se daba por bien pagado. La vitrina era preciosa, y ya se encargaría él de llenarla de objetos.

Cuando los portadores de la casa de antigüedades se la trajeron la hizo poner al lado de la cajonera, la tendría, igual que la cajonera, detrás de él. Al verla instalada, se quedó extasiado viéndola. Tan portentosa, con los cristales de las puertas tan translúcidos, sin ningún defecto, los laterales y los bordes de madera noble muy bien tratados y abrillantados, los herrajes dorados que brillaban como el oro, tocó la tabla de atrás, estaba pulida y pudo ver que había sido barnizada también, y la pata había sido reparada. Por eso no pudo menos que suspirar, y estiró las manos al mismo tiempo que comenzó a acariciar el mueble, con mucho cuidado, por miedo a mancharlo. «Me debo lavar las manos antes de tocarlo», pensó enardecido Paulino. Se retiró dos pasos para observarlo con una cierta perspectiva, luego se llegó hasta la misma puerta del estudio para tener una idea del conjunto que había armado, con la cajonera, el escritorio y la silla de oficina, y se dijo que era casi perfecto. Así de satisfecho estaba Paulino aquel sábado por la mañana cuando le trajeron el mueble y se quedó extasiado observándolo.

La primera observación que se hizo fue que no se le ocurría con qué rellenar las impolutas estanterías de vidrio que asomaban vacías reclamando algún adorno, algún objeto que justificaran su existencia. Así que esta observación le comenzó a inquietar y a ocupar un lugar en su monótona vida de oficinista que solo rompía cuando decidía el robo de algún buzón. Y así pasaban los días, con la vitrina vacía, y él cada vez más pensativo por el uso que le iba a dar. Llegó a pensar que podría hacerse aficionado a las antigüedades e ir colocando pieza por pieza a medida que iba comprando, pero luego desechó la idea porque las antigüedades eran costosas, y en realidad a él nunca le habían llamado la atención.



# SEIS

---

Recién anohecía en la ciudad, y los coches y la gente se batían desesperados a esa hora de la tarde, porque se terminaba la jornada laboral y cada uno se aprestaba a concluirla, algunos prestos a sus moradas, otros hacia algún bar del centro a tomar las últimas copas del día. En ese preciso momento en un barrio desapacible de las afueras, Paulino tenía localizado el buzón que esa noche atacaría. Era uno de esos que se le daba bien, de abertura ancha y poco fondo. Con la habilidad adquirida, metía media mano y sus largos dedos conseguían tocar, no sin cierta dificultad, los sobres que estaban más arriba, y se apropiaba de ellos, aunque casi siempre dejaba algunos abajo, porque no llegaba a todos, las cosas no eran como «antes», ya no era un adolescente, ni un estudiante, y la edad no perdonaba, y poco a poco la mano acompañando al crecimiento de su cuerpo dejó atrás la gracilidad de antaño. Y él estiraba y estiraba los dedos para asir la mayor cantidad posible pero generalmente era inútil, siempre le quedaban algunos sueltos en el fondo. Era en ese momento, dada la configuración especial de sus manos y sus dedos, cuando tenía la sensación de que de tanto estirarlos para asir las cartas, con el tiempo estos se le habían ido alargando. Por esa razón en su casa ejercitaba, una especie de entrenamiento, que consistía en extender con rapidez y al máximo todos los dedos de ambas manos al mismo tiempo, luego los flexionaba muy lentamente, y luego otra vez, ¡zas!, los estiraba de golpe, lo máximo posible, y otra vez la flexión pausada, después el estirón nuevamente, y así durante un rato; una práctica que dedicaba cada tarde y durante el día siempre que tenía la oportunidad, en la creencia ilusoria que realmente estos se alargaban. No era raro verlo caminar yendo al trabajo con las manos en los bolsillos y él, estirando y flexionando los dedos de manera disimulada para no llamar la atención de semejante estupidez. En su casa, después de la práctica, extendía la mano, se la miraba al trasluz, y le daba la impresión de que, algo, algo..., se habían estirado. Cuando los dedos acusaban el cansancio por el ejercicio que se imponía y comenzaba a sentir una cierta molestia entonces lo dejaba, y era después, con una crema para masajes que compraba en una farmacia del barrio, que se los frotaba, dedo por dedo, masajeando hacia fuera, o sea de la palma hacia la punta de los dedos, con tesón, con mucho esmero, siempre con la intención de provocar un estiramiento que solo él creía ver, porque después de los masajes se volvía a mirar la mano al trasluz,

con los dedos extendidos, y entonces asentía con la cabeza, y se decía estúpidamente, «Creo..., creo..., que poco a poco se estiran cada vez más...».

Esa noche que salió a «buzonear» la casa que tenía señalada, reparó, por primera vez, téngase en cuenta, —por primera vez—, en la plaquita identificatoria que tienen casi todos los buzones, donde figura el nombre y apellido del dueño de la casa y que siempre le habían pasado desapercibidas, vuélvase a tener en cuenta, —que siempre le habían pasado desapercibidas—. Entonces se le ocurrió la maravillosa idea, —luego él diría que había sido una idea maravillosa—, de apoderarse además de las cartas, también de la placa identificatoria del buzón, sería algo más que aportar a la carta sustraída, y allí estaba lo maravilloso de la idea: la expondría en la vitrina, «¡Por fin la vitrina tenía un motivo real y emotivo que justificaba su sitio en el estudio!», —pensó lleno de ilusión. Se imaginó colocando en ella luego del atraco las placas de los buzones asaltados, una especie de trofeos de guerra, y esto le causó una gran impresión, fundamentalmente porque había dado en el clavo, le había encontrado a la vitrina al fin un cometido, un sentido, y además, relacionado con su trabajo, o con su profesión, como él gustaba decir. Esa noche, aunque intentó sin éxito, con las uñas, con las llaves de su casa, con la punta del bolígrafo que siempre llevaba, retirar la placa en cuestión, no lo consiguió, no tenía ninguna herramienta útil para la ocasión, tenía que pensar que a partir de esta novedad, cuando saliese a asaltar un buzón tenía que provisionarse de algún tipo de utensilio, podría ser un destornillador, alguna cuchilla, quizás le vendría muy bien un pequeño alicate, pero se conjuró volver al día siguiente, también por la noche, armado con las herramientas necesarias para apropiarse de la placa en cuestión. Esa noche, cuando maravillado por la idea que había tenido llegó a su casa, lo primero que hizo fue dirigirse a su estudio y contemplar la vitrina, le había encontrado una utilidad, y eso lo colmaba de felicidad, porque a partir de ahora esta tenía una función definida, sería como un expositor de sus hazañas, algo así como un pequeño museo donde se exhibirían sus trofeos, ligados indefectiblemente a las cartas sustraídas. Él podría observar una placa y en la medida de lo posible recordar los pormenores de la sustracción, o mejor aun, buscar en la cajonera la carpeta que correspondía a dicha plaquita, y allí leer exhaustivamente toda la reseña, para regodearse con su lectura, cosa que hacía con frecuencia, cuando disponía de tiempo libre y no tenía otra cosa que hacer. Reflexionó sobre esto porque meditó que con el tiempo quizás las plaquitas aumentaran en número, al igual que las cartas apropiadas, y pudiera ocurrir en algún momento tener dificultad para encontrar la carta correlativa en la

cajonera/fichero, esta reflexión lo dejó pensando, y dedujo que cada plaquita expuesta en la vitrina debía estar identificada con un número, número que anotaría también en la carpeta amarilla, de esa manera sería fácil identificar la ficha que le correspondía a tal o cual plaquita. Viéndolo así, el número iría en el ángulo superior derecho, comenzaría por el 001, luego el 002, y así sucesivamente, y completaría el resto de la carpeta con la Dificultad Acceso, la fecha y la dirección de la casa. De esta forma no tendría que rebuscar en la cajonera las fichas una por una hasta dar con la que coincidía con la placa, esto le simplificaba las cosas, y cuanto más incidía en estos pensamientos más se alegraba porque llegaba a conclusiones, todas prácticas, que lo único que conseguía era facilitarle el trabajo y hacerlo aun más serio, más competente. Inmediatamente llegó a la conclusión que la cajonera no era el sitio ideal donde guardar las fichas, porque si bien él las tenía muy bien ordenadas, pensó, con buen criterio, que lo suyo era comprar un fichero, como los de la oficina que él manejaba con asiduidad, y clasificaría las fichas por fechas. Las cartas de sus primeros hurtos, que él las guardaba como si fueran una reliquia, una verdadera antigüedad, no tenían informes, eran de la época de su niñez y de su juventud, cuando iba al primario, al secundario y después a la facultad, a todas estas las clasificaría en una sola carpeta que pensaba titular, «Infancia y Juventud», y allí dentro, lo más ordenadamente posible, todas las cartas de ese período, luego a partir de esa fecha, ya las iría clasificando año por año, porque correspondía a fechas donde ya viviendo solo en el departamento había aumentado considerablemente los robos y el número de cartas sustraídas, además por ese entonces había comenzado a hacer una reseña del acontecimiento del robo, y a estas las consideraba en un plano superior, y todas iban sujetas con un clip a la reseña, y ponía el conjunto dentro de las carpetas de cartulina amarilla. Este pensamiento lo dejó satisfecho porque por fin su empeño estaba tomando un camino verdaderamente profesional.

Esa noche estaba tan agitado al mismo tiempo que complaciente por las conclusiones a las que había llegado que se podría decir que no pudo dormir. Era casi de madrugada cuando finalmente, casi extenuado, pudo cerrar los ojos y sumirse en sueño profundo. Era sábado y no le preocupaba la hora de despertar, pero eran más de las doce cuando abrió los ojos porque lo desvelaron unos ruidos en la calle. Se asomó por la ventana y un sol estridente lo deslumbró. Un camión de mudanzas subía con unas escaleras mecánicas un mueble de un vecino del edificio. Cerró las ventanas y se fue al baño. Se aseó, y en la cocina se preparó un café.

El feliz descubrimiento de apoderarse también de las placas identificatorias había sido toda una novedad en su dilatada carrera de robar cartas en buzones ajenos. Motivado por este feliz descubrimiento su mente exploró nuevos horizontes, caviló y meditó que podría ir más allá. Si bien la sustracción de dichas placas a partir de ahora sería imprescindible, pensó, entusiasmado, que podría sumar otras piezas relacionadas con el atraco: podrían ser las placas de la numeración de las casas, generalmente eran placas metálicas esmaltadas en blanco con los números en azul y atornilladas a la pared, otras viviendas, queriendo los propietarios darle un toque personal, las habían cambiado por azulejos con el número de la vivienda pintado, había casas que tenían además una cerámica o un azulejo pegado a la pared con el nombre de la casa, «Casa Don Braulio» por ejemplo, otras decían «Cuidado con el perro», todas estas cosas podrían formar parte del contenido de la vitrina, claro que esto solo era posible siempre que se tratara de casas, porque en el caso de robar alguna carta en un edificio debía conformarse solamente con las plaquitas de los buzones, siempre y cuando el buzón en cuestión tuviera placa identificatoria, ahora que lo pensaba, le daba mucha indignación saber que muchos propietarios no se identificaban, eso le ocurría en su propio edificio, en donde ni siquiera él tenía la plaquita correspondiente. Esto le produjo una gran irritación y comenzó a despotricar contra esa gente que no se tomaba en serio el anunciarse como corresponde en la puerta del edificio, sin contarse que él mismo no estaba identificado; pero él tenía sus razones, por eso no lo hacía, no le gustaban las visitas y siempre intentaba pasar desapercibido, así que de esta manera se supo autoexculpar. Robar en los buzones de los edificios en cierta manera constituía un contratiempo para Paulino, primero porque para acceder a ellos debía hacerlo en el propio hall, que era donde estaban todos los buzones juntos, la entrada principal solía quedar sin llave todo el día incluida la noche, pero el trasiego de gente, aun en horas nocturnas, le impedía trabajar con una cierta tranquilidad, por eso solía elegir edificios más bien pequeños, con poco movimiento de personas. Robar cartas en un edificio, aun pequeño, tenía su punto positivo, se encontraba con muchos buzones a la vez, y si eran asequibles, tenía donde escoger. Y todos estos pensamientos lo hicieron inmensamente feliz. Así fue como Paulino tuvo que aumentar los artilugios que normalmente llevaba encima para robar. La noche esa que volvió a la casa donde había de sustraer la placa identificatoria llevó un pequeño destornillador, ya había visto que solo estaba encajada con dos pequeños tornillos, «Y eso era pan comido», —se dijo. Luego vuelta a su casa colocó la plaquita en la vitrina, fue todo un acontecimiento, porque era el

primer trofeo y merecía un pequeño festejo, por eso se abrió un botellín de cerveza y en el estudio, con la mirada fija en la vitrina, levantando el botellín al mismo tiempo que daba un trago, brindó con ella largando un sentido «¡chapeau!». Era feliz Paulino esa noche que comenzó a diagramar con más atención los próximos pasos a dar. Era evidente que los bolsillos de la chaqueta ya no serían suficientes para llevar todo el material que ahora necesitaba para los buzoneos. A la linterna, la libretita y el bolígrafo, se le unirían un par de destornilladores de distintos tamaños, un pequeño martillo y una cuchilla, además de una tenaza no muy grande. La cuchilla la iba a necesitar para despegar los azulejos, fundamentalmente para incidir en los bordes al principio, luego allí encajaría el destornillador y con pequeños golpes dados con el martillo lo iría despegando con suavidad, cosa de no romperlos. Una tenaza sería apropiada, porque si bien no le daba una utilidad específica, siempre en algún momento se necesitan. Debió si acomodar todo en un bolso tipo deporte o bien en un maletín donde también, de manera ordenada, podría meter los nuevos enseres. El lunes por la tarde, en una ferretería compró una selección de destornilladores de distintos tamaños, un martillo no muy grande, una cuchilla, y una tenaza no muy grande. La idea del maletín, si bien en un principio le atrajo de sobremanera, porque se vio como un ejecutivo marchando ufano a su trabajo, terminó por desecharla, le resultaría incómodo para el cometido que tenía que realizar, además podría despertar sospechas, o peor aun, faltaría que algún ladronzuelo, viéndolo de noche, en soledad, y con un maletín, atisbase la posibilidad de un buen botín. La bolsa de deportes no lo terminaba de convencer, la imaginaba innecesariamente grande para lo que él debía portar. Se dispuso hacer el día siguiente un paseo por las calles céntricas y comerciales de la ciudad, allí se le despertarían las ideas y hallaría lo que necesitaba. Así fue como al otro día por la tarde, después de la oficina, se acercó a una tienda de bolsos y maletas de viaje, y encontró lo que esperaba. Era un pequeño bolso que podía ir colgado al hombro, tipo bandolera que le llaman, obviamente compró la mejor, de cuero, y tenía divisiones en el interior, que le venían bien para separar las herramientas, además por fuera un bolsillo le permitiría tener muy a mano la libreta y el bolígrafo. La linterna, la seguiría llevando en el bolsillo. A partir de este momento se hizo normal acompañar el hurto de las cartas con algún «recuerdo» de la casa. Se perfeccionó en el arte de hacer volar azulejos y cerámicas de las paredes: primero con la cuchilla rasgaba los cuatro bordes del azulejo, luego incidía en varios sitios con un destornillador plano mientras daba golpecitos con el martillo e iba haciendo palanca, así hasta que este

saltaba limpio, sin un mínimo daño. Así se llevó placas identificatorias y azulejos con distintos letreros. Generalmente se llevaba solo un recuerdo de cada asalto que hacía, o un trofeo, como él gustaba llamar, o era la placa, o el azulejo, por un lado porque no podía pasarse demasiado tiempo en el buzón hurgando, destornillando y martillando, porque las posibilidades que lo descubrieran aumentaban, y por otra parte, si se llevase todo lo que se le apareciese a la vista, hasta su vitrina al poco tiempo no daría abasto. Por esa razón cambiaba de barrio constantemente y hacía un estudio previo muy concienzudo antes de lanzarse al robo. Sin embargo, le ocurrió una vez que haciendo la prospección correspondiente en un barrio un poco coqueto de la ciudad, constató un buzón de una hermosa casa con jardín delante que le atrajo de sobremanera. Era uno de esos que nunca había visto en su vida, seguramente era importado, probablemente el capricho de la señora de la casa pensó, pero ese buzón era precioso. Más pequeño que los demás, tenía un formato distinto y atractivo, y estaba pintado de rojo, un rojo muy inglés, como el de las cabinas telefónicas de Londres que él las tenía vistas de revistas y folletos. En la cara anterior, debajo de la abertura, ponía POST, en letras mayúsculas y grandes, y en el lateral derecho, en la parte más inferior, en letras pequeñas haciendo relieve: «Made in England». «Lo que yo pensaba»—, se dijo sin más. Quedó hipnotizado al verlo, y pensó para sí, que lo quería para él. En una segunda ronda de reconocimiento, se detuvo de frente y lo estudió concienzudamente. Había llevado una cinta métrica, y midió la altura, el ancho y la profundidad del buzón, el tamaño daba, entraba en la vitrina. Estaba atornillado a un poste de madera por dos aletas laterales y otra por abajo, y vio que le sería muy fácil hacerse con él. Fijó para la noche del viernes la excursión al buzón rojo, —él ya le había puesto un nombre, le llamaba para sí, Buzón Imperial—, y ese viernes, pasadas las doce se dirigió raudo a su meta. Dejó el automóvil en una calle discreta y esta vez llevó un bolso de deportes, debía ser lo suficientemente espacioso como para portar el buzón, y dentro metió las herramientas que habitualmente usaba. Cuando llegó al lugar la calle dormía. Las ventanas de la vivienda estaban apagadas, y todo estaba dispuesto para que Paulino, que ahora se sentía muy excitado, pudiera entrar en acción. Sacó el destornillador del bolso y con más agitación de lo normal comenzó por destornillar las aletas de los costados. Cuando había concluido con una y estaba a medio desenroscar la segunda, un intruso giró en la esquina que tenía a la derecha y se dirigió hacia donde él estaba. Estaría a cincuenta metros. Inmediatamente suspendió la operación y metió el destornillador en la bolsa, se la colgó al hombro y se alejó. Dio la vuelta a la

manzana y volvió al buzón. No vio al individuo por ninguna parte. Eran las inseguridades de Paulino, que paranoico en este tipo de cosas, desde que había entrado en la adultez, extremaba al máximo las medidas de seguridad; quizás por ello durante tanto tiempo había logrado pasar desapercibido sin que lo descubrieran. Frente al buzón y de espaldas a la calle, ahora completamente desierta, iluminada a medias por los reflejos que llegaban del faro de la esquina, se dispuso a completar su trabajo. En esas estaba, con la bolsa de deportes colgada al hombro todavía y la mirada puesta en el buzón, cuando un coche policial con las luces azules del techo centelleando se le apareció a los lejos. Un temblor lo recorrió por dentro, se dio media vuelta y se puso a caminar, una vez más, alejándose de la casa. Si la policía lo paraba y le revisaba el bolso no tenía nada en particular que lo pudiera inculpar de algo, y él podría decir que era un simple obrero que llevaba sus herramientas en el bolso, pero también era cierto que despertaría sospechas, en ese caso averiguarían sus antecedentes y allí podrían ver que se trataba de un empleado que ocupaba un cargo superior en una empresa importante que se dedicaba a la fabricación de dulces y mermeladas. En este caso, ¿cómo explicar su presencia a esa hora de la noche, en una barriada lejos de su casa y con un bolso con herramientas? Todas estas cosas reflexionaba Paulino, con el miedo metido en el cuerpo, mientras el coche policial se acercaba cada vez más. Cuando las luces azules pasaron de largo mientras él de manera disimulada seguía su marcha sintió que le el alma le volvía al cuerpo. Siguió caminando y ahora más tranquilo se alejó del barrio. Cuando a lo lejos vio un cartel luminoso se dirigió a él. «Saint Tropez Cocktail Bar», decía. Entró y se sentó en la barra. Pidió un whisky y sacó un cigarrillo. Había pasado mucha tensión y se debía relajar. La música era suave, y una luz tenue se reflejaba en las paredes y también en la neblina de humo que impregnaba el ambiente; en la barra dos solitarios como él consumían sorbo a sorbo sus copas, en las mesitas con sofás había dos parejas muy ensimismadas en sus conversaciones. Se comenzó a distender y se tranquilizó. La noche había sido frustrante, primero el individuo que se le había aparecido por una de las esquinas, después el coche policial, con sus lucecitas azules, y ahora estaba en un bar, sin llegar exactamente a concluir qué haría a partir de ese momento, porque había dejado a medias el apropiarse de una joya que él deseaba más que nunca. La música agradable y el whisky hicieron su trabajo, porque a poco de estar allí comenzó a verse como en nube. Inconsciente de lo que su mente estaba concibiendo de pronto sintió unos deseos incontrolados por hacerse con el buzón, ese que él había ido a buscar. Eran los momentos críticos de

Paulino, cuando se saltaba todas las reglas de seguridad que él mismo se imponía, porque entraba en una fase de descontrol, y comenzaba a sentirse infalible, como aquella vez con el director de la empresa. Cuando iba por el cuarto whisky se le apareció la media sonrisa y la mirada de desdén. Ahora era imparable. Miró su bolsa de deportes, abrió el cierre, tocó y removió las herramientas, el ruido del chocar de los hierros le provocaron una sonrisa, acarició el destornillador, encendió otro cigarrillo y tomó la decisión: iría por el buzón. «Mi Buzón Imperial», —gritó en voz baja, y largó una carcajada. «¡La cuenta maestro!»—, le dijo sonriendo al barman. Y salió destemplado, avasallador; miró la hora, eran las tres de la mañana, el fresco de la noche lo sacudió, estaba lejos del auto y también del buzón. Pensó que le vendría bien despejarse un poco y siguió caminando, a paso ligero, bolsa de deporte al hombro. A medida que se acercaba, completamente excitado, al sitio donde debía apropiarse de su tesoro máspreciado, aminoró la marcha. Cuando llegó a la esquina pudo ver la calle a todo a lo largo, con las farolas encendidas haciendo hileras, una detrás de la otra, como colgantes navideños, interminables, fundida su luminosidad con la niebla nocturna. El panorama de noche y niebla decorada de luces simulaba un cuadro que se le antojó sublime para acometer el mayor robo que alguna vez había imaginado. Porque el hombre era solo un ladrón de cartas, y poco a poco había ido cada vez más lejos, dio el salto primero con las plaquitas, los azulejos, y algún que otro recuerdo más, pero ahora se trataba de un trofeo mayor, el buzón rojo inglés, el Buzón Imperial, como él lo había llamado. Estaba incontrolado. Anheloso e irradiante marchó ciego a su tesoro. El jadeo que desprendía era más por el delirio que acusaba que por haber caminado rápido y ansioso hasta la meta. El pulso acelerado y un sudor que le recorría las sienes le descubrían el lado flaco a Paulino, porque ahora ya no tomaba ninguna precaución, todo le daba igual, casi podría asegurarse a él mismo que aunque viese las luces azules de un coche policial tampoco se detendría; por fin llegó a su destino, tenía la joya ante sus ojos, se la quedó mirando en medio de la penumbra nocturna, la farola de la esquina destilaba unos pocos rayos de luz dándole al buzón una tonalidad entre rojo y rubí. Se sonrió de frente mientras permanecía como hipnotizado, había algo de sexual en la escena, porque hubiera arrancado de un manotazo el buzón, como se le arrancan las bragas a la amada cuando la pasión roza con la locura, así hubiera querido arrebatarlo del palo donde estaba anclado, tuvo un arrebató, porque en un momento de locura lo agarró con ambas manos y tiró con fuerza hacia afuera, mas este no cedió; enfurecido abrió el bolso y sacó el destornillador, lo acometió con dureza,



porque no tuvo compasión, temblando como estaba hincó la punta en el tornillo ya medio suelto y groseramente lo destornilló, estaba enceguecido; vio con regocijo que estaba casi suelto, le quedaba el tornillo de la aleta de abajo, lo arremetió con violencia, por el temblor no lograba acceder a la ranura, las gotas de sudor le recorrían la piel de la frente, de la nuca, de las sienes, cuando acertó a la ranura, con fuerza giró el destornillador pero el tornillo no se movió, lo intentó varias veces, ansioso, resoplando, mas no hubo forma. El buzón, solo agarrado por este ultimo tornillo de abajo aparecía desprendido por arriba y tumbado hacia adelante, como en una puesta en escena de rendición total, lo agarró con ambas manos, como si tomara la cabeza de su amada, y lo enderezó, esto lo hizo con dulzura, ahora se había tranquilizado, lo necesitaba, tenía que culminar la tarea, tenía que estar lúcido, se tenía que sosegar. Se agachó e iluminó con la linterna la cabeza del tornillo, había óxido, sería difícil, «Mas no imposible», —se dijo para sí, más confiado, más certero—. Empuñó el destornillador, esta vez embocó bien la ranura, empujó hacia adentro para que no cediera, y luego con la máxima fuerza le imprimió el giro para destornillar. Hizo un esfuerzo enorme, con los ojos entrecerrados y la mandíbula prieta puso toda la fuerza posible, comenzó a sudar otra vez, las gotas de sudor le volvieron a caer por las sienes, con el cuello estirado y tensa la yugular parecía un levantador de pesas en el último envión, hasta que un «click» le anunció que algo se había desprendido, y comenzó a girar, y girar, y girar, y el tornillo a salir, salir y salir, y en el último giro, antes de desprender el tornillo definitivamente, se giró y miró la calle, estaba desierta, el frente de la casa estaba dormido, miró hacia atrás y las ventanas de las casas de enfrente y de toda la calle estaban también todas apagadas, nadie observaba el hecho más importante que estaba acometiendo Paulino, ladrón de cartas, ahora ladrón de la joya más deseada. Mientras lo tomaba entre las manos y lo colocaba dentro del bolso de deportes pensó que si hubiera habido público presente este hubiera cerrado la última acción con una ovación. Se sonrió por la ocurrencia. Cerró el cierre del bolso, se lo puso al hombro y se dirigió a buscar su auto. Al final de la calle, desde su espalda, unas luces azules titilantes avanzaban sin piedad. Eran las cuatro y media de la mañana.

—Siga, siga contando... es interesante...

—Si, si. Así fue. Como le decía, cuando vi el coche de la policía otra vez, me asusté, no vea el susto que me llevé. Ya veía que todo el esfuerzo había sido en balde. Fíjese eran las cuatro y media y yo había empezado a las doce de la noche. Había sido muy agotador, y llevaba entre mis manos, bueno, en

el bolso de deportes quiero decir, algo extraordinario, el buzón más hermoso que había visto en mi vida.

Cuando llegó al departamento estaba agitado. El solo pensamiento de tener en sus manos el buzón rojo inglés lo mantenía excitado. Por eso cuando metió el coche en la cochera lo hizo raudo, hizo la bajada en curva casi rozando las paredes y llegó a su sitio haciendo maniobras, algunas peligrosas, porque estuvo a punto de tocar algún coche o alguna columna de las múltiples que había en el parking subterráneo del edificio. Se bajó del auto, agarró el bolso de deportes y casi corriendo se fue al ascensor. Cuando entró a su casa directo se metió en el estudio. Sin quitarse la chaqueta puso el bolso sobre el escritorio y abrió el cierre. Y como un niño desesperado por el juguete nuevo metió las manos y asió el buzón, el Buzón Imperial como él le llamaba. Lo sostuvo a la altura de los ojos y se quedó maravillado con la imagen que tenía delante. Tenía un poco de polvo, natural, porque su hábitat era la calle, el aire libre, entonces con delicadas caricias, pasándole muy suave la mano, lo fue desempolvado. Lo dejó en el escritorio, se quitó la chaqueta y fue a buscar un paño para limpiarlo bien, como correspondía. Con un cepillo muy fino minuciosamente llegó hasta el último recoveco, así distrajo su tiempo eliminando el polvo hasta la última oquedad, hasta el último rincón. Luego le pasó un trapo de manera prolija, con mucho esmero, no importaba el tiempo que tardara ni la hora que era, porque estaba totalmente abducido por el botín que se había traído. Trajo una cera que él tenía para los muebles y lo lustró, lo dejó impecable. El Buzón Imperial lucía como nuevo, con su techito a dos aguas, su hermosa abertura, los escritos en inglés, «POST» pintado en blanco, y en el costado derecho, más abajo, en relieve, «Made in England». Brillaba por los cuatro costados el esplendoroso buzón rojo inglés. Ahora, así como estaba, lo volvió a poner encima del escritorio, y se lo quedó mirando, embobado. Se fue al equipo de música que tenía en la sala y buscó un longplay, encontró uno que a él le gustaba mucho porque era muy melódico y muy romántico, del Trio Los Panchos, y lo hizo sonar. Entonces aparecieron las notas de las canciones que él casi amaba, «Si tú me dices ven»..., «Bésame mucho»..., «Piel Canela»... Con la puerta abierta del estudio la melodía llegaba suave, agarró el buzón con ambas manos y lo sostuvo de frente, se lo quedó mirando unos instantes, luego lo fue acercando a su cara, lo apoyó sobre el hombro izquierdo, le arrimó la mejilla y se puso a bailar. Y giraba, y bailoteaba el bolero ejerciendo de bailarín indómito, apasionado, y lo hacía suave, y con las manos lo acariciaba, mientras cerraba los ojos, como en un ensueño. Había sucumbido a la pasión más obscena, ahora ya no solo lo

tenía con él si no que hubiera querido poseerlo. Cuando tuvo una erección lo separó, lo miró de frente, y lo besó. Un poco ofuscado por la situación lo volvió a dejar en el escritorio, se dirigió a la sala y apagó el equipo. Se sirvió un vaso de whisky con hielo, se sentó en el sofá, y miró la hora, eran casi las seis, afuera estaba amaneciendo. El alcohol lo había comenzado a adormecer, se levantó y se fue a su dormitorio, se desvistió y abrió la cama, pero se quedó de pie, pensando, y se dirigió al estudio, agarró el buzón y se lo llevó. Esa noche dormiría con él.

# SIETE

---

Con el correr de los años, aunque seguía manteniendo la agilidad de sus dedos, la mano se fue tornando cada vez más grande, y eso le supuso un aumento en las dificultades que ya de por sí tenía la sustracción de las cartas a través de la abertura de los buzones. A veces recordaba con añoranza los tiempos de la niñez, cuando era capaz de introducir en algunos buzones la mano entera, y luego más adelante, en la época de estudiante, con su mano más desarrollada pero estilizada, en algunos casos llegaba, aunque la mayor de las veces con esfuerzo, y con alguna magulladura, llegar a asir casi todas las cartas. Aunque no había perdido la destreza, al contrario, en esto había ganado muchos enteros, se daba cuenta que había perdido en condición física. Los dedos, no solo no se habían alargado, como él había pensado, a base de entrenamiento y masajes con complicados linimentos, sino que al contrario, ahora le parecían algo más rechonchos, igual que el resto de su cuerpo, lo que complicaba de sobre manera el buzoneo, única actividad que verdaderamente lo ilusionaba y lo hacía feliz, porque Paulino no tenía otros objetivos en su vida que lo pudieran complacer, y solo suspiraba por sustraer cartas en los buzones, y luego en una operación de destreza en su estudio abrirlas con la máxima delicadeza y recrearse leyéndolas. Pero el agrandamiento natural de su mano había comenzado a complicar su trabajo, trabajo que cada vez con más frecuencia solía acabar en grandes frustraciones, y ello le producía un gran abatimiento que difícilmente podía superar, porque las noches de prostitutas y alcohol en los bares de copas donde lo conocían y donde terminaba los fines de semana no lograban devolverle completamente el humor. Tenía que resolver de alguna manera este contratiempo que cada vez se hacía más acuciante, porque se veía en un callejón sin salida que minaba su estado de ánimo y le quitaba el propio sentido a su vida. Llegó a la triste conclusión que se había quedado sin respuestas, sin argumentos, que estaba en un callejón sin salida, y que debía hacer algo, sus manos ya no le eran útiles, sus dedos se habían vuelto toscos, y por nada del mundo estaba dispuesto a dejar su afición favorita, esta que le había dado tantas satisfacciones, tantas alegrías. Inmerso en un sentimiento mezcla de enfado y pesadumbre, se sirvió un whisky con hielo y encendió un cigarrillo. Se sentó en el balcón que daba al vecindario y desde su quinto piso fue siguiendo las luces de las ventanas del vecindario, de las farolas de las calles, de los autos

que aun circulaban por la ciudad. Mientras así estaba, se quedó ensimismado intentando encontrar alguna solución al negro panorama que se abría ante él.

Cuando Paulino se enfrascaba en la lectura de las cartas que tenía archivadas vivía con intenso realismo las vicisitudes que allí aparecían. No todas las cartas manuscritas que él guardaba tenían como temática principal sucesos dramáticos, como podían ser el rompimiento de una relación sentimental, los reproches de una dama despechada, o la recriminación mutua en un noviazgo, algunas eran de carácter nimio, y eran cartas amigables que no iban más allá del hecho de que habían sido robadas. Pero las que más le atraían eran las de carácter intrigante y que se correspondían con sucesos trágicos y dramáticos, fundamentalmente referidos a cuestiones amorosas. Y él se recreaba en esta cuestión, porque las leía una y otra vez, reviviendo con total realismo el drama desatado en la misiva, asumiendo el rol del escribiente a veces o el rol del receptor en otras, tomando partido por alguna de las dos partes, entonces, a la par de la lectura él entristecía y languidecía, o se llenaba de furia y de ira.

«Estimada y queridísima Carol. Sé que estas líneas que ahora te escribo pueden llegar a causarte un dolor que no deseo ¡Tan lejos estoy yo de querer producirte algún daño!, ¡Dios me maldiga si sucediera algo así! Porque siempre he estado entregado a tus pies, porque has sido mi adoración y mi abnegación, Carol de mi alma, cuántas noches en solitario he pasado en vela solo imaginando tus ojos en medio de la negrura, recordando tu respiración jadeante, evocando tu perfume y la fragancia de tu piel. Pero ahora te tengo que confiar, que por asuntos muy serios y reservados que no puedo desvelar, un largo viaje a través del mundo me espera, y estaré ausente mucho tiempo, pero el suficiente como para replantearnos nuestra relación, y a fuer de ser sincero, no me importa el daño que yo mismo me inflija, pero nunca me perdonaría dañarte a ti, mi pequeña y amada Carol. Tampoco quiero que por esperarme puedas perder la oportunidad de conocer otra gente mi querida Carol, gente preferible a quien te escribe estas líneas, que por las obligaciones contraídas, se ve obligado a cumplir, y partir, y quizás por mucho mucho tiempo. No quiero que me sigas, no quiero que me busques, yo ya estoy perdido corroyéndome por dentro porque bien sé todo lo que pierdo perdiéndote. Pero así de malsana es la vida, así ha sido ella conmigo, mi querida y amada Carol. No me busques. No me sigas. Deja que el negro manto del olvido caiga sobre mí. Tu siempre amado, el Conde Landeiro».

Esa vez, cuando Paulino terminó de leer la carta, inmediatamente intuyó que el tal Landeiro era un hipócrita embustero de mucho cuidado que había estado engañando a la pobre Carol, a la que presumía, según leía la misiva, totalmente seducida por el conde, y que este había abusado de su confianza y seguramente ya habría encontrado otra a quien engañar y ahora solo le quedaba desprenderse de ella. Entonces experimentaba una verdadera furia contra el tal Conde Landeiro. Comenzaba por insultarlo en voz alta y le recriminaba el abuso que había cometido contra ella quien seducida por las falsedades y las promesas de este había caído en sus garras. Casi siempre, cuando leía este tipo de cartas, salía con rabia del estudio, luego se servía un whisky, encendía un cigarrillo y comenzaba a caminar la sala de punta a punta, mientras que imaginando al tunante frente a sí, lo abroncaba insultándolo, como si este estuviera allí presente, y señalando con el dedo la imagen imaginaria del bribón no dejaba de incriminarlo por el engaño cometido. Así de esta manera Paulino vivía apasionadamente las correspondencias que él hurtaba y que nunca llegaban a su verdadero destino, cambiando, sin ser consciente de ello, el desenlace de las relaciones que él interceptaba, porque nunca se detuvo a pensar en las consecuencias que traía que una carta de esta naturaleza no llegara al destinatario. Ajeno totalmente a la trascendencia que tenía el interferir una correspondencia cuyo alcance él no podía conocer, ya que desconocía la verdadera historia que rodeaba a la misma, él tejía con mucha facilidad y gracias a su imaginación, una fábula que solo en su mente existía, y en base esa novela que él imaginaba, culpaba a uno y excusaba al otro, haciéndose juez y parte al mismo tiempo. En el caso de la carta del Conde Landeiro a la tal Carol, el hecho de que Carol no hubiera recibido dicha correspondencia descolocaba totalmente a la enamorada, porque desconocedora del plante de Landeiro, ella continuaría manteniendo la misma relación de mujer enamorada exigiéndole a su amante la misma presencia, las mismas atenciones, y la misma deferencia. Por otra parte el tal Landeiro creyendo que Carol, su amante, había recibido la misiva, no entendería el comportamiento de ella, que seguía conduciéndose «como si nada hubiera ocurrido», confundiéndolo. Un encuentro entre ambos sería puro desconcierto, para él porque no entendería como ella no «acusaba el golpe», y para ella porque no comprendería la actitud de sorpresa de su amado, que además se mostraría, además de indiferente, desorientado y confuso. «¿Qué te ocurre conde mío? ¡Que hoy te quiero más que nunca, mi amor, ven, bésame!», mientras lujuriosa lo agarraba de las solapas de la chaqueta y lo atraía hacia sí mientras le insinuaba los labios, porque estaba enamorada y

llena de pasión, y lo que más deseaba esa noche era tenerlo consigo. Él intentando desprenderse de ella, y mirando el reloj, porque a las once lo esperaba «la otra», y sin entender nada, le preguntaría un poco aturdido, «¿Recibiste mi carta Carol?». Todas estas cosas no se imaginaba Paulino, no tenía consciencia del trastorno que causaba al apoderarse de cartas que sí tenían trascendencia en el pequeño mundo que conformaban el escribiente y el receptor de una misiva. Inclusive las cartas aparentemente intrascendentes como podían ser las misivas amigables entre dos amigos, y que para él no tenían ningún atractivo especial, también estas cartas «desaparecidas» podían afectar una relación de amistad.

«Hola Juan. Te escribo estas líneas desde el convencimiento que la discusión que tuvimos hace ya un tiempo no deberían terminar con una amistad de tantos años, cultivada desde la niñez y continuada en el colegio. He estado pensando que deberíamos encontrarnos y arreglar este malentendido que nos ha desunido. Quiero que sepas que estoy dispuesto a reconocer mi falta y por eso te pido que aceptes mis disculpas y podamos continuar con nuestra hermosa relación de tantos años. Te paso mi nueva dirección y mi nuevo teléfono. Si no me llamas tendré que admitir que quieres dar por terminada nuestra amistad. Pedro, quien te estima».

«Hola Joaquín. No sé si te acordarás de mí, del colegio, yo soy Jorge Paniagua, nos hemos puesto en contacto varios ex-alumnos, hemos conseguido tu dirección y vamos a hacer una cena de reencuentro, será muy lindo porque volveremos a recordar tiempos pasados, te imaginas volver a encontrarnos todos, la vamos a pasar muy bien. Para confirmarme tu asistencia llámame al teléfono 6...

Un gustazo volver a estar en contacto, tu ex-compañero de clase, Jorge»

Pero esas otras, las más intrascendentes según él, provocaban la mayor parte de las veces perjuicios también graves, que él en su mente enferma era incapaz de asumir, porque en su mundo, en un acto de egoísmo extremo del que no era realmente consciente, solo importaba él y solo él, y no contaban «los otros», porque su meta, su verdadero propósito, no era más que el de adueñarse de las cartas ajenas, porque para él una carta era antes que nada una confesión, una confidencia, y el hurto de la carta era una manera de apoderarse ya no de un objeto por el objeto en sí, sino de una parte de la esencia de los protagonistas. De tanto leer y releer las cartas, llegado un punto, les llegaba incluso a conocer la letra a los escribientes, y además

sacaba conclusiones muy particulares que su mente imaginaba, por ejemplo, si la letra era muy refinada y pareja él presumía que se trataba de una persona culta, cuando a ese tipo de letra le acompañaban unas mayúsculas muy ornamentadas, muy floridas, intuía que además de culto era una persona distinguida, por el contrario letras desgarradas y desordenadas le daban la pauta que se trataba de personas poco cultivadas, y ni que decir cuando había faltas de ortografía. Y todas estas cosas él las tomaba en cuenta y estaba falsamente convencido que era una manera de conocer la personalidad y el carácter de los escribientes. Pero una vez ocurrió que leyendo un periódico en su casa vio un anuncio que le llamó poderosamente la atención, decía en letras mayúsculas lo siguiente: CURSO DE GRAFOLOGÍA, y luego en letra cursiva más abajo: *Conozca a las personas por la letra*. Y ahí dio un respingo. ¡Eso era magnífico! ¡Era lo que le faltaba!, y siguió leyendo: «Aprenda Análisis Grafológico para identificar el estado psicológico y las características de la personalidad de las personas». Luego daba una dirección y un teléfono para apuntarse al citado curso. Se levantó y se dirigió al estudio, allí en la biblioteca tenía una enciclopedia, buscó «grafología», sacó el tomo que correspondía y se sentó en el escritorio. Cuando encontró la palabra leyó: «Pseudociencia que pretende describir la personalidad del individuo, su carácter, su equilibrio mental, sus emociones y su inteligencia». «Esto es lo que necesito», se dijo Paulino, ya ansioso por lo que estaba leyendo. «Me da igual que sea una pseudociencia, es más, seguro que eso lo dicen los detractores, los médicos y los psicólogos, porque ven la competencia, ja, si voy a ser tonto, mañana llamo y me apunto al curso». Así fue como Paulino se anotó en el Curso de Grafología, curso que duró seis meses y que, demás está decir, fue el mejor alumno de la clase. Al mes ya se creía capaz de descifrar cualquier escritura, por eso comenzó a practicar con las cartas que tenía guardadas. En solitario, en su casa, sacaba las cartas que tenía archivadas y practicaba sobre ellas, sin saber si realmente eran correctas sus deducciones y sus diagnósticos, cosa que no le importaba mucho, porque él además de estar convencido de su habilidad y su destreza, daba por seguro que sus conclusiones eran las acertadas. Así de rotundo se mostraba Paulino sobre las cosas que se referían a su profesión. Cuando terminó el curso, en una pequeña ceremonia después de la cena de fin de curso, con las autoridades de la academia, se formalizó la entrega de diplomas, esa noche muy orgulloso recibió el suyo; nunca olvidará cuando fue llamado y emocionado hubo de pasar al frente a recogerlo de mano del director, en el momento de la entrega recibió además una pequeña placa por haber tenido el



mejor puntaje entre todos, esa vez, embargado por la emoción se le hizo un nudo en la garganta y se le empañaron los ojos; luego hizo enmarcar el diploma y, cómo no, lo colgó en la pared frente al escritorio, justo al lado del plano de la ciudad donde programaba las excursiones a los buzones. De alguna manera comenzó a creerse que la posesión de dicho diploma le daba un carácter oficial a su actividad, como el médico, o el abogado, que cuelgan sus diplomas en sus despachos confirmando que están legalmente constituidos para ejercer su profesión. Por eso la tenencia de este título significó para él un salto cualitativo importante. Hasta ese momento él consideraba que su actividad, si bien no constituía un delito, —eso pensaba—, sí rayaba lo ilícito, por eso el miedo a ser descubierto, pero a partir del diploma, comenzó a hacerse a la idea que si bien su actividad debía seguir manteniéndola en secreto, hasta cierto punto lo avalaba el diploma que ahora tenía colgado en su estudio.

Los conocimientos de Grafología le permitieron agregar otro informe, distinto al que ya habitualmente hacía para describir el robo en sí. En otra hoja aparte, bajo el título de Estudio Grafológico, hacía primero un pequeño resumen del carácter de la carta, una especie de compendio del contenido de la misma, por ejemplo, ponía algo así: «Esta es una carta en la que se puede ver el desconsuelo de una mujer herida en sus sentimientos por haber sido traicionada por su amante. Los protagonistas son... y podemos intuir... si leemos con detenimiento la narración... que además del abatimiento que muestra la dama... deja traslucir también un deseo de venganza». Luego más abajo se explayaba en el estudio grafológico propiamente dicho, y allí hacía las consideraciones necesarias que él estimaba oportunas respecto a la personalidad, el carácter, la inteligencia, y otras peculiaridades del individuo que había escrito la carta. Y así daba por finalizado el informe.

# OCHO

---

Paulino se dejó caer pesadamente en el sofá. Se quedó con la mirada incrustada abajo, sobre la pared, donde hace ángulo con la puerta de la cocina. Más arriba, justo enfrente, un cuadro viejo pasado de moda, colgaba torcido. Así como estaba, absorto, no vio pasar, lenta, como expirando el último aliento de su vida, una cucaracha que se arrastraba, allí muy cerca, hasta colarse debajo del mueble de la cocina. Se sentía agobiado, los hombros le pesaban, apoyó sus manos en las rodillas. Cambió la mirada. La dirigió a la ventana. No era por nada, porque desde su sofá solo podía observar un trozo de cielo, negro y estrellado, absurdo para un día triste. Se miró las manos y estiró los dedos. El natural agrandamiento de las manos iba acotando cada vez más su actividad de robacartas. Era consciente que esta y no otra cuestión constituía la principal causa de su aflicción. Las dejó caer sobre sus piernas y se las quedó mirando, con una sensación de fracaso que lo arrastraba a la melancolía, era una noche para olvidar. Miró el reloj, que ausente colgaba en la pared de la izquierda. Marcaba la una. Sus manos ya no daban para más. Yo no podían sacar más cartas, por más que lo intentaba con sus dedos regordetes. Se levantó perezosamente y arrastrando las alpargatas se dirigió a su dormitorio, estaba cansado, casi agotado. Al pasar frente al estudio se frenó, giró su cabeza a la puerta cerrada y se detuvo, luego la abrió. Encendió la luz. Hizo un repaso con la mirada: el archivo, la vitrina, la librería, en un rincón reposaba, acusador, un buzón que una vez había comprado para probar llaves maestras. Estuvo un rato observándolo, sintiendo el peso en los hombros y la desazón. Ahora le empezaba a doler la cabeza. Entró y lo agarró. Volvió a la sala y lo apoyó en la mesita baja, la que está frente al televisor, se sentó en el sofá, nuevamente, ahora la vista puesta en el buzón, que lo miraba, con la boca abierta, acusador. Y se lo quedó mirando, como buscado en esa observación, la respuesta que no encontraba. Ya no era el de antes, ya no podía burlar los buzones con la facilidad de antes. Estaba acabado. Era el fin. Buscó unos sobres vacíos de cartas birladas, viejas, que también guardaba, y los echó por la abertura. Como regodeándose de su incapacidad intentó meter la mano. Pero por más que probó una y otra vez, no pudo asir ni un solo sobre, la mano no pasaba de los dedos. Se recostó en el sofá y miró inquisidoramente el buzón. Si bien se sentía cansado, algo lo aferraba a esa visión que tenía frente a sí. En la mesita baja habían quedado

de la cena un plato con restos de pan y los cubiertos. Detuvo la mirada en el cuchillo. Ahora la mirada se fijaba alternativamente entre el cuchillo y el buzón. Y de pronto tuvo una visión, porque sin pensárselo dos veces agarró el cuchillo y lo metió por la abertura, intentando escarbar con él, como si buscara con este acto enganchar con la punta del cuchillo alguno de los sobres, y aunque no lograra atrapar ninguno, se le despertó una idea que sería determinante en los planes de Paulino. Una varilla más larga llegaría al fondo y podría, apretando los sobres contra alguna de las paredes, ir subiéndolos hasta la boca, donde ahora sí los podría asir. Ese pensamiento lo asombró. De pronto, el cansancio y la sensación de peso sobre los hombros quedaron aparcados, y el dolor de cabeza, que le había comenzado a molestar cada vez más desapareció. Dejó en la mesita el cuchillo y agitado como estaba se puso a rebuscar por toda la casa algún objeto alargado con el que pudiera atacar al buzón. El reloj que colgaba de la pared de la izquierda daba la una y treinta, de pronto estaba más despierto que nunca, y comenzó a recorrer las habitaciones: la cocina, el baño, el estudio, en su dormitorio abrió las puertas del placar buscando sin encontrar, salió al pasillo desorientado, y de pronto, detrás de él, colgando del colgador de ropa que estaba en la pared de la derecha vio el paraguas, al principio se lo quedó mirando, pero luego, lo descolgó y se sumergió en su estudio, con las herramientas que llevaba en su bolso comenzó a desarmarlo, las varillas por un lado, la tela por otro, hasta que dejó el palo interior totalmente pelado, ahora lo que había creado era suficiente para hacer la prueba, ahora mismo, sin esperar a mañana, sin esperar nada. Se fue deseoso a la sala paraguas esmirriado en mano, expectante metió el largo palo por la abertura y rayando el fondo trató de juntar los sobres, que apretados contra la pared los fue subiendo, poco a poco, algunos se cayeron, pero otros siguieron su camino, y cuando los tuvo a mano metió los dedos, y esta vez sí, agarró algunos, la primera vez fueron dos, pero lo siguió intentando, y comenzaron a fluir hacia arriba, hasta hacerse con casi todos. Comenzó a reír, al principio eran cortas carcajadas que se mezclaban con un incipiente jadeo, pero cuando recogió el último de los sobres la risa se transformó descaradamente en un jolgorio interminable y el regocijo parecía que no tenía fin, porque había descubierto un método sencillo, simple, fácil, que lo volvía a poner en la primera línea de combate, y le permitía continuar con su juego, eso que ya era casi una profesión.

Se fue a la cama entre excitado y feliz por el afortunado descubrimiento que había hecho. Intentó conciliar el sueño pero no pudo. Miró el reloj de la mesa de luz y vio que daban las dos. Se levantó, se puso la bata y se fue a la

cocina, abrió una cerveza y desde el balcón siguió con la mirada la ciudad muerta. Solo las farolas de las esquinas y algún que otro auto que pasaba por las calles la iluminaban de manera difusa. El futuro le volvía a sonreír, al fin y al cabo, una simple varilla sería suficiente para aplacar su ansiedad y aclararle el horizonte, y ya pensaba en el otro día: iría a una carpintería que había cerca de su edificio y se haría hacer una vara de madera resistente, la parte superior más ensanchada haría de mango, allí gravaría su nombre, para estas cosas era particularmente vanidoso; ya se imaginaba la vara, de madera tirando a oscuro, roble quizás, pensaba inquieto, y cada tanto la lustraría con algún aceite especial para maderas para mantenerla bien nutrida, en la misma carpintería se haría construir una caja con tapa y bisagras, las bisagras doradas, claro que sí, para darle más categoría, donde depositaría la varilla y quedaría bien cuidada, caja que también conservaría dándole lustres con la cera apropiada, luego le buscaría un sitio especial dentro del estudio, podría ser la vitrina misma. Ya se imaginaba sus salidas de buzoneo armado con el instrumento, y el bolso donde llevaba el resto de las herramientas, y la linterna. Este había sido un descubrimiento muy afortunado, porque las limitaciones a las que estaba abocado por culpa del agrandamiento natural de sus manos podrían haberlo alejado de la única actividad por la que él suspiraba. Pero ahora un nuevo horizonte se abría ante él, y no lo iba a desaprovechar, ahora sentía más deseos que nunca de poner en práctica la nueva técnica que se le había ocurrido.

Al otro día se levantó como cada día para ir a su trabajo. Esperanzado por las nuevas perspectivas, se duchó y se acicaló con inmensa alegría, se diría que tenía las mismas sensaciones que tienen los adolescentes cuando tienen la primera cita con la primera novia, por eso mientras se peinaba, cantaba y tarareaba canciones de moda a las que le seguía el ritmo unas veces con el pie otras con el mismo peine sobre la repisa del baño, además ya tenía ubicada la carpintería donde llevaría el encargo, no era lejos de su casa. Esa misma tarde después del trabajo iría directamente. Se diría que pasó la mañana en la fábrica de dulces y mermeladas abstraído, sin poder conectar totalmente con sus obligaciones porque su mente estaba sometida a unos pensamientos que difícilmente podía evitar. Las posibilidades que le daba la vara eran prometedoras, ese fin de semana la pondría a prueba, estaba seguro que con un poco de práctica no habría buzón que se le resistiese. Cuando esa tarde llegó a la carpintería y le detalló al carpintero el encargo no le supo explicar con claridad el uso que le iba a dar,

—Sí, sí, se lo puedo hacer, Ud. me dice una vara de madera resistente de unos treinta centímetros de largo con un mango de unos diez centímetros que en total hacen cuarenta, y de un centímetro de diámetro, de grosor, sí claro, y el mango un poco más grueso, lo entiendo, podría ser de roble o de encina, la encina es difícil de conseguir, así que la haremos de roble, pero, «¿Y para qué quiere Ud. esto?», —le preguntaba el carpintero, lleno de incógnitas ante el insólito pedido que se resistía a tener una fácil explicación, y el carpintero, aunque aceptó el encargo, se quedó pensando. «¡¡Vienen a pedir cada cosa!!». Paulino, tomado por sorpresa por la pregunta anduvo titubeando sin dejar claro el fin del instrumento. «Será un depravado sexual»—, concluyó finalmente el carpintero, mientras sonriendo continuaba con su trabajo.

Esa noche Paulino estuvo más calmado, se diría que la explosión de ansiedad y euforia del día anterior lo habían extenuado, y ahora le sobrevinía el sosiego, la calma, aunque de a ratos lo invadía una sensación de impaciencia por poner a prueba el nuevo método ideado única y exclusivamente por él. Decidió ponerle un nombre al nuevo instrumento, «vara» le resultaba tremendamente grotesco para el objetivo que debía cumplir, por eso estuvo un buen rato pensando, hasta que de pronto se dijo: «¡Saeta! ¡Ese! ¡Ese le va perfecto!», pensó lleno de alegría.

Con el paso de los días fue adquiriendo habilidad en el uso de la «vara», y aunque los tiempos se fueron acortando y ganó en destreza, esta no le garantizaba la extracción total de las cartas, y tampoco solucionaba totalmente la cuestión del tiempo. Con la práctica había implementado el uso de la linterna, que la sostenía entre los dientes, mientras con las manos, con una accionaba la vara y con la otra iba asiendo las cartas que subían, consiguiendo iluminar el interior del buzón. Si bien el descubrimiento de la vara le había permitido continuar con sus andadas, el tiempo que empleaba le suponía una dificultad agregada, y el hecho que quedaran algunas cartas que se resistían a salir, le producían unos ataques de furia que lo ponían al descubierto, poniendo en peligro su seguridad. Pero no tenía otra alternativa, y la vara se mostraba al tiempo como la única vía posible para poder continuar con los robos. Sin embargo, pese a sus limitaciones, la vara resultó imprescindible para poder continuar con su actividad. A veces, tirado en el sofá se dedicaba a recordar los viejos tiempos, eran las horas de la nostalgia, porque añoraba cuando él con su fina y delicada mano saqueaba buzones enteros sin que nada ni nadie se lo impidiera. Pero había visto cómo los años se habían ensañado

con su cuerpo, porque ahora ya con casi cincuenta había dejado también de ser el hombre delgado y estilizado que era, había echado algo de panza, y hasta su andar se había vuelto más perezoso.

# NUEVE

---

Era un día de primavera, uno de esos que lo predisponían a llegarse a las oficinas andando, porque andar por las calles arboladas de la ciudad, al piar de los pájaros y a la brisa suave y tibia, le producía un verdadero placer. Por eso a la salida del trabajo, pese a que había tenido un día ajetreado, decidió, igual que por la mañana, hacer la vuelta a pie. Esquivó el centro y se metió por calles ya conocidas por él, llenas de árboles frondosos, que proporcionan un frescor que invitaba a andar a paso sosegado y que incitaba a explayarse en los propios pensamientos, y Paulino esa tarde, que se sentía pleno, tenía la sensación que no había sombras en el horizonte y que todo parecía rodar sobre ruedas. Habiendo acabado por aceptar su nueva condición de robacartas limitada por los cambios de su cuerpo, se consideraba un discapacitado que debía admitir la restricción de sus capacidades perdidas. Comparaba la «saeta» con el bastón que usaban aquellos que por un motivo u otro no podían andar sin su ayuda, de la misma manera que él no podía continuar saqueando buzones sin el auxilio de la vara. Y aunque era consciente de las limitaciones de esta, no le quedaba otro camino si quería continuar con la actividad que él consideraba imprescindible, actividad que le daba un significado a su vida, sin esta, nada tendría valor, la existencia misma de su ser estaba en juego, ya que esta ocupación le daba un sentido a su propio ser.

Fue ese día que volvía de su trabajo andando, colmado de placer y de paz, entre el piar de los pájaros y las sombras que dejaban la frondosidad de los árboles, cuando le sucedió algo que lo sorprendió y lo llenó de ilusión. Ocurrió que mientras hacía el trayecto que lo devolvía a su departamento, pasó por un estudio fotográfico que él tenía ya visto de otros paseos anteriores y que nunca le había despertado ninguna curiosidad: allí iban los recién casados a hacerse las tradicionales fotos, las chicas de quince que cumplían años, los chicos y las chicas con trajes de comunión, y también revelaban rollos de fotografía, así lo decía un pequeño cartel que había pegado por dentro a un costado de la cristalera; esta vez se detuvo frente al negocio y se quedó mirando las fotografías expuestas en la vidriera con cierta parsimonia, estudiando detenidamente los rasgos de sus facciones y las caras de felicidad que cada uno de los protagonistas portaban; en las fotografías todos sonreían, este hecho le llamó la atención, entonces se preguntó si la sonrisa que mostraban era la representación fiel del estado de ánimo del momento en que

eran fotografiados o por el contrario, fueran cuales fueran sus emociones en ese instante, sus sonrisas eran simuladas, fingidas, con el único pretexto de aparecer felices al momento de ser retratados, simulacro que perviviría para la posteridad, porque las fotografías tienen ese sentido, perdurar a las personas en el tiempo. En estas cosas meditaba cuando en ese momento se le ocurrió. Él había hecho de su obsesión una profesión, no solo robaba cartas en los buzones sino que hacía un informe pormenorizado del momento del saqueo, luego otro informe grafológico en donde analizaba las características más pronunciadas de la personalidad del autor de la carta, y por último, para redondear la profesionalidad que rodeaba a toda esta tarea, ahora no solo robaba cartas sino que se llevaba algún «trofeo» de la casa violada, podían ser las plaquitas identificatorias u otro objeto que mereciera la pena, y todo esto lo tenía archivado y clasificado, y en ese momento, que estaba frente a la casa de fotografía recreándose con las fotos que veía, se le ocurrió una idea que podía ser brillante según su conclusión, porque rápidamente lo pensó: podría hacer fotos de las casas y de los buzones saqueados, y luego adjuntarlas con los otros informes en la carpeta amarilla, tendría de esa manera una visión gráfica del terreno donde había trabajado, y a la hora de recrearse con sus lecturas, los recuerdos tendrían más realismo, sería como un viaje al pasado pero con una precisión más certera, ya que la experiencia vivida se vería reforzada por las fotografías; él pensaba, con buen criterio, que el tiempo deformaba la memoria, y a veces le ocurría, que leyendo un informe, le costaba recordar con exactitud los detalles de la casa donde había robado: el color de la fachada, la puerta de entrada, el tipo de ventanas, si tenía o no jardín delante, y muchas otras particularidades que se borraban de su mente y que le suponía poner en juego mucha imaginación para obtener una visión que la mayoría de las veces resultaba irreal, pero que él asumía como verdadero, aun a sabiendas de las inexactitudes en las que caía, pero ahora, con las fotos, ese problema quedaría resuelto, ya nada quedaría a expensas de los recuerdos, ahora todo sería más auténtico, sus recuerdos se reforzarían por la imagen de la casa y del propio buzón, y todo esto le ayudaría a rememorar hasta los mínimos detalles del robo. Y no le veía ninguna complicación a este nuevo invento, ya que todo era cuestión de comprarse una buena cámara de fotos y ponerse a trabajar. Lógicamente, ya que él nunca había tenido en sus manos un artilugio de estos, lo primero que tendría que hacer sería practicar con la máquina de fotos, y una vez habituado a ella podía comenzar a poner en práctica el plan. Paulino se quedó pasmado ante tamaña idea. Todas estas novedades lo llenaban de dicha y le suponían un acontecimiento que él



saludaba con gran emoción, porque escapaba de la rutina de su actividad de robar cartas y se volcaba a una nueva aventura, por eso las innovaciones que cada tanto se le pasaban por su cabeza y que luego ponía en práctica, aunque lo llenaban de ansiedad, esta era una ansiedad placentera, porque las nuevas metas, todas dirigidas a engrandecer aun más su profesión, como a él le gustaba llamar, lo motivaban y lo hacían feliz. Enderezó sus pasos a su morada con la mente dirigida única y exclusivamente a estudiar la manera de poner en práctica su nuevo proyecto. Una de las primeras conclusiones que sacó fue que no podría hacer las fotos durante la noche, en el momento del saqueo, ya que en este caso estas deberían hacerse necesariamente con flash, con todo lo que ello podía significar en cuanto al riesgo de ser descubierto, por lo que las fotos tendrían que ser sacadas a plena luz, y esta tarea debería hacerla por la tarde, después de la oficina, o de lo contrario el fin de semana, que disponía de todo el tiempo libre. Planificó que las fotos las haría cuando tuviera señalada la casa, en los días previos al robo. De más está decir que hacer fotos en plena tarde no estaba exento de riesgos, la oscuridad de la noche en cierta manera lo amparaba, pero de día, de día era distinto, tendría que hacer esto con mucha cautela, tendría que elegir el momento de actuar, debía tener más precauciones que durante la noche, cuando salía a robar, debería percatarse que nadie hubiera por los alrededores, y que de las ventanas del vecindario nadie le prestara atención. Estaba con esos pensamientos cuando arribó a su edificio. Subió con el ascensor sin dejar de pensar en el plan que estaba maquinando. Entró a su morada, dejó su chaqueta en el colgador y se dirigió a la nevera, sacó una cerveza y se fue al balcón, allí, apoyado en la barandilla y desde la vista que le proporcionaba el quinto piso siguió madurando su proyecto; advirtió que el segundo paso a esta nueva genial idea era el revelado de las fotos, y allí le asomó una duda, porque era evidente que debería ir a una tienda que revelara fotos, y en este caso al dependiente de la tienda de revelados le llamaría la atención que sus fotos se refirieran siempre a casas y buzones, pero él sabía que se hacían cursos de revelados de fotografía. ¡Eso es lo que haría! ¡Allí estaba la solución!, se dijo para sí. Se fue a un periódico viejo que siempre había al lado del sofá y buscó directamente a los clasificados. Siempre le había resultado interesante esta sección: compras, ventas, masajes, él prestaba mucha atención cuando leía «Señoritas nuevas», «Señora con experiencia», «Extranjera de ojos azules te hará soñar». Comenzó a leer: «Alquiler de barcos», «Compra y venta de coches de segunda mano», «Animales de compañía», «Rubia de 40 se ofrece para todos los servicios, atiende en casa», «Morena recién llegada quiere

hacerte feliz», «Curso de fotografía y revelado», se detuvo de golpe, allí lo había encontrado, «Curso de fotografía y revelado», «informarse en el teléfono 5...». Llamó inmediatamente por teléfono y allí le informaron del curso que en quince días comenzaba. Quedó en pasarse por allí el día siguiente, se tenía que informar personalmente.

Cuando por la tarde salió de la oficina no esperó ni un minuto. Aun hambriento como estaba, se dirigió raudo con su coche a la dirección que le habían dado. Cuando llegó a la calle indicada aparcó el coche y se dispuso a buscar; él se imaginaba una edificación en consonancia con lo que esperaba: una puerta de cierta categoría, al lado un escaparate amplio con muestras fotográficas de personajes y eventos importantes realizadas por su supuesto staff de fotógrafos, también cámaras y algunos otros artilugios relacionados con la fotografía, pero de pronto, cuando dio con el número, y vio que se trataba de un simple local con una simple puerta acristalada y un pequeño escaparate con un letrero que ponía en letras azules y sin ninguna pomposidad: «Casa de Fotografía Benavides», y más abajo en letras más pequeñas, «Comuniones, bautismos, casamientos, etc», cuando vio esto, se le cayó el alma al suelo. Un papel a modo de cartel pegado por dentro informaba del curso de fotografía y revelado que se anunciaba en el periódico. Un poco defraudado por la escasa entidad de la «escuela», se quedó mirando a través del cristal, y aunque un tanto decepcionado por el aspecto exterior, se preparó para entrar.

El Sr. Benavides, que resultó ser el dueño del negocio y además quien iba a dar las clases, le dio una amplia explicación de cada punto del programa, Paulino, todo oídos, seguía con máxima atención los puntos que tocaba su futuro profesor, a poco de escuchar entendió que era la persona que estaba buscando, porque era claro en la exposición y se lo veía profesional, y esto lo dejó conforme, y decir conforme es decir poco, porque cuando salió y con el coche se dirigió a su departamento, no dejaba de pensar en el nuevo horizonte que se abría ante él. El curso comenzaría en un par de semanas, e inmediatamente dispuso que debía comprar una cámara de fotos. Encontró en una casa céntrica una cámara que se ajustaba a sus pretensiones, y si bien era importada, —se trataba de una Leica réflex de fabricación alemana para rollos de 35 mm que no era nada económica—, no iba a retacear en estas cuestiones.

De más está decir que en el curso de fotografía, como en el de grafología que había hecho algunos años atrás, fue uno de los mejores alumnos. Ese primer día fue con su cámara Leica en mano, que orgulloso blandía como un verdadero tesoro, aunque ninguno de sus compañeros llevaba ninguna. Como

estaba cargada —era un rollo de 35 mm y 36 exposiciones—, fue a la salida que comenzó a disparar algunas fotos, que aunque intrascendentes, él quería probar, y ahora, nada lo detendría en su nuevo cometido. Para ahondar en los estudios del curso que estaba haciendo, compró algunos libros que le vendieron en la misma escuela, —él le llamaba escuela, o academia también —, aunque en realidad las clases se desarrollaban en un cuarto que había detrás de la tienda, donde el dueño había dispuesto unas sillas, una pizarra, una ampliadora y unas cubetas que le servían para enseñar los secretos del revelado. De un hilo que iba de pared a pared colgaban algunas fotos ya reveladas que se estaban secando.

—El revelado da vida a la fotografía capturada y consigue mediante procesos químicos que la imagen se forme en la película.

Así se explicaba el profesor, que usaba palabras técnicas, palabras que Paulino trataba de memorizar, inclusive tomaba nota y las escribía en un cuaderno que había llevado, como lo hacen los alumnos aplicados, porque sus conversaciones a partir de entonces se llenarían de tecnicismos que él incrustaría como diamantes cuanto correspondiera dar alguna explicación, —aunque no sabía muy bien con quién se explayaría en este tema, ya que esta cuestión de la fotografía y el revelado debía mantenerlos en total secreto—. Las clases fueron pasando y en menos de un mes ya se consideraba un maestro, le ocurría lo mismo que le había pasado con el curso de grafología, que se llegaba a creer que llegado un momento sabía aun más que el propio profesor, aunque muy perspicaz, obviamente no lo dejaba traslucir. Pero por dentro, cuando en su casa leía los libros de fotografía que había comprado en la misma academia donde tomaba las clases se refería a su maestro con un: «¡Qué sabe este!». Es verdad, también hay que decirlo, que como en el curso de grafología, fue el mejor de la clase, el más aplicado, y cuando tocó el final y se repartieron los diplomas, muy austeros por cierto, pero que él le daba una importancia fundamental, el profesor le dedicó unas palabras, tal había sido la dedicación de Paulino en el curso que había realizado. Colgó su diploma al lado del otro, el de grafología, y cómo no, a ambos les sacó una foto, era un momento memorable que debía quedar immortalizado, y nada mejor, nunca mejor dicho, que con una fotografía. Luego se dedicó a fotografiar su estudio, desde distintos ángulos, en donde figuraba como lugar destacado, al final, la parcela donde sobresalían la ampliadora y una mesa que había comprado para colocar las cubetas y los distintos frascos con los diferentes líquidos que necesitaba para el revelado y donde manipularía los rollos y las películas. Desligado de tener que ir a una tienda para revelar las fotos se sintió liberado.

Ahora, su actividad clandestina quedaba más plasmada que nunca, y nada ni nadie lo detendría.

El primer día que salió a ejercer su «sesión fotográfica» se dirigió, como ya tenía previsto, a la casa señalada. Cuando llegó al lugar, después de dejar el auto a una prudente distancia, se acercó cauteloso a su objetivo. Desde la esquina hizo un repaso visual de la situación. Haciéndose el distraído, a paso lento pasó frente a la casa, y luego por la acera de enfrente. Quería tener una visión panorámica para fotografiar con acierto la vivienda en su conjunto y por otro lado el buzón en cuestión. Midió la luz y las condiciones eran óptimas. Volvió a la esquina y cuando vio la calle desierta sacó su cámara y comenzó la marcha, primero haría la foto panorámica, le buscaría un plano inclinado con una cierta perspectiva donde entrarían si fuera posible las casas colindantes, luego otra de frente, en donde se retrataría solo la casa en cuestión, esta sería una especie DNI de la propiedad, «como tenemos todas las personas», —pensó sin rubor, porque no se daba cuenta que eran estos los momentos en donde la consciencia y su razón quedaban totalmente a merced de su locura—, y luego cruzaría la calle y se iría directo al buzón, a este también le haría un par de fotos, y como antes, una sería de medio perfil y la otra de frente. Mientras ejercía su labor notó que el corazón le latía deprisa, y que un estado de sobreexcitación lo iba invadiendo, y todo esto se debía, más que al temor a ser descubierto, a que era la primera vez que ponía en marcha esta maravillosa novedad que había incorporado a su loca carrera de robacartas, de hecho, cada vez que innovaba, siempre le ocurría lo mismo. El ruido que desprendía la cámara cada vez que apretaba el percutor lo excitaba aun más. El «trac» seco y rotundo era como un martilleo contundente que invadía todo su ser. Había acabado la «sesión». Ya estaba hecho el trabajo. Ahora tocaba volver a su morada.

Cuando llegó a su casa estaba desesperado por revelar las fotos. Sintió una emoción enorme cuando entró al estudio, encendió la luz roja, acostumbró la vista a la penumbra y se dirigió al final, donde estaba el «sector de revelado», según había denominado el lugar en un alarde de locura imparable; se sentó en una banqueta que había comparado especialmente para esta tarea y abrió la cámara, con minuciosidad pero con precisión, quitó el rollo.

Esa misma tarde, con el estudio iluminado por la tenue luz roja, comenzó a poner en práctica lo que había aprendido en el curso. Al cabo de una hora las películas colgaban del hilo que iba de pared a pared. Cuando estuvieron secas y las pudo tocar con sus propias manos, casi se diría que se puso a temblar, estaba realmente emocionado. Una vez más, se fue al refrigerador, sacó una

cerveza y brindó, por su nuevo título, por su nueva idea, por las fotos de la casa y el buzón. No podía pedir más. ¿O sí?

# DIEZ

---

Pasaron los meses y Paulino, metido como estaba en su propia locura, continuó con los saqueos que cada fin de semana organizaba. Incorporada la fotografía al arsenal que ya disponía, esta colmó durante un tiempo sus ansiedades, y la «diversión» estuvo asegurada, pero luego, pasada esta primera etapa de pruebas, con dudas al principio y aciertos al final, —las fotografías acabaron siendo, además de artesanales, de una verdadera calidad—, entró en la misma rutina en la que caía cada vez que el invento dejaba de ser un hecho novedoso, por eso, sin proponérselo, su mente comenzó a ir en busca de nuevas metas. Él no lo sabía, pero su inconsciente estaba abierto a cualquier novedad que se pudiera presentar, y al mismo tiempo sumar, —un hallazgo más—, a la ya holgada batería de descubrimientos e invenciones que a lo largo de su vida de robacartas había reunido. Pero ahora, instalado en la nueva monotonía, actuaba ya por la propia inercia que le proporcionaban los años de experiencia, y si bien nunca era indiferente a su principal obsesión, el tiempo jugaba en su contra. Una de las maneras que su mente tenía para neutralizar esos estados de apatía en los que él se veía sumido por la pura rutina, era dirigirlo al perfeccionamiento de sus propias innovaciones. Y era por esos tiempos que la «saeta» no pasaba por el mejor momento. Según sus propias reflexiones, esta no colmaba al cien por ciento sus expectativas. Cuando el buzón estaba lleno, la primera estocada lograba sacar una buena tacada, pero luego, a medida que el buzón se iba vaciando, la extracción se hacía cada vez más dificultosa, y era en esos momentos cuando más nervioso se ponía y más peligro corría de ser descubierto, porque era en esas circunstancias, que totalmente furioso, descuidaba los mínimos detalles de seguridad, esos que siempre había mantenido como principio para proteger su integridad. Ocurrió una noche, en una de sus incursiones; esa noche, en el buzón había una única carta manuscrita, de esas por las que él tanto suspiraba, y que por más que insistió con la «saeta» una y otra vez, no logró extraerla. Fue esa vez, que totalmente enfurecido, tiró y estrelló la vara contra suelo, quedando astillada la punta y un poco deteriorado el resto, luego en su interior se arrepintió, porque por otra parte la «saeta» era la única alternativa posible al ya evidente agrandamiento de sus manos. Sin embargo, el desafecto que por la «saeta» últimamente sentía, y los inconvenientes que a medida que pasaba el tiempo surgían, lo hicieron entrar en una época de inquietud y

preocupación. Hasta en el trabajo no era el mismo, porque había entrado en un periodo en que la ansiedad se mezclaba con la tristeza y esto era advertido por sus compañeros de oficina y por el propio director, «Paulino no es el mismo, no sé que le está pasando», —se decía el director un tanto preocupado, hasta que un día lo llamó aparte: «¿Le pasa algo Paulino?, lo veo nervioso. ¿Quizás algún problema?».

Pero los problemas de Paulino eran inconfesables, así que como pudo salió del brete, respondiendo cualquier tontería que el director daría por buena.

Sin embargo, la mente de Paulino, abierta como estaba a encontrar alguna novedad en su alocada carrera de expoliador de buzones, pronto le daría una sorpresa.

Y un día le sucedió algo que él calificó como el hecho que lo rescató del momento más agrí dulce de su vida, cuando la actividad de robacartas estaba en entredicho, cuando la «saeta», como él la llamaba, no llegaba a satisfacerlo completamente.

Era una tarde como tantas, que salió de la oficina y decidió hacer el camino hasta su casa a pie. En la ciudad recién estaban colocando los primeros semáforos en las calles, que ordenaría no solo el tráfico de autos, sino también el de las personas, que deberían esperar en las esquinas para poder cruzar. Y en esas estaba, esperando la luz verde, que se dejó llevar por un kiosco que había en la misma acera y se quedó curioseando unas revistas a todo color que habían salido de nueva colección. Y así estaba, entre que esperaba el semáforo y las revistas del kiosco, que justo detrás de él un negocio de ortopedia y material quirúrgico le llamó la atención. Al darse la vuelta se dio de lleno con el escaparate de una casa de ortopedia, «Ortopedia Navarro» decía el cartel, grande y luminoso, y más abajo, con letras más pequeñas, «Material quirúrgico». Una silla de ruedas acaparaba casi todo la cristalera, y luego a ambos lados y adelante otros artilugios completaban el cuadro: diferentes corsés de cuero, distintas fajas elásticas, muñequeras, rodilleras, un tensiómetro, un fonendoscopio, nebulizadores, y a un lado, sobre el extremo derecho, una colección de piezas de acero inoxidable bajo un cartel que decía: material quirúrgico. Se quedó observando con detenimiento los diferentes instrumentos, siempre le había significado un misterio la cirugía como especialidad médica, y estos artilugios no lo eran menos; a él la sangre le daba repelús, y siempre se había preguntado cómo podía alguien tener un trabajo como este, «auténticamente macabro», se dijo por lo bajo. Pero le llamaron la atención las diferentes herramientas que formaban parte del arsenal quirúrgico que ahora observaba con detenimiento. «Es como el carnicero pero más fino»,

se decía por dentro. Había unas hojas de bisturís que mostraban un filo peligroso para quien las portara, luego unas tijeras y pinzas de diferentes tipos de un acero elegante, distinguido, se daba cuenta por el propio brillo y la buena calidad que saltaba a la vista, luego había otros artilugios de los que no entendía su utilidad, «pero que seguro estos locos alguna le darán», se repetía refiriéndose a los cirujanos, y admirado al ver semejante colección. Entre las pinzas había una que no seguía los cánones de las demás, porque todas eran rectas o curvas en la punta, sin embargo, había una, un poco más grande que las otras, que en vez de estar doblada en la punta, estaba acodada, doblada inmediatamente después del propio mango, donde están las anillas para pasar los dedos. Se quedó mirando con una cierta curiosidad esta pinza distinta a las otras, y notó que algo le comenzaba a bullir por dentro, no sabía exactamente a qué se refería esa agitación interna, esa ansiedad que él ya tenía por bien conocida, y que le sobrevinía cuando algún evento estaba por ocurrir. Se tomó el mentón con la mano y continuó pensando. «¿Por qué esta pinza tendría esta forma tan poco favorable? ¿Cuál es el sentido?», se dijo todo intrigado. Porque no solo la veía como una pinza deforme, sino que no entendía su utilidad, no llegaba a entender el porqué de esa doblez en la propia base, en el propio mango. De pronto cayó en la cuenta. De pronto algo se iluminó en su cerebro, porque inmediatamente razonó que el acodamiento le permitiría introducir las ramas dentro del buzón y mantener el mango fuera, y así podría abrir y cerrar la pinza a placer, y recoger todas las cartas, sin dejar una sola dentro, no como con la saeta, que lo obligaba a subirlas por un costado, llevándolas hacia arriba por una de las paredes, mientras se iban cayendo una tras otra, limitándolo mucho, y a sabiendas que a veces debía renunciar a algunas porque no había forma de extraerlas. «¡Una pinza con este doblez aspiraría todas las cartas sin dejar ninguna en el fondo! ¡Claro!», se dijo para sí, pero las ramas debían ser lo suficientemente largas para llegar al fondo del buzón, y esta pinza que él estaba viendo ni por lejos se acercaba a sus pretensiones. Pero quizás existieran, tenía que entrar y preguntar, y siempre cabía la posibilidad de llevarla a un taller metalúrgico para hacerle alguna modificación, como alargar las ramas por ejemplo. Su mente ya trabajaba a toda velocidad. Ahora era imparable. De pronto una ansiedad de gran intensidad se apoderó de él, se acababa de dar cuenta que una pinza con esta característica pero de mayor tamaño le solventaba todos los problemas, tuvo la certeza que con un instrumento de este tipo el cielo estaba en sus manos, y ya no tendría las dudas ni las preocupaciones que lo carcomían por dentro, las dificultades darían paso a las facilidades, y los avatares por los que



había pasado habrían pasado a la historia. Una luz se había encendido, ahora iba a entrar e indagaría. Un fino temblor y una tenue sudoración recorrió su piel.

—Buenas tardes señor, dígame que necesita, —dijo el empleado con sonoridad.

—Mire, estuve viendo en el escaparate, donde está el material quirúrgico, hay una pinza, doblada atrás, cerca del mango, ¿la podría ver?

—¿Es Ud. cirujano, o instrumentista en alguna clínica?

—No, no... Es que tengo un primo cirujano y le quería hacer un regalo. «Vaya regalo de mierda», pensó el dependiente, que por más cirujano que fuera el agasajado no creía que le gustara ser obsequiado con semejante utensilio.

—Bueno, sí, ahora se la traigo, —le contestó, un tanto desconcertado el dependiente—, y partió, y al rato volvió al mostrador, donde ansioso esperaba Paulino, que debía probar con sus manos la utilidad del instrumento.

—Mire esta se trata de una pinza de Hartman, sirve para extraer cuerpos extraños del conducto auditivo y cosas así.

El tamaño del instrumento no lo sorprendió, ya lo había visto en el escaparate, él quería probar el manejo de la pinza, quería tener en sus manos el proyecto que se estaba imaginando en su cabeza que pondría fin a todas sus dudas, a todas sus preocupaciones, entonces continuó:

—Es un poco corta, no tendrá una más larga, quiero decir, si me puede mostrar la más larga que tenga.

Entonces el empleado, un tanto curioso por la demanda que le hacía Paulino se fue al depósito que había detrás de la tienda y trajo una pinza un poco más larga que la primera, y se la mostró.

—Mire, esta es una pinza de Magill, es más grande que la otra, pero tiene unos aros en la punta, y la finalidad es distinta también, esta es para colocar tubos endotraqueales, sondas nasogástricas, bueno, ya sabe...

Y se lo quedó mirando a tipo tan extraño. Mientras tanto la cabeza de Paulino no dejaba de hervir al calor del instrumento que ahora tenía en sus manos, porque había dado en el clavo, además los aros en la punta le facilitarían el asir las cartas, y siempre podía ir a un taller metalúrgico y modificar la pinza, podía alargarle las ramas, angularla un poco más para facilitar la introducción en el agujero del buzón, podría hacer maravillas con

semejante artilugio, pensó. Maravillado por la revelación que acababa tener no lo dudó más.

—Me lo llevo, —le dijo extasiado.

Y se fue conmocionado por el nuevo descubrimiento, y con la ilusión a cuestas, esa que le reactivaba la llama de su condición de robacartas, condición a la que cada tanto agregaba alguna novedad, siempre en aras de conseguir perfeccionar hasta el límite de lo inimaginable, su mal llamada profesión.

Cuando llegó a su casa no esperó un segundo y la puso a prueba. Agarró el buzón que tenía en el estudio, aquel que había comprado para probar las llaves maestras, y empezó a ensayar; echó algunas cartas dentro y metió la pinza, pese a que no consiguió extraer todas porque las ramas no eran lo suficientemente largas, pronto se dio cuenta de lo asombroso del descubrimiento: la facilidad y la rapidez que le permitía la extracción superaron todas las expectativas, y dieron rienda suelta a una alegría inusitada, no era para menos, esta invento superaba con creces todos los anteriores, además resolvía de manera expeditiva todas las incógnitas que le habían hecho poner en duda la continuidad de su propia actividad. Él no se podía imaginar una vida sin su hobby favorito, no entraba en sus cálculos, y cuando las dudas lo acechaban, era cuando entraba en una tristeza difícil de entender, porque veía todo negro, y un mañana sin futuro. Tal era su obsesión. Por esta razón, al comprobar la utilidad del instrumento que había adquirido y las posibilidades que tenía, no pudo más que comenzar a reír, como siempre lo hacía, comenzaba riendo por lo bajo, luego la risa iba ganando en sonoridad, hasta llegar a verdaderas carcajadas, luego, como tantas veces en su repertorio, se fue al refrigerador, sacó una cerveza, y brindó, brindó porque este nuevo proyecto le permitiría continuar, ahora sí, por siempre jamás, con su eterna locura.

Cuando al otro día salió de la oficina se fue derecho al taller metalúrgico. Recordó donde una vez había hecho hacer su «vaporizador», pero prefirió cambiar de sitio, sus locuras dejaban huellas y prefería que no lo recordaran. Además, dado que se trataba de acero inoxidable debía concurrir a un sitio que se especializaran en este material, él se había informado muy bien, pero no iba escatimar en nada, en cuanto al dinero que le costaría, por supuesto, justo ahora que había tocado el cielo con las manos, —decía él totalmente imbuido en sus fantasías.

—Mire, necesito que alargue las ramas de esta pinza, unos 10 cm más o menos, y además necesitaría que la acodadura, el ángulo

digamos, sea un poco más cerrado, mire, este tiene unos 120°, necesito una acodadura de 90°. ¿Es posible?

Lo miró sonriendo el artesano de la metalúrgica, era una sonrisa un tanto indolente, que no le gustó nada a Paulino, y le contestó:

—Aquí todo se puede, je je, y me quiere decir, ¿para qué quiere Ud. esto? Je je, solo por saber..., por curiosidad, je je.

Molesto por la actitud demasiado desenfadada del que parecía ser el propietario del taller, le contestó con un poco de acritud, él ya se tenía la respuesta preparada, por si le preguntaban, eran tan raros sus pedidos, que casi siempre preguntaban, pero siempre lo habían hecho desde el respeto, desde la cortesía, ya que se trataba de un cliente nuevo, un cliente que preguntaba con deferencia, un cliente al fin y al cabo que tenía que ser tratado como tal, con consideración. ¡Pero este tipo! ¡Riéndose de él, como si fuera un monigote! ¡Pero qué se había pensado! ¡No sabía con quién estaba hablando! ¡Quizás con el único ladrón de cartas profesional del país, o mejor dicho, muy probablemente, del mundo! ¡Patán!, —todo esto lo pensaba mientras miraba con tirria al del taller, pero también sin dejar de pensar, que necesitaba de él.

—Mire, soy un científico que estudia la relación de las abejas con el medio ambiente, y este feliz artilugio es para poder introducirlo en la colmena y sacar muestras, pero estas cosas Ud. no las entendería, y sería mejor que se pusiera en manos a la obra, como corresponde, para compartir y colaborar con este proyecto, —terminó con cierto descaro y levantando levemente el mentón, mientras lo observaba como «de arriba». Esta forma de contestar se debía a la indignación que había sentido Paulino por el trato que estaba recibiendo de este.

Paulino se había irritado, pero con el discurso que le había largado al pobre metalúrgico pensó que lo había amedrentado, —pensaba Paulino—, pero lejos de ello, no solo no logró quitarle la sonrisa que llevaba a flor de labios, sino que el muy desfachatado, llegó a poner en duda que él fuera un científico. ¡Pero que se creía, el muy cachafaz!

—¿Científico de qué?, je je, ¡de las abejas! Jajaja...

—Mire, señor, solo le pido que me diga si a este artilugio se le pueden hacer las modificaciones que le he dicho, y si esto es posible, hágame un presupuesto, o mejor dicho, dígame cuánto es.

—Je je, Sr. científico, —¡qué rabia le daba a Paulino que el cachafaz lo tratase así!—, esto no es fácil de hacer, habrá mucho trabajo aquí, y muy

minucioso, ¡vaya si habrá que ser minucioso!, qué quiere que le diga.

Y le dio una palmadita en el hombro y le tiró el precio, —¡qué furia le dio que además que le palmeara el hombro, como si él fuera cualquier cosa!—, pero le había dado un precio, y por otro lado se alegró porque significaba que pese a las pequeñas desavenencias el metalúrgico maleducado estaba de acuerdo en aceptar el encargo, por un momento temió que le dijera que no lo podía hacer, porque él, a raíz de su desfachatez, lo había tratado con cierta dureza, ¡pero vaya!, el dinero lo puede todo, se dijo sin alardes, y aunque el precio que le había pasado era más de lo que él había pensado, no tenía otra salida. Este artilugio reemplazaría a su mano ya regordeta e incapacitada para continuar con la labor que había comenzado desde que era niño, que con sus manos se metía en todos los buzones y no paraba de saquear y saquear cartas, así que, aun molesto como estaba, quedó en pasar a buscar el instrumento la próxima semana, según convinieron.

Cuando a la semana siguiente pasó por el taller a recoger la pinza, el metalúrgico, siempre con la sonrisa en los labios, le mostró la bonanza del arreglo que había hecho; efectivamente había alargado las ramas y estas abrían y cerraban a voluntad, pudiendo confirmar la fortaleza del instrumento y la utilidad del mismo, que con precisión apresaba papeles y cualquier cosa que se le pusiese delante. La tomó en sus manos con delicadeza y admiró el brillo y la perfección de sus líneas, así que apurado como estaba por tenerla en la intimidad de su casa, inmediatamente pagó y se largó. Cuando llegó a su apartamento inmediatamente se metió en el estudio. Le quitó el papel que la envolvía, y allí, en la soledad de las cuatro paredes observó embelesado el aparato, lo acarició con deleite y comenzó a abrir y cerrar las ramas y recoger sobres y papeles que tenía esparcidos en su escritorio, llevándolos de un lado para el otro, los recogía de aquí y los llevaba allá, como si estuviera jugando. Agarró el buzón de las llaves maestras y ahora sí echó cartas adentro y pudo observar maravillado que recogía con suma facilidad todas las cartas que había echado, no solo se prestaba fácil la maniobra sino que esta se hacía con una velocidad desconocida por él, inclusive con mayor rapidez que cuando empleaba las manos. Dejó el estudio y se dirigió a la cocina; esta vez, hizo el camino pausado; su espíritu, alterado por la emoción que lo embargaba, le relataba una pasión inconfesable, aquella que lo había llevado desde la niñez a surcar las calles y hurgar por los buzones. Cuando llegó a la cocina se dirigió al frigorífico. Previendo el éxito, días antes había comprado un buen champagne francés que había puesto a buen recaudo, esta vez iba a brindar por algo que él consideraba el logro más importante de su carrera. Sacó la

botella, la destapó y llenó la copa que ya tenía preparada, se fue al tocadiscos y puso un bolero, cuando este comenzó a destilar la música se llevó la copa a los labios, y se dijo para sí, «Enhorabuena Paulino, eres un verdadero genio, ahora nada ni nadie te detendrá».

Desplazada la «saeta» al rincón de los recuerdos, decidió darle una sepultura feliz. En sus íntimas reflexiones no podía olvidar que su vara, había mitigado, aunque no sin ciertas dificultades, el complejo y serio problema que le habían acarreado sus deformes manos, por esa razón tampoco pensaba ser desconsiderado con ella. Pensó que debía darle un sitio especial a su propia antigualla, y pensó, y ello lo tranquilizó, que el sitio ideal sería dejarla en la propia vitrina, donde normalmente estaba, aunque la colocaría en el estante inferior, dentro su caja de madera, que permanecería abierta para que se pudiese contemplar el elemento en toda su magnitud. Otra de las cosas por las que se puso a desvariar fue, como solía hacerlo con las cosas que descubría, darle un nombre a este nuevo instrumento. «Este invento es el mejor de todos, sin duda alguna, pensó con calma, verdaderamente es un arma letal. «¡Vaya lo que me he inventado! ¡Ya sé!, se dijo entusiasmado, ¡le voy a poner la “letal”!».

Y la «letal» quedó así bautizada, una fresca mañana de otoño, cuando se disponía a levantarse para después de una buena ducha dirigirse al trabajo.

La primera noche que salió «a pescar» con su «letal», estaba lleno de emoción. Eso siempre le ocurría cuando estrenaba alguna novedad, y esa sensación de ansiedad mezclada con la fascinación que el nuevo instrumento le provocaba, le producía una sensación de alborozo que difícilmente había conseguido con sus anteriores inventos. Llegó a la casa señalada después de dejar el auto a prudente distancia, como siempre lo hacía. Era tal el ansia por poner a prueba su nueva arma que descuidó ciertos reparos, esos que siempre tenía en cuenta y que eran necesarios para no ser descubierto y que su integridad no corriera peligro. Por eso, cuando llegó a la esquina, casi sin esperar, se dirigió a su objetivo, sin reparar que alguien, desde la otra esquina, lo estaba observando. La tarde anterior había hecho la «sesión fotográfica», y esta noche tocaba expoliar. Al llegar al buzón se desabrochó la chaqueta y sacó el instrumento. A la luz de la luna y de la luminosidad que le llegaba del farol de la calle, la «letal» refulgió como un rayo de plata, ensimismado se la quedó mirando, al percatarse del brillo y del centelleo que destilaba cuando le imprimía los ligeros movimientos, de un lado para el otro, para embocar en el buzón, se dio cuenta que tenía una verdadera joya en sus manos. El tipo de la esquina, desde la lejanía de su puesto de observación, se quedó mirando a

Paulino, que sin percatarse de su presencia, introducía y sacaba por la boca del buzón su preciado instrumento, cada vez con un puñado de cartas, hasta dejar el habitáculo vacío, deshabitado. El aparato se mostraba eficazísimo. Luego que tuvo todas las cartas en su poder, con un ligero temblor, producto de la propia emoción que lo embargaba, y ayudado con la linterna, fue desechando unas y haciéndose con otras, a las primeras las devolvía por la abertura, a las otras las embolsaba en la propia bandolera, donde tenía el martillo y los demás instrumentos. Absorto como estaba y sin prestar atención a que alguien pudiera estar observándolo, —había perdido totalmente los papeles y en ese momento no reparaba en nada que pudiera descubrirlo—, sacó la libretita y ansioso como estaba comenzó a apuntar los tiempos, eran increíbles, era la mejor puntuación de su larga vida de ladrón de cartas, todo un record. Ahora debía ocuparse de la plaquita, esta estaba sobre el mismo buzón, por encima de la abertura, unos gastados tornillos le aseguraban el sitio. El observador de la esquina, que no cejaba en seguir mirando al personaje que entre destellos de plata y luces de linterna hacía extraños movimientos, intrigado, dejó su sitio y comenzó a marchar a su encuentro. Paulino, excitado como estaba, en ese preciso instante buscaba en la bandolera el destornillador pequeño, cuando de repente «algo» le hizo girar la cabeza hacia la esquina, y allí lo vio, un extraño que desde la lejanía de su puesto se dirigía hacia él. Entró en pánico. Descompuesto como estaba intentó guardar sus instrumentos con la mayor rapidez, se le cayó el destornillador, y con la libretita en mano, la bandolera ajustada al pecho, y la letal en su sitio, se lanzó en una loca carrera para huir del lugar. En realidad, esta acción, la huida desesperada, contravenía todas las normas de seguridad que se había autoimpuesto, pero no tenía alternativa, ahora solo tocaba desaparecer. Esta vez, esta primera vez que salía a saquear con el mejor instrumento que alguna vez había concebido, lo había hecho todo al revés, todo mal, y tuvo tiempo de meditar mientras escapaba, mientras corría a toda velocidad, que esta fuga, esta huida a la desesperada, podía tener consecuencias incalculables, y que podía terminar en un verdadero desastre. Se alarmó. Cuando llegó a la esquina dobló por la misma acera y de inmediato se encontró con un portal. Apoyó su mano en la puerta y esta cedió. Se introdujo por la abertura y vio que era el porche de una casa antigua. La cerró con prontitud, pero sin hacer ningún ruido. Pausadamente se agachó y disparó su linterna, una especie de fognazo, solo un segundo de luz, y de la fotografía que se hizo en su mente vio un Ford viejo de color negro lustroso allí aparcado, le indicó que podría ser un buen escondite. Inmediatamente se arrastró debajo del coche y se

acurrucó. Allí apostado, mientras esperaba el desenlace, escuchó pisadas; el portón, que dejaba un espacio libre por abajo, le permitía escuchar lo que sucedía afuera, los pasos se detuvieron y se abrió la puerta por donde él mismo había entrado. La noche sin luna dejaba una negrura total. Las hierbas del piso y algunas piedrecitas se le incrustaban en las manos en las piernas en el cuerpo y en la cara, mientras la «letal» se le clavada en el pecho, y la bandolera, debajo de él, se le hundía en el abdomen, produciéndole un extraño suplicio que al mismo tiempo lo llenaban de angustia y temor. Mientras, el sudor le recorría todo el cuerpo y tenía las manos agarrotadas y las piernas encogidas, y los ojos fuertemente cerrados, esperando, en una agonía sin fin, que el extraño le dijera, «¡Te agarré ladrón de mierda! ¿Qué estabas haciendo? ¡Eh! ¡Eh! ¡Contéstame ratero, chorizo!», pero pasaban los minutos, y nada de eso sucedió, porque el tipo se dio la vuelta y se fue. No sabe Paulino cuánto tiempo se quedó allí debajo, con las piedrecitas clavándosele, y la «letal», y la bandolera, y los hierbajos también, ni siquiera sabe qué pasó después, quizás se haya quedado dormido, porque se empezó a mover cuando creyó que estaba por amanecer, aunque no fue así, porque el caso es que al salir de debajo del coche volvió a hacer otro fogonazo con la linterna, y esta vez lo dirigió al reloj, eran las tres, «¡Carajo!», se dijo, y abrió puerta con sigilo, sacó la cabeza por la puerta del porche, nada le llamó la atención, entonces, se fue. Cuando llegó a su casa se marchó directo al baño, estaba magullado, tenía algunas raspaduras en la cara y en las manos, y tenía hierbajos por todas partes, en el pelo, en la chaqueta, en la cara, en los pantalones. Se lavó las manos, la cara, se quitó la ropa, se puso un pijama, se fue a la cocina, se sirvió un whisky y como siempre hacía encendió un cigarrillo. Se sentó en el sofá y comenzó a meditar sobre lo ocurrido. Todo lo había hecho rematadamente mal. Había liquidado en un santiamén todas las normas que se había exigido cumplir y que le habían valido haber salido indemne de todas sus correrías, y esta vez había tenido suerte, pero otra vez podría ser distinto, y podría costarle muy caro, de eso se trataba.

# ONCE

---

Repuesto del accidente sufrido aquella noche, ahora más atento a no cometer ningún descuido, continuó con el saqueo de buzones. Plaquitas, macetas con flores, azulejos, y algunas otras tonterías que él encontraba curiosas, eran los recuerdos que habitualmente acompañaban a las cartas que cada fin de semana rapiñaba. La «letal» se seguía mostrando tan eficaz como desde el principio, y no solo eso, ya que con la práctica la velocidad del hurto era tal que hubo un tiempo que estuvo considerando robar más de un buzón por noche. Todo iba sobre ruedas en aquel endemoniado año de robos y hurtos por doquier, cuando se topó con algo inesperado. Fue la noche que del buzón de la última casa robada sacó una sola carta, estaba manuscrita, en letra cursiva, y solo aparecía el nombre del destinatario, decía así: «Sta. Margarita Bazán», y no tenía sello, ni remitente, ni ninguna otra señal, y al momento le llamó la atención. Era muy probable que quien la había escrito la hubiera depositado en persona. La iluminó con la linterna, la miró por las dos caras, y se la metió en el bolsillo. Intuyó que algo no cuadraba, y a diferencia de lo que solía hacer luego de robar en algún buzón: irse a un bar y tomar alguna copa mientras saboreaba el «triunfo» del nuevo hurto, esta vez inmediatamente partió a su morada, tenía que examinar a fondo esta carta. Cuando llegó a su casa se dirigió directo al estudio. Encendió la lámpara lupa de la mesa e inmediatamente el «vaporizador», cuando este comenzó a humear colocó la solapa del sobre encima, esperó unos minutos hasta que el pegamento se licuase, y luego muy lentamente, tal cual un cirujano en una intervención muy delicada, con unas pinzas muy finas, comenzó a abrir el sobre, muy despacio, para no romperlo, hasta despegar completamente la solapa, luego, con las mismas pinzas retiró la cuartilla, estaba doblada en dos, la abrió y comenzó a leer:

*«Srta. Margarita Bassand. Como ve, la conozco, pero además le quiero dejar muy claro que la conozco muy bien, pues sé todo acerca de Ud. No se impaciente, sé que esta carta le producirá una fuerte impresión, pero vayamos por pasos. En principio tiene que saber que desde el momento que está leyendo esta carta, está seriamente amenazada, obviamente por quien le escribe, pero no se apresure, por ahora lo vamos dejar así. No quiero adelantarme a los acontecimientos. Mire, le voy a dar unos datos, para que vea hasta donde la conozco: Ud. fue alumna en la Facultad de Historia y*



*terminó sus estudios como profesora, después de graduarse; en la misma Facultad impartió clases, allí se la recuerda por el eterno lacito rosa con que se recogía el pelo, ¿no es verdad lo que le digo?, y ahora trabaja en el Consejo de Investigaciones, como investigadora. ¿Se da cuenta cuantas cosas sé de Ud.? Pero hay más, Ud. sale de su casa por la mañana a eso de las ocho, antes de salir le deja un plato con comida a su perro, luego toma el bus número cuatro en la esquina y se baja frente al Consejo de Investigación, donde trabaja, mañana y tarde. Al mediodía, no se vuelve a su casa, suele vagar por las inmediaciones del Consejo y almuerza en un pequeño restaurante donde la conocen mucho y la atienden muy bien. ¿Su plato preferido?, la merluza con salsa de puerros. Por la noche, antes de llegar a su casa, a eso de las nueve, suele detenerse en el supermercado de la esquina de su casa, y allí hace algunas compras para la cena. ¡Ah!, le gusta el pescado, al horno, y lo sazona con algunas especias, y también el vino blanco. Conozco su marca preferida, ya se la voy a hacer saber. ¿Sabe Srta. Bassand que incluso sé que tiene a su mejor amiga en el extranjero y que ella suele venir a visitarla? Le puedo contar muchas cosas de Ud. y de todo lo que acontece a su alrededor. Srta. Bassand, no atente inútilmente contra su vida, no muestre esta carta a nadie, y menos a la policía. Nos seguiremos comunicando. Pronto tendrá noticias mías.*

*Mi nombre... no tengo nombre, para Ud. yo seré, el Cazador».*

El carácter intimidatorio del mensaje no dejaba lugar a dudas, se trataba de una amenaza que de manera sorprendente se cruzaba en su camino, porque estaba dirigida nada menos que a su propia víctima, «esto es cosa de tres», — pensó asombrado—, siendo él, el único que tenía constancia de dicha situación. Este hecho insólito, —era la primera vez que le ocurría en todos los años de robacartas— le produjo un extraño sentimiento que lo desorientaba y lo dejaba confuso por la nueva situación creada. Por un lado estaba él, consumado ladrón de cartas, en posesión de una carta amenazante dirigida a quien le había birlado dicha correspondencia. Por otro lado estaba ella, delinquida por partida doble, ya que además de amenazada al mismo tiempo había sido despojada de su correspondencia, por lo tanto ignorante de la intimidación. Y por otra parte el tercero en discordia, el inquietante amenazador, que desconocía que su carta había sido robada, y que ella, la amenazada, desconocía a su vez la existencia de tal amenaza. Este embrollo le hizo surgir a Paulino varios sentimientos encontrados: por un lado la existencia de un desconocido, del cual acababa de tener noticia, que se había inmiscuido en una propiedad que él consideraba de su único y propio interés,

como era el caso del buzón, y que este, sin ningún tipo de pudor lo había invadido introduciendo una carta amenazante a la propietaria, por lo tanto la primera sensación que sintió al tener noticia de la aparición de este individuo, fue la de irritación hacia este; era totalmente intolerable que se hubiera entrometido en algo que él vivía como de su pertenencia, por eso, después de meditar sobre lo acontecido, no lo percibió con indiferencia, todo lo contrario, lo vio como un hostil adversario, un verdadero enemigo, un intruso a quien debía desenmascarar, de eso no le cabía la menor duda. Por otro lado estaba ella, la desposeída, y al mismo tiempo amenazada, y la primera sensación que tuvo fue la de simpatía por la afectada, a quien consideraba que debía por sobre todas las cosas, sin saber muy bien por qué, proteger. Si bien los fines de ambos eran totalmente distintos, el buzón, era común a los dos, y para él eso era intolerable. Era tan compleja la situación, que se avino a hacer un resumen de las circunstancias que rodeaban el caso: se daba la paradoja que su víctima era también víctima del autor de la carta que con carácter amenazante actuaba sobre ella, y era muy rocambolesco todo lo que ocurría, porque su propia víctima desconocía todo acerca de la amenaza que se cernía sobre ella, y también desconocía que le había sido hurtada dicha carta. También era cierto que el misterioso personaje que había depositado la carta desconocía que esta había sido hurtada y que no había llegado al destino que él pretendía. En definitiva, solo Paulino conocía el entramado que se había tejido alrededor de los personajes que se movían en este escenario, ya que tanto la víctima por partida doble, como el autor de la amenaza, no tenían idea de su existencia. Analizada esta cuestión, sabedor de tener los conocimientos que los otros carecían, se sintió poderoso; cuando analizó con detalle esta cuestión, respiró profundo y alzó ligeramente la barbilla. Era como tenerlos en un puño. Él sabía de todos, y nadie sabía de él. Lo cierto es que no solo se sentía involucrado en el caso, sino que su cerebro, en pleno desconcierto, lo hacía sentirse responsable de la integridad de «*la señora*», —así comenzó a llamarla—, y naturalmente, como no podía ser de otra forma, debía tomar cartas en el asunto. De entrada sabía que no podía recurrir a la policía, era obvio que en ese caso pondría a la mujer en verdadero peligro, según él había leído, pero además, ¿cómo explicar luego a la policía cómo se había hecho con la carta? Cualquier excusa despertaría sospechas, y podría ser descubierto, con las graves consecuencias que ello conllevaría, y no solo tendría que olvidarse para siempre de su hobby favorito, sino los problemas que después le sobrevendrían con la justicia y todas esas cosas que no quería ni imaginar. Debía actuar él, sin poder contar con nadie en quien confiar, sin

ningún tipo de ayuda, y el tiempo corría en su contra, y debía actuar ya. Paulino, se vio de pronto envuelto en una historia que se salía de la rutina a la que estaba acostumbrado, referida única y exclusivamente al saqueo de buzones, pero ahora las circunstancias habían cambiado, y con la responsabilidad que le cabía, al haber descubierto la amenazante carta, se veía obligado a asumir un nuevo rol, ahora debía investigar, no le quedaba otra opción, y concluyó, con cierta hidalguía, que se convertiría en espía; cuando pensó esto, se conmovió un tanto, y se sintió importante, debía asumir el riesgo, por algo había llegado tan lejos, además, él se sentía muy identificado con estos personajes, ya había razonado una vez «que ambos, —espías y él—, anduvieran por los barriales de incógnito, siempre amparados por la oscuridad de la noche, tratando de no ser vistos ni descubiertos, guardando en secreto archivos que los comprometían, ¿cómo se podía explicar eso?», —se dijo esa vez—. Cuando terminó de leer la misiva y divagó por los estrechos senderos que su loca mente producía, comenzó al mismo tiempo a elaborar un plan para descubrir al entrometido: la carta decía «*Nos seguiremos comunicando. Pronto tendrá noticias mías*», estaba claro que el tipo volvería con otra carta, y si quería investigar y descubrir al intruso debería apostarse todo el tiempo que le fuera posible cerca de la casa de *la señora* para desenmascarar al que anónimamente llevaba la correspondencia al buzón, ¿pero cómo hacer para vigilar la casa?, no era sencilla la cuestión que se planteaba, además, su trabajo en la fábrica de dulces y mermeladas no le permitiría hacer una vigilancia a tiempo completo. Era evidente que el tipo iba a volver, significaba que iba a continuar con las cartas y las amenazas; después de leer la carta con cierto detenimiento parecía que el objetivo de este era amedrentar a su protegida, en realidad no lograba entender adónde quería llegar *el intruso*, —así lo comenzó a llamar—. ¿Su juego se limitaba solo a asustarla y mantenerla en vilo, una especie de juego perverso destinado a hacer de su vida un tormento? ¿Quizás una venganza? También existía la posibilidad de que todo esto terminara en un chantaje, una extorsión, lógicamente para obtener algún dinero. Pero todo esto lo desconocía. El hecho de que la amenazada fuera ignorante de la existencia de esta primera amenaza, si quería involucrarse, como así lo había pensado, lo obligaba a interceptar todas las cartas que le llegaran. Por otra parte, salirse del guión de simple robacartas y meterse a espía lo entusiasmaba. Esto lo forzaba, además de vigilar la casa estrechamente todo el tiempo que le fuera posible, —había que tener en cuenta que su trabajo y su propio descanso le restarían horas a la vigilancia—, a tener que buzonear cada día por si al maldito intruso se le ocurría ejercer de

cartero mientras él no estuviera vigilando. La vigilancia debía ser lo más obsesiva posible, y la dedicación para descubrir al malhechor máxima. Intuyó que el *maldito intruso* echaría las cartas por la noche y no se expondría durante el día, porque el barrio durante el día presentaba una cierta actividad, eso lo había podido comprobar él mismo cuando fue a hacer los sondeos previos por la zona, antes de encontrarse con la carta amenazante, por eso era probable que eligiera la seguridad de la nocturnidad. Todo esto era un verdadero quebradero de cabeza para él, porque si quería interceptar la próxima carta intimidatoria, al desconocer cuándo ocurriría esto, debía buzonear cada día; él sabía por la carta que tenía en su poder que ella salía por la mañana y tomaba el bus de las ocho, y que no volvía a su casa hasta la noche, a las nueve decía la carta, y si *el intruso* echaba las cartas por la noche, como había pensado, él debería revisar el buzón por la mañana muy temprano, incluso cuando aun reinara la oscuridad, y de esa manera poder buzonear sin el peligro de ser descubierto, eso haría.

# DOCE

---

Aunque cada vez que meditaba sobre su protegida la comenzó a llamar de manera familiar *la señora*, en realidad no la conocía. No tenía idea de su aspecto físico ni de las circunstancias que la rodeaban, no sabía si era rubia o morena, alta o baja, obesa o delgada, tampoco sabía su edad, o si vivía sola, o en pareja, o si tenía hijos. Así y todo, en su imaginación, él creó una imagen por la que había comenzado a sentir un cierto afecto, y que se reflejaba por el sentimiento de protección que había nacido hacia ella, sentimiento que al fin y al cabo lo había inducido a meterse en el embrollo en el que estaba metido. Pero no iba a cejar en su empeño, se sentía muy comprometido, y estaba dispuesto a llegar hasta el final.

Dado que había sido profesora de la Facultad y ahora trabajaba en el Consejo de Investigación de Historia, se la imaginaba como una señora que rayaría los cincuenta, por el propio trabajo que tenía la suponía una mujer culta, también ganaría dinero, por lo que vestiría bien, a la moda, y no sabía muy bien por qué, pero se la figuraba no muy alta, cabello y ojos negros, cara ovalada, rasgos suaves, era en su pensamiento, el ideal de mujer. ¿Sería realmente así como se la había imaginado? ¿O se sorprendería al conocerla, porque no concordaba en nada ni en su aspecto físico ni en sus facciones, como él pensaba? De más está decir que según su imaginación ella vivía sola en su casa, no tenía marido ni hijos, y según la carta, tenía un perro. Todas estas fantasías acrecentaban el sentimiento de afecto que sentía por ella. Él, al final de cuentas, era un hombre soltero, y en el fondo, sujeto a enamorarse. No está demás decir, que pese a ser renuente a toda relación que le impusiera algún tipo de límites al libre albedrío del que disponía, de alguna manera sufría la orfandad de su departamento, siempre vacío, mudo, con la soledad esperándolo cada noche, cuando volvía de su trabajo. Cuando se aposentaba en la ventana de la cocina y ponía al alcance de sus ojos el barrio entero, y observaba las calles, los edificios, y las casas vecinas, imaginaba detrás de cada pared, de cada ventana, de cada puerta, parejas, familias, hijos correteando, y entonces, un dejo de amargura lo recorría por dentro. Luego se conformaba, porque se adentraba a la sala, se servía un whisky, encendía un cigarrillo, y se ponía a ver la televisión, y él mismo se complacía cuando decía en voz baja: «No hay nada como ser dueño de uno mismo». Pero ahora se le presentaba un nuevo reto, y tenía que resolver el problema que se había

creado, totalmente novedoso en su actividad de saqueador de buzones, y del que se sentía involucrado. Era probable que el *maldito intruso* dejara pasar unos días antes de volver a amenazarla, eso le daba margen para estudiar qué recursos pondría en juego para vigilar lo más estrechamente posible la casa en cuestión. Inmediatamente dedujo que la vigilancia que debía ejercer para cazar al intruso estaba lejos de ser una tarea sencilla. Uno de los primeros problemas que entrevió fue que apostarse cada noche, —vaya a saber cuántas noches—, en la esquina o en algún sitio cercano, sin posibilidad de ocultarse, sería como delatarse a sí mismo, porque el *intruso* ante la presencia de un extraño no actuaría, la otra cuestión se relacionaba con los propios vecinos, estos, ver a alguien merodear cada noche por los alrededores, les despertaría sospechas, y no sería nada raro que en un caso así llamaran a la policía. Todos estos enigmas eran los que debía resolver si quería llevar a buen término la meta que se había fijado: descubrir al *intruso*.

Al otro día lo despertaron las campanadas de una iglesia. Abrió los ojos y miró el reloj, daban las nueve. Desconcertado se incorporó e inmediatamente tomó consciencia de su nuevo desafío, y eso lo despabiló. La ducha lo terminó por despejar. Mientras tomaba el desayuno intentó planear el día. No sería un día cualquiera. Tuvo la percepción que el reto que tenía por delante lo había sobrepasado. Era sábado por la mañana, y aunque hacía frío lucía un sol resplandeciente, por eso lo primero que se le ocurrió fue salir a caminar, le vendría bien, las mejores ideas se le ocurrían cuando paseaba y su mente vagaba entre el eco de sus pasos de hombre solitario. Fue no bien salir que tuvo la certeza que debía visitar la zona, el barrio en cuestión. Dado que era sábado daba por descontado que habría actividad en la barriada. Aunque él ya había estado antes, ahora se imponía un análisis más profundo, tenía que estudiar desde dónde podía ejercer la observación sin ser visto —por el momento sin atisbo de solución, según él pensaba—. Él recordaba, cuando hizo el estudio de la zona, que frente a la casa donde había encontrado la carta amenazante había unos bloques de edificios con negocios abajo, pero no había reparado con detenimiento en los detalles. Además existía la posibilidad de conocer a la protagonista principal de la historia, quizás la viera salir de su casa, no la conocía, y conocerla se le ocurrió de interés para la investigación. Del personaje solo sabía su nombre, y por ello que era mujer, todo lo demás rayaba en la ignorancia, en el desconocimiento, el resto, venía de su imaginación. Se fue derecho al auto e hizo lo que la última vez, lo dejó en el mismo sitio, un poco alejado, para no llamar la atención, y a paso corto y aparentando una total indiferencia se fue directo a la calle en cuestión. Llegó

a la esquina opuesta y se detuvo. La casa estaba en el otro extremo de la calzada, que terminaba en una plazoleta amplia y arbolada. Aguzó la mirada y dio un pantallazo general de la zona, quería recoger todos los detalles que su aguda mirada le proporcionaba, porque siendo sábado y a esta hora de la mañana, —serían eso de las once—, la calle desplegaba una frenética actividad de barrio con comercios abiertos, chicos jugando en las aceras, y madres y vecinas que de manera despreocupada hacían las compras en las tiendas y negocios cercanos. Fingiendo desinterés, lentamente se fue acercando, sin perder de vista todo el paisaje que se le ofrecía a sus ojos. Frente a «la casa» se levantaban erguidos los dos bloques de edificios que ya había observado en la visita anterior, y por lo que veía, eran modernos, no muy altos, uno pegado al otro, y en los bajos una galería común a ambos con locales comerciales. Junto al último bloque, y haciendo esquina, una cafetería, grande y nueva, y enfrente, también en la esquina, un supermercado, seguramente el que mencionaba la carta, y al lado «la casa». Se notaba, que no hacía mucho de la construcción de los edificios, pero desentonaban con el resto de la barriada, al principio la gente se rebeló contra esa novedad, porque en el barrio todas las casas eran un poco coquetas, con jardín delante y su reja y su buzón, pero se venían tiempos nuevos, y la falta de espacio llevaría a muchas innovaciones en las ciudades, y la gente terminó por acostumbrarse y aceptar este tipo de edificación que chocaba con el resto. El hecho de que ambos bloques tuvieran una galería comercial con locales abajo provocó la llegada de negocios que nadie antes podría haber imaginado, y estos le dieron un ajeteo al barrio que antes no tenía. Se instalaron en ellos una pequeña boutique, —recién estaban comenzando a ponerse de moda en el centro de la ciudad—, una casa de pastas frescas, —ya no tendrían que ir al otro barrio a comprar estas exquisiteces italianas—, una mercería que tampoco había, una casa de ropa para niños, y una zapatería. Quedaban aun dos locales vacíos, los más internos, los menos atractivos, pero viendo el movimiento que se veía, pronto serían ocupados. Paulino, en su despreocupada caminata, iba absorbiendo con su abierta mente todos los detalles del sitio en cuestión. En la cafetería, allí los hombres compartían mesa café por medio, entre charla y charla, algunos jugaban al dominó, y otros, los más solitarios, se enfrascaban con algún periódico del día. Hasta allí se llegó Paulino y se pidió un café. Se llevó un periódico y se sentó afuera, el sol de invierno a esa hora del día invitaba, y además de allí podía observar perfectamente «la casa», y pegado el supermercado. La calle terminaba en la hermosa, grande y arbolada plazoleta que estaba rodeada por una acera desde donde se desprendían senderos

diagonales que la cruzaban y confluían en el medio en una bella y adornada fuente de agua. Viendo el movimiento que tenía el barrio se reafirmó que el maldito intruso necesariamente actuaría de noche, sería muy arriesgado durante el día llegarse al buzón e introducir una carta. Después de simular que leía el periódico, se terminó el café y se levantó. Cruzó la calle y se instaló en la esquina de enfrente, donde estaba el supermercado, allí era donde hacía las compras *la señora*. El hecho de estar pisando el terreno donde se desarrollarían los próximos acontecimientos le produjo un cierto placer, no en vano ahora hacía de espía, nadie podía negarlo, y cuanto más se adentraba en los vericuetos de la investigación, más gusto le sacaba a su nuevo trabajo, a su nueva tarea. Este pensamiento que él disfrutaba con verdadero deleite por un momento aplacó sus nervios, aunque solo fue por un momento, porque el problema seguía allí sin resolver, la misión de someter la casa a una observación continuada durante la noche y durante varias noches, —no sabía cuántas—, sin ser visto, no tenía solución. Por más que miraba a uno y otro lado, por más que centraba su atención en diferentes sitios desde donde otear y esconderse al mismo tiempo, todo era en vano. Con este pensamiento entró al supermercado y lo recorrió por dentro. Se fue primero a la pescadería, donde *la señora* compraba el pescado, y después se fue a la zona de los vinos, se los quedó mirando, en la misiva el amenazador le advertía que en la próxima carta le indicaría qué vino blanco solía llevar. Al rato salió y comenzó a recorrer la calle. Al pasar frente a «la casa» lo hizo con lentitud, quería imbuirse de todos los detalles posibles de la morada, por ello fijó su máxima atención, recogiendo toda la información posible. La casa estaba más atrás, por delante se notaba que había un jardín, porque sobresaliendo del alto muro que lo separaba de la calle asomaban por arriba las copas de dos árboles, uno a cada lado. En el medio del muro una puerta de hierro hacía de entrada impidiendo la total visión del interior, y al lado y sujeto a la pared el famoso buzón. Mientras pasaba frente a él lo miró con insistencia, y un atisbo de odio hacia *el intruso* le emergió de lo más profundo, ese era «su» buzón, y no aceptaba ninguna injerencia. El techo a dos aguas de tejas color pizarra de la casa surgía por arriba y la destacaban de las otras, que aunque también atractivas, no tenían, según su propia opinión, el porte de esta. Siguió caminando hasta la otra esquina y cuando llegó decidió dar toda la vuelta a la manzana, volvería a encontrarse con el supermercado, en la cafetería de enfrente quizás se tomara otro café, y luego volvería a pasar por el frente de la casa, en principio, debía familiarizarse con la zona, tomar contacto, ello le facilitaría las cosas, inclusive si en algún momento debía salir corriendo



disparado de alguien. Sin embargo, a pesar de todos los esfuerzos por encontrar una solución a la vigilancia, comenzó a hacerse a la idea de la imposibilidad de su cometido. Le recordó cuando estuvo a punto de renunciar a su afición de robar cartas porque sus manos habían dejado de serle útiles. Recordó cuando de manera fortuita halló la solución con el descubrimiento de «la letal». Pero ahora estaba en una encrucijada, y no veía la solución, y eso lo atormentaba. Eran esos los momentos en los que la angustia lo sobrepasaba, se daba cuenta por el dolor que sentía en la boca del estómago y la sensación de náuseas que no lo dejaban en paz. Se veía en un callejón sin salida, del cual no podía ni sabía cómo salir. Cuando dio la vuelta a la manzana y se volvió a encontrar con el súper entró y compró una barra de pan, tenía que disimular. Luego cruzó y en la cafetería se pidió otro café. Se volvió a sentar en la calle, el sol le daba de lleno, se sintió acariciado por la calidez de sus rayos, por un momento gozó de este placer, y así se quedó un rato, haciendo que leía el mismo periódico, mientras le seguía dando vueltas en la cabeza el dilema que lo apabullaba. Terminó el café y ansioso se levantó de la mesa. Se dirigió nuevamente al supermercado, no sabía muy bien qué hacer. Perseguido por su paranoia temió que estos paseos por el barrio durante toda la mañana llamaran la atención, porque iba y venía, del supermercado al café, del café al supermercado, luego la casa, la vuelta a la manzana. Por un momento creyó que todos lo observaban, y que pudieran desvelar sus intenciones. Volvió a pasar por el frente de la casa pero no se animó a mirar, aunque lo más que podía ver era el alto muro y la puerta de hierro, cerrándole toda posibilidad a poder ver dentro, algo que con tanta ansiedad deseaba. Volvió a cruzar al frente, donde estaba la galería de los edificios, y se metió en la mercería, aprovecharía y compraría aguja e hilo de coser blanco, recordó que los necesitaba, pero ya no sabía qué hacer para seguir justificando su presencia en el barrio. Pero fue al salir de la mercería que giró la cabeza hacia adentro, y en el mismo portal de entrada del edificio de la izquierda, le llamó la atención un cartelito pegado al cristal que decía: «Se alquila departamento, un dormitorio, precio asequible», y luego el teléfono. Se quedó estupefacto. ¡Allí estaba la solución! Una intensa emoción lo embargó por dentro. Alquilaría el departamento. Dinero no le faltaba, era soltero, poco ambicioso, lo habían ascendido y le habían aumentado el sueldo, igualmente sería poco tiempo, ¿un mes quizás?, ¿dos?, no le importaba, pero había encontrado al fin la salvación, la providencia quiso darle una oportunidad, eso pensó de inmediato; sacó unas monedas del bolsillo y con una ansiedad que ya conocía

se fue a la cabina telefónica que estaba en la plazoleta, allí mismo con el número grabado en su memoria discó:

—¡Hola! ¿Quién habla?, —lo atendió una voz de mujer

—Sí, mire, he visto que tiene en alquiler un departamento, en la calle R..., en el edificio que está al lado de una cafetería, estoy interesado en él.

—¡Ah, sí!, es muy bonito ese departamento, es un segundo piso, ¿para cuántas personas?

—Mire, soy solo, es solo para mí.

—¡Ah!, muy bien, para una persona o una pareja es lo ideal, tiene un dormitorio y una salita muy linda que da a la calle, le gustará.

—Es lo que necesito, me gustaría verlo.

—Mire, hoy es sábado, si le viene bien puede ser esta misma tarde, ¿a las seis le va bien?

—Sí, sí, me va muy bien, —contestó casi temblando de emoción Paulino, que no se podía creer lo que le estaba ocurriendo.

Se volvió a su coche casi corriendo. La ansiedad que le producía el encuentro que iba a tener con la propietaria en unas pocas horas, unido a la sensación de euforia que lo acompañaba, lo mantenía en vilo. Cuando arribó a su departamento miró la hora en el reloj de pared y contó cuántas horas le restaban para la ansiada entrevista. Estaba a un paso de resolver el primer obstáculo serio desde que ejercía de espía, y aunque todo «pintaba» bien, aun debía ver si el departamento reunía las condiciones necesarias para poder espiar desde allí, y luego arreglar con la propietaria, porque aunque lo necesitaba por poco tiempo, había pensado entre uno y dos meses, lo más probable es que tuviera que arreglar por el año entero, pero poco le importaba, la propietaria le había dicho que daba a la calle, y desde allí tendría seguramente la mejor visión que podía esperar, y sin ser visto por nadie, que era lo que más le preocupaba, porque ya se imaginaba, detrás de la ventana, oteando todo el horizonte que esta le permitiera. Y todo esto lo mantenía en vilo, con el estómago cerrado, con un nerviosismo *in crescendo* que lo instaba a fumar sin parar y recorrer la sala de punta a punta hasta que se hiciese la hora de partir para el encuentro. Contra todo pronóstico se acercó a la nevera y sacó un fiambre para hacerse un sándwich, porque así y todo la sensación de vacío en el estómago le producía un malestar que quería evitar, abrió una cerveza y entre trago y trago devoró el sándwich. Se intentó recostar para calmarse pero no pudo. No pasaron cinco minutos que ya estaba de pie con otro cigarrillo y recorriendo la sala. Cuando el reloj dio las cinco y cuarto se preparó para salir. Se aseó como pudo, se lavó los dientes y se volvió a

engominar el poco pelo que le quedaba. Se cambió de camisa, se puso corbata y una chaqueta nueva que había comprado hacía poco. Quería ir lo más elegante posible, debía inspirar confianza desde el primer instante, si lo conseguía, todo iría sobre ruedas. Alquilar el departamento le resultaba vital. A las cinco y media salió con el coche y se dirigió a su «probable» nuevo barrio. Lo volvió a dejar en el mismo sitio y de allí a pie. Como llegó más temprano se sentó en la cafetería y volvió a pedir un café. Cuando se hicieron las seis se dirigió a la puerta del edificio. Unos minutos después una señora regordeta y que no pasaría los sesenta se presentó, era la propietaria, iba muy bien vestida, con los labios muy pintados, de un rojo carmesí.

—¿Es Ud. el interesado?, —le dijo dándole a la voz un tono muy refinado.

—El mismo, —respondió Paulino, despachándose con una amplia y simpática sonrisa.

—Entonces entremos, es el 2.º A, lo más importante es que lo vea y le guste, aunque, de que le guste, ¡de eso estoy segura!, —se pavoneó la mujer, y se giró hacia adentro dándole una media vuelta al culo grande que tenía mientras entornaba llamativamente los ojos.

Era un segundo piso con ascensor, y cuando entró al departamento quedó deslumbrado, porque aunque pequeño, —una sala, un baño, una diminuta cocina y el dormitorio, y el dormitorio y la sala daban a un balcón a la calle —, estaba decorado con muy buen gusto y reducido a lo esencial, digamos que a diferencia de su departamento, este era muy moderno, de paredes blancas casi relucientes, y las aberturas, puertas y ventanas, eran de calidad, el mobiliario a su vez también era nuevo: las sillas y la mesa de la sala, de colores claros, el sofá, que al tacto daba una sensación de calidez, el televisor enfrente, incluso tenía teléfono, moderno y vanguardista, y los muebles de la cocina que daban la impresión de ser flamantes, y todo tenía el aspecto de estar muy limpio y pulcro, y hasta las cortinas eran novedosas, porque al lado de las lamas colgaba una barra que girándola a derecha o izquierda estas se ponían horizontales o verticales, permitiendo tener una perfecta vista del exterior y dejando entrar toda la luz, o bien cerrando toda posibilidad a la luminosidad externa y convirtiendo la sala en un ambiente íntimo, aun conservando una meridiana claridad.

De inmediato se fue a la ventana y desde allí pudo apreciar de lleno «la casa» de sus desvelos en toda su plenitud. Desde allí divisó el buzón, «su buzón», y pudo traspasar los altos muros y la puerta de hierro, descubriendo adelante un jardín, que dividido a derecha e izquierda por un sendero de lozas blancas, lo ocupaban dos sendos árboles, uno a cada lado, y vio entre sus

ramas, ahora sin hojas por la temporada invernal, la casa entera, con sus paredes lisas de color arena, en medio una puerta de madera maciza y bien acabada, con un farolito encima, dándole un aire señorial al conjunto, y a ambos lados de la puerta dos grandes ventanales con sus cortinas descorridas que le permitían ver, no sin cierta dificultad por el ramaje de los árboles, el interior, haciéndole imaginar un ambiente soleado, con mucha luminosidad. Por entre las ramas trató de mirar dentro, pero no observó ningún movimiento, todo era quietud. No se imaginaba mejor sitio para espiar. Era perfecto. Además, que la vigilancia tuviera que hacerla en invierno era una verdadera suerte, ya que en temporada estival o en primavera el follaje de los árboles le impediría cualquier tipo de visión de la casa. Estudió por un momento el mecanismo de la cortina de lamas, muy original por cierto, él lo desconocía, pero era justo lo que necesitaba para ver sin ser visto. Digamos que a poco de haber visionado el departamento, se dio cuenta que era ideal para la misión que tenía por delante. Se giró y se dirigió a la mujer, que lo observaba detenidamente, como estudiándolo, para ella siempre era importante la primera impresión que le causaba su futuro inquilino, no quería tener problemas con los pagos, y luego de observarlo con detalle se dijo para sí, «Debe estar por los sesenta o un poco más, me da confianza, está bien vestido, impresiona bien, me gusta», fue entonces cuando Paulino, con una amabilidad sobreactuada, le expresó, aunque sin abundar en los elogios, —eso podía subir el precio del alquiler—, que el departamento le parecía bonito y que era lo que estaba buscando.

—Ud. sabe, he visto otros departamentos, y están, o mal decorados, —y comenzó a describir el suyo propio, que tenía los mismos muebles de antaño, viejos, pasados de moda, la tapicería de las sillas y del propio sofá, con algunas puntas deshilachadas, daban la impresión de ser de otro siglo, y las paredes con los mismos papeles pintados que él mismo había hecho poner, y las cortinas, que nunca habían sido renovadas, y no digamos los muebles de la cocina, y el resto del mobiliario, y entonces continuó—: o tienen una mala distribución, o son demasiado grandes, o demasiado viejos, en fin, y este departamento, —siguió Paulino—, aunque pequeño, —en algo lo tenía que desacreditar, por eso del precio—, me parece moderno y bien cuidado. ¿Cuánto pide, si se puede saber? —preguntó sin cejar en seguir con su amplia sonrisa.

—¿Estamos hablando de un contrato de un año, o más...? —volvió a canturrear la mujer, que le daba a su voz un tono que subía y bajaba como haciéndose la jovencueta.

Aunque Paulino pensaba que no lo iba a necesitar más que por un par de meses, siguió adelante, no podía ni siquiera pensar en perder ese punto de vigilancia, y por nada del mundo lo dejaría escapar.

—Mire, sería por un año, luego si me gusta el barrio y me acostumbro al departamento ya veríamos de renovar el contrato por más tiempo, —mintió Paulino, que no veía la hora de estar en posesión de la morada para montar todo lo necesario, porque ya había comenzado a pensar en comprarse un catalejos, o quizás mejor, un telescopio, eso lo había visto en las películas de espías, inclusive podría ver de adaptar la máquina de fotos en un trípode, para poder hacer fotos y tener una constancia fotográfica, en ese caso también las encarpetaría y las archivaría, pero compraría carpetas diferentes a las amarillas que él tenía para guardar las cartas y las fotos y los informes de los asaltos a los buzones, esta actividad era muy distinta al robo de los buzones, esto era espionaje puro y duro—, se decía estúpidamente, —tendrían que ser de otro color que contraste con el amarillo de las otras carpetas, porque Paulino ahora se sentía espía al completo, y vivía esta etapa de su vida como si pudiera tener continuidad, aunque no se había planteado, que una vez acabada su misión, no tendría qué espiar.

—Perfecto, —le contestó la mujer con una amplia sonrisa de satisfacción, porque le había caído bien el personaje, además, nunca se sabía, por lo visto era soltero, y podía aprovecharse de esa circunstancia, digamos que su viudez no la hacían inaccesible, sino todo lo contrario, tan luego ella, que desde que se había quedado viuda y sola buscaba con ahínco alguna novedad que distrajera y alegrara sus carnes—. Podríamos firmar el contrato mañana, si le va bien, —le dijo toda vaporosa y entornando sus ojos como solía hacer cuando se ponía cariñosa—, aunque mañana es domingo, y a lo mejor Ud. tiene compromisos, —le endosó a la medida de intentar entresacarle sus obligaciones, por si las tenía—, y una pregunta, ¿será Ud. solo o vendrá con su pareja?, porque ¿pareja tendrá, supongo?, —le dijo con cierta incertidumbre en un último afán de conocer si podía hurgar en ese terreno.

Paulino, que estaba atento a cada palabra de su interlocutora, se dio cuenta de las intenciones de la propietaria, —a partir de este momento para sí le comenzó a llamar impudicamente «la cazadora»—, intenciones que no eran otras que además de alquilar su departamento, tirar el anzuelo por si su futuro inquilino «picaba», porque en su soledad de viuda alegre y festiva, su carne pedía carne, y él, su inquilino, le había caído bien. Paulino se la imaginó sola y buscona, y no la subestimó, todo lo contrario, porque al final de cuentas él tampoco era un mozalbete, y a cierta edad poco importaba ser muy exclusivo.

Pero la intimidad que necesitaba en el piso para poder espiar con la tranquilidad que requería el caso entraba en confrontación con cualquier posibilidad de aceptar a nadie que se pudiera inmiscuir y pudiera descubrir sus secretos. Había que tener en cuenta que él, apenas vio el piso y todas las posibilidades que tenía para la observación que pensaba hacer, concluyó que debía equiparlo, tal cual lo había visto en las películas de espionaje, con un telescopio y un trípode para su cámara de fotos, esto lo había llegado a entusiasmar muchísimo, y ya había pensado que el lunes mismo se pondría en campaña para adquirir estos instrumentos, ya había meditado que se debía traer el vaporizador para abrir las cartas, y las pinzas, y todo esto era incompatible con alentar cualquier tipo de relación con la propietaria que no sea solo la de inquilino, sin ningún otro tipo de confianza, porque necesitaba del total secretismo que su nueva aventura le exigía, y no se lo podía permitir. Entonces le contestó, como para disuadirla de cualquier intentona:

—No, estaré solo en el piso porque vengo a la ciudad a hacer un estudio para una orden religiosa, por ahora es un secreto que no puedo desvelar, pero más adelante, cuando se saquen las conclusiones y la orden me lo autorice, la comunidad se verá fortalecida en su espíritu y en su corazón, y además quizás me destinen a esta ciudad, uno nunca sabe, en ese caso, este sería el piso apropiado para mí, —mintió descaradamente Paulino que de esta manera, haciéndose pasar por un religioso, quería ahuyentar a la propietaria a que quisiera intimar con él.

—¡Ah! ¡Así que Ud. pertenece a una orden religiosa! ¡Bueno! ¡Habérmelo dicho!, jajaja, —se sonrió sin dejar de entornar los ojos y de hacerle carantoñas a Paulino—, en ese caso no me podría confesar con Ud., —siguió muy animada—, ¡porque ahora que ya lo conozco me daría vergüenza!, ¡¡Jajaja!! ¡Soy muy pecadora, sabe!, —y siguió riéndose y bajándole los ojos.

Paulino, ahora, no daba crédito a lo que escuchaba, porque la propietaria muy lejos de amilanarse, tal cual él pretendía, seguía con los ataques, sin importarle la autoridad moral de la que supuestamente él tenía, entonces puso cara de cura y la observó calvo y fingiendo una sonrisa, —así debía ser, ella debía interpretar que la sonrisa del futuro inquilino era fingida, para dar más credibilidad que se trataba de un señor muy decoroso pero al mismo tiempo muy amable y respetuoso, aunque no lo conseguía, porque la propietaria seguía en sus trece con sus caritas de mujer mimosa y alocada. Se empezó a preocupar Paulino, que veía que el departamento que con tanto júbilo había descubierto y que estaba a un tris de alquilar podía verse invadido por la «cazadora», —como la llamaba desde que había descubierto sus afanes—,

esta lo intentaba seducir y vaya a saber cómo reaccionaría si él finalmente no aceptaba sus requerimientos, podría decirse, —cavilaba Paulino—, que lo estaba chantajeando, pero aunque él deseaba con toda su alma ese departamento, no podía permitir que en el alquiler fueran incluidas las visitas, aun esporádicas, de su casera, esta desvelaría todos sus secretos, y además él allí estaría abocado al cien por cien a las tareas por las que alquilaba el susodicho inmueble. Tampoco podía pensar que a cada inquilino le hiciese esta invitación al devaneo como lo estaba haciendo con él, sintiéndolo en sus propias carnes, evidentemente, algo de él le resultaba atractivo a la «cazadora», y esto no dejaba de hacerle sentir una cierta vanidad, vanidad que entraba en contradicción con sus propios intereses, de eso no cabía duda.

No había conseguido, aun con la mentira de la orden religiosa, desalentarla, porque seguía insinuándosele, y estaba metido en un brete. Pero él era un tipo sagaz y debía encontrar alguna solución para desanimarla, así que se le ocurrió de repente una idea que lanzó a bocajarro:

—Le quiero hacer una pregunta, ¿conoce algún dentista por la zona?, porque tengo toda la dentadura postiza, arriba y abajo, y creo que se ha despegado un poco y me está dando mal aliento, creo que puede ser la dentadura, ¿conoce Ud. alguien por aquí?

Paca, —que así se llamaba la propietaria—, dio un paso hacia atrás y se le trasmuto la sonrisa, «¡qué asco!», dijo para sí, no podía entender que un hombre así, ¡tan bien puesto!, ¡tan bien vestido!, no tuviera ni un solo diente, y ahora con lo del aliento, ¡y ella con la hermosa dentadura que tenía, toda propia, toda suya!, y entonces le contestó, poniendo cara de, entre compasión y desagrado, echándose aun un poco más hacia atrás:

—Sí, mire aquí a dos cuadras hay uno muy bueno, por lo menos toda la gente de este barrio va allí, es joven, pero muy capaz, eso dicen, «¡debía ir lo antes posible, no sea que este hombre le dejara el departamento lleno de olor a mal aliento!».

Pero Paca ya había dejado las sonrisas a un lado, y las carantoñas y la caída de párpados habían pasado a mejor vida, porque lo que acababa de «descubrir» de su nuevo inquilino no le había gustado nada, y menos como se lo había dicho, de esa manera tan poco elegante, por lo menos lo podría haber disimulado un poco, —se quejaba la Paca del hombre de la orden religiosa. «Bueno, —pensó luego—, parece serio, y pagará con toda seguridad, que es lo que me interesa. Vamos Paca, terminemos con esto del contrato». Entonces intervino Paulino, mientras con la boca hacía unas muecas haciendo como

que con la lengua se recolocaba la dentadura que simuladamente se le había despegado:

—Bien, bien, lo tendré que ir a visitar pronto, seguramente en la cafetería de al lado tendrán la dirección del dentista, ¿si no la tiene Ud., por si acaso? Pero bueno, con respecto a firmar el contrato mañana domingo me va muy bien, dígame Ud. la hora y nos podemos ver, si a Ud. le parece bien, aquí mismo, nos podemos encontrar como hoy, en la entrada del edificio.

Un tanto desilusionada por el desencanto que le había producido el fatal descubrimiento, finalmente llegaron a un acuerdo, se encontrarían tal como él había propuesto, el domingo, en la puerta del edificio, acordaron las doce del mediodía, «Una hora plácida para un domingo caliente», se dijo Paulino, que había sorteado como bien había podido las insinuaciones de la cazadora, mientras por la mente de la Paca otros pensamientos discurrían, «¡Y yo que tengo la dentadura tan bien! ¡Cómo puede descuidarse tanto una persona!», pensaba con disgusto la desilusionada Paca.

Ya estaba anocheciendo cuando salieron. Se despidieron en la misma puerta de abajo. Se dieron la mano, ella sin acercarse mucho a él, por eso del aliento. Una vez que se separaron Paulino se dirigió a su coche. El frío del invierno se hacía más crudo a estas horas, y se tuvo que levantar las solapas de la chaqueta mientras presuroso se dirigía a su auto. Cuando llegó a su departamento lo vio viejo, deslucido y triste, y una sensación de desasosiego lo invadió. Pero tenía hambre, y allí mismo se calentó en una olla un guiso que tenía hecho del día anterior. Devoró el plato pero con desgana, cuando lo terminó, con la salsa y la grasa que había quedado en el fondo comenzó a hacer dibujos con el tenedor, mientras trataba de infundirse ánimos, no debía olvidar que el próximo día firmaría no solo el contrato de alquiler que más ilusión le había hecho, sino que comenzaba para él una nueva etapa en su vida, la vida de espía, —esto se lo imaginaba sin ningún tipo de fundamento, él ya se veía en los bajos fondos detrás de una pesquisa, sorteando obstáculos y poniendo aliento a una investigación que lo obligaba a poner en riesgo hasta su propia vida, una quimera que solo en su cabeza fantaseaba, tanto era así que esta fantasía había desplazado de su mente toda su labor de robacartas, esta había sido relegada a un segundo plano, arrinconada en algún lugar de su loco cerebro, que ahora le hacía ver un espejismo de algo que no existía. Se sentó en el sofá, que mostraba hilachas en los cuatro costados, y encendió el televisor. Fue pasando programa tras programa hasta que se hartó. De pronto una modorra intensa lo invadió. Miró el reloj de la pared y daba las doce.



Afuera el mal tiempo se notaba porque el viento azotaba las ventanas y comenzaron a caer las primeras gotas de lluvia. Se fue a su cama y se acostó. El día había sido intenso, también en emociones. Necesitaba descansar. Apoyó de lado la cabeza en la almohada y de inmediato se sumió en sueño profundo.

# TRECE

---

Cuando al otro día se despertó los rayos de un sol brillante iluminaban el cielo y a través de la ventana hilos de luz se colaban en la habitación. Miró la hora y vio que daban las nueve y media. Inmediatamente tomó consciencia del cometido que tenía por delante. Hoy firmaría por fin el alquiler del departamento que tanta ilusión le hacía. Se levantó con buen ánimo y con una cierta excitación. Era normal, siempre le ocurría lo mismo. Después de tomarse un café bien cargado se metió en la ducha. Cuando salió parecía otro. Aun era temprano para la cita, pero así y todo no quería dejar nada para el último momento. Contó el dinero necesario para pagar lo que había acordado con la propietaria y lo metió en el bolsillo de la chaqueta. Cuando tuvo todo listo se sentó en el sofá con un periódico viejo a la espera del momento para partir. A las once ya no podía más con su ansiedad y salió. Mientras hacía el viaje se planteó que debería llevar a la nueva morada parte de su ropa, luego en el supermercado de enfrente no solo compraría algo de comida sino que debería munirse de un cepillo de dientes, pasta dentífrica, un peine y máquina y hojas de afeitar. Esta vez estacionó el auto cerca de la plazoleta, a cien metros del edificio, ya no tendría que ocultarse de nadie, sería un vecino más. Como era temprano cuando llegó se fue directo a la cafetería, se sentó afuera a esperar, con un periódico y un café, como el día anterior. A las doce la vio aparecer, toda coqueta, moviendo y acompasando con el culo grande cada paso que daba. Se levantó y se fue hacia ella, cuidando las distancias, se suponía que él tenía mal aliento, y ella consciente de ello rechazaría aproximarse demasiado. Subieron al piso en el ascensor, pequeño por las circunstancias acontecidas, él, apoyado al fondo, miraba hacia arriba, sin abrir la boca, ella dándole la espalda, de frente a la puerta, no quería ni por asomo verse envuelta por las tóxicas emanaciones que saldrían de la boca de su futuro inquilino. Sin embargo se llevó una sorpresa, porque a diferencia de lo que pensaba, Paulino se había perfumado con cierta profusión, y destilaba una fragancia que contrastaba notablemente con el presunto mal aliento que la propietaria se imaginaba. Cuando salieron y se dirigieron hacia la puerta del departamento, Paca estaba más animada con él, y si bien no se le acercaba demasiado, pensó que arreglado el problema de la dentadura, podría volver a la carga, algo le cautivaba de ese hombre, un tanto distinto a los que había conocido, por más orden religiosa a la que decía pertenecer. Con agrado, esta

vez sí, le invitó a sentarse a la mesa de la sala, sacó el contrato de alquiler que traía en la cartera, y mirándolo de frente, y con una amable sonrisa, le dijo:

—Este es el contrato Sr. Chain, léaselo con calma y si le parece bien lo firmamos ahora mismo.

Y le extendió el contrato, de lo más complaciente, le había renacido la simpatía que había sentido anteriormente, aunque siempre un tanto alejada, no sea cosa que el fétido aliento se hiciese presente. En realidad, ella nunca había experimentado ningún tipo de mal olor de parte de su interlocutor, ese pensamiento se lo había puesto magistralmente Paulino para alejarla de las provocadoras ideas que ella tenía sobre él, además, la verdad sea dicha, a Paulino no le desencantaba la «cazadora», como él la llamaba, no hay que volver a explicar que ella iba insinuantemente vestida, con los labios atractivamente pintados de un rojo carmesí, y también los ojos muy bien delineados, y los cachetes empolvados, luego esta vez se había traído un vestido verde, que aunque reinaba el frío, cuando se quitó el abrigo y un chal que llevaba encima, descubría dos pechos grandes y turgentes que se dejaban ver por el escote. A Paulino se le iban los ojos, y este hecho a ella no le pasó desapercibido. «¡Se tiene que arreglar los dientes este hombre!», pensó con una cierta excitación.

Cuando Paulino terminó de leer el contrato le estampó la firma. Se sentía excitado por partida doble, por un lado el alquiler del departamento le provocaba las ideas más rocambolescas, todas relacionadas con su tema favorito, el espionaje, y por otro lado la propietaria, que insinuante en su manera de mirarlo, de vestirse, de moverse y de gesticular, imprimiéndole a la voz un canturreo lleno de erotismo, le despertaba pensamientos lujuriosos. Pero él se debía mantener al margen, por algo se iniciaba en esta nueva profesión, y eso exigía sacrificios. Por todo ello, haciendo la vista a un lado y oídos sordos a todos los devaneos de su casera, en cuanto estampó la firma y le pagó, intentó por todos los medios su retirada, estaba ansioso de poder estrenar, por así decirlo, su nueva casa, en definitiva, le atraía de esta no solo la finalidad por la que la había alquilado, sino que su flamante morada, como él ya lo había comprobado, era moderna, de paredes blancas limpiísimas, como las cortinas, lo mismo que el mobiliario, todo esto también lo entusiasmaba a Paulino, que no paraba de cavilar «cómo sería su vida en esta nueva casa», comparada con la suya, un trasto viejo por el que a partir de ahora notaba un cierto desdén; inclusive el solo hecho de cambiar de barrio le producía un inusitado placer.

—Bueno, cada mes pasaré a cobrarle el alquiler, dígame Ud. Pauli, ¿le puedo llamar Pauli?, —insinuándose una vez más, ya que esta vez nuevamente le bajó los ojos y le canturreó en esa pregunta—, en el fondo, la Paca pensaba que pasado un tiempo él tendría el problema de la dentadura resuelto, y ella podría volver a atacar, que era lo que más deseaba, porque sin saber muy bien por qué se sentía atraída por Paulino, quizás su manera de ser, un poco retraído, luego, se lo notaba distinguido, y además, ¡que fuera de una orden religiosa!, ¡eso le ponía más morbo aun!, eso pensaba la Paca.

—Mire Paca, —le contestó Paulino con la mejor sonrisa—, mejor dígame Ud. a dónde puedo llevarle yo el dinero, no vaya Ud. a molestarse, yo podría pasar gustosamente, —Paulino no quería verla ni en pintura en el departamento, él tendría todo armado en la ventana para la observación, un telescopio, la cámara fotográfica en el trípode, luego el vaporizador en la mesa, no podría permitirle entrar, debía mantenerla alejada del piso todo el tiempo que él estuviera ejerciendo su labor, luego más adelante ya vería, porque en el fondo, la Paca, no le disgustaba.

—¡Ay! ¡Qué amable ha resultado Ud.! ¡Claro que puede venir a mi piso a pagarme, de paso lo hago pasar y lo conoce, lo espero entonces dentro de un mes, tome mi tarjeta, llámeme por teléfono y convenimos! ¡Ud. me resulta muy simpático Paulino! ¡Hasta luego! ¡Y cuídeme el piso! ¡No me vaya a traer ninguna jovencita, que me pondría celosa! ¡Jajaja!

La Paca no podía hacer más por seducirlo, tampoco podía ir más allá, no podía traspasar los límites que imponían las formas, «yo no soy una puta», se decía a sí misma, convencida que atraída por él, se quería «sacar la espinita», «eso qué más da, viuda, y con la edad que uno tiene, no vamos a estar dándole tantas vueltas», —se repetía. Paulino mientras tanto, cuando cerró la puerta se vio liberado, porque si bien se había sentido seducido por su casera, él en realidad estaba allí para otras cosas, así que inmediatamente comenzó por explorar el sitio, primero se fue a la ventana, como para comprobar que todas las ventajas que había observado eran ciertas, luego repasó la sala, se sentó y probó el sofá, era muy mullido y daba placer estar allí estirado, encendió y apagó el televisor, en una mesita al lado el teléfono, pegado a la ventana pondría el telescopio y la cámara con el trípode, eso ya estaba decidido, luego se fue al dormitorio, se fijó que había mantas y sábanas limpias, también toallas, en el baño jabón y más toallas, comprobó las luces, todo funcionaba a la perfección, abrió y cerró grifos, puertas de placares, comprobó las llaves de la puerta, además todo estaba muy limpio y ordenado, no necesitaba ni siquiera hacer una limpieza a fondo porque parecía que ella ya se había

ocupado, «esta mujer tiene estilo», se dijo para sí, mientras con la cabeza asentía y no dejaba de sorprenderse por los intentos de seducción que le había tendido, mientras al mismo tiempo comprendió que él mismo poco a poco había entrado en la telaraña que ella con mucho ingenio había tejido a su alrededor. Dejó de pensar, tenía que concentrarse en su trabajo, hoy era domingo, y eran las dos de la tarde, le daba tiempo para hacer la mudanza. En un papel escribió las necesidades inmediatas, además de sus mudas—, traería la mitad de medias, camisas, camisetas, calzoncillos, zapatos y pantalones—, necesitaba algo de comida, vería en su casa, era domingo y el súper estaba cerrado, también alguna bebida, y no podía faltar un cepillo de dientes, pasta dentífrica, un peine, y algunas cosas más que se le ocurrirían al llegar a su departamento. Puso en marcha el refrigerador, comprobó que las hornallas a gas de la cocina funcionaban todas, abrió y volvió a cerrar cada puerta interior, las luces, los grifos, el televisor, todo lo repasó de nuevo, y airoso salió a la calle.

Tenía hambre. Con el coche se fue a su casa. Cuando llegó puso agua a hervir, echaría unos espaguetis. Se abrió una cerveza mientras calentaba en una olla una salsa boloñesa que tenía en la nevera. Cuando tuvo todo listo se preparó para comer. Ahora estaba hambriento. La buena noticia que había significado el haber alquilado el nuevo departamento le había abierto el apetito. Había estado a un tris de salir derrotado ante el primer imprevisto que le había surgido en su nueva misión como espía. La decepción hubiera sido grande, porque hubo un momento que se quedó sin argumentos, sin posibilidades de seguir avanzando, y hubiera tenido que renunciar, abandonar el proyecto, y eso lo hubiera abatido. Seguramente un sentimiento de frustración y de fracaso se hubiera apoderado de él, y no quería siquiera pensar en qué estado anímico se encontraría en estos momentos de no haber surgido así, como por arte de magia, ese bendito cartel que pegado al cristal del portal lo invitaba a alquilar el departamento que ahora era suyo. Después de comer se pondría en marcha. Pondría en una maleta todo lo necesario y lo llevaría a su nueva guarida. ¡Eso! ¡Lo llamaría la guarida! ¡Era el nombre apropiado para la función que tendría! ¡Desde allí espiaría y cazaría al cazador! ¡De eso se trataba! Y luego, una vez que lo descubriera, una vez que supiera de quién se trataba... ¿Qué haría? ¿Cuál sería el siguiente paso? Se quedó pensando, en realidad nunca había considerado «el después». Terminó de comer y ese pensamiento lo dejó ensimismado, porque nunca se había planteado esta cuestión. Todos sus pensamientos habían girado alrededor de descubrir al *intruso* que había tenido la osadía de amenazar a *la señora*, su

protegida, pero luego, identificado el maleante, ¿qué haría? Había terminado de comer y continuó con esta reflexión, era algo que no se le había ocurrido mientras planeaba dar con el maldito entrometido, y esta novedad lo comenzó a inquietar, digamos que era un nuevo pulso con la realidad sobre el que debía discurrir, aunque por el momento todo se le antojaba como una incógnita. Así como estaba, estirado en el sofá, encendió un cigarrillo, y comenzó a meditar. Se planteó que si el tipo fuera un enclenque podría él mismo encararlo y amenazarlo, de esa manera era posible que el misterioso personaje, sabiéndose descubierto, dejara de intimidar a su protegida, pero para que esto sucediera, él debería ser muy convincente y presentarse ante el asesino —ya lo nombraba de cualquier manera, tal es el odio que le había tomado—, de una manera rotunda y hasta feroz, capaz de cualquier cosa, incluso de matar si fuera necesario, en ese caso, mirándose bien, él no se sentía capaz de una proeza de este tipo, él era incapaz de emprender una acción para la que no estaba capacitado, ni física ni mentalmente, toda su vida vivió escondiéndose de todos para poder ejercer la profesión por la que se había desvivido, ahora comprendía que hacer de espía también llevaba aparejado tener que actuar en escenarios escabrosos, llenos de peligros, porque nunca sabía cómo reaccionaría el otro, aun siendo un enclenque, él no servía para estas cosas, ni siquiera aun tratándose de un raquítrico, un esmirriado que no valiese para nada, él nunca podría de actuar de esa manera. Se miró asimismo y se descubrió un tanto fofo, con una barriga que ya empezaba a notarse demasiado; cuando se levantó y se fue al baño para cargar los pocos enseres que debía llevar al piso alquilado su andar era cansino, había perdido la elasticidad de otros tiempos, y al mirarse al espejo se dio cuenta que hasta su misma cara no valía para lo que se había imaginado, ¡tan luego enfrentarse a un desconocido y plantarse delante para atemorizarlo!, porque de eso se trataba, atemorizarlo hasta tal punto que dejara de amenazar a la señora, que se olvidara de ella. ¡Infundir temor! Él no le infundía temor ni a las moscas. Además, continuó razonando, en realidad no sabía nada del otro, ¿y si por el contrario se trataba de un tipo más joven, más atlético?, podría terminar apaleado y llevándose un escarmiento. Los caminos por los que debía discurrir eran inescrutables, y debía encontrar otra forma, otra manera de amedrentarlo, de atemorizarlo, y alejarlo de su protegida. Tampoco podía ir a la policía con el cuento, eso estaba descontado, ni siquiera se lo planteaba, pero debía buscar la manera de intimidarlo, de eso estaba seguro, aunque no sabía cómo, y comenzó, nuevamente, a sentirse ansioso.

Cuando terminó de llenar la maleta se dispuso a salir. Camino a su nuevo hogar, la guarida, como él le decía, no dejaba de martillearle en la cabeza el nuevo dilema en el que estaba abocado. Al llegar al departamento acomodó sus cosas, y agotado por el frenesí del día que había pasado se sentó en el sofá y encendió el televisor. Eran las seis, y la tarde se iba, lenta y silente. Miró por la ventana y vio luces encendidas en la casa de *la señora*. Le despertó la curiosidad, pero no tenía el telescopio que iba a necesitar y le faltaba el trípode para montar la cámara de fotos. Pero no vio que nadie se moviera dentro. ¿Podría ser que ella estuviera allí, por eso las luces encendidas? Y aunque de ella no sabía nada, en ese momento tomó consciencia que pudiera ser que viviera con alguien, y aun sin precisar el motivo de estos sentimientos un tanto extraños, era evidente que la prefería sola, siendo él, su único salvador. ¿Era puro egoísmo? ¿Era una vez más una nueva fantasía creada por su inquieto cerebro? En ese momento recordó que se había hecho una idea de ella: no muy alta, rayando los cincuenta, cabello y ojos negros, cara ovalada, rasgos suaves. ¿Sería tal como se la había imaginado? O se sorprendería al conocerla, porque no concordaba en nada con la imagen que él se había hecho de ella. Se quedó meditando, el televisor le sonaba en los oídos como si fuera un eco muy lejano. Fijó su mirada en «la casa» y pensó en la tarea que tenía por delante, no era nada fácil, no, nunca nada había sido fácil para él. Abrió una cerveza y volvió al sofá. Encendió un cigarrillo. Tuvo claro que al *intruso* no lo iba a encarar personalmente, llevaría todas las de perder, y no se sentía habilitado para semejante acción. ¿Qué otra cosa podía hacer? ¿Contratar un mafioso, un sicario, que hiciese el trabajo por él? Se puso a reír. Concluyó, con más pena que gloria, que al *intruso*, al *maldito intruso* no podría ni siquiera mirarlo a los ojos, y que jamás lo enfrentaría. ¡Y él, que se decía espía, cuando estos se movían como en su salsa entre hampones y maleantes! Se sintió desanimado, no era para menos, una vez más parecía que se le cerraban todas las puertas, y que la solución al nuevo reto estaba lejos de ser una operación fácil de concluir. Sin embargo, tenía que hallar una manera de intervenir sin poner en juego su vida, debía ser capaz de actuar desde el pensamiento más que desde la fuerza, desde la mente más que desde la barbarie. Es por allí por donde debía hurgar. Y de pronto, una vez más, una pequeña luz se le hizo al final del camino: podría amenazarlo con una misiva, una verdadera carta desafiante, con ultimátum incluido, aquí sí podría ser implacable, agresivo, aquí podría esconder su personalidad de mentecato por el de hombre duro, un hombre de los bajos fondos, dispuesto a todo por defender la integridad de quien estaba cruelmente amenazada; él era un tipo

instruido, sabría cómo redactar una misiva de este tipo, una misiva que lo dejara al tipo temblando de miedo, con pocas ganas de volver a amenazar. ¡Eso haría! Luego, si eso no daba resultado, ya vería, había tiempo por delante.

Cuando concluyó este pensamiento una falsa sensación de alivio invadió su espíritu, una vez más había visto una luz donde todo era tinieblas, y un cierto optimismo se apoderó de él. Por de pronto, llegó a la conclusión que debía ir paso a paso, y que no debía adelantar los acontecimientos, su próximo objetivo era averiguar quién era el *maldito intruso*, desde el departamento donde ahora estaba podía descubrirlo, luego tendría mucho trabajo por delante: una vez ubicado el delincuente debía seguirlo y ubicar su morada, donde residía, su barrio, sus amistades, si tenía familia, o con quién vivía, o si vivía solo, luego tendría que estudiar de quién se trataba, si era un hampón, o por el contrario un delincuente de guante blanco, hasta llegar a tener pleno conocimiento del personaje; podría hacerle fotos, averiguar su nombre, qué relación tenía con su protegida, si es que la había, hacer un informe lo más detallado posible, allí seguramente hallaría también sus debilidades, que las tendría, y luego sí, luego actuaría, en principio como lo había pensado, con una misiva desafiante, dura, sin complejos, luego ya vería. Por el momento había encontrado una salida al problema que se le había planteado. Esta idea lo dejó más tranquilo, se levantó y se sirvió un whisky, volvió al sofá y encendió el televisor. Era hora de ponerle un poco de paz a su inquieto cerebro. Mañana sería otro día. Mañana se pondría en marcha, compraría un telescopio y un trípode para montar la cámara. Mañana daría los primeros pasos para iniciar la investigación.



# CATORCE

---

La mañana del lunes amaneció gris y destemplada. Ya lo había dicho el noticiero de la televisión la noche anterior, y esta vez, esta vez sí, había acertado. Cuando sonó el despertador por la mañana temprano y encendió la lámpara de la mesa de luz tuvo un completo desconcierto. Las paredes, la ventana, la propia mesita de luz, nada concordaba con el despertar de todas las mañanas anteriores, todas iguales, todas idénticas. Rápidamente tomó consciencia: la Paca, el bloque de edificios, la cafetería de al lado, el día de ayer. Se sentó en la cama y se quedó observando por unos minutos su nuevo aposento. Y se dedicó a recorrerlo con la mirada, y lo volvió a comparar con el suyo, tan viejo y trasnochado, y de pronto, viéndose donde estaba, todo tan limpio e impoluto, se sintió rejuvenecido, con renacidas fuerzas se levantó de golpe, se puso la bata de invierno y se dirigió a la sala, allí en la cafetera se hizo un café bien cargado y se lo llevó a la mesa. Mientras lo sorbía, se quedó pensando. Ese día lo dedicaría, después de la oficina, a comprar los elementos para iniciarse en la aventura, luego trataría de dormir un poco, ya por la noche comenzaría con la observación, la vigilancia que tanto había esperado.

La compra del telescopio y el trípode para la cámara de fotos le supuso una alegría a su compulsiva vida. Esa tarde cuando se fue a su nuevo departamento con los paquetes bajo el brazo y en la sala los abrió se sintió como aquel niño cuando le llegan los reyes. Sí, también le recordó la compra de la vitrina, aquella vez, cuando pujó con el anticuario, y luego con cuánta emoción la recibió en su casa. Armó el telescopio y lo probó, todavía era de día y había buena luz, se puso a mirar entre las lamas de la cortina la casa de enfrente y el enfoque era perfecto, se veían hasta los ínfimos detalles. Enfocó la casa, ahora podía ver con más claridad la puerta maciza de madera de la entrada, con su farolito encima, debajo descubrió un hermoso felpudo, y al lado el plato de comida para el perro que decía la carta, se quedó observando, pero no descubrió ningún animal merodeando. Continuó con la observación y contempló ahora con más precisión: a ambos lados de la puerta los dos grandes ventanales que ya había observado a simple vista, luego pudo constatar que el jardín delantero se continuaba a ambos lados de la casa hacia atrás, le pareció que daba a un gran patio trasero, pero no podía ver más allá. Se fue nuevamente al frente de la casa, ahora enfocó la ventana de la izquierda, tenía las cortinas descorridas, y a través de las ramas desojadas del

árbol pudo ver el interior: parecía ser la sala de la casa, sobre la pared izquierda se apoyaba un amplio sofá de color verde claro muy suave, apoyado en la pared opuesta, frente al sofá, veía con mucha claridad un mueble bajo y largo donde reposaba un televisor, en el medio, entre ambos, una mesita baja de cristales gruesos descansaba sobre una gran alfombra azul. En la pared del fondo un cuadro no muy grande de un paisaje le daba un aire distinguido al ambiente, y al lado y a la derecha se veía una puerta que permanecía cerrada. Debajo del cuadro una mesa de comedor oscura y cuatro sillas completaban el decorado. Dirigió el telescopio a la otra ventana, también tenía las cortinas descorridas, arriba una persiana enrollable estaba subida, y una vez más, entre las ramas del árbol y a través del cristal pudo ver, igual que en la sala, los detalles del interior; descubrió que era el dormitorio, porque sobre la pared de la derecha descansaba la cabecera de una cama grande, ahora cubierta por una colcha de color beige muy claro, y al lado y casi pegada a la ventana misma, una mesita de luz con una lámpara muy artística, porque del borde de la pantalla colgaban como lágrimas, cristales alargados de múltiples colores, una auténtica belleza. Sobre la pared de la izquierda, a los pies de la cama, un mueble con un espejo encima descubría un tocador y una silla, al lado una cómoda, y al final, sobre la misma pared, casi de refilón, se veía cerrada una puerta. Al fondo un gran armario de puertas correderas que parecía empotrado hacía de vestidor. Ya sabía algo más de ella, por lo que había podido ver se trataba de una casa distinguida, seguramente como ella misma, no cabían dudas, era toda una «señora».

Cuando se hicieron las seis tomó consciencia que debía comer algo y acostarse, dormiría hasta las diez, luego se levantaría y comenzaría la vigilancia. No se puede decir que durmió bien, porque dio vueltas en la cama una y otra vez, en una interminable somnolencia que le impedía conciliar el sueño profundo que deseaba, y cuando parecía que por fin lo había logrado, a las diez, sonó el despertador. Con los ojos entrecerrados lo apagó, encendió la luz de la mesita y se intentó sentar en la cama, pero no pudo, estaba exhausto, y sentía el cuerpo molido; probó abrir los ojos, cuando lo logró fijó su mirada al techo, mientras meditaba sus próximos pasos. Así estuvo un rato. El pensamiento de los últimos acontecimientos vividos, y la visión que había tenido de la casa de su protegida horas antes, lo animaron un poco, digamos que un destello de entusiasmo lo terminó por despertar, aunque se sentía agotado. Por fin bajó las piernas y se sentó. Se puso el pijama y después de calzarse las pantuflas se fue a la cocina. Hacía frío. Encendió una estufa a gas y se restregó las manos. Mientras ponía agua a calentar para el café y

desenvolvía un emparedado que había traído de su casa echó una mirada a la ventana. Se llegó hasta allí y ahora pudo ver bien: era noche cerrada, y enfrente la casa estaba encendida. El pequeño farol encima de la puerta alumbraba el jardín delantero, a ambos lados las ventanas mostraban luces en el interior. La iluminación que llegaba de la calle y de la esquina burlaba la oscuridad de la noche, porque dejaba una cierta claridad artificial en el ambiente. Meditó que el *intruso*, desprotegido por tanta luminosidad, seguramente actuaría a altas horas de la madrugada, cuando estuviera seguro que todo el mundo dormía y nadie se dedicaría a observar la calle desolada; lo que no se imaginaba el *intruso*, es que a partir de ahora, alguien estaría detrás de una ventana esperándolo. La vista panorámica que tenía llegaba hasta la esquina, veía el supermercado y la plazoleta con los faroles como perlas alumbrándola. De pronto un movimiento en el interior de la casa le despertó la curiosidad. Se inclinó hacia adelante y fijó su mirada, con dificultad, porque las ramas de los árboles le impedían ver con precisión, pero pudo observar que alguien merodeaba por la ventana de la izquierda, y aunque no distinguía con claridad, se notaba que era una mujer, y podría ser ella, *la señora*; la vio sentarse en el sofá, «¡Ahh..., sí, es ella...! ¡Por fin te veo!», se dijo para sí con una ilusión desesperada. Inmediatamente apagó la luz de la sala. Si quería ver sin ser visto debía actuar así, desde la oscuridad. De pronto se olvidó del café, del emparedado que se había traído de su casa, de la modorra que arrastraba desde que se había levantado, de pronto una emoción inusitada lo embargó, ¡era la primera vez que veía a su protegida!, era un acontecimiento que lo sobrepasaba y que él vivía con una emotividad que lo estremecía en lo más íntimo, inmediatamente se fue al telescopio y enfocó hacia la ventana, estaba ávido por tener la certeza y saber de su rostro, quería comprobar si era como su mente se la había imaginado: cabello y ojos negros, cara ovalada, rasgos suaves; afinó la puntería y enfocó la lente, ahora, esquivando ramas, la veía casi a la perfección: estaba de perfil mirando la televisión, que encendida le enviaba flashes, alumbrando y apagando sus facciones; se fijó en su cabello, efectivamente era negro, que aunque no tan corto como se lo había imaginado, poco importaba, ahora necesitaba verla de frente, «gírate mi amor», se oyó decir, y se sorprendió por esta locura, cuando de pronto ella, su protegida, *la señora*, se levantó, le dio la espalda, se fue hacia la puerta y desapareció. Maldijo por dentro, pero comprendió que le esperaba una ardua tarea, tendría por delante muchas noches de insomnio y de sorpresas, y él estaba allí para descubrir al *intruso*, pero también para conocerla, tendría mucho tiempo por delante para captar su imagen, por lo

pronto pudo ver que estaba sola, nadie la acompañaba; dejó el telescopio, cerró la cortina de lamas poniéndolas verticales y volvió a encender la luz. Le esperaba una noche agotadora, él lo sabía, pero estaba dispuesto a todo, y seguiría con el plan. Se sentó a la mesa con el café recién hecho y el emparedado que se había traído. Miró la hora y vio que eran las once. Una cosa era cierta: la luz difusa que le llegaba de la calle y de la plazoleta le daban a la morada una visibilidad que le impedirían al *intruso* manejarse con total libertad, por otro lado él también se veía favorecido porque podría controlar mejor quién se acercaba desde la calle o desde la plazoleta y quien se dirigía al buzón a echar una carta, y además, esto ya lo había pensado, obligaría al *intruso* actuar solo muy entrada la noche, quizás por la madrugada, cuando estuviera seguro que nadie estaría detrás de alguna ventana curioseando, incluso había algo más a su favor, él podría estirar las horas de sueño hasta las once, o quizás hasta las doce, y comenzar a espiar a partir de esa hora, eso le daría un mayor margen de descanso, además esa claridad perenne le permitiría, con los nuevos rollos de fotos que habían salido al mercado, de alta sensibilidad, y con un poco suerte, hacer fotos con una cierta seguridad; fotografiaría al intruso, y la fotografiaría a ella también, este último pensamiento lo entusiasmó mucho, digamos que tuvo su instante de delirio, esos que en sus picos máximos de locura siempre lo acompañaban, por otra parte la máquina traía un avance tecnológico que lo favorecía enormemente: girando una rueda de la lente, atraía y alejaba las imágenes, le llamaban «zoom», y ahora que lo pensaba podría fotografiarla a «ella» muy ampliada y tener una constancia certera de sus facciones.

Cuando terminó de comer se fumó un cigarrillo y se fue nuevamente a la ventana. Apagó la luz y volvió a poner las lamas horizontales. «La casa» permanecía encendida. *La señora* había vuelto a la sala, estaba nuevamente frente al televisor, y como antes, a manera de fogonazos, el televisor la iluminaba intermitentemente con sus flashes. Enfocó la cámara, puso el zoom, abrió bien el diafragma, alargó la velocidad del obturador, y cuando la tuvo nítida disparó. Le hizo varias fotografías con distintas velocidades de disparo y con distintas aperturas del diafragma, tenía que probar, debía experimentar. Vio pasar un viandante y también lo fotografió. Fotografió la plazoleta, el jardín con los árboles, el buzón. Cuando se hicieron las once y media, según pudo ver en su reloj, *la señora* se levantó del sofá, apagó el televisor y la vio salir de la sala, inmediatamente enfocó la ventana de la derecha, el dormitorio, hubo un impase que duró unos minutos, porque dejó de verla, esperó con paciencia, enfocó la puerta que veía de refilón, después de un rato

esta se abrió y por fin *la señora* volvió a aparecer, la fue siguiendo con la lente, rodeó la cama y abrió las sábanas y la colcha, todo lo hacía con movimientos suaves, luego se comenzó a desvestir, en medio de la emoción que lo embargaba ajustó la lente hasta conseguir una imagen lo más nítida posible: primero se quitó la camisa, para quitarse las mangas estiró primero un brazo y después el otro, hasta quedarse en sostén, un ligero cosquilleo lo recorrió por dentro, disparó la cámara, una, dos, tres veces, después con una cierta ansiedad vio cómo se bajaba el cierre de la falda, a un lado de la cintura, y haciendo un movimiento que le resultó de lo más sensual se deshizo de la prenda, volvió a disparar, no se quería perder uno solo de sus movimientos, y cuando menos se dio cuenta allí estaba, medio desnuda, en bragas y sostén, un estremecimiento y una ligera sudoración le hizo notar el estado de excitación que llevaba, volvió a disparar, hizo varios disparos, un ligero temblor y unas gotas de sudor recorrieron su cara y sus sienes; y así medio desnuda vio cómo acomodaba las prendas que se había quitado sobre la silla del tocador, luego se irguió, echó las manos hacia la espalda, y de pronto, girándose y poniéndose de frente a la ventana se quitó el sostén; entonces Paulino vio aflorar dos hermosos y turgentes pechos, no se lo imaginaba, eran grandes, y eran perfectos, invadido por la excitación volvió a disparar la cámara, lo hizo con furia, ahora se sentía desbordado, quería captar a *su señora* en toda su intimidad, pero fue justo en ese momento, que estaba totalmente deslumbrado, que la cámara no respondió, cada disparo respondía con un «clak» al vacío, un «clak» sin eco, sin retorno, volvió los ojos a la cámara, se puso furioso, no entendía la abdicación de la máquina, justo en ese momento, de pronto lo comprendió, se había quedado sin rollo, lo había malgastado de manera estúpida cuando hacía pruebas y más pruebas, «¡maldita sea!», se dijo para sí, y se fue al telescopio, pero *la señora* había vuelto a la cómoda, abrió un cajón y sacó lo que parecía ser un pijama, se calzó los pantalones, vio balancearse los hermosos pechos, y lo último que pudo ver lo excitó aun más, porque al calzarse las mangas de la camisa del pijama, los pechos, grandes, y hermosamente grandes, se desplazaron primero hacia un lado y luego hacia el otro, después se fue hacia la ventana y bajó la persiana, y la dejó de ver, Paulino lanzó un suspiro largo y profundo, estaba agotado, dejó el telescopio y se sentó pesadamente sobre una silla que había dejado al lado, se fijó nuevamente en la ventana y una pequeña iluminación se seguía destilando a través de las lamas de la persiana, seguramente tenía encendida la lámpara de la mesa de luz, seguramente leería alguna novela, seguramente algún clásico, no esperaba otra cosa de ella.

Inmediatamente cambió el rollo y puso uno nuevo. Mientras tanto, al mismo tiempo que excitado y frustrado por la situación que había vivido, con el telescopio se puso una vez más a observar: la calle, la plazoleta, los ventanales, el buzón. Había vivido una experiencia que sería inolvidable. Eran las doce y media de la noche. Pero tenía que ponerse «a trabajar», debía prestar la máxima atención, el *intruso* se podía presentar en cualquier momento, o no aparecer, y terminar siendo una noche en blanco. Dirigió el foco a la calle. Un viandante se le apareció a lo lejos, en la plazoleta. Lo enfocó con el telescopio y lo pudo ver bien. Llevaba un bolso en la mano, tenía el aspecto de ser un obrero, un trabajador, y pensándolo bien, iba, o venía, aunque no se imaginaba un trabajo que comenzara o terminara a esa hora. Se quedó meditando mientras lo seguía con el foco. A medida que se acercaba la imagen iba perdiendo nitidez, por lo que tenía que estar constantemente graduando la lente. ¿De qué lado se le aparecería el *intruso*? ¿De la plazoleta? ¿Como el trabajador que ahora tenía enfocado? ¿De la otra esquina, de donde él había venido? ¿O de la calle lateral del supermercado? ¿O del lado de la cafetería que tenía abajo? En este caso se le aparecería de golpe, y si eso sucediera debería reaccionar con rapidez, porque en un santiamén lo tendría echando la carta al buzón, y era importante fotografiarlo, con una foto de su cara le resultaría más fácil luego dar con él, podría preguntar en el barrio si a alguien le resultaba la cara conocida, en los negocios, bueno, ya vería cómo debería actuar, seguramente como lo hacían los espías cuando trataban de localizar a alguien. Por el momento tenía que pensar que estaba situado en el sitio perfecto para descubrirlo, —el hallazgo del departamento había sido crucial para la pesquisa—, y estaba munido de suficiente material como para obtener las suficientes pruebas y luego poder echarle el guante. Siguió cavilando, —poco más tenía para hacer—, y concluyó que al otro día después de la oficina se iría directo a su departamento, allí, después de comer algo revelaría las fotos que había hecho. Lamentaba no haberle podido hacer a *la señora* una foto como él hubiera deseado, bien de frente y con los pechos hermosamente carnales, tal como los viera cuando se quitó el sostén y luego cuando se puso el pijama, justo en el momento que la máquina había enmudecido, y luego al ponerse la camisa y levantar los brazos, vio cómo eran arrastrados hacia arriba, le habían llamado la atención los pezones, los había seguido con el telescopio, encantadoramente erectos. Estos pensamientos, en plena vigilancia, lo distraían, y no le permitían estar concentrado en su trabajo, por lo que a veces tenía la sensación que se le pasaban cosas por alto, porque como ramalazos

cada tanto se le venían esos pensamientos a la cabeza, el recuerdo de sus pechos balanceándose, y el de sus pezones erectos como dos pimpollos erguidos. Trató de seguir al obrero con el telescopio pero con estos pensamientos se había despistado, y este debió salir de la plazoleta y vaya a saber por qué calle se metió, porque lo perdió de vista. Se quedó un poco tenso, no estaba del todo seguro que fuera un obrero, y no quería que el *intruso* se le apareciese de golpe. Después de media hora de mirar a un lado y a otro, sin ton ni son, se comenzó a aburrir, y le entró el sueño. Sentado allí, frente a la ventana, oteando sin sentido, sin nada nuevo que le llamara la atención, sin nada que lo distrajera. Se levantó y se llevó una jarra de agua fresca. Bebió unos sorbos. Un perro salió de la nada, lo vio de repente, sin anunciarse, seguramente vendría de su propia acera, él no veía directamente lo que ocurría debajo, o habría salido de la calle de la cafetería, tampoco podía controlar la totalidad de esa esquina, eran los puntos negros a los que se enfrentaba, y que había tomado en cuenta, sin poder darle una solución. El perro cruzó la calzada hacia el supermercado, olfateó unas bolsas de basura, continuó su camino hacia la otra calle y lo perdió de vista, como al obrero. Miró la hora y daban la una. El tiempo pasaba exasperadamente lento, y pensó que los espías debían aburrirse soberanamente cuando hacían este tipo de pesquisas, y la hacían, él lo sabía, porque lo había visto en el cine, interminables noches al acecho de su presa, vigilando sin poder salirse del guión por el riesgo a perder la caza. Él también se aburría, y además se dormía. «Esto de ser espía tiene sus desencantos», se decía, «Pero también sus compensaciones...», se ilusionaba después. Tampoco podía encender ninguna luz para entretenerse con alguna lectura, aunque tampoco era recomendable distraerse demasiado, a riesgo de pasársele por alto que el personaje se le apareciese de golpe y echase la carta en el buzón sin él darse cuenta. No, eso no lo podía hacer. Estaba atado de pies y manos, debía permanecer en el sitio a la espera de alguna novedad. Algo se movió a la derecha de la ventana, sobre la plazoleta. Prestó atención, primero la observación era a simple vista, luego si confirmaba algo lo trataba de enfocar con el telescopio. Alargó la cabeza lo más que pudo, acercándola contra la misma cortina de lamas, pero no vislumbró nada que le llamara la atención, solo se había levantado un poco el viento, porque las copas de los árboles de la plaza se movían como empujadas hacia un lado y hacia el otro. Miró hacia arriba y vio que el cielo estaba despejado. Una luna en cuarto creciente ayudaba a dar más claridad al ambiente. Algunas estrellas brillaban y se dejaban ver en ese paisaje desolado que es el universo. De pronto desde la izquierda, por la acera de enfrente, y

vinieron desde la otra esquina, tres personas se acercaban a paso rápido. Rápidamente enfocó el telescopio y observó con atención. Llevaban las solapas de las chaquetas levantadas para cubrirse el cuello, era una noche de perros, fría y destemplada, y ahora se había levantado el viento. Pasaron delante de él, doblaron por la esquina del supermercado y desaparecieron de su vista. Miró la hora y daba la una y media. Desde la última vez que había mirado la hora habían pasado solo treinta minutos. El tiempo pasaba espantosamente lento, y sentía que el sueño cada vez más se iba apoderando de él. Comenzó a dar cabezadas. Serían las dos cuando se quedó profundamente dormido, la frente contra las lamas, los brazos recogidos en la falda, las piernas estiradas, como buscando el equilibrio. De pronto un ruido lejano pero audible lo despertó. Fue un despertar brusco, al darse cuenta de la situación tuvo la desagradable sensación de haber descuidado insensatamente la vigilancia. Pero el ruido que lo había despertado aumentaba de volumen, ahora escuchaba bien, era la sirena de un coche policial, no sabía bien de dónde venía pero acercó la cara a la ventana tratando de escudriñar todo lo que la ventana le permitía. Ahora sí veía el coche con las luces azules encendidas centelleando, viniendo del mismo lado de donde había visto venir a los tres viandantes. Miró su reloj y vio que eran las dos y media. La sirena se alejó hasta que el silencio se volvió a adueñar de la noche. Se había quedado dormido más de media hora. Le entró una sensación de furia, de rabia contenida, porque no sabía si el intruso en ese tiempo habría actuado ya. De todos modos él ya tenía previsto buzonear cada día por la mañana muy temprano, antes de que ella partiese a su trabajo, cuando las últimas sombras de la noche aun le brindaban reparo. Porque su noche de vigilancia siempre tendría pequeños puntos negros por donde se podía colar el entrometido, bastaba tener la necesidad de ir al baño, o buscar en la nevera agua fresca, o hacerse un café. Pero ahora tenía un problema inmediato que resolver: el aburrimiento, el cansancio, el sueño. Necesitaba llenar el vacío de la noche, la vigilancia le resultaba un tormento, y era insoportable esa quietud. ¡Y era recién su primera noche! Se compraría una radio portátil. Eso haría. Hacía poco tiempo habían salido unas radios pequeñas que funcionaban a batería y no necesitaban ser enchufadas a la electricidad, podría escuchar las noticias al mismo tiempo que vigilaba, había programas nocturnos, de política, musicales, y aunque no le interesaban los deportes, había programas de fútbol, el asunto era rellenar esas horas muertas que eran inaguantables. Volvió a mirar la hora y daban las tres y media, y en esa hora que había transcurrido, desde que pasó el coche de la policía, nada había ocurrido en la



calle, nada se había movido, nada podía ser más soporífero que estar allí al acecho de un fantasma, alguien a quien no conocía pero que se había propuesto descubrir. Se dio cuenta que no daba más y que el sueño lo volvía a abrumar con fuerza. Se levantó y se fue a la cocina a preparar un café bien cargado. Mientras calentaba el agua escuchó como lejanas unas voces y alguna que otra risa que venían de afuera, volvió a la ventana, y sin llegar a sentarse miró entre las lamas la calle desierta, no veía nada, vendrían de su propia acera, y desde su puesto de observación él no tenía la visión de su acera, abrió con mucho cuidado la puerta que daba al balcón y observó hacia abajo, era una pareja que en medio de la noche transitaba por la calle, los siguió con la mirada pero no pudo distinguir sus rasgos, iban con sendos abrigos con la solapas levantadas, vio que entraban en su edificio, serían vecinos suyos de alguno de los dos bloques, y se volvió a meter adentro. La noche era gélida, aunque el viento había disminuido, lo supo porque los árboles erguidos ahora apenas se movían, por lo demás todo era quietud. Se volvió a la cocina y se sirvió el café. Lo llevó a la ventana y lo puso en una mesita baja y pequeña que había dispuesto al lado de su silla. Bebió un sorbo y siguió vigilando. De pronto miró entre las lamas a la izquierda y vio que alguien se alejaba por la misma acera de la «la casa», seguramente se le había colado mientras él estaba en la cocina con el café, o mientras se ponía el azúcar y distraídamente le daba vueltas y vueltas a la cucharita, ¡vaya uno a saber!, «¡mierda»!, se dijo, y se fue volando al telescopio y lo enfocó, iba de espaldas, a paso ligero, se fue a la cámara, lo volvió a enfocar, le puso el zoom, y le sacó una foto, lo siguió con la cámara, volvió a disparar, lo vio llegar a la esquina y doblar a la derecha, luego desapareció. Esto le quitó el sueño que arrastraba, era evidente que el tipo había pasado frente a la «casa», y no podía decir si era el *intruso* que había dejado una carta en el buzón, de todos modos buzonearía a eso de las seis y media, o siete, como lo tenía planeado, a esa hora aun era de noche en invierno, y aunque existía la posibilidad de encontrarse con algún madrugador que saliese para su trabajo, él con la «letal» lo tenía fácil, estaba muy práctico, y a la maniobra le imprimía una velocidad descomunal. De pronto escuchó un ruido lejano, más bien eran varios y diferentes ruidos extraños, como golpes, y tenían un zumbido de fondo, escrutó la ventana, con mucha atención, ahora estaba totalmente despierto, porque entre el personaje que se le había colado, y ahora con el ruido que acababa de escuchar y que no cesaba, no sabía qué pensar, más que nada lo intrigaba; miraba hacia un lado y hacia el otro, hacia la izquierda, la calle vacía, a la derecha, la plazoleta, nada se movía, pero el

ruido continuaba allí, e iba en aumento, estaba desconcertado porque no acertaba a descubrir el origen del sonido que de manera irregular notaba que se acercaba, escrutó bien, a la izquierda, pegando la cara al cristal, de pronto lo vio, «me lo debería haber imaginado», se dijo con cierto desdén, «el camión de la basura», por lo menos todas estas contingencias lo ayudaban a mantenerlo despierto, miró la hora nuevamente, las cuatro y media, «dentro de un par de horas bajaré a buzonear», pensó; el camión ahora pasó ante sus ojos mientras los operarios iban recogiendo las bolsas que las familias dejaban sobre el bordillo de la acera, así lo vio alejarse, porque giró a la derecha, sobre la propia cafetería, e inmediatamente lo dejó de ver, el ruido ahora era muy inconstante y se alejaba cada vez más, cuando lo dejó de oír se volvió a sentar en la silla y apuró el café, ya estaba tibio, encendió un cigarrillo y volvió a escrutar entre las lamas, la noche había vuelto a entrar en su habitual mutismo, así estuvo un rato, mirando a derecha y a izquierda, la calle desierta, la plazoleta vacía, la «casa» muda; el viento volvió a soplar, lo supo por las copas de los árboles, un perro cruzó la plaza, volvió a mirar la hora, las cinco menos veinte, pese al café cargado nuevamente le entró la somnolencia, y nuevamente comenzó a las cabezadas, luchaba denodadamente contra lo que no podía evitar, porque al cabo de un rato entró en un profundo sopor, y fue como un vahído, una especie de vértigo del cual despertaba a medias e inmediatamente volvía a caer, como si un torbellino lo absorbiera y del cual no podía salir. La lucha fue tremenda, pero finalmente cayó en la vorágine y se quedó profundamente dormido.

Un débil rayo de sol que se coló entre dos lamas le dieron de lleno a los ojos. Se despertó con un sobresalto. Miró hacia la ventana y vio con desesperación que era de día, estaba amaneciendo. El reloj daba las siete y media. Se levantó de un salto, agarró la chaqueta, metió la «letal» en el bolsillo que tenía preparado dentro y bajó disparado. Salió del edificio y ya en la calle miró a derecha e izquierda. Como lo imaginaba, algunos parroquianos ya se dejaban ver, gente que se dirigía a su trabajo, o a la parada del bus. Cruzó la calle, se apostó frente a la casa, las ventanas estaban cerradas, la cortina del dormitorio seguía bajada, dio unos pasos hacia la esquina, dos esperaban el bus pero le daban la espalda, a la izquierda no venía nadie, en la plazoleta, al final, otras dos personas se incorporaban al cuadro que cada mañana se repetía, pero estaban lejos, volvió sobre sus pasos y echó mano a la letal, cuando estuvo frente al buzón no se lo pensó dos veces, antes volvió a mirar a derecha e izquierda, nadie reparaba en él, sacó su arma, la ensartó con maestría por la abertura y en un segundo ya estaba hurgando en el interior,

había un sobre, lo notaba en el instrumento, y se sobreexcitó, en un santiamén lo pinzó con las puntas, al instante tenía el sobre en sus manos, guardó la letal en el bolsillo interior, al cruzar a su edificio vio que la cafetería aun estaba cerrada, en dos zancadas estaba en su departamento, cerró la puerta tras él y se quedó apoyado contra la puerta, de espaldas, el corazón le latía a mil, unas gotas de sudor le bajaban por las sienes, ya no tenía más fuerzas, la tensión lo había agotado, y no tenía treinta años: estaba casi calvo, tenía barriga, y le pesaban los años. Tomó aire y se dirigió a la mesa de la cocina. Sin quitarse la chaqueta sacó la letal, que dejó a un lado en la mesa, y la carta. Esta era manuscrita, como la amenazante, y aunque la letra no se le parecía, igual se excitó; como la anterior, no tenía remitente, solo el nombre: Margarita Bassand. Puso a calentar agua en el vaporizador. Agarró las pinzas y así estuvo hasta que el vapor comenzó a salir, antes había mirado el sobre una y otra vez, de un lado, del otro, mas no descubrió nada en particular, al comenzar a humear inmediatamente puso la carta encima, cuando el pegamento comenzó a licuarse con la pinza levantó la solapa, luego con gran solemnidad sacó la cuartilla, la desplegó y comenzó a leer:

*«Hola Margarita Bassand. Como presidenta de la Asociación de Vecinos de la barriada te hago llegar esta invitación para la próxima reunión que se hará como siempre, en el Club Colombófilo, el sábado 24 del corriente mes a las 18 hs.*

*Sin otro particular y a la espera de contar con tu presencia me despido de ti con un saludo.*

*Renata Coudine»*

Terminó de leer y se sentó en la silla abatido, había sido una falsa alarma. Con tosquedad tiró la carta al suelo, despreciándola. Se la quedó mirando, «la habrán echado por la tarde», se dijo, mientras la miraba, agotado por la excitación que lo había consumido. Meditó que no podía dejar a su protegida sin la invitación que acababa de leer. La tenía que restituir al buzón. Tenía tiempo, lo podría hacer el próximo día, por la noche, cuando la calle enmudeciera y se quedara en silencio. Otras cosas le preocupaban más. El hecho de haberse quedado dormido en plena faena lo alarmó, no podía volver a ocurrir. ¿Pero qué hacer? ¿Cómo vencer ese irresistible deseo de cerrar los ojos y dejarse llevar? Así se quedó un rato, meditando su dilema, tal vez la compra de una radio portátil, tal como había pensado, era la solución, pero ahora tenía que continuar, por lo pronto debía prepararse para ir a la oficina. En realidad, el inoportuno sueño que había echado lo había despejado. Se fue

al baño, se duchó, y después de afeitarse y arreglarse se dirigió a su auto. Sin apuros y pensando todo el tiempo en las circunstancias que habían rodeado la noche, con cierta parsimonia llegó a su trabajo. Entró, saludó a todo el personal, y se encerró en su oficina. Su cabeza volvía a estar en cualquier parte menos en su trabajo. Mientras completaba informes y escribía algunas cartas de manera automática seguía pensando en la complicada misión que tenía por delante. Tenía claro que cada mañana debía, antes de que el día aclarase, buzonar la casa de su «protegida», y esto era porque pudiera ocurrir que en algún momento él tuviera que ausentarse de su puesto de vigilancia y en ese momento se le colara *el intruso* y echara la carta al buzón. La noche le había resultado terriblemente larga y somnolienta, y la compra de una radio para distraerlo se hacía vital. Por ello lo primero que haría al salir de la oficina sería comprar una. Eran muchas las preguntas que Paulino se hacía mientras debatía en su interior los próximos pasos a dar. Otra de las cosas que le preocupaban a Paulino es que según de quien se tratase el temido *intruso*, este podría llegar a desoír las propias amenazas que él tenía pensadas hacerle en la carta, como que «le metería un tiro entre las cejas si fuera necesario, etc etc», al principio se alegró de haber encontrado esta fórmula, pero ahora que lo pensaba bien, no estaba muy seguro que el otro se rindiese tan fácilmente, ya que si este fuera un verdadero delincuente, podría ocurrir que el tiro le saliese por la culata, y terminara siendo él el perseguido. Todas estas cosas discurría Paulino mientras en su oficina completaba informes y ordenaba expedientes de manera automática, sin pensar realmente en lo que estaba haciendo, porque su mente estaba en otro lado. Cuando se hizo la hora, con la preocupación a cuestas, casi sin saludar a nadie, salió de su oficina y se marchó. Estando cerca del centro se fue a una casa que vendía electrodomésticos, y allí eligió una radio.

—Mire, esta es la última que nos ha llegado, es una Spica, mire, viene forrada en cuero, son japonesas, y muy buenas.

La compró sin dudarle, inclusive digamos que tuvo un arranque de felicidad, por otra parte esta era una sensación que ya conocía de experiencias anteriores: siempre que compraba algo relacionado con su obsesión, —antes de robar cartas, ahora reconvertido en espía—, se alegraba. Era una sensación agradable, distinta a cuando hacía otro tipo de compras, como por ejemplo cuando se compraba ropa, o algún mueble o artículo para la casa, si bien en estos casos le confortaban estas acciones, las mejores sensaciones le sobrevenían con las compras relacionadas con su doble vida, esa que ejecutaba desde la niñez, y que ahora alternaba con la de espía, y por más que

en estos primeros trances esta nueva vida dedicada al espionaje le estaba complicando un poco la existencia, él sabía que todo era una cuestión de tiempo, por lo demás, estaba encantado con este nuevo reto. De allí se dirigió a su departamento donde comería algo y luego revelaría las fotos. Luego, lo antes posible se volvería a su nueva morada, esta vez necesitaba dormir bien, además, tal como lo había planeado, dormiría hasta las once u once y media de la noche, eso lo dejaría más descansado, era la primera medida que se le ocurrió si quería permanecer despierto, luego, con la radio portátil, quizás podría aguantar toda la noche sin desfallecer. Cuando terminó de comer, un poco a los saltos y con cierta ansiedad, se metió en su estudio, dispuso los líquidos y las cubetas, encendió la obligatoria luz roja para el revelado, y del bolsillo sacó el rollo que había usado la noche anterior. Acabado el proceso colgó las películas mojadas en un hilo que había dispuesto de pared a pared y comenzó a visionarlas. Había muchas de prueba: la casa, los interiores, el buzón, la plazoleta, estaban las del tipo al que fotografió de espaldas cuando se alejaba, a estas las pasó por alto, porque él esperaba ansiosamente las de *la señora*, a estas, una a una las fue observando detenidamente, aplicando el máximo interés, las primeras cuando estaba sentada en el sofá, viendo la televisión, observó con atención el perfil de su cara, la caída de la frente, parcialmente tapada por un flequillo que le caía graciosamente, luego la nariz, pequeña y hermosamente recta, los labios, carnosos pero sin llegar a la exageración, se notaba que los dientecitos de arriba empujaban levemente el labio superior hacia afuera, luego el mentón, el cuello, todo en una armonía que estudió con detenimiento y con pasión, luego le siguieron las otras fotos, cuando en el dormitorio se comenzó a desvestirse, las fue mirando con minuciosidad, cuidando de no omitir ningún detalle, por ínfimo que fuera, aquellos que pudieron pasar inadvertidos al haber estado ella moviéndose de un lado para el otro, observó con verdadero frenesí cuando se quitaba la ropa, hasta quedarse en bragas, luego cuando se quitó el sostén y pudo ver sus hermosos pechos, «son maravillosos», se dijo ensimismado, y fue en ese momento que un sofoco de calor y un cosquilleo que ya conocía de otras veces se extendió por su cuerpo inundándolo todo, de pronto cayó en la cuenta que se encontraba totalmente excitado por una mujer que en realidad desconocía, pero que por primera vez había tenido acceso a ella, aunque fuera a través de una visión telescópica, luego trocada en imágenes desde el zoom de una cámara fotográfica, y la visión que podría haber sido efímera, tomaba cuerpo con las fotos, esas que ahora tenía en sus manos; tomó consciencia que el deseo irreprimible que sentía hacia ella era una simple y penosa utopía,

porque la razón le decía que estaba en el mismo sitio en que había estado siempre, cuando aun sin conocerla se había imaginado que era «el ideal de mujer», eso había pensado esa vez. Mutilado por estos pensamientos se dejó caer pesadamente en el sillón que tenía en el estudio. Juntó las fotos de «ella» y tiró las otras. Por un momento, al visionar las fotografías, todas las preocupaciones que había sentido por su «protegida», por el propio *intruso*, por la experiencia vivida la noche anterior, todo, quedó aparcado, relegado al olvido, fue un lapsus de ilusión, casi efímera, porque tenía que seguir adelante, y la angustia y la inquietud volverían a apoderarse de él.

Cuando miró la hora eran las cuatro y media de la tarde. Se guardó las fotografías en la chaqueta y partió. Dejó el coche cerca de la plazoleta, como la última vez, y caminando se dirigió a su departamento de vigilancia. Tenía que dormir, seis horas le bastarían para adaptarse a su nuevo plan. Se fue directo al dormitorio, corrió las cortinas y se acomodó en la oscuridad de la habitación. Puso el despertador a las once y media, como lo había calculado. Cuando se acostó, aunque intentó conciliar el sueño, los pensamientos sobre su protegida y la inseguridad que le provocaba el *intruso*, lo mantenían en vilo. Se ayudaría con unas pastillas, ya lo tenía pensado. Al rato, un pesado sopor se apoderó de él, y luego se dejó deslizar hacia un sueño profundo e inquieto, porque no dejó de moverse, y dar vueltas en la cama, y soñar.

A las once y media sonó el despertador. Lo apagó dando manotazos y encendió la luz. Al instante tomó consciencia de su realidad. Aunque a trancas y barrancas había dormido, y se sentía más descansado, mejor que la noche anterior, que no había pegado ojo. Se puso el pijama y se dirigió a la sala. En la cocina se hizo un café bien cargado. Apagó la luz y ansioso se fue a la ventana. Dirigió su atención a «la casa», la luz de la sala estaba apagada, pero en el dormitorio permanecía encendida, aunque no observaba ningún movimiento en el interior. Las cortinas descorridas y la persiana aun enrollada le permitían ver, esquivando las ramas, la cama tendida, la mesita de luz, la cómoda. En la pared de la izquierda, pasada la cómoda, de refilón, la puerta cerrada. En algún momento aparecería y podría volver a deleitarse del espectáculo del día anterior y fotografiarla hasta el final, esta vez sí. Una emoción le palpitó el pecho. Montó la máquina de fotos en el trípode y enfocó la habitación. Probó el zoom, el obturador, el diafragma, todo estaba en orden. Se fue al telescopio y lo dirigió a la puerta. Quería verla entrar al dormitorio, luego la iría siguiendo. Después se iría a la cámara y la volvería a fotografiar, esta vez no se le escaparía, como había ocurrido la noche antes, cuando desnuda calzándose el pijama, la máquina, ya sin rollo, dejó de funcionar.

Pero ahora se daría el gusto. No pasó mucho tiempo que apareció. Nada había cambiado, parecía una réplica de la última vez. Ahora le tocaba desvestirse. Se fue al telescopio. La enfocó y la fue siguiendo. Una oleada de calor se apoderó de él. Se fue a la cámara. De manera ininterrumpida fue siguiendo cada movimiento, cada paso. Nuevamente la camisa, después la falda, otra vez el leve movimiento de caderas, por último el sostén. Comenzó a disparar, una, dos, tres, la imagen era colosal. La veía desnuda y en bragas, la emoción no podía ser mayor; al desplazarse por la habitación las malditas ramas la ocultaban y la descubrían continuamente, al final, cuando se comenzó a poner el pijama aguzó los disparos, los pechos se balanceaban al compás de los movimientos de los brazos, hasta que se terminó de vestir, y fue a partir de ahora, que Paulino supo y comprendió, que deseaba a esa mujer.

Tuvo la sensación que el tiempo, tan subjetivo e impalpable, no había transcurrido, y que el día se había deslizado por la rendija del nunca jamás, porque ella se perpetuaba allí, como momificada a través del tiempo, como las estatuas de las plazas o los cuadros de los museos, que están para quedarse para siempre, inmutables. A oscuras, para no ser visto, acercó a la ventana una silla y una mesita pequeña, se llevó los cigarrillos y la radio nueva, a estrenar. La encendió y buscó un canal de noticias. Lo esperaba una larga noche.

# QUINCE

---

«Hoy es lunes 15 de enero y estoy una vez más frente a la ventana observando sin ser visto para descubrir al intruso. He decidido comenzar este diario porque quiero pormenorizar los momentos que vivo de manera fiel, y que el paso del tiempo no deforme los hechos, a veces tan cambiantes. Ya llevo una larga semana en la que nada nuevo ha sucedido desde que estoy aquí, desde mi puesto de observación, solo la rutina diaria del camión de la basura y mis alegres vecinos que aunque no los veo porque pasan por mi acera los escucho llegar casi siempre a la misma hora al edificio. Me he acostumbrado al cambio de ritmo del sueño y ya no necesito pastillas para dormir, y tengo que confesar que haber comprado una radio fue de gran ayuda para pasar estas largas noches en vela, a la custodia de *mi señora*, a la espera del *intruso*. El jueves de la semana pasada por la tarde, después de la oficina, tomé la decisión de ir al Consejo de Investigación, quise conocer *in situ* donde trabaja ella, la verdad me impresionó el lugar, y pude ver su nombre escrito en la entrada. Es una construcción importante, de fin de siglo, que tiene una gran escalinata coronada arriba por unas columnas de mármol, luego una vez dentro una gran sala tiene colgados en las paredes cuadros de distintos presidentes de la institución, eso me dijo el ordenanza que había en la puerta, y varias puertas que dan a las distintas dependencias, y sobre la pared izquierda colgado en un cuadro el cuerpo técnico de la institución con el nombre de todos los investigadores y su especialidad, entonces la pude ver, decía: Margarita Bassand, Historia del Arte Egipcio. También puedo decir que por fin he descubierto a quién iba dirigido el plato con comida que hay al lado del felpudo, es un perro precioso de orejas largas y pelo color marrón, no entiendo mucho de perros, pero creo que es un cocker o algo parecido. Por lo demás, lo que más entusiasmo de este trabajo son las imágenes que ella me regala cada noche, cuando en su dormitorio se desviste hasta desnudarse. La última noche por primera vez se quedó totalmente desnuda, se quitó las bragas y buscó otras en la cómoda que tiene al pie de la cama. Es evidente que la deseo con todo mi ser, y ahora más que nunca sé que mi designio es protegerla. Aun no he descubierto al *intruso* que osó amenazarla, pero cuando lo haga haré lo que tenga que hacer para desembarazarme de este ser detestable que se atrevió a cruzarse en su camino y en el mío propio, seré implacable, y nada me detendrá».



Todo esto Paulino lo decía en los arranques de ira que solía tener, aunque en realidad, llegado el momento no sabría qué hacer, y era todo un dilema, porque estas bravuconadas las decía cuando se exaltaba, luego al reflexionar se quedaba sin respuestas, la realidad es que no las tenía, él ya había razonado acerca de esta cuestión, y había llegado a la conclusión que era incapaz de enfrentarse al delincuente y vencerlo, aniquilarlo, como fanfarroneaba cuando se llenaba exaltación y se creía invencible, en el fondo era un enclenque, como él mismo se definía, incapaz de hacer frente a una situación como la que se encontraba. Luego continuó: «Cada mañana hago el buzoneo a las seis y media, cuando en este crudo invierno aun reina la oscuridad, y luego la veo salir a las ocho, a esperar el bus que la lleva al trabajo. Verla desnudarse a la noche y seguirla con la mirada por la mañana hasta la parada del bus son los mejores momentos de mi vigilancia. Quiero decir que me deleita su manera de andar, y no estaba tan equivocado cuando me la imaginaba no muy alta, el cabello negro, la cara ovalada, los rasgos suaves. Así la veo yo, porque cuando sale por la mañana a tomar el bus la sigo con la mirada y puedo cotejar sus formas, el color de su cabello, y hasta sus facciones graciosas, casi sonriente; espero con ansiedad el momento que abre la puerta, luego sale, le pone comida al perro, desanda el camino de losas y ya se echa a la acera, hacia la parada. Todo este trayecto es solo para mí, podría decir que degusto con placer ese momento y siento que me pertenece, y que yo, miserable cobarde incapaz de declararle mi amor, estoy a sus pies. Sin embargo soy consciente que tengo una misión que cumplir, y que por ahora mi relación con ella está abocada únicamente al placer que me provoca su contemplación, por la noche cuando se desnuda, y por la mañana cuando va a su trabajo.

En toda esta semana de buzoneo no he encontrado ninguna carta del intruso, pero supongo que no pasará mucho tiempo para que esto suceda, y aquí estoy yo para descubrirlo».

«Martes 16 de enero. La noche fue tranquila como siempre hasta ahora. Me llama la atención cómo mi cuerpo se ha adaptado al cambio de horario. Me resultará difícil volver a la normalidad».

«Miércoles 17 de enero. Salvo el camión de la basura y las voces apagadas de mis vecinos que llegan siempre tarde, no ha habido nada importante que reportar en estos días».

«Jueves 18 de enero. Sin novedad en el frente. Hay un par de programas de radio que no solo me mantienen despierto sino que me entretienen lo suficiente como para pensar que los echaré de menos cuando retome el horario normal, aunque a esta altura de mi situación no sé muy bien qué

quiero decir con normal, en definitiva, para un espía cualquier horario puede resultar normal».

«Viernes 19 de enero. Atención. Este relato es muy importante además de dramático: en el buzono de hoy por la mañana he encontrado una carta del *intruso*. Quiero decir que cuando esta mañana a las seis y media retiré el sobre del buzón y con la linterna lo iluminé, por la letra supe de inmediato que se trataba de él, pero además, y esto es lo trágico, la carta venía sellada, o sea que el miserable ha usado el correo postal para hacerla llegar, por esa razón esta noche no pude ver a nadie que echara una carta en el buzón de *mi señora*, el muy canalla, esta vez no se ha querido jugar, seguramente por miedo a que lo descubran por si ella hubiera acudido a la policía, maldito sea. La carta en cuestión dice así:

*«Hola Srta. Margarita Bassand. Como ve, una vez más, yo, el Cazador, tal como se lo había prometido. ¿Ha visto? Esta vez he preferido usar el correo postal, por si se le hubiera ocurrido ir a la policía y me tendieran una trampa, como verá tengo todo muy controlado, y más controlada la tengo a Ud., no se olvide que sé todo acerca de Ud. ¡Ah!, ¿su marca preferida de vino blanco?, el vino Bermejo, ¿entiende que es lo que le quiero decir? No, es probable que todavía no lo entienda, pero pronto se enterará por qué le digo estas cosas, y pronto me temerá.*

*P/D: como le dije en la carta anterior, no se arriesgue denunciando esto, porque sé cosas de Ud. que se arrepentirá para siempre si decide acudir a la policía con estas cartas, pero todo tiene arreglo, luego veremos las condiciones de su salvación, porque las habrá, siempre y cuando cumpla estrictamente con lo que más adelante, en la próxima carta, le ordenaré».*

Análisis de la carta: está claro que es un caso de extorsión, alguien que atemorizándola con amenazas quiere sacarle algún dinero. Me llama la atención que no se haya definido en la primera carta, ¿por qué no la extorsionó desde el primer momento?, quizás sea un perverso que goza con verla rendida, entregada, o quizás lo hace así para ablandarla y que al final acepte totalmente a sus demandas, todo podría ser. Lo cierto es que hace hincapié en «que sabe todo acerca de ella», ahí debe estar el quid de la cuestión. Otra cosa que abona que se trata de un chantaje es que al final de la carta le dice: “*luego veremos las condiciones de su salvación, porque las habrá, siempre y cuando cumpla estrictamente con lo que más adelante, en la próxima carta, le ordenaré*”. Con respecto a que la carta haya venido por correo me pone en un aprieto, yo tenía la esperanza de descubrirlo, verlo,

incluso fotografiarlo si fuera posible, pero en este caso, qué sentido tendría seguir vigilando por la noche, como lo he venido haciendo hasta ahora, sin embargo, pensándolo bien, nada me asegura que el *maldito intruso* no vuelva a echar la próxima carta él mismo, y que haber usado el correo es una treta para desalentar a quien pudiera estar vigilando, por ejemplo la policía, en caso de que *la señora* hubiera desatendido su amenaza y hubiera denunciado, hay que tener en cuenta que el tipo no sabe si ella finalmente acudió o no a la policía. Creo que lo mejor será continuar con la vigilancia, por más que me pese, por más que me agobie, además ya estoy bastante adaptado a los cambios de horario, no tengo problemas con el sueño, y por qué no decirlo, vivir de esta manera, de noche, tiene su gusto; en la radio he descubierto programas muy interesantes, totalmente distintos a los que se pasan durante el día, y esto es como vivir una aventura. Lo tengo decidido, seguiré velando el sueño de *mi señora*».

«Sábado 20 de enero. Nada inquietó la noche, supongo que dejará pasar unos días antes de volver a actuar. Creo que en la próxima carta le pedirá dinero a cambio de liberarla del chantaje. Ahora más que nunca sé que la debo proteger de semejante alimaña, debo ser su coraza, su rayo de esperanza, su protector. Tengo que estar muy atento, pudiera ser que echase él mismo la carta, sería mi oportunidad para conocerlo, y quizás fotografiarlo, de todos modos esto me demuestra que el buzoneo por las mañanas temprano es fundamental».

«Domingo 21 de enero. Las noches siguen igual desde la última carta. Anoche un viento gélido azotó las calles. Esta noche ni siquiera a mis vecinos escuché, no habrán salido. El tiempo no es propicio para este tipo de aventuras. De todos modos yo sigo vigilante, como debe ser».

«Lunes 22 de enero. Aunque el viento aflojó, el frío sigue siendo intenso. Hoy por la mañana *mi señora* salió muy elegantemente vestida, con un abrigo negro que no le había visto antes, seguramente lo acababa de estrenar, le sienta muy bien, no entiendo que esté sola, por lo menos ya puedo atestiguar que vive sola, y durante la noche nadie la ha visitado hasta ahora».

«Martes 23 de enero. Sin movimiento en el frente. Me he comprado un calentador eléctrico para hacerme el café en la mesita que tengo al lado de la silla desde donde vigilo, de esta manera no me tengo que levantar e ir a la cocina, además he conseguido un frasco donde orinar, para no tener que ir al baño, estoy eliminando todos los puntos negros de mi vigilancia, de esta manera casi no me tengo que levantar de mi sitio en toda la noche, la vigilancia ahora es completa, estoy orgulloso de mi trabajo».

«Miércoles 24 de enero. Por suerte subió algo la temperatura y las noches no son tan frías. Anoche vi transitar un vagabundo por la acera de enfrente, serían las tres de la mañana, cuando pasó por la casa se detuvo y se la quedó mirando, ese hecho me inquietó, inmediatamente lo enfoqué con el telescopio y después con la cámara, pero luego se giró y continuó su camino, cruzó la plazoleta y desapareció. No sé qué haría este individuo a estas horas de la madrugada por aquí. Todo me resultó muy extraño».

«Jueves 25 de enero. Sigue la calma. De todos modos la visión diaria de *la señora* a la hora de desnudarse es lo que con más pasión espero. Creía conocer todos los colores de bragas que usa, tiene predilección por los colores claros, le conozco bragas blancas, rosas, y una de un gris muy suave casi brillante que me resulta muy sensual, pero anoche me deslumbró, anoche se puso unas bragas negras, muy cavada en las caderas, era un sueño. También quiero decir que he soñado con ella en más de una ocasión».

«Viernes 26 de enero. Aunque sigue la calma “chicha” debo estar muy alerta, intuyo que se acerca el momento. Si llegara a echar la carta él mismo en persona, no lo puedo descartar, fotografiarlo será importante, y luego, una vez fotografiado bajaré lo más rápidamente posible y lo intentaré seguir, obviamente con mucha cautela para no ser descubierto, pero podría descubrir dónde vive, me facilitaría enormemente las cosas».

«Sábado 27 de enero. Aunque sigo buzoneando cada día y estoy presto a una vigilancia intensiva, no hay manera, no aparece ninguna carta, me extraña mucho que no haya actuado ya. Pero tengo que volver a hablar sobre *la señora*, mis sentimientos hacia ella es lo que más me incita a continuar con lo que para mí es un desafío. Cuando la veo me hace sentir cada vez más responsable de su integridad, y se agiganta mi sentido de protección, ampararla se ha convertido en mi sino, y darle seguridad en mi meta, todo un desafío para mí, pero me he convertido en su soldado, y así continuaré, aunque he de pensar que ella es inconsciente de este sacrificio, de mi abnegación por mantenerla indemne de la amenaza que se cierne sobre su persona, y de los padecimientos que sufro al haber renunciado a la tranquilidad de mi vida anterior. Más convencido que nunca, seguiré atento a todo lo que suceda, sé que se acerca el día».

El domingo 28 de enero Paulino después del buzoneo se volvió a acostar y durmió hasta el mediodía, tampoco le convenía dormir mucho más, no quería cambiar el ritmo de sueño que había adquirido gracias al plan que se había trazado, y que le había permitido estar despierto toda la noche, y él era muy observante de todos estos detalles. Cuando a las once y media se levantó se

fue a la ventana, como siempre hacía, y se puso a observar: en «la casa» todo era quietud, solo en un momento apareció el perro a corretear por el jardín. Tenía todo el día por delante y no sabía qué hacer, si salir a la cafetería y distraerse un poco, café y periódico mediante, como otras veces había hecho, o dar un paseo por los alrededores para despejarse y luego comer en algún restaurante que encontrara de paso. Finalmente tomó la decisión de quedarse en el departamento, se cocinaría algo y después ya vería. Preparó unos espaguetis con salsa y comió sin ganas. Después de comer encendió la televisión, cambió varias veces de canal, ninguno le ofreció nada interesante, así que no pasó mucho rato y lo apagó. Se sentía impaciente, la falta de novedades por parte del *intruso* lo mantenía inquieto. Hacía casi diez días de la última carta y ningún acontecimiento había ocurrido. Tenía la tarde por delante y se sentía aburrido, tampoco estaba de ánimo para emprender ninguna actividad en particular. Tampoco se podía acostar muy tarde, por la noche tocaba vigilancia. Sin nada especial que hacer dispuso que esa tarde la dedicaría a estudiar las cartas amenazantes que le había interceptado al intruso. No estaba mal la idea. Se fue hasta el cajón de la cómoda y sacó los sobres. El reloj daba las cuatro de la tarde, tenía tiempo por delante. Se sentó en la mesa de la cocina y desplegó las cartas ante sí. Se las quedó mirando. Nada destacaba en especial. La misma letra, el mismo papel, la misma tinta. Entonces se preguntó: ¿qué haría un espía, o un investigador, un detective digamos, ante un caso como el que ahora tenía entre manos? Lo primero examinar con meticulosidad los sobres y las correspondencias, ese era el quid de la cuestión, la meticulosidad, no sabía muy bien de qué le podía servir, pero él lo había visto en las películas, a veces pequeños detalles daban un vuelco a una investigación y terminaban por encontrar al culpable; así que, intentando imitarlos, se puso a mirar bajo una lámpara los sobres en cuestión, lo hizo prestando mucha atención, como lo haría un investigador, un perfeccionista, incluso los miró al trasluz por si veía alguna marca que los distinguiera, pero ambos eran de uso corriente, no podía diferenciarlos de los que se podían encontrar en cualquier librería o papelería, luego se fijó en la escritura, en el sobre de la primera carta ponía solamente «*Srta. Margarita Bassand*», y en el segundo además del nombre estaba escrita la dirección; se fijó en el sello, trató de descifrar de qué oficina de correos provenía la carta pero estaba un poco borrado y no se leía bien, de todos modos, pensó, no le hubiera servido de mucho, el truhan la podría haber llevado a cualquier oficina de correos para despistar, de eso estaba seguro; puso atención a las cartas, y era cierto que ambas estaban escritas por la misma persona: el

mismo tipo y tamaño de letra, la misma inclinación, respecto a la tinta no destacaba nada en especial, era en los dos casos el mismo azul que por otra parte se podía encontrar también en cualquier papelería, sin embargo, habiendo hecho los estudios de grafología, —no en vano tenía un diploma en su departamento, en el propio estudio—, y por hacer gala de sus conocimientos en la materia, se puso a estudiar la personalidad del individuo: «por las inclinación de las letras, se dijo, yo diría que se trata de un tipo bastante puntilloso, luego esta “a” tan amplia me hace pensar que es un personaje abierto con la gente, podría ser un perfecto embaucador...», y así continuó durante un rato tratando de descubrir lo que para él era la personalidad del individuo, que aunque no le servía de gran cosa, por lo menos justificaba el diploma de grafología que tenía colgado en su estudio. Descartados el tipo de papel de los sobres y de las propias cartas y del tipo de tinta que había usado que le pudieran dar alguna pista, comenzó por leer la primera de las cartas, la que le podía revelar alguna señal, según él pensaba, esta vez la lectura la hizo también con minuciosidad, tratando de descubrir pequeños detalles que al principio los hubiera podido pasar por alto:

«*Le quiero dejar muy claro que la conozco muy bien, pues sé todo acerca de Ud...*». Le llamó la atención la certeza con que se manifestaba cuando decía «que la conocía muy bien y que conocía todo acerca de ella», pero... ¿es esto cierto, o es una mentira para intimidarla?, y si fuera cierto, ¿conoce algún secreto de ella que la podría perjudicar?, se quedó pensando y luego siguió leyendo:

«*Luego pasó a la Facultad y terminó sus estudios como profesora de Historia, después de graduarse, en la misma Facultad impartió clases, allí se la recuerda por el eterno lacito rosa con que se recogía el pelo...*». «Pudiera tratarse de un profesor colega de ella en su paso por la facultad», pensó con cierta lógica. Lo que más le llamaba la atención a Paulino era el primer párrafo, que decía «*que la conocía muy bien y que sabía todo acerca de ella*». Continuó leyendo, estaba muy enfrascado en la lectura, estaba seguro que podría llegar a alguna conclusión:

«*Ud. sale de su casa por la mañana a eso de las ocho, antes de salir le deja un plato con comida a su perro, luego toma el bus número cuatro en la esquina y se baja frente al Consejo de Investigación, donde trabaja...*». «Si sabe que sale a las ocho a tomar el bus número cuatro y que luego se baja frente al Consejo, y además sabe que trabaja allí, significa que a la mañana la ve salir de su casa, la cafetería abre a esa hora, ¿se apostará en la cafetería?, ¿o estará rondando por la plazoleta mientras la vigila?, es todo muy extraño»,

continuó haciéndose preguntas, «luego se debe subir al mismo bus que ella o bien la sigue con un auto, ¿podrá ser alguien del barrio, o de su propio trabajo?». Paulino estaba desconcertado. Cuando miró la hora ya eran las cinco, aun tenía tiempo por delante, y además no podía quitar la mirada de la carta que tenía ante sí, pudiera ser que allí estuviera la solución, debía continuar leyendo:

*«Al mediodía, no se vuelve a su casa, suele vagar por las inmediaciones del Consejo y almuerza en un pequeño restaurante donde la conocen mucho y la atienden muy bien. ¿Su plato preferido?, la Merluza con salsa de puerros...».* «Es evidente que la ha seguido por todas partes, ha estado en el mismo restaurante que ella, quizás comiendo en una mesa vecina, ha prestado atención a cada paso que ha dado, es increíble». Seguía sin hallar ninguna pista que lo pudiese orientar, solo sabía que el tipo la seguía por todas partes, y ella, sin darse cuenta de nada, además, pensó Paulino, ¿cuánto tiempo hace que está pergeñando este plan para, supuestamente, extorsionarla?, ¿cuánto hace que la está siguiendo? Siguió leyendo, entusiasmándose cada vez más con la lectura, porque se daba cuenta que estaba haciendo el trabajo a conciencia, como lo haría un verdadero espía, un verdadero detective, y esa sensación lo llenó de orgullo:

*«Por la noche, antes de llegar a su casa, a eso de las nueve, suele detenerse en el supermercado de la esquina de su casa...».* «La debe esperar a la salida del trabajo y la debe seguir hasta su casa», continuó cavilando.

*«Le gusta el pescado, al horno, y lo sazona con algunas especias, y también el vino blanco. Conozco su marca preferida...».* «Es evidente que la sigue incluso cuando entra al supermercado, habrá prestado atención en alguna charla con alguna vecina, o con el mismo pescadero, allí habrá escuchado lo del pescado al horno y las especias, y luego la marca del vino, siempre comprará la misma, no hay dudas, es un delincuente de cuidado que ha planificado todo con mucho celo». Siguió leyendo, cada vez con más interés, tenía que encontrar alguna pista.

*«¿Sabe Srta. Bassand que incluso sé que tiene a su mejor amiga en el extranjero y que ella suele venir a visitarla?».* «La tiene totalmente controlada. ¿Cómo lo hace?». Se rascó la cabeza, como queriendo desentrañar un misterio que no acababa de descifrar. Volvió a releer, había un párrafo que ahora recordaba y que en su momento le hizo pensar, sin embargo había continuado leyendo, sin hacer caso, pero ahora le volvía a la mente, como una luz lejana, que de pronto, se hiciese visible: *«Ud. sale de su casa por la mañana a eso de las ocho, antes de salir le deja un plato con comida a su*

*perro...*». De pronto algo por dentro lo sacudió, y tuvo la sensación vaga de haber descubierto el intrínquilis del problema, ahora por fin comenzaba a verlo todo claro: «¿Cómo coño el tipo sabe que le deja un plato con comida a su perro? ¡Desde la acera no se puede ver el plato del perro, la puerta es maciza y el muro es demasiado alto! ¡Todo el barrio es de casas bajas, solo desde alguno de los dos edificios es posible ver dentro del jardín! ¿Será posible que el truhan esté viendo desde una altura como yo mismo lo hago? ¿Será algún vecino de alguno de los dos edificios? ¡Qué locura!». Incrédulo por lo que acababa de descubrir, le entró una excitación que ya conocía. Recordó que cuando alquiló el departamento su casera había redundado en explicaciones ensalzando las cualidades de las viviendas, «los dos bloques, además de nuevos, son exactamente iguales, el mío es el bloque A y el de al lado es el bloque B, y tienen cuatro pisos cada uno sin contar la planta baja que son locales comerciales, y cada piso tiene cuatro apartamentos, dos dan a la calle y los otros dos a la parte de atrás, en total son diez y seis apartamentos por bloque, el mío es un segundo piso y da a la calle, es muy bonito, ya verá», le había dicho la casera con cierto encanto. Paulino siguió pensando, «a partir del primer piso ya se puede otear el jardín, desde alguno de los departamentos de los edificios que dan a la calle se está produciendo la observación, como yo mismo lo hago, de eso estoy seguro», se dijo por lo bajo. Aunque no lo podía asegurar con total rotundidad, casi podía afirmar que *el intruso* espiaba desde alguno de los dos bloques de edificios, ¡podía ser un vecino! ¡Era increíble lo que acababa de descubrir! Ahora era cuestión de tiempo, tenía que dar con él. Descartando los departamentos que daban atrás, los que daban a la calle eran ocho por edificio, en total, contando ambos edificios sumaban diez y seis, y restando el suyo propio quedaban quince los departamentos desde donde *el intruso* podía vigilar la casa de su protegida. Había llegado a una feliz deducción, aunque no por eso concluyente, ya que ahora había que dar con el *intruso* entre los quince departamentos en cuestión. De todos modos, aun habiendo llegado a esta feliz conclusión, no podía descuidarse, porque este, ignorante que estaba en trance de ser descubierto, seguiría enviando las cartas amenazantes, con esa periodicidad exasperante que lo sacaba de quicio y que lo obligaba a seguir buzoneando cada día, por la mañana temprano, antes de las ocho, antes de que *la señora* hiciese su aparición.

Ahora bien, encontrar entre los vecinos de los dos edificios al verdadero culpable no dejaba de ser un rompecabezas para Paulino, que tuvo el tino de señalar a estos como el sitio desde donde oteaba *el intruso*. Desbordado por el descubrimiento que acababa de hacer, se mezclaban emociones que lo



llevaban a un desvarío continuo, porque ora estaba ansioso, ora exultante por el resultado de su investigación, ora deprimido, porque no encontraba la forma de encontrar entre los vecinos al culpable. Cuando miró el reloj ya eran más de las seis y las luces de la tarde empezaban a ralear. El desconcierto que le producía el descubrimiento que había hecho lo mantenía en vilo. Decidió parar porque necesitaba relajarse un poco. Cenaría ligero, se acostaría y dormiría hasta las once y media, como siempre lo hacía, y luego continuaría con la rutina: vigilaría durante la noche, a las seis y media haría el buzoneo y luego se iría a su oficina.

Cuando llegó a su trabajo el lunes por la mañana y se encerró en su despacho trató de ponerse al día con sus obligaciones. Leyó un par de correspondencias y contestó algunas cartas, pero sabía perfectamente que estaba en un momento crucial de su investigación, y que debía dedicarse por entero al problema más inminente, y que este no tenía nada que ver con sus labores en la oficina. Tampoco le importaba, el tener un despacho propio en el cual encerrarse y no ser observado le permitía estas libertades, por eso, una vez que despachó lo más urgente se puso de lleno en el verdadero asunto que en esos momentos le acaparaban su mente. Al principio conjeturó que se trataría de un hombre que viviría en solitario en alguno de los departamentos, eso facilitaba mucho las cosas, porque no habría muchos de esa condición, era un barrio de familias y no un barrio de oficinas, y ya hallaría la forma de investigar qué departamento estaba habitado por una sola persona, casi seguro sexo masculino, quizás un personaje un tanto extraño para el común de la comunidad, y luego de descubrirlo debía analizar con más detenimiento el personaje en cuestión: a qué se dedicaba, cuánto tiempo hacía que vivía en el inmueble, si tenía familia en la ciudad y si se relacionaba con ella; una vez descubierto, luego ya vería qué determinación tomar, qué camino seguir, por lo pronto su objetivo inmediato era descubrirlo. Se quedó pensando, y en esas reflexiones estaba cuando le entraron las dudas acerca «de que fuera un hombre solo», pensamiento que en principio lo había complacido, entonces comenzó a cuestionar esa posibilidad al considerar que otras contingencias eran posibles; y fue en ese maremágnum de reflexiones que en su mente se sucedían una tras otra, que descubrió que no necesariamente tenía que ser un individuo en solitario, también pudiera ser una pareja, él haciendo de chantajista, y ella, consciente de la situación, y de alguna manera cómplice, completando un dúo difícil de descubrir, máxime si daban la apariencia de ser una pareja como tantas en el barrio, incluso llegó a pensar que hasta pudiera tratarse de una pareja con hijos, estos, lógicamente, totalmente ajenos a la

conducta delictiva de los padres, harían más invisibles a los implicados; por lo visto en su horizonte aparecían nubes que complicaban la situación; además, —continuó—, también pudiera tratarse de dos o más hombres que vivieran juntos y estuvieran todos implicados, —se dijo Paulino con una cierta preocupación, porque el abanico de posibilidades era cada vez mayor, y la posibilidad de descubrirlo se hacía cada vez más compleja—; para complicar más la situación pensó que como se trataba de un caso de extorsión, de chantaje, —así lo pensaba Paulino cada vez con más convicción—, y no intervenía la violencia ni el desafío personal, bien pudiera tratarse también de una mujer, una mujer sola, o por qué no, acompañada por otra mujer, aunque en las cartas firmara bajo el seudónimo El Cazador, qué importaba eso, podría hacerlo para despistar, las combinaciones eran múltiples, todo podía ser, todo era factible, y el hecho de pensar en una mujer como autora de las cartas amenazantes lo desconcertó, nunca antes lo había imaginado, nunca antes había reflexionado sobre esta posibilidad, pero ahora que lo pensaba, le entraban las dudas. Ante la nueva situación creada, un poco confuso, le volvió a pesar en el ánimo. Cuando llegó la hora salió de la oficina y se fue al piso donde se había instalado. No tenía hambre. Después de comer algo, más por obligación que por apetito, se sentó en la sala y comenzó a diseñar un plan. Pensó que lo primero que debía hacer era conocer el nombre y apellido de cada uno de los que habitaban los inmuebles. Concluyó que para este punto la persona que con toda seguridad tenía estos datos era el presidente de la comunidad, y conseguir de él un listado en el que figurara cada uno de los residentes del edificio era una buena manera de empezar. Entonces se le ocurrió una idea: se presentaría ante él como un inquilino nuevo del bloque A, —esto era cierto—, y que era un comerciante de productos de limpieza y de higiene personal por ejemplo, —esto no era cierto—, y quería hacer una oferta personalizada y muy beneficiosa para los vecinos de los inmuebles, le diría que la oferta la tenía que hacer llegar por escrito, eran las normas de la empresa, por ello necesitaba los nombres y apellidos de todos los que vivían en los edificios y exactamente en qué departamento vivían, luego si esto no colaba estaba la posibilidad de un soborno, un billete de los grandes siempre abría puertas, él ya lo sabía, así que se pondría manos a la obra. En la cafetería de la esquina averiguó que había un presidente para los dos bloques, el Sr. Campodónico, del 4.ºD, del bloque B. Hasta allí se llegó.

—Buenas tardes Sr Campodónico, mire le explico, soy un inquilino del bloque A, del bloque de al lado, le quiero comentar...

Puso en práctica todas sus habilidades y al poco rato consiguió esa misma tarde un listado donde figuraba el nombre de los vecinos de cada departamento. El presidente, un tipo simpático y dicharachero, que se había explayado en la conversación con Paulino, le había dicho que la mayoría de los vecinos eran parejas, algunos tenían hijos, otros no, y que había parejas jóvenes y otras más mayores, pero que nadie habitaba ningún piso en solitario. De la entrevista con el presidente salió exultante, había conseguido lo que había ido a buscar. Ya en su piso se puso a estudiar el listado. El hecho que nadie viviera en solitario abría las posibilidades a todos los vecinos complicando la investigación, pero no le importaba, tenía el listado de los vecinos, descartaría los que daban a la parte de atrás de los edificios, y entre los que quedaban estaba casi con seguridad *el intruso*. No era fácil, pero había avanzado en la pesquisa, iba por buen camino, no estaba nada mal, sin embargo no imaginaba cómo hacer para averiguar quién de ellos era realmente el maldito truhan, y mientras se servía un whisky y encendía un cigarrillo, comenzó a recorrer la sala de punta a punta, mientras cavilaba hasta dónde podía llegar con el listado que tenía en sus manos. De pronto, dejó el listado en la mesa y volvió a la carta, la primera carta amenazante, la que ya había leído con tanta atención y que tan buenos resultados le había dado, quizás contuviera más secretos que revelarle, ¿por qué no?, entonces la volvió a leer, una vez más, minuciosamente, con suma atención, quería estrujar cada frase, cada palabra, cada letra:

«*Le quiero dejar muy claro que la conozco muy bien, pues sé todo acerca de Ud...*», siguió leyendo: «*En principio tiene que saber que desde el momento que está leyendo esta carta...*», tampoco le revelaba nada, continuó: «*Luego pasó a la Facultad y terminó sus estudios como profesora de Historia, después de graduarse, en la misma facultad impartió clases, allí se la recuerda por el eterno lacito rosa con que se recogía el pelo...*», volvió a releer, «*allí se la recuerda por el eterno lacito rosa con que se recogía el pelo...*», un momento, —se dijo—, «¿y cómo sabe lo del lacito rosa? ¿Cómo sabe tantas cosas? ¿Cómo sabe que se graduó en Historia?, ¿que impartió clases en la misma facultad?, ¿y lo del lacito rosa!! ¿Cómo sabe tanto de ese período de ella en la facultad? ¿Tiene que ser alguien que compartió con ella esos años! ¿Un antiguo colega, un antiguo compañero de profesión, un profesor!», él ya lo había pensado una vez, «¡O bien, por qué no, un ex-alumno! ¿Todo podía ser! ¿Pero tendría que ser alguien de ese ámbito, de ese círculo en la facultad!». Entonces, mientras sentía cómo el corazón le latía a mil, mientras la carta le temblaba en sus manos, se dijo, lleno de esperanza,

«si pudiera conseguir un listado en la facultad de los profesores que fueron compañeros de ella y de los ex alumnos mientras fue profesora, ¡luego sería muy sencillo!, comparando ambas listas, la del edificio, y la de la facultad, podría ver si había alguna coincidencia, si alguno de sus colegas en la facultad o un ex alumno vive en alguno de los edificios, ya lo tenía», ¡era magnífico lo que había descubierto! «¡Bravo Paulino!», gritó por lo bajo mientras pegaba un pequeño golpe con el puño en la mesa. Debería ir a la facultad y tener una entrevista con el decano, «o no, mejor no, mejor con el secretario del decano, en estas instituciones siempre es más fácil obtener información de un subalterno que del propio jefe», se dijo con seguridad; se quedó pensando sobre qué excusa podría poner para que le dieran un listado de los profesores y ex-alumnos que coincidieron con ella, él debía seguir actuando como si de un detective se tratara, solo con habilidad y con mucha astucia podría conseguir su objetivo. «Excusa, se dijo, excusa podría ser hacerme pasar por un periodista de una revista cultural, le podría decir que la revista quiere homenajear a la ex-profesora por ser ella actualmente una importante investigadora del Consejo de Investigaciones en el campo de la “Historia del Arte Egipcio”, y decirle que en ese homenaje la revista quiere invitar a sus ex compañeros profesores y ex alumnos cuando fue profesora en la facultad, es una buena excusa», concluyó. Le pediría reservas al respecto dado que los encargados de hacer este homenaje querían que fuese una sorpresa para ella. ¡Eso haría! ¡Era un buen pretexto! Encargaría en una imprenta unas tarjetas donde figuraría su nombre, —pondría un nombre ficticio—, profesión: periodista de la revista, luego todo debía rodar sobre ruedas. Se insufló de ánimos y le entró el hambre. Miró el reloj y ya eran las seis de la tarde. Ya no tenía sentido seguir con la vigilancia, la dejaría, solo se abocaría a continuar con el buzoneo, para interceptar la que él creía que sería la última carta, la del ultimátum, la que la conminaría a pagar una cantidad de dinero, por algo que él desconocía, pero que pronto llegaría a saber, entonces se relajó y se puso a ver la televisión. Esa noche se haría una buena comida. Sería la primera vez desde que estaba en el nuevo departamento que dispondría de tiempo para gozar de la estancia en su guarida, ahora que podía prescindir de la vigilancia, no podía ser menos, desde que había llegado se había pasado la mitad del tiempo pegado a la ventana, atento durante toda la noche a descubrir al maldito entrometido, a base de mantenerse despierto a fuerza de café y mucho sacrificio, durmiendo y comiendo mal, y socavando cada vez más su moral y haciéndolo entrar en una espiral de ansiedad e inquietud que le habían minado su propia salud, eso lo constataba cada día

que se veía más demacrado y más delgado, lo sabía cuando se metía en el baño a ducharse y después de secarse se miraba al espejo, asombrado por el deterioro de su imagen, y no solo eso, en el propio trabajo era consciente que desatendía sus obligaciones y estaba constantemente distraído. Se le ocurrió que cenaría lo mismo que *la señora*, recordando la primera carta tuvo presente que su plato preferido era la merluza con salsa de puerros. Unos días antes había comprado merluza y la había congelado, el resto, los puerros y los demás ingredientes los tenía, también dos botellas de vino Bermejo, el vino de ella. Se le ocurrió que al estar tan cerca de descubrir el meollo que tanto trasiego le había llevado debía comenzar por festejarlo, y aunque sabía que no debía vender la piel del oso antes de cazarlo, no pudo con su genio, y esa noche estaba lo suficientemente eufórico como para que saltándose esta regla hiciese un paréntesis y se diese una pequeña celebración. Era feliz. No era para menos, había descubierto que el maldito intruso era con muchas posibilidades un vecino de los edificios, tenía un listado con nombre y apellido de todos ellos, y había planeado ir a la facultad con una buena excusa para conseguir un listado de los profesores y ex-alumnos de su protegida, comparando ambas listas podría por fin desenmascarar al culpable. Se estaba comportando como un verdadero espía, un verdadero detective, y lo iba a festejar.

Acostumbrado como estaba a cocinarse para él, se puso manos a la obra. Al cabo de una hora la merluza con salsa de puerros estaba lista. La sirvió humeante en la mesa que había preparado: un precioso mantel que encontró en la vitrina, una copa de cristal muy fino y los mejores cubiertos, el vino blanco se lo bebió hasta el final. Cuando acabó de cenar un ligero mareo lo llevó a tumbarse en el sofá, el vino le había subido a la cabeza, y no solo eso, de pronto se sintió eufórico, esos estados a los que llegaba cuando a la buena ventura se le sumaba el alcohol. Encendió un cigarrillo y se dejó llevar, sus pensamientos ahora más delirantes que nunca le hicieron imaginar sueños imposibles, se imaginó persiguiendo al malhechor hasta atraparlo, y luego de agarrarlo por el cuello y abofetearlo varias veces, hacerle prometer que se iría del departamento, del barrio, y hasta de la ciudad, y que jamás volvería a meterse con ella, de lo contrario se las tendría que ver con él, y no iba en broma. Mientras desvariaba con estas fantasías se fue adormilando, al rato miró el reloj, daba las once de la noche, se levantó del sofá y se fue al dormitorio, puso el despertador a las seis y media, e inmediatamente se durmió.

Un rayo de sol le dio en la cara y despertó de golpe. Sobresaltado miró el reloj y vio que daban las ocho. Alarmado por no haber escuchado el despertador se levantó y se dirigió a la ventana. Justo de la casa salía *la señora*, pasó de largo el buzón y se fue a la parada del bus, como hacía cada día. La siguió con la mirada. Maldijo por dentro. Se había vuelto a quedar dormido. En algún momento del día, antes de ella volver por la noche debía controlar el buzón, y si veía que asomaba alguna carta debía hacer una buzoneada, con todo el peligro que ello significaba, porque debía acometerlo durante el día, y eso era riesgoso. Intentó tranquilizarse. Después del trabajo le quedaba toda la tarde por delante. También iría a una imprenta, allí se haría hacer unas tarjetas de alguna revista cultural, como tenía previsto. Tenía trabajo por delante. Se tenía que poner en marcha. Después de ducharse se vistió y se fue a la oficina. Se encerró en su despacho y comenzó a diseñar la tarjeta: con letras de caligrafía artística escribió a mano: «Sr Paulino Chain», se quedó pensando, «¿ponía su nombre verdadero o se inventaba uno?». Siguiendo su estela decidió inventarse un nombre. Si se lo pensaba bien él siempre estaba de incógnito, se había pasado toda su vida tratando de pasar desapercibido, no tenía por qué cambiar de parecer ahora, tampoco le gustaba ser reconocido en ninguna parte, tenía aversión a que la gente que se cruzaba en su camino lo reconociese y le dijeran por lo alto, «¡Hola Sr Chain!», o bien cuando había más confianza y le decían: «¡Hola don Paulino!», —eso sí que lo destrozaba, eso lo odiaba, y no le gustaba nada—; también huía de los conocidos, cuando paseando veía a lo lejos algún conocido, él trataba de eludirlo: a veces cruzaba la calle para ir por la acera de enfrente, o se metía por alguna callejuela cosa de esquivarlo, o a veces cuando no le daba tiempo a ejercer esa acción, al cruzarse con el personaje se hacía el distraído y miraba hacia otra parte, cosa de no tener la obligación de intercambiar algún saludo, o peor, si el tipo lo reconocía y forzaba un gesto, una cortesía, y se le daba por detenerse e intentaba un intercambio de palabras, eso lo odiaba, y le molestaba más que cualquier otra cosa, por eso siempre intentaba eludir esas cuestiones; era un ser huraño, poco sociable; en el trabajo por ejemplo, tenía con sus compañeros de oficina una relación exclusivamente de trabajo, poco amigo de entrar confidencias con sus pares no era nada comunicativo, sin embargo, esta forma de relacionarse con el personal y su apego a la rectitud y la manera responsable de actuar que tenía, —salvo cuando le agarraba alguna de sus locuras que él intentaba disimular—, había hecho que fuese considerado por el director como un empleado en quien podía confiar, por esa misma razón primero consiguió un despacho propio, y luego fue ascendido

hasta hacerlo encargado de las relaciones comerciales con otras empresas cuando había una negociación de por medio, y era una contradicción, porque en estos casos, la relación que entablaba con el par de la otra empresa era de una cortesía exquisita, digamos que a actor no había quien le ganara. Tampoco se le daban muy bien los vecinos, con quienes no intercambiaba palabra alguna, salvo las necesarias, como era el caso por ejemplo cuando había reuniones de la comunidad de vecinos, donde concurría si se iba a tratar algún caso de su incumbencia, de lo contrario no asistía. Por lo demás no se daba con nadie, aunque si bien no se trataba con ninguno, también hay que decirlo, era una persona muy respetuosa y jamás entraba en conflictos. Para ahondar más en su idea de ser ignorado había decidido no poner su nombre en el buzón que le correspondía a su apartamento. En la amalgama de sus relaciones extemporáneas había una excepción, y esta excepción la configuraban «las chicas» de las casas de citas donde los viernes y sábados por la noche solía concurrir. Hay que tener en cuenta que era un visitante y consumidor habitual de estos sitios, por lo que necesariamente era bien recibido, sin embargo, su comportamiento era totalmente diferente al que se veía con el resto de sus relaciones, allí se quitaba la coraza que siempre lo acompañaba y se lucía más extrovertido, empezando por las «chicas», que lo adoraban, y hasta con la propia *madame*, con la que mantenía una excelente relación. Con respecto a las chicas, a las que Pauli, —como cariñosamente lo llamaban—, escuchaba siempre atentamente, hay que decir que con ellas siempre era cordial y que con el tiempo se había llegado a convertir en una especie de confidente, porque no había vez, cuando alguna de ellas tenía algún problema, que no contarán con él para desahogarse y contarles sus cosas. Por todas estas razones, las casas de citas que solía frecuentar, eran una especie de oasis en su dificultosa vida social, porque era allí y solo allí donde Paulino encontraba la paz y la alegría que su forma de ser, retraída e introvertida, le impedían desenvolverse sin ataduras, sin reparos, quizás era «ese» el mejor de los Paulinos, el Paulino sociable, el Paulino jovial, que además de escuchar y hacer el amor compatibilizaba con ellas, llegando a tal punto que además de ser un amante, era un amigo, alguien en quien podían confiar. Pero esto solo ocurría en las casas de citas, porque en lo demás, destacaba por ser un tipo esquivo y retraído. Y hasta tal punto llegaba la aversión que tenía por emprender algún tipo de relación con la gente con la que necesariamente debía vincularse, que si por él fuera estrenaría calle, barrio y ciudad cada día, cosa de ser siempre un recién llegado y luego desaparecer, y que lo olvidaran, eso sería magnífico. Se puso a pensar que en

este último mes de su vida, en su nuevo apartamento y en su nuevo barrio, haciendo mitad de espía y mitad de detective, había conseguido ser un desconocido, por lo menos no recordaba haber dado su nombre a nadie, pensó con alegría que aquí era un ignorado total, trató de recordar: en la cafetería, en el supermercado de enfrente, en los negocios de los edificios, con nadie había intimado, en eso podía estar tranquilo. Con el lapicero aun en la mano mientras probaba componer una tarjeta, recordó que solo la casera, la Paca, sabía de él, y probablemente el presidente de la comunidad de vecinos, que tenía muy bien registrados a todos, eso era seguro, pero no le preocupaba, porque para el vecindario, era un extraño. Tachó Paulino Chain y al lado puso sin pensárselo dos veces un nombre que se le acababa de ocurrir: Roberto Forleni, no estaba mal, a partir de ahora, para el secretario de la Facultad donde iría a indagar sería Roberto Forleni, debajo anotó, también con letras caligráficas, Periodista, ahora debía encontrar alguna revista cultural, o inventarse un nombre de una supuesta revista cultural, y debajo una dirección. Le quedó así:

***Sr. Roberto Forleni***  
***Periodista***  
***Revista Cultural «Historia Viva»***  
***Dirección: calle Campobasso 14 —Bajos B***

Lo leyó varias veces y se quedó conforme. La revista cultural no existía, no había puesto ningún teléfono, y la calle era real pero quedaba en las afueras de la ciudad, no creía que fueran a desplazarse hasta allí para comprobar si existía. Esa misma tarde iría a una imprenta y se haría hacer una prueba de la tarjeta que había compuesto, esta se la llevaría con él, solo le bastaba una sola tarjeta, les diría que se lo pensaría y luego no volvería a aparecer, luego haría unas diez fotocopias en un papel de calidad, un papel de ilustración que le llamaban, y luego las haría cortar con una guillotina en alguna papelería. No necesitaba más. Diez le sobraban. En una imprenta le pedirían un mínimo de cien tarjetas, no tenía sentido. Por un momento le entro una cierta placidez, iba por el buen camino. Cuando salió se fue a una imprenta que había buscado en la guía telefónica, cuando llegó de inmediato lo atendieron y le hicieron una prueba, le gustó e hizo todo como lo tenía planeado: se llevó la tarjeta de prueba y en una papelería le hizo fotocopias, luego las hizo cortar. Así pudo hacerse con diez tarjetas en las que figuraba que era periodista de la revista cultural Historia Viva, le gustó el nombre y se sonrió. Ahora que tenía las tarjetas se fue a su guarida. Esa tarde le quedaba un trabajito que hacer, tenía



que mirar en el buzón de su protegida que no hubiese ninguna carta, si había alguna, tenía un problema, debía buzonear. Con el corazón en la boca bajó y se fue al buzón, y mirando por la mirilla vio que el buzón estaba vacío. Respiró tranquilo y se fue al supermercado, compró algo de comida para la noche y volvió a subir. Miró la hora, eran las siete. El tiempo había pasado increíblemente veloz.

# DIECISEIS

---

Después de buzonear por la mañana llamaría a la oficina temprano para decir que estaba enfermo y no podía ir, diría que tenía fiebre y se sentía mal, no importaba, no solía faltar al trabajo, todo lo contrario, siempre había sido un tipo responsable, y esta vez no supondría ningún problema. Necesitaba la mañana libre para la entrevista con el secretario del Decano. Es más, como suponía que el tiempo que pasaría en la facultad no le ocuparía toda la mañana, podría llegar a decir que si durante la mañana se sentía mejor iría, ya que tenía trabajo por hacer y no quería atrasarse en sus tareas, incluso si hiciese eso lo beneficiaría, ese era el sentido de responsabilidad que siempre había tratado de inspirar, eso le había dado al final de cuentas una buena renta a su favor en el trabajo, no en vano tenía despacho propio y lo habían ascendido. No sería difícil entrar después a la oficina con mala cara, simular algún que otro catarro, y decir que se había tomado una aspirina y «ahora se sentía mejor». Pero para recabar los datos que necesitaba debía concurrir a la facultad durante la mañana, que era cuando estaba todo el personal y podían buscarle el listado de los profesores colegas y de los ex-alumnos de la profesora Margarita Bassand. Un ligero nerviosismo lo recorrió por dentro, el día de mañana era un día importante, necesitaba ese listado.

Después de cenar, acompañado por la tensión que siempre le precedía cuando iba a ejecutar algún plan, se puso a ver la televisión. A eso de las once y media se iría a la ventana y echaría una ojeada a la casa, se recrearía un rato con los destapes de *la señora* y luego se iría a dormir, y quizás a soñar con ella. Desde que descubrió los desnudos de su protegida no pasaba una noche sin fisgonearla, y con el tiempo se convirtió en una rutina, y más que en una rutina en una adicción, porque no podía pasar un día sin verla. Y era habitual que su día a día estuviera marcado por los recuerdos de los streptase que ella cada noche ejecutaba y que esta sin saberlo le regalaba. Cuando pasaron los primeros días, que lleno de excitación morbosa no dejaba de fotografiarla, llegó a tener tantas fotos de sus desnudos que decidió aparcar la cámara. Las fotos se contaban por decenas, y solía llevar las más eróticas siempre consigo. Por un momento llegó a pensar que las sesiones fotográficas y su dedicación a fotografiarla desnuda habían llegado a desplazar el verdadero objetivo de su vigilancia, que no era otro que descubrir al maldito *intruso*. Este juego morboso de auténtico voyeur que él ejercía desde la clandestinidad, por el

momento no le significaba ningún problema en la medida que no fuese descubierto, mientras eso no sucediera podría continuar con esta placentera recreación que evidentemente le causaba verdadero gozo, sin embargo esta exposición a recrearse cada día con sus streptase tenía sus consecuencias, porque el recuerdo de los desnudos y las fantasías sexuales que él fraguaba en su mente, eran motivo para hallarse todo el día excitado, y esto no solo lo distraía en el trabajo y en la misión que se había impuesto, sino que no eran infrecuentes las reiteradas erecciones que a veces lo llevaban a mal traer. Y esto ocurría porque dichos envaramientos le ocurrían a veces en los momentos más inoportunos, en la oficina por ejemplo no era raro que estando en plena erección el director lo llamara a su despacho para tratar algún tema, entonces se las veía canutas para disimular el abultamiento, salía de su despacho con alguna carpeta o algo parecido cubriéndose y así circulaba a paso rápido entre los escritorios de sus compañeros hasta llegar al director e inmediatamente tomaba asiento; o veces simplemente caminando por la calle, cuando por algún motivo tenía algún recuerdo de ella y comenzaba a sentir la rigidez de su miembro lo ponía en un aprieto, y era en esos momentos que pensaba que todo el mundo lo estaba observando. Entonces cruzaba la pierna, como para disimular, y buscaba urgentemente alguna cafetería donde sentarse cosa de ocultar la deformidad que vergonzosamente exhibía. Se daba también el caso que cuando iba al supermercado e iba a la pescadería, y luego a buscar el vino blanco, que él relacionaba todo esto con *la señora*, inmediatamente entraba en erección, entonces ponía la bolsa que llevaba para la compra a la altura de la cintura y así se tapaba. Esto le ocurría en múltiples ocasiones, y le resultaba de lo más vergonzante y molesto. A veces incluso le pasaba con la simple visión del bus número cuatro, y esto era algo que no podía admitir. Hay que reconocer que esta situación, totalmente incontrolable para Paulino, lo tenía a maltraer. Este estado de excitación que lo acompañaba cada día, encontraba su desahogo en las casas de citas que frecuentaba. «La Perla» y «El Neón» se convirtieron en un alivio a sus apuros sexuales. Naturalmente sus visitas se hicieron más asiduas, y aunque a «las chicas» les llamaba la atención este hecho, cuando en el fondo pensaban que con la edad la frecuencia de sus visitas decaerían, preferían, por una cuestión de recato, no preguntar. Sin embargo era tema de conversación entre ellas, que no entendían esta sexualidad desbordada de Paulino, su mejor cliente. Las casas de citas pusieron a prueba los bolsillos de Paulino, que había aumentado los gastos en ellas, aunque todo hay que decirlo, dado el cariño y la confianza que sentían por él, siempre había una consideración especial. Ahora sin embargo

estaba ante un nuevo reto, y debía centrar su mente en este nuevo desafío, sin las mentadas erecciones que tanto lo incomodaban. Mañana por la mañana debía presentarse en la facultad y preguntar por el secretario del Decano, necesitaba el dichoso listado de los ex-alumnos y profesores para descubrir al delincuente. Miró la hora y ya daban las once y media. Se levantó del sofá y se dirigió a la ventana, apagó las luces y se fue derecho al telescopio. Nuevamente la excitación. La luz del dormitorio estaba encendida. Como cada noche, de pronto se abrió la puerta y apareció, y... sorpresa, detrás de ella una mujer, ahora dirigió el telescopio hacia el nuevo personaje, era rubia, de buen ver por lo que veía, rondaría la misma edad que ella, y era de su misma estatura, se detuvieron frente a la cómoda, a los pies de la cama, y se pusieron de frente, hablaban, gesticulaban, reían, era una situación especial, tan acostumbrado a verla siempre sola, resultaba que hoy tenía visita, aunque el hecho de que fuera mujer lo tranquilizaba, no hubiera podido resistir si hubiera sido un hombre, no sería para menos, hace ya tiempo que tenía consciencia que la deseaba, y aunque no sabía cómo hacer para iniciar algún tipo de relación, lo hubiera contrariado. Ahora su protegida se dirigió a la ventana, la tenía de frente, estaba hermosa como siempre, y en contra de lo que siempre hacía, se llegó hasta la persiana, la bajó, y la dejó de ver. Esta noche se quedaba sin desnudos.

Al otro día puso el despertador a las seis y media, como cada día, y se fue a buzonear, el buzón seguía vacío. Tenía que ir a la Facultad. Se duchó y se arregló muy bien. Debía ir muy bien vestido para la entrevista. Llamó por teléfono a la oficina y con voz ronca y un poco carrasposa comunicó que por la mañana no iría a trabajar porque no se sentía muy bien, quizás una gripe, dijo.

—Pero me tomaré una aspirina y si más tarde estoy mejor me pasaré por allí, no quiero que se me atrase el trabajo.

Cuando llegó a la Facultad serían las ocho y media, y lo primero que hizo fue llegarse a un bar de los que había en los alrededores, repletos de estudiantes, que a esa hora, antes de las clases, se daban cita. El ambiente tenía el aspecto de mucha agitación, del ajetreo propio de los ambientes estudiantiles, tan bullanguero y lleno de desparpajo. A Paulino le recordó sus tiempos de estudiante, por un momento añoró esa época, que aunque teñida por su manía de robar en los buzones, la recordaba con cariño. Después del café y un par de cigarrillos, y de observar la jocosidad y las ocurrencias de los estudiantes, se dispuso a entrar en la facultad. Preguntó por la Secretaría y allí se dirigió. Una señorita detrás de un mostrador lo atendió con diligencia:

—Dígame señor, buenos días.

—Mire, soy periodista y quisiera entrevistarme con el secretario del Decano, es cosa de un minuto, si me puede hacer el favor, —y le extendió una tarjeta de la Revista Cultural «Historia Viva».

La señorita miró la tarjeta con detenimiento y le sonrió complacida, la tarjeta empezaba con buen pie, era un simple detalle, pero él siempre decía, «la cuestión está en los detalles», y con esta premisa transitaba por la vida, luego la señorita continuó:

—No la conozco a esta revista, ¿es nueva?

—Bueno, no somos tan nuevos, lo que pasa es que para hacernos conocer deberíamos hacer publicidad, y la publicidad es cara, piense que esta revista se sostiene solo con la aportación de sus socios. Es una revista sin ánimo de lucro y tiene por finalidad difundir la cultura.

—Ah... ahora le digo si el secretario lo puede atender.

Desapareció tras una puerta detrás del mostrador y a los pocos minutos salió.

—Pase Sr Chain, el secretario lo espera.

Entró a una sala más bien pequeña, en un rincón una estufa a gas, luego al fondo un escritorio de madera lustrosa y dos sillas. Sentado, un señor medio calvo que detrás de unas gafas lo miraba con desconfianza. O eso le pareció a Paulino, que siempre tenía en cuenta «los pequeños detalles», tendría que «ganárselo» para que accediera a darle el listado de los profesores y ex alumnos que él buscaba, además, no tenía pinta de ser «sobornable», según él veía, se sabía conocedor del espíritu en el que cabalgaba cada uno de sus semejantes, quizás esa era la diferencia con el resto de los empleados de la oficina donde trabajaba, que hacía que a los ojos del director haya sido el preferido y el elegido a la hora de llevar a cabo negociaciones con las otras empresas.

—Siéntese Sr... Sr Chain, —deletreó el secretario, se lo veía harto en su trabajo, o quizás saturado de tanta burocracia, trámites y complicaciones, y luego estaba su jefe, el Decano, vaya a saber uno cómo lo trataba, a lo mejor era un tirano, y estaba hastiado de aguantarlo, como tantos que por ahí abundaban—. ¿Qué lo trae por aquí?, —continuó con cierta severidad.

—Mire Sr secretario, mi nombre es Roberto Forleni, soy periodista de la revista cultural «Historia Viva», —y le alargó una tarjeta, mientras que al mismo tiempo se inclinaba un poco hacia adelante y se sentaba casi en la punta de la silla, un acto que si bien no era de sumisión, sí de profundísimo

respeto. Paulino se sabía manejar en estas lides, y continuó—: Resulta que por esta facultad ha pasado, como alumna y luego como profesora, la licenciada Margarita Bassand. Ud. sabe que esta señora es una de las más prestigiosas investigadoras del Consejo de Investigaciones, ella está especializada en Historia del Arte Egipcio. Nuestra revista le quiere rendir un homenaje invitándola a dar una charla sobre el Egipto de los Faraones, y queremos invitar a todos los que coincidieron con ella en la facultad, será toda una sorpresa y suponemos que será muy emocionante, para ello necesitaría un listado de todos los profesores y alumnos que tuvo en sus años de profesora para hacerles llegar la correspondiente invitación, por supuesto que las autoridades de esta Facultad también estarán invitados, el Sr Decano, y Ud. mismo. Hay algo importante, todo esto por ahora no se puede hacer público, por ello le pido reservas al respecto dado que los encargados de este homenaje van a hacer el anuncio en el momento que ellos consideren oportuno, por lo que no se puede desvelar este acontecimiento, ni tampoco la fecha, fundamentalmente porque aun no la tienen, —aquí Paulino puso cara de inocente y dibujó una media sonrisa, siempre surtía efecto este gesto de ingenuo e inofensivo—, pero sí sabemos, porque nos lo han dicho, que será para el segundo semestre del corriente año. Ese es el motivo de mi presencia aquí, y ruego me disculpe, por el trabajo que le pido, aun sabiendo lo atareado que suele estar un secretario de Decanato de una facultad como esta.

Y sonriendo, poniendo la cara lo más cándida posible, retiró el cuerpo un poco hacia atrás, tomando posesión de la sentadera de la silla, pero sin apoyar la espalda, y esperó ansioso la respuesta del secretario del Decano. Este, se lo quedó mirando, al principio mudo, como estudiándolo a Paulino, que conservando la calma, y la cara de idiota, esperaba alguna palabra benéfica, que lo ayudara en el reto en el que estaba embarcado.

—Margarita Bassand, sí, la recuerdo, buena profesora, luego fue contratada, efectivamente, por el Consejo de Investigaciones, sabemos que le va bien, que está haciendo un buen trabajo allá, pero no he vuelto a tener contactos con ella. A ver, déjeme mirar, —y buscó una carpeta que estaba en una estantería que tenía detrás, y después de unos minutos de hojear la carpeta, continuó—, ella entró como profesora aquí en la Facultad por los cincuenta, sí, aquí está, y estuvo hasta el sesenta, que se fue al Consejo de Investigaciones, sí, del cincuenta al sesenta incluido, 11 años estuvo aquí en la facultad. ¿Y Ud. quiere un listado de los profesores y alumnos que coincidieron con ella en esos diez años?, bueno, la Sta. Bassand daba dos

asignaturas, Historia Antigua y Teoría de la Historia, de primer año, a ver, déjeme que mire, sí, aquí está.

—Sí, la verdad me haría un gran favor si me puede conseguir ese listado porque nos pondríamos en contacto con todos los profesores colegas y alumnos que tuvo en su momento, así invitamos a todos ellos, será un orgullo para esta Facultad y para todos los que compartieron la enseñanza con ella, imagínese Ud., —enfaticó Paulino.

—Sí, no es difícil, tampoco hace tanto tiempo de eso, mire..., a ver..., en esta otra carpeta tengo los alumnos de cada año, los tengo por asignatura, pero es igual, solo hay que ver los alumnos que dieron Historia Antigua y Teoría de la Historia entre los años cincuenta y sesenta. Mire, aquí lo tengo, esta es la lista del año 1950, aquí del 51, sí, están todas, no hay problema, se lo puedo hacer, le hago una fotocopia por cada año de cada asignatura, eso lo podemos hacer ahora, tiene suerte, tengo tiempo.

Paulino vibraba de emoción, había estado acertado en elegir al secretario y no al propio Decano, este hubiera empezado con preguntitas por acá, preguntitas por allá, y vaya a saber los problemas que le hubiera puesto, todo estaba saliendo a pedir de boca, sin complicaciones, pero hasta no ver las fotocopias en sus manos no quería cantar victoria, no, eso él no lo hacía nunca, pero tenía que reconocer que todo iba sobre ruedas, iba bien, cuando menos se lo esperaba tendría los listados que tanto ansiaba y esa misma tarde podría buscar y ver si alguno coincidía con algún vecino del edificio de al lado. Mientras tenía esos dulces pensamientos vio que el secretario comenzaba a despotricar, ¿qué pasaba ahora?, miró con interés y vio que algo ocurría con la fotocopidora, porque no terminaba de ponerse en marcha y el secretario seguía despotricando.

—¡Siempre pasa lo mismo! ¡Este trasto viejo ahora no arranca!, no sé, debe ser alguna conexión, porque a veces va bien y a veces se le da por no funcionar, —y comenzó a darle unos golpecitos a la fotocopidora, ora por delante, por los lados, también por detrás, pero esta nada, seguía en sus trece de joderle la vida a Paulino—, no hay caso, no se pone en marcha, lo vamos a tener que dejar para otro momento, tenemos otra fotocopidora en el despacho del Decano pero ahora está reunido y no puedo interrumpir por unas fotocopias, en todo caso más tarde, o mañana, y no estaría mal que lo comentara con el Decano, me refiero a esto del listado que me está pidiendo, y lo de Margarita Bassand y del homenaje que le piensan hacer, él seguro que se acuerda de ella.

Paulino se comenzó a alarmar, se le podía escapar de las manos algo que parecía hecho, la maldita fotocopidora que no hacía otra cosa que joderle la vida. ¡Justo ahora! ¡Ahora que estaba todo «a punto»! Le daban ganas a Paulino de traspasar el umbral de la cordura y agarrárselas con la fotocopidora a golpes, eso se llamaba tener mala suerte, el Decano seguro que le pondría problemas, más si advertía que su secretario lo tenía «casi todo hecho», solo por fastidiar a su subalterno y hacerle ver que «aquí solo mandaba él», sí, solo por eso se opondría a fotocopiar «material sensible para la Facultad», estaba seguro, por eso se comenzó a alarmar, porque no veía otra manera descubrir al intruso si no era comparando ambas listas. De pronto la señorita que estaba detrás del mostrador entró al despacho y vio que el secretario estaba lidiando con la fotocopidora.

—Sr Secretario, permiso, mire, me tiene que firmar estas dos autorizaciones, ¿qué le pasa?, ¿la fotocopidora otra vez?, a ver, déjeme, yo la entiendo, a veces se traba alguna hoja y es solo eso, espere, —y el secretario se hizo a un lado mientras la otra intentaba hacer que funcione; Paulino no podía hacer nada, solo rezar, porque veía que todo podía venirse abajo por el maldito trasto, cuando de pronto una lucecita cambió del rojo al verde y unos ruidos raros comenzaron a hacerse oír, para suerte de Paulino, porque era la máquina que se ponía en marcha—. Ya está, era una hoja que había quedado trabada, bueno, Sr secretario, me tiene que firmar esto.

Cuando las fotocopias estuvieron terminadas el secretario las puso en un sobre y se las entregó. Paulino estaba exultante, una sonrisa de oreja a oreja adornaba su cara, saludó al secretario efusivamente y le prometió que cuando tuviera fecha y lugar para el evento sería uno de los primeros en enterarse, él se encargaría personalmente hacérselo saber, y luego continuó diciéndole que gente como él era lo que necesitaba el país, y lo llenó de elogios, y le dijo que «en su condición de secretario de la Facultad de Geografía e Historia me gustaría que formara parte de la revista *Historia Viva* donde Ud. podría colaborar con artículos o dando alguna conferencia». Y todo esto Paulino lo decía con el total convencimiento de que estaba actuando con veracidad, en ningún momento tuvo consciencia que la patraña de su invitación era solo eso, una patraña, un engaño, porque llegaba a engañarse él mismo, convencido, esta vez, de la existencia de la supuesta revista cultural «Historia Viva» y del cargo de periodista que ostentaba. Bueno, se dijo después, camino a su auto, cuando tomaba contacto con la realidad: si no existe, habrá que fundarla, de eso ya me encargaré, y siguió tan tranquilo, con el



convencimiento de que debía el favor al secretario, y que intentaría beneficiarlo con algún cargo en la futura revista. «Pagado, por supuesto», se llegó a decir, tan campante.

# DIECISIETE

---

Cuando volvió al auto estaba tan excitado con el sobre que llevaba entre sus manos, que pensó que eso de «volver al trabajo y entrar con mala cara, y decir que ahora se sentía mejor», era una quimera. Acomodó el sobre en el asiento de al lado y se sentó al volante. No necesitó mucho tiempo para tomar la decisión, porque cuando menos se lo pensaba estaba buscando dónde aparcar, cerca de la plazoleta. Se dirigió a su guarida a paso veloz, presuroso, todo él estaba acelerado. Pulsó el botón del ascensor pero no tuvo paciencia y en dos zancadas estaba en su casa. Casi jadeando se sentó en la mesa de la sala y abrió el sobre. Sacó las listas y las dispuso en orden, año por año, luego abrió la carpeta donde tenía el listado de los vecinos de los edificios y tachó los departamentos que daban atrás, entonces empezó a cotejar datos. Al rato de ir comparando los quince vecinos del inmueble con los listados de la Facultad ya se sabía los vecinos de memoria. Así estuvo un tiempo, mirando una hoja y cotejándola con las otras, el trabajo era mareante, no era nada sencillo, él retenía el nombre del primer vecino y lo iba comprobando, primero con la lista de los profesores que habían sido compañeros de ella, y después hoja por hoja con cada uno de los alumnos de las dos asignaturas en las que había sido profesora durante diez años su protegida, Margarita Bassand, y más que complicado era tedioso, porque en diez años dos asignaturas eran muchos alumnos. Sin embargo no pasó mucho tiempo que saltó la liebre: era el noveno vecino de la lista del edificio de al lado, el del 3.º A, Román Argutti decía, y coincidía exactamente con un alumno, otro Román Argutti que había hecho Teoría de la Historia en el año 52, además con ese apellido no podía haber fallos, era un apellido raro en la población, él nunca lo había escuchado antes. «¡Así que es un alumno!», —exclamó. La excitación escaló varios enteros, de pronto tomó consciencia que había localizado el domicilio del *intruso*, y no era poco, no solo era todo un acontecimiento, sino que, paralelo a la excitación que lo desbordaba, su autoestima alcanzaba cotas que no recordaba haber vivido antes, este no era un simple trabajo de «robacartas», que tampoco quería desmerecer, pero ahora, esta labor de espía y detective al mismo tiempo, lo ensalzaba aun más, y además lo impulsaba a seguir en la misma senda, ya encontraría nuevos retos donde desarrollar esta nueva profesión que había culminado su primer trabajo con tanto éxito. Encendió un cigarrillo y se sirvió un whisky.

Demasiado temprano para beber, pero lo necesitaba, la excitación estaba al máximo. Tenía el nombre del individuo y sabía el departamento donde vivía, lo tenía en sus manos, pero no lo conocía, por otra parte el tipo seguiría echando cartas a *la señora* obligándolo a seguir buzoneando cada día. Identificarlo se le ocurrió como imprescindible antes de decidirse a tomar cualquier acción. Podría ir a su domicilio y hacerse pasar por un vendedor ambulante, de libros por ejemplo, y tocar el timbre y tener la suerte que saliera él, aunque en realidad no sabía si el tipo vivía solo o alguien más habitaba la vivienda, además, pensó luego con cierta reserva, no era una buena idea dar la cara, hacerse conocer por el *intruso* era de alguna manera dejar el anonimato, debía ser prudente en cuanto a esa cuestión, debía seguir siendo un desconocido, un ser anónimo, e inmediatamente desechó la idea. Era evidente que el trabajo no estaba concluido y que todo se hacía más difícil a medida que avanzaba, a medida que progresaba en la investigación, y cuando parecía que más cerca lo tenía, más obstáculos aparecían en el horizonte. No hacía todavía un mes que habitaba el departamento, y salvo los camareros de la cafetería, el presidente de la comunidad del edificio de al lado con el que había ido a hablar para pedirle el listado, y quizás alguna dependienta del supermercado, para el resto de los vecinos de la zona era un extraño, era, por así decirlo, un ser anónimo en el barrio, y eso le daba una ventaja, podía deambular con la tranquilidad del forastero, un desconocido por todos. Eran las once y media de la mañana y se le ocurrió bajar a la calle y localizar desde la acera el departamento donde vivía el intruso. No estaba mal la idea. Como buen espía que era tenía que empezar por el principio, comenzaría por estudiar el terreno, eso siempre lo había visto así en las películas. Cuando bajó, desde la acera de su edificio disimuladamente dirigió la mirada al bloque vecino. De costado y desde la posición que tenía adivinó el 3.º A, en el otro edificio era el que estaba encima del suyo. Cruzó la calle y se fue a la esquina del supermercado, se mezcló con la gente que entraba y salía, y disimuladamente clavó la mirada en el departamento, de allí la visión era más certera, pero dada su ubicación, oblicua desde donde estaba, seguía sin tener una visión clara. Encaró la marcha por la acera de enfrente hacia la otra esquina. Al pasar por la casa de *la señora* lo tendría de frente, allí sí fijaría su atención.

Un pequeño balcón igual que él tenía en el suyo le descubrió una mesa y un par de sillas de jardín, más atrás el mismo ventanal con unas cortinas que a esa hora permanecían cerradas, por lo demás no vio nada que le llamara la atención. Volvió a cruzar la calle, hacia su edificio, y se fue hasta la cafetería.

Se sentó afuera en una mesa que le permitía, aunque de refilón, ver el balcón del departamento en cuestión. Pidió un café y se hizo de un periódico. Simularía que leía pero tendría los ojos puestos en el balcón, por si aparecía el tipo y por fin lo pudiera conocer. Conocerlo era importante porque una vez descubierto podría seguirlo y enterarse de algunos aspectos de su vida privada, pequeñas cosas personales que podrían resultar importantes a la hora de tomar alguna acción contra él. En sus manos estaba enterarlo que había sido descubierto, una carta por ejemplo, y luego ver cómo reaccionaba, quizás solo esta acción pudiera ser suficiente para que el tipo dejara de amenazar a su protegida. Debía tener paciencia, y a la vez ser muy cauto, nadie debía ni siquiera sospechar que estaba detrás de él, y menos el personaje en cuestión, incluso que no lo pudiera reconocer ni siquiera como vecino. Trabajar en la clandestinidad sería la base de su triunfo.

El día estaba soleado y era un placer a esa hora del día estar allí sentado, cuando el frío dejaba paso a la calidez de los rayos del sol. La decisión estaba tomada, no iría a la oficina, ya se había hecho demasiado tarde, esta vez se imponía la determinación de continuar con la investigación, no en vano se había convertido en espía. Ahora que ya tenía localizado el departamento debía pasar a la segunda fase, tal como lo había pensado, necesitaba reconocerlo, saber de quién se trataba. Desechada la idea de ir personalmente a tocar el timbre para tentar la suerte por si salía a atenderle, se le ocurrió que teniendo todo el día libre, desde donde estaba sentado podía vigilar el balcón todo el tiempo que fuera necesario, y si bien era un albur, existía la posibilidad que saliese al balcón y lo pudiera ver, y luego, una vez identificado, en cuanto tuviera oportunidad, seguirlo, como se lo había propuesto. En esas meditaciones estaba cuando cayó en la cuenta que le faltaban unos días para que se venciese el mes de alquiler, tendría que llamar a la propietaria para acordar el próximo pago. Se puso a pensar en la Paca y el asedio que había sufrido, y que él con maestría había sabido sortear, sin embargo tuvo que reconocer que tuvo sus momentos de debilidad, cuando ella empeñada como estaba le hacía carantoñas mientras le entornaba los ojos y le mandaba sendas indirectas que él supo interpretar perfectamente. Hasta se dio el lujo de pensar que cuando terminase «su trabajo» podría intentar alguna aventura con la Paca, ya que esta no le había desagradado, todo lo contrario, sus voluptuosas carnes lo habían llegado a excitar, lo recordaba muy bien, no dejaba de tener su atractivo, seguramente había sido una mujer hermosa en su juventud, y aunque ya rayaría los sesenta, aun conservaba sus encantos, que ella ahora sabía muy bien exhibir, con sus pinturas y sus labios rojo carmesí,

y sus escotes, y su manera de andar sensual, moviendo su culo grande hacia un lado y hacia el otro. Sin embargo todas estas tentaciones que lo ocuparon en su momento, quedaron relegados al olvido con la visión de *la señora*, cuando en su habitación se quitaba la ropa hasta desnudarse toda. Eso lo había hechizado obnubilando sus anteriores anhelos, porque ahora sus pensamientos estaban dirigidos a ella y solo a ella. Además seguía en pie la necesidad de que la guarida quedara libre de extraños, también de la Paca, y que pudieran ser descubiertas sus actividades de espía, con el peligro que ello entrañaba. Así estaba, en la terraza de la cafetería tomando el cálido sol de invierno en un extraño mediodía de trabajo, meditando sobre la Paca y las intenciones de esta de compartir algo más que un contrato de alquiler, mirando el periódico sin ver, cuando de pronto se dio cuenta que había distraído la vigilancia al balcón, inmediatamente dirigió su mirada, y de pronto lo vio, porque ahí estaba, o bien pensó que pudiera ser él, porque apoyado en la barandilla destacaba un personaje en bata blanca, de barba recortada, mucho pelo y algo despeinado, le pareció moreno de piel, ya pasado los cuarenta, y con un cigarrillo entre los dedos; se lo imaginó recién levantado de dormir, y sacó una primera conclusión rápida y a la ligera, porque, o trabajaba de noche y recién se levantaba, o era un noctámbulo que vivía del cuento, o vaya a saber uno de qué, y también recién se levantaba. No lo podía asegurar, pero quizás estaba ante el detestable *intruso*. Alzó el periódico hasta los ojos permitiéndole ver por encima, y se lo puso a estudiar, tratando de captar sus rasgos y cualquier otra característica que resaltase. Desde la posición desde donde él estaba, un poco de costado y a unos cuarenta metros de distancia, si bien la visión no era la más adecuada, bien podía sacar algunas conclusiones. La bata blanca del intruso atacada por el sol desatacaba de los grises del invierno, y era posible ver con cierta luminosidad las facciones de maleante que tenía el truhan. Pero poco más. Tenía que actuar, probablemente era el tipo que buscaba, no sabía cuántos y quiénes vivían en la morada, y no tenía una visión acabada de él, y necesitaba grabarlo en su mente para poder hacer un seguimiento sin dudas, sin incertidumbres. Rápidamente se levantó y pagó el café, cruzó la calle hacia el supermercado mientras con el rabillo del ojo no lo dejaba de escrutar, ahora que estaba en la entrada del super lo tenía más de frente, se plantó y disimuladamente se lo quedó mirando, no era difícil la simulación de mirar sin ser descubierto, porque aunque no le dirigía la mirada directamente, sus ojos estaban clavados en el personaje, conocía este trabajo cuando rondaba los buzones el día antes del atraco, cuando hacía las incursiones por el barrio y estudiaba el buzón: nunca lo miraba de frente,

pasaba frente a él con la cabeza dirigida hacia adelante, pero con los ojos fijos en el buzón, ya se había convertido en una costumbre eso de dirigir la cabeza a un sitio diferente a donde dirigía sus ojos, a veces desconcertaba a sus propios compañeros de trabajo, no lo podía negar, le hacía gracia esta particularidad, incluso una vez lo llegó a desconcertar al propio director, lo recordaba muy bien cuando aquella vez este le dijo:

—¿Me está escuchando Paulino?, es que ni siquiera sé si me está mirando...

—Disculpe Sr director, —le contestó aquella vez—. Ud. perdone, a veces aunque lo parezca, no lo es, —y se despachó con una sonrisa conciliadora.

Aunque aun de costado y a la misma distancia que antes, ahora lo tenía más de frente, giró por la acera hacia la otra esquina para pasar bien frente a él, al cruzar por la casa de su protegida lo tuvo casi de frente, volvió a las mismas artes que antes, sin enderezar la cabeza directamente al balcón sus ojos se clavaron en él: efectivamente la cara era de un truhan, no se había equivocado, achinaba los ojitos cuando clavaba la vista en algo, o cuando el humo del cigarrillo se deslizaba ante sus ojos, su piel era menos morena de la que había imaginado desde la cafetería, y la barba recortada, el pelo negro y los ojos del mismo color combinaban bien en esa cara mitad arrogante y mitad simpática, seductora. De estatura mediana y de compleción fuerte le dio unos cuarenta o cuarenta y tantos años, pero necesitaba una visión más directa, aunque fuera solo por un momento, para retenerlo en la retina y fotografiarlo en su mente, y fue un instante, pero el necesario para guardar la visión exacta del individuo, ahora sí, alzó la mirada, giró la cabeza y lo miró de frente, justo en ese momento el tipo no estaba atento, fue una suerte, porque no lo estaba mirando, y él quería seguir en el anonimato total, en la clandestinidad propia de los espías, pero ahora lo pudo ver bien, tenía todo el aspecto de un perfecto vividor, un parásito de tres al cuarto, no le cupo ninguna duda, tenía que ser él. Inmediatamente giró su cabeza hacia adelante y siguió andando, ya lo tenía calado, ahora solo tenía que corroborar que este tipo era el tal Román Argutti. Si tuviera el teléfono podría llamar y preguntar por él, si lo atendía no habría dudas. Primero miraría en la guía telefónica, por si aparecía. Por fortuna no habría muchos Argutti, no era un apellido común, luego estaba el presidente de la comunidad, con él ya había estado reunido y había congeniado, podría volver a él y pedirle el teléfono de todos los vecinos, estaba seguro que cedería a tal petición, aunque en el fondo preferiría no tener que insistir, y que nunca lo pudieran relacionar con alguna acción que pudiera tomar en el futuro contra el *intruso*. Mientras divagaba en estos

pensamientos inconscientemente había dado la vuelta a la manzana. De pronto se vio en la misma esquina del supermercado, miró al balcón y el tipo había desaparecido. Entró al super y compró una barra de pan. Subió a su departamento y se dispuso a comer algo, un súbito ataque de hambre le hizo olvidar por un momento los planes que estaba urdiendo. Abrió una cerveza y se hizo un sándwich. Al rato retomó sus pensamientos anteriores, porque ahora tocaba confirmar la identidad del vecino, y a medio comer se levantó y fue por la guía de teléfonos, como lo había pensado. Entre bocados y tragos de cerveza comenzó a buscar, la abrió en la A, y luego de un rato lo encontró, allí estaba, Argutti, Roman, calle R..., número 4, bloque B, 3.º piso A, teléfono: 7... Anotó el teléfono en un papel y lo dejó encima de la mesa. Era muy muy probable que el tipo con cara de truhan que había visto en el balcón fuera el tal Roman Argutti, pero aun no lo podía asegurar, no sabía en realidad quiénes vivían en el departamento. Volvió al sándwich y se trazó un plan. Volvería a la cafetería, volvería a vigilar desde la última mesa, como lo había hecho antes, estaría atento al balcón del intruso. Quizás pudiera descubrir con quién vivía, lo más probable una mujer, además casi descartaba que pudiera haber niños. Había algo más, con un poco de suerte esperaría verlo salir a la calle, existía la posibilidad que se dirigiese a la cafetería, y él estaría allí esperándolo, allí lo podría visionar en toda su inmensidad, tendría una idea de su fisonomía, además quizás pudiera adivinar con qué clase de tipo se tenía que enfrentar, valían los gestos, la mirada, sí, la mirada solía descubrir muchas cosas, pequeñas sutilezas que él sabía muy bien interpretar. Podría apreciar si el tipo era un arrogante, un soberbio, o por el contrario se trataba simplemente de un seductor, o ambas cosas, y que detrás de la mascarada de muchacho simpaticón se escondiera un verdadero delincuente, el abanico era amplio, no lo podía negar, pero él sabía de estas cosas, se tenía que emplear a fondo. En realidad esa esquina, con la cafetería en la punta, el supermercado enfrente, la plazoleta con las paradas de todos los buses que pasaban por allí, y los negocios de los dos bloques de edificios, habían conformado un microcentro en el barrio, donde la actividad comercial y el ajetreo excitaban los sentidos y donde más se concitaban las tertulias y los encuentros entre vecinos. Por eso Paulino pensaba que si el tipo salía a la calle se dirigiría a la única y bien ubicada cafetería de los alrededores. Permaneció sentado sin dejar de observar, siempre con el rabillo del ojo, el balcón ahora vacío. De pronto un movimiento le llamó la atención, se abrió una puerta y apareció una mujer, la veía de costado, casi de refilón, como la vez anterior con el truhan, pero pudo adivinar sus formas, se trataba de una

mujer joven, más joven que *el intruso*, una vaporosa cabellera negra le llegaba hasta los hombros, ahora dirigió su mirada hacia la cafetería, Paulino se cubrió el rostro con el periódico y observó por encima, la veía de frente, el rostro ovalado enmarcaba unas facciones bonitas, aunque la distancia no le permitía reparar en pequeños detalles, sí pudo observar que se trataba de una hermosa mujer, no pasó mucho tiempo que volvió a entrar y cerrar la puerta. ¿Sería su pareja, o una amiga, o su compinche?, vaya uno a saber, ¿viviría allí con él o estaría de visita?, no podía imaginar otras cosas. Y aunque convencido que el tipo que había visto antes era el Román Argutti, lo tenía que confirmar. Se le ocurrió la siguiente idea: tenía el teléfono del departamento, cuando lo viera bajar —si es que en algún momento bajaba a la cafetería— llamaría por teléfono a su departamento y preguntaría por él, esperaría la respuesta. La idea era buena, no lo podía negar, se estaba comportando como un verdadero espía, o un verdadero detective, a veces dudaba, porque se le mezclaban los roles, y al final no sabía muy bien a que jugaba. Ahora le quedaba esperar allí sentado, haciendo que leía el periódico mientras bebía un café tras otro, como si estuviera de guardia, hasta verlo aparecer. Era temprano aun, y tenía toda la tarde por delante, aunque tampoco podría obstinarse en la mesa porque despertaría sospechas.

Cuando pasaron dos horas se levantó, pagó la consumición y se dirigió a su departamento. Cuando entró lo primero que hizo fue instalarse en su balcón. Se llevó una cerveza y se dispuso a esperar, haría la vigilancia desde allí. A eso de las seis el sol comenzó a apagarse sigilosamente, la temperatura bajó abruptamente, y en esas estaba, comenzando a calarse de frío, cuando de pronto lo vio salir del edificio, era él, no había duda, la misma barba recortada, el mismo pelo negro suelto ahora echado hacia atrás, la misma mirada de tramposo seductor. En el momento se echó hacia atrás, para que no lo viera, luego se asomó con mucha cautela y lo vio pasar por debajo, sin duda iba a la cafetería, ahora ya de espalda lo observó con detenimiento, y fue como una sacudida, porque sin estar completamente seguro que se trataba de su personaje, sintió hacia él un profundo odio, no soportaba el andar presumido que llevaba, la cabeza alta, la barbilla apuntando adelante, los movimientos de sus manos cuando se echaba el pelo hacia atrás. Lo odiaba de manera rotunda, era un ser despreciable, no lo soportaba. Vestía una chaqueta azul sobre una camisa blanca, lo supo bien por los puños y el cuello sin corbata que le sobresalían, luego unos pantalones grises, y encima un elegante abrigo de cachemir. Vestía como un señor. «No de tu bolsillo, sinvergüenza», se animó a decir en voz baja, mientras lo vio entrar en la cafetería.



Inmediatamente entró y se fue hasta el teléfono, se fijó en el papel con el número que ya había anotado y llamó:

—¿Hola?, —sonó del otro lado una voz melosa.

—Sí, me podría poner con Román, Román Argutti

—¿Quién le habla?

—Bueno, yo soy un compañero del colegio, de hace muchos años, era para saludarlo, porque me fui de la ciudad y voy a estar por acá unos días, me llamo Carlos.

—¡Ay!, ¡Acaba de salir! ¿Por qué no prueba más tarde?

—Bueno, si me da tiempo lo llamo, no tiene importancia, era solo para saludarlo, después de tantos años, el tiempo pasa volando, estoy acá y parece que no hubieran pasado los años, bueno, encantado de hablar con Ud.

—Encantado, le voy a decir que Ud. llamó.

—Muy bien, hasta luego.

Ya lo tenía. Era él. Bajaría a la cafetería. Quería observarlo con más detenimiento, tener una idea clara de sus facciones y sus gestos, tenía que bajar y sentarse en algún sitio desde donde lo pudiera ver claramente pero de manera disimulada, sin llamar la atención. Se calzó un abrigo y bajó a la cafetería. El frío había despoblado la terraza. Apenas entró lo vio. Estaba en una mesa con dos más, a los que se les notaba la baja calaña que tenían, no por las vestiduras, porque eran de su mismo estilo, sino por las propias facciones, por las formas, las maneras de discurrir, de hablar con las manos, moviéndolas con aspaviento, los tres fumaban, y los tres bebían, pensó que era whisky. Se sentó en el lateral de la barra, desde allí los podía ver con claridad sin ser visto. El tipo movía las manos aparatosamente mientras hablaba, dándose aires de sabelotodo, de tipo enterado, los otros dos escuchaban, a veces lo interpelaban, también con las manos, mientras uno de ellos, uno de pelo rubio, asentía con la cabeza, el otro le daba la espalda y no podía ver sus facciones, y tampoco si articulaba palabra. Como lo tenía bien de frente lo podía ver bien. Hubiera querido fotografiarlo, no ya por la necesidad de tener una foto suya, sino por el placer que le dispensaba tener su foto, y poder archivarla junto a las de su protegida, digamos que completaría un álbum, y escribiría una historia, una historia real y documentada, sería algo así como una obra de arte del espionaje, la obra de arte más consumada de todas las que había llevado a la práctica; y aunque estaba totalmente abstraído con estos pensamientos, sabía que no podía llevarlos a cabo, para su desgracia era una estupidez, un simple sueño, de todos modos no necesitaba ninguna fotografía, lo tenía grabado en su mente, ya nunca más olvidaría su rostro.

Ensimismado como estaba comenzó a hacer una recopilación de lo que había sido la investigación en la que estaba inmerso: había llegado a descubrir al que escribió esa primera carta que lo había dejado pasmado, aquella primera vez que saqueó el buzón de Margarita Bassand, lo recordaba muy bien. En realidad se sentía orgulloso del trabajo bien hecho, con tanta paciencia y perseverancia, y por qué no decirlo, también con mucha astucia e inteligencia. Reforzado en su autoestima, de pronto sintió unas ansias incontenibles de obtener una fotografía suya, era algo así como una forma de burlarse de él y de desprecio hacia ser tan ruin. Se puso a pensar: la máquina llevaba zoom, y apostado por ejemplo en la plazoleta, sentado en uno de sus cómodos bancos, desde lejos, con suficiente luz, y mucho disimulo, podría tirarle un par de fotos, solo tenía que coincidir que él bajara a la cafetería, y cuando lo viese aparecer, clack, clack, un par de disparos, una de la cara solamente, y la otra, alejando un poco el zoom, de cuerpo entero. En ese momento, entusiasmado por este nuevo cometido que se había impuesto se sintió reconfortado. Ahora se pediría un café y luego se marcharía a su departamento, por hoy era suficiente.

# DIECIOCHO

---

Cuando subió encendió la radio y se puso a cocinar. Si bien no era un amante de la cocina, sí era cierto que era una actividad que lo distraía y lo relajaba, y él estaba pasando por uno de esos momentos de gran excitación nerviosa. La cabeza le bullía sin parar y necesitaba parar un poco. Trató de concentrarse en la comida que estaba preparando, y también en las noticias de la radio. Quería liberar su mente del hervidero que tenía pero le resultaba imposible. Pese al frío reinante salió al balcón y dirigió la mirada a la cafetería, las luces seguían encendidas, pero nadie había en la terraza, de pronto se abrió la puerta y vio salir al petimetre con sus dos amigos, también vio salir del edificio de al lado a su mujer, o su novia, o su amante, él no lo sabía, pero poco importaba, y se dirigió a la esquina a encontrarse con los otros, allí se reunió con el grupo, se acoplaron dos mujeres más, se irían de copas, «y no era fin de semana», se sorprendió Paulino. Desde donde estaba los veía de refilón, pero las luces les daban de lleno, y desde su distancia pudo ver sus facciones y cómo los hombres seguían discutiendo, o simplemente hablando de esa manera, moviendo las manos y gesticulando más de la cuenta. En un momento se dieron la vuelta y se dirigieron todos en la dirección opuesta, giraron la ochava y los perdió de vista. «Noctámbulos empedernidos, amigos de la noche, enemigos del trabajo», pensó Paulino, que apostaba que el tipo era un mal bicho. «¿Y si estos fueran los vecinos que él cada noche oía cuando entraban al edificio?». Se quedó pensando, pero bien podría tratarse de ellos. De todos modos poco cambiaba la cosa. Se volvió a meter en la sala porque el frío apretaba y necesitaba descansar, mañana tocaba oficina, y no podía faltar. Se sentó en el sofá. Los acontecimientos lo sobrepasaban. Desechó encender la televisión y se puso a pensar, estaba en un momento crucial de la investigación, ahora era el momento de obrar con sentido común, tenía que planificar cada movimiento y que nada quedara librado al azar. Por un lado estaba descontento que debía seguir buzoneando, había que tener en cuenta que según la última carta que había interceptado, solo se podía prever que la próxima sería verdaderamente la última, porque sería la decisiva, el ultimátum, la que pondría entre las cuerdas a su protegida y la conminaría seguramente a pagar una cantidad de dinero a cambio de «eso», que él no sabía, pero que estaba seguro que existía y que se trataba de una extorsión. Buscó esa última carta que él había interceptado y volvió a leer

el párrafo que él consideraba vital: «... porque sé cosas de Ud. que se arrepentirá para siempre si decide acudir a la policía con estas cartas, pero todo tiene arreglo, luego veremos las condiciones de su salvación, porque las habrá, siempre y cuando cumpla estrictamente con lo que más adelante, en la próxima carta, le ordenaré». «¿Qué cosas sabrá de ella para urdir un chantaje?». Estaba muy claro que si el maldito Román Argutti había llegado tan lejos ya no se detendría, solo cabía esperar. Por otro lado, se le había metido en la cabeza fotografiarlo, y pensó lo siguiente: desmontaría la cámara del trípode y se la llevaría con él, la metería en un bolso del cual podría sacarla con facilidad y luego, tal como lo había pensado, desde un banco de la plazoleta, y con el zoom, cuando lo viera le echaría unas fotos. Aunque no necesarias para llevar cabo el plan de impedir el chantaje, fotografiarlo se había convertido en una obsesión, otra extravagancia más, le entusiasmaba la idea de plasmarlo en una foto, era algo así como de alguna manera violar su intimidad, y esto, solo esto, le causaba placer. Y luego archivarlas, y tal vez, como lo había pensado antes, luego escribir una verdadera historia documentada. Por otra parte en su plan entraba el seguimiento que debía hacerle, para conocer los lugares que solía frecuentar y con qué personajes alternaba. Había otra cuestión, quizás la más importante de la investigación en la que estaba metido: ¿Cómo neutralizar la amenaza a la que iba a ser objeto su protegida? Anteriormente había pensado que para contrarrestar dicha amenaza, la forma de defenderla y espantarlo de sus intenciones, era amenazarlo a él, una carta de tal calibre como para que el tipo pudiese sentir que le pudiera ir la vida en ello, incluso amenazarlo de muerte si fuera necesario, debía ser una misiva que conllevara una advertencia lo suficientemente intimidatoria como para que renunciase a todo tipo de extorsión a su protegida. Podría exigirle que se fuera del barrio, incluso de la ciudad. ¿Pero una carta de este calibre, haría que el personaje, realmente se lo tomara en serio y se amedrentase de tal manera que renunciara a continuar? En realidad, el solo hecho de recibir una misiva que le indique que había sido descubierto, solo esa cuestión, debería atemorizarlo, mas, no estaba del todo convencido. Su carta debía ser lo suficientemente intimidatoria, sí. Debía horrorizarlo, hacerlo morir de miedo. ¿Pero cómo? ¿Y si no fuera suficiente? ¿Quién le garantizaba que el tipo huyera, saliese disparado y renunciase a todo? Es más, después de conocerlo, arrogante, soberbio, con pinta de mafioso, no creía que se amedrentase por una misiva por más amenazante que fuera. De pronto se le ocurrió una idea que comenzó a tomar cuerpo. Los mafiosos, se dijo, cuando amenazan a alguien, lo hacen de una manera muy

especial, lo había visto en las películas también. ¿Y si comprara en el mercado una cabeza de cerdo por ejemplo, y se la enviara con la carta? ¡Eso sí lo aterraría! Y aunque tampoco garantizaba el éxito de la empresa, era lo más que podía hacer. Y aferrado a esa idea le subieron los ánimos. Se dijo que respecto al seguimiento no lo iba a desatender, en cuanto lo viera dirigirse a algún sitio lo seguiría. Luego estaba lo de la Paca, no era un asunto menor, tenía que pagarle el alquiler, no la quería ver por el barrio, y menos por el departamento, mañana tomaría cartas en el asunto, la llamaría por teléfono y arreglaría con ella, pasaría por su casa y allí le pagaría. Ya tenía un bosquejo claro de los próximos pasos a dar, no había duda que estaba haciendo las cosas bien. Ahora se metería en la cama, tenía que descansar. Esta noche no se regodearía con *su señora*, eso lo excitaba, y luego no dormía bien, y esta vez estaba cansado, el día había sido agotador. Puso el despertador a las seis y media, y aturdido como estaba, se dio la vuelta y se durmió.

Cuando al otro día a las seis y media sonó el despertador tuvo la misma sensación que lo había acompañado desde que se había instalado en su guarida: no reconocía el lugar, eran unos segundos de sorpresa, hasta que la realidad lo devolvía al mundo real, y entonces se quedaba un rato estirado en la cama, la vista al techo, recopilando datos, y programando el día que comenzaba. Y ese día una cierta ansiedad y un primer sabor amargo se despertaron con él. Se tenía que levantar y buzonear, como cada día, y tomó consciencia que cada día que pasaba se acercaba cada vez más el día de la verdad, el día de la última carta. Se vistió de chándal y se puso unas zapatillas, encima la chaqueta donde enfundaba la letal, se miró al espejo, y así vestido como estaba y todo despeinado con los cuatro pelos que le quedaban y su aspecto fofo y desaliñado, parecía un payaso. Pero aun era de noche, y nadie repararía en él. O eso pensaba. Para su suerte, cuando metió la letal en el buzón no había nada, porque le aterraba el momento en que viera la carta decisiva. Pronto amanecería, y por la calle y la plazoleta comenzaría a transitar la gente. Subió a su departamento y se fue a la ventana. Miró entre las lamas y en la casa todo era quietud. La noche anterior no había querido gozar del espectáculo del que cada noche era espectador. Se metió en la ducha y después se preparó un café. Lo hizo bien fuerte, lo necesitaba. A las ocho volvió a la ventana y la vio salir, la siguió con su mirada hasta la parada del bus, después la vio partir. Esa mañana se había levantado desanimado. Un dejo de tristeza lo había impregnado todo, y veía el futuro negro y sin horizontes. Eran muchas las cosas que debía resolver. Ir al trabajo en esas condiciones le producía agobio. Estaba ansioso y angustiado. Cuando estaba

presto para salir hizo una arcada. Cerró con llave y ya en la calle se fue al otro extremo de la plazoleta, donde dejaba el auto. Al llegar a la oficina, tal como lo hacía últimamente, se encerró en su despacho. Antes de eso sus compañeros lo vieron entrar con mala cara, y no era teatro, ese que él había imaginado el día anterior cuando había pensado en volver a media mañana. Arrastrado por el desánimo tuvo que contestar una serie de correspondencias que se le habían acumulado, estuvo ordenando el fichero de los clientes y el director lo llamó a su despacho. Había algunos pedidos pendientes y estaba prevista una reunión con el delegado de una empresa, y el director, como siempre hacía, delegaba en Paulino estos primeros contactos. Mientras le hablaba iba tomando nota, simulando una atención que no tenía, porque como siempre le ocurría, estaba en otro mundo. Sin embargo poco a poco fue mejorando el ánimo. Volver a la rutina, la charla con el director, volver a ver a sus subestimados compañeros, lo necesitaba.

Cuando volvió a su despacho llamó a la Paca, tenía que arreglar el tema del alquiler, debía mantener el prestigio ganado, de hombre responsable, al discar el número un ligero cosquilleo le revoloteó el estómago.

—¿Hola? ¿Quién habla?, —contestó la Paca con voz melosa.

—Hola Sra. Paca, soy yo, su inquilino, del segundo A, —dijo intentando dar a su voz un tono alegre.

—¡Ay Paulino! ¡No me diga Ud. Sra. Paca! ¡Me hace tan mayor! ¡Y yo que pienso que aun soy como una colegiala en busca de mi príncipe azul! ¡Jajaja!!!

Paulino, alarmado por lo que escuchaba, no sabía qué contestar, pero se sonrió, y escucharla tan alegre y desenfadada le cambió el espíritu:

—Bueno... Paca... puede que tenga razón, a veces soy demasiado, digamos... formal, no es la única persona que me lo dice, pero la llamo porque se cumple el mes y tengo que pagarle, si quiere nos vemos, donde Ud. diga, cerca de su casa si le parece bien, y le pago.

—¡Ay Paulino! Sin ninguna molestia yo puedo pasar por el departamento cuando Ud. me lo diga, tenga en cuenta que siendo viuda y jubilada tengo todo el tiempo del mundo, yo si..., —fue en ese momento cuando Paulino la interrumpió porque no podía permitirle la entrada al departamento, con el peligro que ello conllevaba.

—Sabe qué pasa, con mi trabajo en la orden religiosa no tengo horario, a veces llego muy tarde, es imposible decirle un día y una hora exacta, para mí sería preferible si Ud. me dice que días le vienen bien, y yo en todo caso me

paso por su casa, mejor si es por la tarde porque por la mañana estoy todo el día de un lado para el otro.

—Bueno Paulino, ya ve que yo lo trato directamente, sin rodeos, no le estoy diciendo Sr. de acá Sr. de allá como hace Ud., por mí puede pasar cualquier tarde, mire, le doy la dirección de mi casa por si no la tiene a mano, pero en el contrato que firmamos figura..., —y mientras decía todo esto, sentada en el sofá de su casa como estaba, se contorneaba toda, porque ella tenía esa costumbre, con su cuerpo iba siguiendo el contorno de su voz.

—Sí Paca, yo tengo su dirección, cuando apunté el teléfono también anoté la dirección.

—Bueno Pauli, ¿no se enfada si le digo Pauli?, ¿es que Pauli me cae tan bien!, —le dijo subiendo y bajando el tono, hasta tal punto que a Paulino le comenzó a resultar lasciva la manera de contestar, por esa razón no solo le levantó el ánimo sino que comenzó a sentir cosquillas ahora en la zona pública, él ya conocía esos síntomas.

—¡No Paca, por favor!, ¡qué me va a enfadar!, ¡al contrario, me agrada que me llame así!, —Pauli le llamaban solo sus «chicas», y detestaba que ahora la Paca les haya usurpado el nombre, pero qué iba a hacer, no podía hacer nada, además la Paca, con sus subidas y bajadas de tono cada vez que hablaba lo iba entusiasmando cada vez más, digamos que podía decir sin temor a equivocarse que se sentía atraído por la Paca del culo gordo.

—Bueno Pauli, entonces si quiere puede pasar esta tarde, o mañana, a eso de las siete es una buena hora, ¿le parece bien?. ¿No será tarde para Ud. Pauli?

Si bien la Paca no le desagradaba y podría echarse una canita al aire, eso pensaba, en estos momentos no estaba para estas cosas, tenía su mente ocupada en otros derroteros, la investigación que tenía en marcha le ocupaba todos sus pensamientos, por tal motivo había desechado cualquier tipo de acción con la Paca, su casera, por lo menos por el momento, aunque no podía descartarla para más adelante, cuando su trabajo estuviese concluido y su mente más despejada.

—Muy bien Paca, esta tarde a las siete intento pasar por su casa, — terminó por remarcar.

Se quedó pensando que en otras circunstancias compraría un buen vino y esa noche lo llevaría, pero su condición de espía y con la investigación en un punto álgido le hacían rechazar esa posibilidad, y él necesitaba estar totalmente dedicado a su causa, y que nada lo pudiera distraer; además esta circunstancia que lo mantenía en vilo, le provocaba una ansiedad que no le

permitía implicarse plenamente como a él le hubiera gustado corresponder, no en vano ni siquiera el trabajo atendía como correspondía, bien podría decirse que no estaba en las mejores condiciones para atender las solicitudes de la Paca. Era extraño lo que le sucedía, porque era de las pocas veces que alguien departía con él como lo hacía la Paca, porque a él no se le daban habitualmente estas facilidades, facilidades que solo encontraba en las casas de citas donde él, pagando, alternaba con las chicas. Esa tarde debía ser más precavido que nunca, porque aunque no se iba a dejar atrapar, tampoco la podía desairar, eso malograría la relación, y eso tampoco le convenía. Mantener la ilusión sin caer en ninguna trampa, eso debía hacer, por otra parte, cuando todo pasara, y él pudiera «normalizar» su vida, no le disgustaría tener algún encuentro libertino con su casera, ¿por qué no?

Cuando se hicieron las seis de la tarde se comenzó a vestir, quería ir punta en blanco para no desengañarla. Tenía unos sentimientos encontrados, porque por un lado debía seguir dando el aspecto de señor serio y respetable, había que recordar que para ella él trabajaba para una orden religiosa, pero por otro mientras se iba vistiendo notaba ese cosquilleo que le decía que no todo lo hacía para aparentar las formas, sino que en el fondo quería presentarse ante ella bien acicalado y mejor vestido, porque en el fondo quería mostrarse atractivo. Estrenó zapatos y se puso la mejor camisa, —tampoco tenía muchas—, buscó un cinturón acorde con los zapatos, y una corbata roja que sabía que le sentaba bien. Se calzó la chaqueta azul y salió hacia lo de la Paca. Esta vivía en un barrio rico de la ciudad, y cuando ubicó el edificio vio que se trataba de una construcción moderna y de muy buen gusto. El portero, que vestía uniforme azul con galones en los hombros, le indicó el ascensor. Cuando la Paca le abrió la puerta quedó sorprendido, porque no esperaba verla tan bien arreglada, ligeramente impúdica, con un escote que ya conocía de antes, y bien maquillada y perfumada, esperándolo, precisamente a él.

Lo hizo pasar y de inmediato advirtió un agradable aroma que impregnaba la casa. La sala, respetablemente espaciosa, terminaba en un gran ventanal que daba a la calle, allí un formidable sofá era el colofón de un piso casi de lujo, otros dos sillones y una mesita baja en el medio, le daban al ambiente una calidez que hacía juego con el fondo musical que con mucha suavidad le llegaba a sus oídos. Era evidente que se trataba de una mujer pudiente que se podía permitir este tipo de vida.

—Venga, siéntese acá, —y se lo llevó al sofá, donde lo invitó a sentarse, a menos de un metro de ella, y entonces continuó—, ¿le gusta mi piso?, me lo



dejó mi marido cuando enviudé, hace ya más de diez años, él era militar sabe, y una buena persona.

—Me encanta, la sala es grande, espaciosa, y tiene elegancia, la felicito Paca, tiene muy buen gusto, bueno, ya lo suponía, porque el departamento que le estoy alquilando también está decorado con estilo, como es Ud. Paca, una mujer de estilo.

—¡Ay qué gracia me hace! Cuénteme Paulino, qué hace Ud. en la orden religiosa, ¿es Ud. de estos curas que van de civil?, ¿o trabaja solo para ellos?, es que me tiene intrigada.

—Bueno, no, no soy cura, no soy religioso, aunque todo hay que decirlo, para trabajar con ellos hay que seguir sus preceptos, y en ese caso, yo tengo que decir, que los sigo.

—¿Y qué quiere decir que los sigue?, me sigue intrigando, —le dijo esta vez sí con voz más melosa aun.

—Bueno, tenemos unas normas de vida que intentamos cumplir, Ud. sabe como son las órdenes religiosas.

Lo sorprendente era que Paulino cuando se sacó de la galera esto de que trabajaba para una «orden religiosa» lo había hecho casi sin pensar, solo para escurrir el bulto en ese momento y verse libre en el departamento que acababa de alquilar, pero en el fondo era una persona atea y no sabía nada de órdenes religiosas, si ahora ella le preguntara «para que orden religiosa trabajaba» no sabría qué contestar, él, que era un tipo culto porque leía mucho, era incapaz de dar alguna respuesta a esa pregunta, desconocía todo acerca de las «órdenes religiosas», aunque como siempre hacía se podía inventar una, y en eso se puso a pensar cuando entrevió que le podía caer la pregunta, «ya sé, se dijo, “De los santos peregrinos”, es un buen nombre, y le diré que tiene la sede central en Bélgica por ejemplo, ¡que la vaya a buscar!».

—¿Y para que orden religiosa trabaja?, si se puede saber.

—¡Ah sí! Es la orden «De los santos peregrinos», tiene la central en Bélgica, aquí no se la conoce mucho, pero es muy conocida allá, y ahora está en una fase de expansión, y de ahí el trabajo que me han encargado, —replicó con rotundidad Paulino, que ya estaba pensando en arreglar el tema del alquiler e irse.

—¡Ay! ¡No conozco esa orden! Pero no importa, lo importante es que Ud. no es cura, imagínese, ¡qué aburrimiento!

—¡Je je! No, no soy cura, pero trabajo para ellos, son buena gente, créame, siempre están buscando el bien de los demás, —aquí Paulino se mostraba tremendamente hipócrita, porque no solo no creía en lo que estaba diciendo

sino que se mostraba contrario a ese pensamiento, no hay que olvidar que Paulino era ateo.

—¿Qué quiere tomar Pauli?, dígame lo que quiera, ¿un vermut?, ¿quiere un whisky?, yo no sé sus debilidades, ¡jaja!, me refiero a sus debilidades alcohólicas, si las tiene, porque lo conozco tan poco... —esto lo dijo con un nuevo contorno y con una bajada de ojos de lo más insinuante.

—Sí... un whisky, con hielo si puede ser, —le contestó jugado.

Paulino veía que la cita tendía a alargarse más de la cuenta, y si bien él, en el fondo, hubiera querido entrar en el juego, —la Paca definitivamente le atraía—, estaba en esos momentos que necesitaba dedicarse al cien por ciento a su labor de espía, había que tener en cuenta que el trabajo en la fábrica de dulces y mermeladas le consumía gran parte de su tiempo, y no podía agregar este nuevo divertimento que le proponía la Paca y descuidar lo que para él constituía el principal motivo de su labor: neutralizar *al intruso*, a Román Argutti, su particular archienemigo. Pero tampoco la podía rechazar, porque sería un desplante y una descortesía, y además porque en el fondo se sentía complacido por el trato que le dedicaba la Paca, quizás esta era la primera vez en su vida que era objeto del deseo de alguien, y esto calaba hondo en su ego. Se planteó que esta visita debía ser una promesa para más adelante, es así como debía, llegado el momento, al despedirse de ella, infundirle esperanzas, con el compromiso que no todo quedaría así, y que en el futuro todo cambiaría. En su fuero interno Paulino tenía un lio en la cabeza, era la primera vez que le ocurría, ya que sus lazos con el sexo opuesto siempre habían pasado por las visitas a las casas de citas, donde, siempre pagando, mantenía relaciones. Pero esta vez no solo la Paca ocupaba un lugar en su mente, *la señora*, su protegida, desde el momento que la vio desnuda desde la ventana de su guarida, ocupaba también un sitio preferente en sus pensamientos. Aquí la cuestión se dirimía de manera diferente, porque en el caso de la Paca esta se insinuaba sin remilgos, mientras que en el caso de *la señora*, esta otra no tenía ni idea de su existencia. *La señora* se había constituido en su deseo oculto por obra y gracia de su loca mente, luego su desnudez lo marcó definitivamente, no en vano llevaba siempre en sus bolsillos los desnudos más eróticos que había conseguido sacarle con su cámara de fotográfica.

—Aquí tiene Pauli... —y le alargó en un elegante vaso de cristal de Bohemia una buena ración de whisky on the rock, mientras haciéndose la gata le bajaba los ojos.

Se volvió a sentar a su lado mientras levantaba la rodilla y la apoyaba en el sofá, en una posición de costado, un tanto incómoda seguramente, pero que tenía como finalidad mostrar el trozo de carne y excitarlo, era evidente, y Paulino no era de hierro, no podía caer en la trampa, pero el cosquilleo en el pubis se hizo esta vez muy intenso, y notó claramente un envaramiento. Si aceptaba el envite la iba a tener en el departamento cada día, y él en estos momentos no podía permitírselo, tan avanzada la investigación como estaba, y ella en medio perturbándolo todo e interrumpiendo su trabajo. Tuvo que tener mucha fuerza de voluntad porque le resultaba difícil escapar del asedio al se encontraba sometido, tan encaprichada que estaba ella. En un momento se levantó y le dijo con una voz que no admitía réplica:

—Mire Paca, me tengo que ir, a las ocho tengo una reunión muy importante a la que no puedo faltar, lamento tener que marcharme, porque Paca, a mi me gustaría que nosotros continuáramos nuestra plática, y además, no lo puedo negar, Ud. me resulta una mujer muy agradable, no sé, su forma de ser, tan amiga de la alegría y tan jovial. Mire, este es un mes que requiere de mí estar mucho tiempo pendiente de mi trabajo, pero luego me agradecería muchísimo, —acentuó como corresponde el «muchísimo», como para que no quedaran dudas—, volver a encontrarnos, y quiero que sepa que la quiero invitar a cenar.

—¡Ay Pauli! ¡Qué pena que se tiene que ir! Pero bueno, las obligaciones están primero, yo lo entiendo, vamos a hacer los papeles, le doy el recibo y Ud. me paga, bueno, espere un momento que tengo el recibo en el escritorio.

Y la Paca se levantó, cruzó la sala, y mientras le daba la espalda e iba a buscar el recibo se quedó mirando su culo, ahora ya no le parecía tan grande, todo lo contrario, porque las atrevidas nalgas al moverse al compás de sus pasos las encontró con un cierto atractivo, a sus años, paso firme, mirada altiva, fémina como ninguna, ganándole a la vida, con una pasión por vivir que la desbordaba. Cuando volvió con el recibo él sacó el dinero que llevaba preparado y se lo entregó. Le revoloteó los ojos cuando le dijo casi en un susurro:

—Aquí tiene el recibo Paulino, y no se olvide que las promesas están para ser cumplidas.

Al salir del edificio Paulino se sintió libre para continuar con el plan que tenía previsto: primero, el seguimiento al *intruso*, después, no sabía muy bien cómo, desactivar la amenaza de extorsión; sin embargo, la sensación de libertad tras forzar la salida del piso de su casera, se enfrentaba a otra

emoción distinta, no haber sabido complacer a su par, que lo había esperado preparada para el encuentro, como se había preparado él mismo, cuando antes de salir se había acicalado y prestado atención a su propio aspecto, y ella igual, muy bien arreglada, obsequiándole su mejor figura. Con esos pensamientos estaba cuando llegó con el auto a la plazoleta. Lo estacionó donde siempre y se fue a la cafetería. Siendo la hora que era y con el frío calándole los huesos se metió dentro, y cómo no, allí estaba él, como la noche anterior, con su mujer y los dos truhanes acompañados de sus parejas. No estuvieron mucho tiempo y salieron y dirigieron sus pasos, como la noche anterior, hacia el centro de la ciudad. Desechó seguirlos, las calles vacías lo delatarían, y prefería seguir en el anonimato.

Por lo que había visto se trataba de un tipo de cuidado; joven, arrogante, insolente por compostura, era fácil verlo, además, fornido, recio en su figura, un gallito, un chulo de cuidado, un fanfarrón, tenía todo el aspecto de ser un sujeto que no se dejaría amilanar por cualquier cosa que se pusiera en su camino, y que estaría dispuesto a todo por conseguir su objetivo. Se puso a pensar que el plan que él había urdido, de enviarle una cabeza de cerdo con la carta amenazante para amedrentarlo y hacerlo renunciar a su propósito, quizás no fuera eficaz, es más, viéndolo ahora y como se comportaba, un prepotente a todas luces, lo veía capaz de todo. Ese pensamiento lo alarmó, porque llegado el momento, la única arma que él tenía preparada, esa famosa carta con la cabeza de cerdo en una caja, que al principio pensó que podría ser persuasiva, se le vino abajo como un castillo de naipes, porque de pronto tuvo la imagen de un tipo enrabiado dispuesto a todo a fin de descubrir quién había osado enviarle tal misiva, un tipo que podía constituir un peligro para él mismo; él, tan enclenque, tan débil, tan incapaz de enfrentarse a situaciones como estas. Se quedó preocupado, porque si bien aun no había llegado el momento de actuar, —la extorsión aun no se había consumado—, la última carta estaba al caer, y él no tenía realmente resuelto cómo desactivar, anular, neutralizar, al maldito *intruso*. Es más, comenzaba a verlo como una amenaza para su propia integridad. ¿Cómo proteger a *la señora* de este delincuente, y salvarse él?

Subió a su departamento con la preocupación a cuestas. Así y todo debía continuar con el plan. Rechazado el seguimiento durante la noche por inviable, lo vigilaría por las tardes desde su balcón, y luego, si no se detenía en la cafetería y seguía de largo lo seguiría. Estaba desorientado, no sabía qué hacer, se acercaba el día final y no tenía resuelto cómo parar al maldito *intruso*, al truhan, al indeseable criminal. En un momento pensó en comprar

un arma. Después volvió a pensar que estaba loco. No solo estaba desorientado sino que esta situación lo angustiaba enormemente. Comió algo y se acostó. Le costó conciliar el sueño y lo poco que durmió lo hizo a sobresaltos. A una hora de la noche sintió voces en la calle y se despertó, se levantó, salió al balcón y miró, ahora sí, eran el truhan y su mujer, venían riendo y hablando, sus voces se notaban alegres, quizás con unas copas de más. Entonces los vecinos que cada noche a la misma la hora llegaban al edificio cuando él comenzó la vigilancia eran ellos. Ahora lo podía confirmar. Eran las cuatro. Se volvió a acostar, y así estuvo, dando vueltas en la cama, hasta que a las seis y media sonó el despertador. Tenía que bajar a buzonear. Ansioso bajó con la letal, las calles estaban vacías, sacó un par de folletos y un recibo del agua. Volvió a meter todo al buzón y subió a su piso.

Así pasaron dos días más, y la carta, la esperada carta, seguía sin aparecer. La ansiedad lo seguía carcomiendo por dentro. Había asumido un cometido, el de proteger, como si de un justiciero se tratara, a una mujer amenazada, pero ahora no sabía cómo ejercer esta acción. En un momento se sintió culpable, por haber aceptado un reto que ahora era incapaz de contestar. Concluyó que ser espía era algo más que espiar. La última carta amenazante decía que «*sabía cosas de ella que se arrepentiría para siempre si acudía a la Policía*». Eso dejaba en el aire el quid de la cuestión, porque no sabía a qué se refería el delincuente. Pero eso era lo de menos, porque fuera lo que fuere, luego, qué podía hacer él. Ese día pudo constatar que el truhan con su mujer salían cada noche, y el sueño ligero que llevaba le permitía escucharlos cuando llegaban de la jarana, y siempre más o menos a la misma hora, aunque nunca antes de las cuatro. Luego, conciliar el sueño nuevamente le resultaba casi imposible. Por eso cada día iba a la oficina mal dormido, demacrado, hasta el director un día le preguntó por su salud.

—Ud. Paulino, de la última enfermedad, no quedó bien curado, — le había dicho con cierto tono de reproche—, este fin de semana descanse, hágame caso.

El sábado se la pasó en el balcón, a la pesca del truhan. El día estaba apacible, y para su suerte brillaba el sol. Al mediodía lo vio salir a su balcón, como la otra vez, con la bata blanca y fumando un cigarrillo. Se echó hacia adentro para que no lo viera. La consigna era que no reparara en él, no debía tener noción de su existencia. Si por la tarde saliese lo seguiría. Comió algo rápido que tenía en la nevera y se vistió para partir. Quería estar preparado por si el tipo salía y no paraba en la cafetería y seguía de largo. En ese caso entraría en acción. Se puso en guardia desde el balcón. Por la tarde a eso de

las tres lo vio aparecer saliendo del edificio, se echó hacia atrás y lo vio dirigirse a la cafetería. Desde su posición podía ver la terraza, era la tarde, y aunque el noticiero había anunciado borrasca, ahora resplandecía el sol, y algunas mesas estaban ocupadas. El maleante pasó por delante y dobló a la derecha. De pronto lo perdió de vista. Bajó inmediatamente y se puso tras sus pasos. Era la ocasión que esperaba, no la podía desaprovechar. La distancia era prudente, no debía notar que lo estaba siguiendo. El tipo cruzó a la plazoleta y la recorrió hasta el final, desde su balcón él no tenía la visión de esta parte de la plaza. A poco de caminar lo vio detenerse frente a un auto, se fijó bien, no era un último modelo, pero tenía estilo, un Pontiac del 66, verde claro, era precioso, y llevaba los cromados relucientes, él conocía de autos, era un auto para presumir, como el maldito truhan lo era, luego abrió la puerta y se subió. Tuvo que reaccionar inmediatamente, paró un taxi que justo pasaba y le ordenó al conductor seguirlo. Desde la prudente distancia que lo separaba del Pontiac, Paulino vio cómo se adentraban en una zona que él conocía muy bien, era la zona de bares de copas que él frecuentaba, allí habitaban como vecinos «La Perla» y «El Neón», cada uno reinando en su calle, pero había otros más, no eran los únicos, y las casas de cita y los bares de copas se intercalaban con otros comercios diurnos necesarios para la barriada, en una esquina una verdulería, más allá la panadería, también había un par de restaurantes.

El Pontiac dobló una esquina y se detuvo frente a un bar nocturno que él conocía: el «Paradise». En otros tiempos había frecuentado dicho club, y llegó a conocer a la *madame* y a las chicas del local, pero eso eran recuerdos lejanos, porque hacía ya mucho tiempo que no se pasaba por allí. Recordó que por esa época ese club no tenía buena fama, además había visto producirse dentro algunos altercados que lo fueron alejando del lugar. Por eso fue cambiando de bares, hasta que finalmente terminó por recalar en «La Perla» y «El Neón», dos bares de alterne que terminaron siendo sus favoritos, donde él se sentía como pez en el agua. A unos cincuenta metros hizo detener el taxi y se apeó. Era la tarde, y si bien en los bares de copas la actividad se hacía más intensa durante la noche, permanecían abiertos, aunque cerrados bajo llave, las veinticuatro horas del día. Sin quitarle los ojos de encima vio cómo el maleante, —así lo llamaba últimamente—, sacó unas llaves de su bolsillo y con ellas abrió el bar. Luego se deslizó detrás de la puerta y desapareció. Le llamó la atención que tuviera las llaves para entrar, no era un simple cliente, ahora que lo veía no se creía que lo fuera, más bien parecía alguien de total confianza o bien el mismo dueño. Debía observar, ahora sabía algo más

acerca de él, se sentó en la terraza de un bar cercano y desde allí, con una buena visión se dispuso a esperar. Como siempre, se pidió un café y un periódico, y como antes en la cafetería, haciendo que leía no dejaba de observar por encima del diario. Cuando pasó media hora la puerta del «Paradise» se abrió y apareció el truhan, inmediatamente detrás una mujer, se fijó muy bien en ella, era la misma *madame* que él había conocido tiempos atrás, el tiempo irremediablemente la había cambiado, porque ya no era la mujer vampiresa de otrora, que seducía además de convencer, ahora veía, aunque desde cierta distancia, la cara de una mujer que él conocía, y que por más carmín en los labios, por más delineado de las cejas, y polvos en la cara, y pestañas postizas, no podían remozar lo que los años habían dejado, también la pose estoica de antes había dado paso a una mujer más relajada, y aunque se la viera sonriente, un dejo de derrota y de fatiga se notaban que la habían cambiado. Se despidió de él con un beso en la mejilla y entró. El maleante se giró y se fue a su auto. No necesitaba ver más Paulino, ya había visto bastante. Este era seguramente también su refugio. El Pontiac rugió y pasó delante de él. Cuando giró por la esquina lo dejó de ver. Miró la hora. Eran las seis. En un rato se iría el poco sol que aun quedaba y comenzaría a refrescar. Tenía que partir.

Llegó a su guarida cuando ya anochecía. A estas horas el frío comenzaba a calar los huesos. Encendió la estufa a gas y puso la televisión. Aunque avanzaba en la investigación, para su desgracia no dejaba de martillarle en la cabeza la falta de ideas para responder con contundencia la amenaza que el maleante dirigía a su protegida: *«que sabía cosas de ella que se arrepentiría para siempre si acudía a la Policía»*. No se sabía a qué atenerse, pero igualmente, consumado el chantaje, no sabía cómo actuar. La carta y la cabeza de cerdo. No. No le garantizaba que el tipo renunciara a nada. *«Las condiciones de su salvación»*, eso también decía. Dinero, no le cabía duda.

Esa noche se acostó preocupado. Ni siquiera se acercó a la ventana para ver una vez más los desnudos que ella, *la señora*, le regalaba cada noche, como lo venía haciendo desde que la descubrió, aquella primera vez desde su posición impecable que le obsequiaba su ventana. Tuvo la premonición que se acercaba el final, que cuando buzoneara la próxima vez encontraría la fatídica carta, y él debería actuar, aunque no sabía cómo. Cuando sonó el despertador abrió los ojos inmediatamente, y tuvo la sensación de no haber pegado ojo. Se sentó en la cama, con los pies fuera, y encendió la luz. Un gran cansancio se apoderó de él. Tenía que bajar a buzonear. El pensamiento de la noche anterior encendió las alarmas, y se puso en tensión. Bajó la escalera a

trompicones. Cuando llegó al buzón se giró y miró su edificio y el bloque de al lado. Todo estaba en calma. En la calle no había un alma, y la plazoleta, iluminada por los faroles, estaba vacía. Una quietud fantasmal impregnaba el ambiente. Sacó la letal y removi6 el fondo. Había una carta. Inmediatamente con las puntas la prendió. Al sacarla vio a la luz mortecina de la calle que se trataba de «la carta». Estaba dirigida a ella, a *la señora*, «Sta. Margarita Bassand», decía, la misma letra, la misma tinta azul, luego la dirección, y el sello de correos. Había vuelto a recurrir al correo postal. Una fuerte emoción lo embargó y sintió cerrársele la garganta. Guardó la letal y con la carta en la mano, corriendo se dirigió a su edificio. El ascensor estaba abajo, como esperándolo. Subió intrépido. Allí con la luz del ascensor corroboró lo que había visto minutos antes. Era él. El *intruso*, el maleante.



# DIECINUEVE

---

Abrió la puerta de su guarida agitado, el corazón le salía por la boca. Llevaba la carta aferrada fuertemente en su mano izquierda, notó que el sobre tenía un cierto espesor, tenía una cierta dureza, no era un simple folio, como las otras veces, quizás fueran varias hojas, o quizás contuviera algo más. No tuvo la paciencia de otras veces en poner en marcha el vaporizador y deleitarse con la apertura, esta vez la abrió rompiéndolo, metió la mano y encontró algo que no pensaba, había una hoja manuscrita, sí, pero además había fotografías. Sin siquiera mirar el folio dirigió su vista a las fotografías que tenía ante sí. Eran tres fotos, e inmediatamente lo vio con claridad, eran fotos de desnudos, se aplicó en una de ellas, y allí la vio, *la señora*, más joven, pero conservando la misma mirada, los mismos rasgos, la misma fisonomía, pero ahora, lo que veía en la foto era la expresión de la lujuria, de la lascivia, y el cuerpo, contorsionado, casi diría el mismo cuerpo que él disfrutaba a diario viéndolo, aparecía atado a una cama con unas esposas, totalmente desnuda, y encima, tocándole los pezones, acariciándole los pechos, una mujer de espaldas, también desnuda, con unas botas de cuero negras y antifaz; la cara de *la señora* tenía una mueca libidinosa y obscena, le provocó una cierta fascinación esa imagen, quizás porque en el lado oscuro de su consciencia se la imaginó jugando con él a los mismos juegos; se fue a la otra fotografía, y allí volvía a estar ella, esta vez su cara no dejaba lugar a dudas, porque estaba en primer plano, con la lengua afuera, jugando con la lengua ensalivada de la otra, ahora la veía bien, ambas de perfil, los ojos entrecerrados, denotando un estado de lujuria y de goce llenos de pasión, de sensualidad; miró la tercera foto, aquí *la señora* estaba de rodillas en la cama, mostrando unas hermosas nalgas, dirigía la mirada hacia atrás, se veían bien sus facciones, y a un lado la mujer de las botas negras y antifaz, haciéndole juegos sexuales con sus dedos, las tres fotos eran tremendamente lascivas, y denotaban un pasado oscuro de su protegida, él no se lo imaginaba, o sea que era lesbiana, ¿quién sabría de esa elección? En las tres fotos se la veía más joven, pero después de haber visto su cara y sus desnudos desde su guarida podía atestiguar que no había cambiado, y que su cuerpo distaba mucho de haber sufrido grandes transformaciones, todo lo contrario, seguía siendo, la misma mujer. Fue todo una sorpresa. «¡Joder!», se dijo, momentáneamente le rebajó la ansiedad, quizás la conmoción de haber descubierto lo que

seguramente era el gran secreto de su protegida. Había quedado en shock, estupefacto, no se lo imaginaba, ahora sí, ahora empezaba a atar cabos, la visita que su protegida había recibido días atrás, esa mujer rubia, de su misma estatura y de su misma edad, de buen parecer, cuando las vio entrar al dormitorio, que se pusieron delante del tocador y se quedaron hablando, y riendo, mirándose a los ojos, y luego, esa vez, antes de desvestirse, cerró la persiana; sí, en ese momento no pensó en nada, pero ahora atando cabos... ¿Sería su amante? ¿Sería su pareja?, y luego en la primera carta, sí, en la primera carta el intruso le hablaba de una amiga que tenía en el extranjero y que solía venir a visitarla, ¿sería la misma?, no era la de las fotos, de eso estaba seguro, inmediatamente pareció volver en sí, porque retornó el nerviosismo, la angustia, entonces dejó las fotografías y leyó el folio, estaba escrito en una sola cara, y decía lo siguiente:

*«Hola Srta. Margarita Bassand. Creo que si ha visto las fotos Ud. sabrá que está en una situación muy comprometida, no hace falta que se pregunte cómo coños tengo estas fotos, eso es lo de menos, pero estas tres fotografías son solo una muestra de las cientos de fotos tuyas que tengo en mi poder, que no dudaré en pegar y colgar dentro y en los alrededores del Consejo, donde Ud. trabaja, y en la Universidad, donde Ud. también trabajó como profesora, y en el mismo barrio donde Ud. vive. ¿Qué le parece una de estas fotos, o más de una, por qué no, en el mismo supermercado donde hace las compras? ¿Entiende por qué le decía que no debía acudir a la policía? Quiero que tenga claro que no dudaré un solo segundo en proceder de esta manera si Ud. no accede a la petición que le voy a hacer. Ahora bien, vayamos al grano, le doy cuarenta y ocho horas para que junte 50 000 dólares a cambio de todas las fotografías y los negativos que tengo en mi poder. Le prometo que le entregaré todas las fotos y todos los negativos, respecto a eso tiene mi palabra, si no quiere que su foto aparezca en todos los sitios que ya le he mencionado. Tenga en cuenta que en el Consejo lo primero que harán será expulsarla, con todo lo que ello significa para su futuro profesional, porque con estos antecedentes no la emplearán en ningún sitio. Luego está su imagen, no querrá ni pensarlo. Sé que tiene esa suma de dinero, y si no tiene en concreto esa cantidad, en cuarenta y ocho horas la podrá conseguir. La llamaré por teléfono el martes por la noche. Allí arreglaremos la entrega del dinero, y yo obviamente, de las fotografías y los negativos. No desespere, si me entrega el dinero nunca más sabrá de mí. Ni se le ocurra acudir a la policía o comentar esto con alguien. El Cazador».*

Paulino se quedó pasmado. Por fin había saltado la liebre. Así que era eso. No se lo imaginaba, pero el tipo la tenía agarrada por los cuernos, y conociéndolo como lo conocía pensó que, como todo perro de caza, no la soltaría. Ahora sí, tomó consciencia de la realidad, y la ansiedad le subió varios enteros. Comenzó a sudar y un escalofrío lo recorrió por dentro. Tenía cuarenta y ocho horas para arreglar el lio en el que estaba metido. Se había entrometido en un problema del que no era juez ni parte, y ahora no sabía cómo terminar con él. Era obvio que no podía acudir a la policía, de eso estaba seguro, era imposible. Estaba demasiado involucrado como para denunciar el chantaje, sería muy peligroso para él, y estaba en juego su propia supervivencia. Llamar por teléfono de forma anónima y referir todo lo sucedido y delatar al delincuente era muy arriesgado, y la policía no le creería y no harían nada, o intentarían interrogar al intruso con el riesgo que conllevaría, porque lo único que conseguiría sería que el maldito delincuente creyera que ella lo había denunciado y terminara por cumplir con su amenaza. No. Tampoco podía hacer eso. Abandonar a su protegida a su suerte y dejar que pase lo que tuviera que pasar, no lo podía hacer, sería una felonía, un acto de cobardía, un traidor, o quizás peor que todo eso. Tenía cuarenta y ocho horas. Eran las siete de la mañana del lunes. De pronto se sintió invadido por una profunda angustia. Encendió un cigarrillo y se sirvió un vaso de whisky. En esas condiciones no podía ir a trabajar. Tenía la excusa. El director el último día le había dicho que estaba con mala cara y que descansara, podía llamar y decir que estaba enfermo, con fiebre, cualquier cosa, le iban a creer. Tenía que dedicar los dos días que tenía por delante a buscar una solución. ¿Una carta muy amenazante con una cabeza de cerdo en una caja? El maldito delincuente se echaría a reír ante esa amenaza, y lo más probable es que ni siquiera esperara las cuarenta y ocho horas y ejecutara su plan, con las devastadoras consecuencias que ello tendría. Ella, completamente ignorante de toda la historia que se había tejido a su alrededor, de las amenazas que había ido recibiendo en forma de cartas, y ahora, en la última, la del chantaje, no entendería la aparición de fotos tuyas muy comprometedoras, desparramadas por toda la ciudad, en su lugar de trabajo, en la universidad, en su barrio. Enloquecería, y sería su final como profesional y como mujer. Se volvió a sentir culpable porque haber asumido su protección, le sustrajo la posibilidad de poder defenderse ella misma, por sus propios medios. Y no era poco. Esta sustracción de la realidad, como mujer perseguida, amenazada y ahora chantajada, la dejaba indefensa, ya que al ignorar toda la persecución de la que había sido objeto, le impedía buscar la ayuda y el auxilio que ella

misma, por sus propios medios, podría haber demandado. Flaco favor le había hecho, haciéndose el espía, el protector, cuando ahora muerto de miedo no sabía cómo actuar. Porque al final de cuentas él no se sentía capaz de enfrentarse al maldito delincuente. Pero por otra parte, aun teniendo en cuenta que tuviera capacidad para enfrentarse, ¿Qué podía hacer él? Y si toda esta estupidez de creerse el protector debía tener alguna consecuencia debería ser la de reprocharse y condenarse por haber asumido como fundamento de sus anhelos, el pretender hacerse pasar por espía, ¡tan luego espía! ¡Qué estúpido había sido! ¿Pero cómo asumía el reto?, ¿Cómo defenderla de una rata con forma humana que se hacía pasar por un inocente vecino?, porque de eso se trataba, era una rata de la que no sabía cómo deshacerse de ella. O quizás la rata, la verdadera rata cobarde era él. De pronto se fijó en el pasillo que daba a la puerta del departamento y se percató de la presencia de un papel en el piso. Era extraño, porque esa mañana cuando entró, después de buzonear, el pasillo estaba despejado. Se dirigió allí y vio que era un sobre. Un sobre blanco. Se agachó y lo tomó con sus manos. Con letra manuscrita decía en letras negras, Sr. Paulino. Lo giró y detrás no ponía remitente, y el sobre no estaba cerrado. Totalmente alterado, a trompicones, se fue a la cocina, se sentó a la mesa, abrió el sobre y sacó una cuartilla. Estaba doblada en dos. La abrió y leyó:

«Sr. Paulino.

*No sé exactamente quién es Ud., ya que es nuevo en el barrio, pero a lo largo de estos días he visto que cada mañana por la mañana muy temprano, casi siempre a eso de las seis y media, Ud. sale de su edificio y se dirige a la casa de una vecina nuestra, por cierto muy poco dada a relacionarse con el vecindario, y lo veo hurgar en su buzón, y aunque no logro percatarme que es lo que realmente hace, he podido ver que se lleva cartas de allí. No importa que se pregunte como conseguí su nombre y su dirección, pero sepa que no me resultó difícil dar con estos datos, lo cierto es que lo tengo localizado. Como en el barrio no queremos delincuentes, y a todas vistas Ud. está cometiendo una fechoría, le doy cuarenta y ocho horas para que se marche del edificio y del barrio, de lo contrario lo denunciaré a la policía. Por el momento no se lo comunicaré a la citada vecina porque esta señora, muy poco comunicativa con los vecinos, no goza de mi simpatía, pero no dudaré un instante en hacerlo y acudir a la policía si no desaparece de aquí. Sepa también que lo he fotografiado varias veces hurgando en el buzón, su cara es de lo más visible, e inconfundible. Ud. no sabe quién soy, y yo sé quien es Ud.*

*Sr. Paulino, no sé que se trae entre manos, pero sepa que está avisado, y vigilado».*

Paulino se puso a temblar. Esta vez sí, un estado de intenso nerviosismo lo invadió. Se sirvió otro whisky mientras con manos temblorosas dejaba la carta en la mesa. Se la quedó mirando y sintió que estaba en verdadero peligro. El estado de shock en el que se encontraba le impedía pensar con claridad. En un momento sintió que una profusa sudoración le brotaba por cada poro de su piel. Sintió frío y se arrebujó en la bata que llevaba puesta. Ahora no solo tenía el problema del maldito intruso, sino que él mismo había sido descubierto y amenazado, y no tenía opciones, debía huir. Sí, no le quedaba otra alternativa, le daban cuarenta y ocho horas para salir de allí, igual que el intruso le daba a su protegida para que junte los 50 000 dólares. Se trató de tranquilizar. Debía pensar con cierta calma. En el estado en el que se encontraba no lograba hilvanar un solo pensamiento coherente. El que lo había descubierto buzoneando sabía su nombre y el departamento donde vivía, pero no sabía mucho más de él, él mismo decía en la carta que *«no sabía exactamente quién era él»*, por lo tanto no sabía de su trabajo en la fábrica de dulces y mermeladas, y menos que él vivía realmente en otro departamento, en otro barrio. Daba por descontado que su particular amenazador no sabía que estaba allí para descubrir a un delincuente que había amenazado y chantajeado a una mujer del vecindario, la misma mujer a la que él hurgaba en su buzón. ¡Qué ironías del destino!, —pensó angustiado—. Sin embargo conocía su nombre, y eso lo alarmó, su nombre lo sabían la propietaria del departamento, la Paca, y el presidente de la comunidad de vecinos, cuando fue a hablar con él para conseguir el famoso listado, pero nadie más. Él se había hecho visible en el barrio al haber frecuentado la cafetería de la esquina y el supermercado, pero no sabían su nombre, y lo más probable que su amenazador fuera un vecino de alguno de los dos bloques de edificios, desde allí, desde alguna ventana, como él mismo lo hacía, lo había descubierto. Y peor aun, lo había fotografiado. Y él, que se creía que era el único loco que andaba con cámaras fotográficas detrás de las ventanas. Pero no tenía opciones, la única solución era irse con todas sus pertenencias a su verdadero departamento, ese sería su refugio a partir de ahora. Y si el tipo decidía igualmente ir a la policía y denunciarlo, la policía no lo tendría fácil para saber dónde vivía, eso pensaba. Él no le había dado a nadie su verdadera dirección, ni a la Paca ni al presidente de la comunidad de vecinos, nadie en el barrio sabía nada de eso, ni siquiera se había tomado la molestia de empadronarse en el ayuntamiento de la ciudad. En el fondo era un verdadero

desconocido, aunque supieran su nombre. Eso le daba una cierta tranquilidad. Sí, su primer paso era irse de allí. Y aunque le había dado cuarenta y ocho horas para largarse, ahora mismo armaría la maleta y se iría. Y además ya no tenía por qué seguir buzoneando, ni vigilar a nadie. Le quedaba pendiente el otro gran problema, el más acuciante: cómo parar al Argutti, una verdadera bomba de relojería, y aquí no sabía qué hacer. Miró la hora y daban las ocho. Llamaría a la oficina, necesitaba tiempo. Discó y con voz quejumbrosa explicó que estaba enfermo, tenía fiebre, y que por lo menos estaría dos días sin pasar por allí. Armó la maleta y puso toda su ropa y sus pertenencias, mientras se preparaba un café bien caliente. En un bolso puso el telescopio, el trípode, la cámara fotográfica y el vaporizador. Cuando tuvo todo listo fue a buscar el coche donde lo había dejado estacionado la última vez. Lo trajo hasta la puerta del edificio, cargó la maleta y el bolso y lo más desapercibido posible se alejó del lugar. Tenía el mes del alquiler pagado por adelantado y eso por ahora no le preocupaba. Cuando llegó a su edificio entró al parking y estacionó en su sitio. Subió la maleta y el bolso y entró a su departamento. Estaba angustiado. Una sensación de ahogo le apretaba el pecho. Dejó en la mesa redonda de la sala sus pertenencias. Se quedó de pie, observando con detenimiento su morada. No dejaba de tiritar, el frío, el miedo, y la ansiedad, lo corroían por dentro. La observación de su piso, viejo y ajado, lo angustiaron aun más. Las paredes, con los mismos papeles pintados que él había hecho poner aquella primera vez, los muebles de la sala, las sillas, la mesa, el sofá, de pronto aborreció todo, y se aborreció a sí mismo. Miró el reloj y daban las diez. El tiempo corría, y él sin encontrar cómo resolver el problema de la amenaza que se cernía sobre ella, y ella sin saber nada de la tormenta que se desataba sobre su cabeza. Se fue al baño y se miró al espejo. Estaba demacrado, y con barba de dos días. Tenía un aspecto deplorable. Quizás había tirado la toalla, quizás era hora de renunciar a todo. Se fue a la sala y se sentó en el sofá. Cruzó los brazos sobre su pecho y fijó la mirada al televisor, que apagado, le devolvía entre sombras, su deslucida imagen. Se dijo en un tono que denotaba desprecio sobre sí mismo, «Y yo, que pretendía ser un espía, un detective, ¡y protegerla! ¡Qué estupidez!, yo soy un simple ladrón de cartas, un simple ladrón, al final de cuentas, no me puedo jactar de otra cosa». Denostado por esa infeliz conclusión una profunda tristeza lo invadió. Se le nublaron los ojos, y una sensación de derrota se apoderó de todo su ser. Se sentía aniquilado, y totalmente fracasado. Cuando se le hizo un nudo en la garganta, porque tomó conciencia de que no podía hacer nada para detener al intruso tuvo una arcada. Se levantó del sofá y con una pena que le

atravesaba el alma se dirigió a su pequeño balcón. Miró desde su quinto piso las azoteas del vecindario y las ventanas de los edificios vecinos. «Desde aquí sería muy fácil terminar con todo», se dijo con una tristeza infinita, «nadie acaba con vida volando de esta altura», remató con pena, «pero soy tan cobarde, que ni siquiera me puedo dar esa tranquilidad, esa paz». Ante el temor de tomar una decisión que no tendría vuelta atrás se volvió a la sala. Instalado en el medio de la habitación, a medio camino entre el sofá y la mesa redonda, se quedó de pie, estaba estático, inmerso en un estado que lo anulaba completamente, mezcla de una postración y una angustia profunda, porque el chantaje, la extorsión, y el negro futuro de su protegida seguían su curso, y él sin poder hacer nada. Dirigió su mirada a la mesa redonda donde apoyados estaban la maleta y el bolso de deportes, y entonces se dijo con voz de pena: «¡qué estúpido he sido!, ¡y yo, que me creía listo!», y después de un momento de letargo, de desconuelo y congoja profunda, de pronto, como si de un destello se tratara, como si algo muy pequeño se encendiera en lo más recóndito de su cerebro, vislumbró algo que lo sacó del ensimismamiento, del aturdimiento en que estaba, una pequeña sacudida interior, porque de repente, al mismo tiempo que se repetía «soy un ladrón, soy un simple ladrón», se le ocurrió: «¡Sí!», dijo en voz alta, «¡Eso es! ¡Cómo no se me ocurrió antes! ¡Ahora sí! ¡Entraré al departamento del maldito delincuente y le robaré las fotos! ¡Todas las fotos! ¡Y los negativos! ¡Me traeré todo! ¡Y lo dejaré sin su única arma!». Y de pronto se echó a reír. Había dado en el clavo, por fin tenía una perspectiva, una esperanza, había encontrado una luz que por primera vez iluminaba el tenebroso camino por el que hasta ahora había transitado, quizás fuera, o seguramente fuera, la única solución, la única posibilidad de parar al maleante, de neutralizarlo, de anularlo. De pronto a la explosión de júbilo le siguió una excitación que ya conocía. Había que ponerse en marcha cuanto antes. Primero elaborar un plan, como siempre lo hacía. Tenía poco tiempo, el reloj marcaba las once, era lunes, y el maldito *intruso* le había dado cuarenta y ocho horas, hasta el martes a la noche. Por lo que había visto el tipo y su mujer salían cada noche y nunca volvían antes de las cuatro. Esa noche del lunes tendría que entrar al piso y robar. Era su única posibilidad. La ansiedad le subió de golpe. No sabía cómo hacer para violentar la puerta y franquear el piso. La Paca le había dicho que los departamentos eran iguales en los dos bloques. El departamento del delincuente era el 3.ºA, en su edificio sería el que está encima de suyo, y por lo tanto tendría la misma distribución. Eso ya era una ventaja. Conocía todos los recovecos. La cerradura de la puerta sería del mismo tipo, pero eso poco importaba, porque no sabía cómo manipular la

otra cerradura, él no sabía nada de esas cosas. Las ventanas, sí, las ventanas. El balcón tenía una puerta que daba a la sala y una ventana que daba al dormitorio, pero era imposible entrar por allí, no podría escalar hasta el tercer piso, luego estaba la ventana del baño, en realidad era un ventanuco pequeño por el que no podía pasar, y además daba a un patio interno, por allí, por lo que había visto corrían las tuberías de los distintos departamentos, la ventana de la cocina también daba al patio interno, pero tampoco sabría como subir hasta allí, y además el acceso era desde la planta baja, y no tenía llave. Estaba en una encrucijada, pero como sea la debía resolver. La expectativa de poder anular al delincuente robándole las fotos de su protegida le hicieron crear una ilusión que momentáneamente convirtieron la angustia y la amargura que llevaba en un estado de excitación que fue *in crescendo*. De pronto le entró el hambre. Abrió la nevera y con unas lonchas de jamón y un pan de molde se hizo un sándwich. No quiso beber más alcohol, le embotaba la mente, y debía estar más despierto que nunca. Se abrió una gaseosa y se sentó a la mesa a comer mientras no dejaba de maquinarse cómo acceder al piso. Llevó una silla al medio de la sala, como antes de pie, entre la mesa redonda y el sofá, y se sentó. No quería que nada lo distrajera. Así estuvo un rato. De pronto levantó la cabeza y en voz alta comenzó la siguiente disertación: «La única forma de acceder al piso es a través de la puerta, la entrada tendría que efectuarse entre las doce de la noche y las tres de la mañana, a esa hora están de copas, no tengo ninguna posibilidad de hacerlo con una llave, tampoco rompiendo con algún instrumento la puerta, haría mucho ruido y algún vecino podría salir a ver qué está ocurriendo, y eso sin la seguridad de que la puerta se abriría, la única posibilidad es que alguien que sepa cómo abrir cerraduras lo haga». Se puso de pie y encendió un cigarrillo. Se volvió a sentar en la silla. «Tengo que conseguir alguien que haga este trabajo», respiró profundo y le dio una bocanada al cigarrillo, «en el barrio que está a la salida de la ruta se menudea con drogas y mercadería robada, tengo que ir allí ahora mismo, tengo que encontrar alguien que me haga el trabajo, con dinero todo se puede conseguir, y no tengo otra posibilidad». Miró la hora, eran las doce del mediodía. No tenía mucho tiempo por delante. Se enfundó la chaqueta y partió. Sacó el auto de la cochera y se fue directo al barrio en cuestión. La excitación que llevaba le hacía latir el corazón a mil revoluciones. Era una sensación única. Nunca se había enfrentado a una situación semejante: buscar alguien que le pudiera abrir la puerta del departamento del maldito intruso, rata inmunda que lo había llevado hasta aquí. Ahora sí, ya no iba a ser un simple ladrón de cartas, ni siquiera un aficionado a espía, ahora se convertía en un verdadero



delincuente, iba a violar la propiedad privada de alguien e iba a robar. Por un momento tuvo miedo, la empresa a la que estaba abocado era algo que se salía de todos los propósitos que alguna vez se había puesto como objetivo. Y no era broma. Si lo agarraban iba preso. Pero si realmente quería proteger a *la señora* era su única posibilidad. Cuando se fue acercando al barrio aminoró la marcha. Él no lo conocía realmente, nunca había estado allí, solo sabía de su existencia y cómo llegar. Cuando entró por una calle empedrada observó una seguidilla de casas bajas de aspecto deteriorado, con las fachadas algunas sin pintar, otras con la pintura ajada y deslucida por el tiempo, y las ventanas y las puertas tenían la misma traza, algunas estaban estropeadas y raídas, y las mismas aceras presentaban las baldosas rotas y levantadas, y en algunos trozos ni las había. A cada tanto se veían hombres hablando entre sí, mientras fumaban, a algunos se los veía discutir. A mitad de la calle, sobre la mano derecha, había un comercio de comestibles, con algunas cajas de frutas y verduras apiladas afuera, y en la esquina un bar con un cartel desvencijado, en donde a duras penas se leía «Bar y comidas, La Estrellita». Vaya a saber uno a quién se referiría con «La Estrellita». En la puerta, como había sol, había más hombres haciendo un corro, algunos gesticulaban, y parecía que peleaban, pero no era así, porque luego insólitamente se echaban a las carcajadas. Al pasar detuvieron la charla y lo escrutaron fijamente. Cuando los pasó miró por el retrovisor y vio que por un rato lo siguieron con la mirada, luego se desentendieron y siguieron con sus cosas. Siguió por la calle y comprobó que las otras calles que la cruzaban eran todas de tierra, y que también las casas tenían el mismo aspecto deteriorado. De una de estas calles vio transitar un carro tirado por un caballo, más atrás unos chicos jugaban al policía y ladrón, le pareció porque uno de ellos llevaba un arma de juguete. Aminoró aun más la marcha. Ahora iba casi a paso de hombre. Un pequeño descampado a la izquierda hacía de plaza, tenía varios árboles enjutos, y algunos bancos de madera, todo estaba muy descuidado, el piso era de tierra, y algunos viejos caminaban por allí, aprovechando el sol del invierno. Al final unos chicos jugaban con una pelota de goma. Sobre el lado derecho de la plaza, a unos cincuenta o sesenta metros de donde él estaba, había un bar, y en la puerta, como en el bar anterior, algunos hombres platicaban, algunas casas tenían dos pisos. No se imaginaba un barrio tan peculiar, con estas características, en la misma ciudad donde él vivía. Detuvo el coche a un lado y se quedó dentro, observando. Sabía que llamaba la atención, y supuso que alguien vendría. Sacó un cigarrillo y se puso a fumar. Estaba muy nervioso porque estaba en un territorio no solo desconocido sino peligroso, y porque no

sabía en absoluto qué podía ocurrir, mientras esperaba. Dos viejos que charlaban entre sí lo pasaron por al lado sin prestarle atención. Los que estaban en la puerta del bar, igual que antes, detuvieron su charla y se lo quedaron mirando. Pero estaban lejos, y no podía ver con claridad sus caras, sus facciones. Aunque había sol hacía frío, y algunos estaban vestidos con chaquetas de lana, otros tenían unas cazadoras de piel, unos pocos con abrigos largos, todos de colores oscuros. Los había que tenían sombrero, así de lejos como los veía, los que tenían sombrero, parecían verdaderos mafiosos, aunque no podía distinguirlos, y no sabía si esa presunción era verdadera o solo el efecto por saber dónde se encontraba. De pronto uno de los hombres se apartó del grupo y se dirigió hacia él. Lo hizo a paso ágil. Llevaba sombrero, cuando se fue acercando vio que su cara gris tenía una cicatriz en una mejilla, y le colgaba un cigarrillo de la comisura de los labios. Al llegar se lo quedó mirando, luego apoyó las manos en la ventanilla, acercó la cabeza, y empezó a hablar:

—Somos un barrio pobre pero honesto, ¿de acuerdo?

—Sí, sí...

—¿Es Ud. policía?

—¿Policía?, no, no...

—Entonces, ¿Qué hace por aquí? ¿Qué quiere?

—Qué quiero... bueno, mire..., no sé cómo decírselo... pero... quiero alguien que me abra una puerta.

—¿Alguien que le abra una puerta? Pero hombre, vaya a un cerrajero, aquí en el barrio no hay ninguno, ¡No lo necesitamos!! —le dijo riéndose—, pero a ver hombre, qué quiere Ud. por aquí, —continuó un poco jocosos.

—Lo que le he dicho, alguien que me abra una puerta, pero no es una puerta mía, eso es lo que pasa. ¿Por qué no pasa al coche y hablamos? —se animó Paulino.

El hombre se lo quedó mirando, extrañado, quizás un poco confuso, tiró el cigarrillo, dio la vuelta al coche y entró. Cuando lo tuvo a su lado Paulino pudo comprobar el aliento a alcohol que llevaba, aunque no se lo veía bebido. Se miraron detenidamente a los ojos, tendría unos cuarenta años, y la cicatriz le daba un aspecto temible.

—¿Qué quiere Ud.? ¿Está buscando droga?

—¡No! ¡No es eso! De verdad, estoy buscando alguien que esta noche me abra una puerta, tengo la necesidad de entrar a una casa y buscar algo en ella de gran importancia para mí.

—¿Y por qué viene aquí? ¡Ud. cree, como todos los señores de la ciudad, que aquí solo hay delincuentes! ¡Aquí hay gente decente también! ¿De acuerdo?, —le recriminó haciéndose el ofendido.

—De acuerdo, de acuerdo, es que no se me ocurría otra cosa que llegarme hasta aquí para buscar alguien que quiera hacerme este trabajo. Es importante para mí, sabe. Pero si Ud. no sabe de nadie, dígame dónde tengo que ir, dónde puedo buscar, es imprescindible que sea esta misma noche.

Al de la cara gris se le encendieron los ojitos, pudiera ser que no fuera un poli, no tenía la pinta, más bien parecía un majadero, y podían sacar tajada.

—¿Y cuánto piensa pagar?

—No sé, no había pensado en eso.

—¿Y Ud. qué cree, que la gente trabaja gratis?

—No, no... es que no lo había pensado, pero ahora que lo pienso, tiene razón.

—A ver, déjeme tratar este tema con quien corresponde, un momento, ahora vuelvo.

Y el individuo se retiró hacia el grupo de donde había venido. Cuando llegó todos se metieron al bar. Paulino a todo esto había recobrado la calma, y el estado de excitación que llevaba, si bien no había desaparecido del todo, dio paso a una sensación mezcla de entusiasmo y expectación por la situación como se desarrollaba. Esperanzado más que nada porque no tenía otras alternativas se quedó esperando en el coche mientras con impaciencia encendía otro cigarrillo. Pero le habían desaparecido el pavor y el grado máximo de nerviosismo que llevaba. Necesitaba un trago, pero no se podía mover de allí, y menos entrar a esos bares de truhanes que él veía como si fueran bocas de lobo esperándolo. Allí en el coche, al sol del invierno, a la vera de la plaza, se encontraba más tranquilo, quizás su papel de negociador en la fábrica de dulces y mermeladas le ayudara, quién lo podría decir, pero se aferró a ese pensamiento, porque le daba más seguridad. En eso estaba pensando cuando el tipo de la cara gris salió del bar y se dirigió nuevamente a él. Cuando llegó le dijo con autoridad:

—Lleve el auto hasta el bar, al lado hay una cochera, métalo dentro.

En ese momento un atisbo de desconfianza se apoderó de él. Podría desaparecer sin dejar rastro, no en vano era el barrio de la delincuencia, de la droga. Allí se compraba y vendía todo lo que se robaba en la ciudad. Allí se vendía droga. Allí se refugiaban los delincuentes, y también los otros, los que

no podían pagarse una casa para alquilar en otro sitio. Y convivían como mal podían los dos bandos, y se toleraban. Cuando llegó a la cochera metió el coche dentro, como le habían mandado. Al rato vio que cerraban el portón. De pronto se quedó a oscuras. Presa del pánico se quedó paralizado, cuando en ese momento se encendió una luz. Por una puerta lateral entró el hombre de la cara gris. Eso lo calmó un poco, encontrar una cara conocida, pero la sensación de desconfianza por lo que le pudiera pasar no lo abandonó. Se bajó del auto y el hombre le ordenó que lo siguiera, se metieron por la puerta lateral y recorrieron un pasillo en penumbra, luego otra puerta se abrió y entró a una habitación mal iluminada y sin ventanas. Del techo colgaba una bombilla que no alcanzaba a alumbrar toda la estancia. Una mesa en el medio y cuatro sillas era todo el mobiliario. Dos hombres estaban sentados, había dos sillas libres, a la derecha se sentó el de la cara gris, la otra evidentemente era para él. El que tenía enfrente parecía ser el jefe, de buen aspecto, de unos cincuenta años, el pelo negro ensortijado, una camisa blanca con mangas hasta los puños y tirantes negros, una sonrisa cómplice, y un cigarrillo entre los dedos, al lado un tipo con un sombrero de alas anchas, no le podía ver el rostro. Otros dos hombres de pie a un costado, un poco alejados, parecían hacer guardia.

—Qué dice, qué quiere el señor, —le largó el que parecía ser el jefe.

—Buenas, —contestó Paulino, un poco apurado por las circunstancias, hay que tener en cuenta que era la primera vez que se encontraba en una situación igual—, necesito que esta noche alguien me abra una puerta, la casa no es mía, pero necesito algo que hay allí dentro muy importante para mí.

—O sea que Ud. no quiere entrar a esa propiedad para robar cosas de valor, eso entiendo.

—Sí, es eso, mejor dicho, lo que me quiero llevar no tiene valor material, pero es valioso para mí.

—Y dónde es eso.

—En el barrio de la plazoleta, en un edificio, es un departamento, y tiene que ser esta noche.

El jefe se lo quedó mirando. No estaba seguro si era una trampa y estaba hablando con un poli, o era verdad lo que decía. Miró a los otros y estos asintieron con la cabeza, como dando por bueno lo que proponía Paulino.

—¿Y cómo sé yo que Ud. no es un poli?, —insistió el jefe, que dudaba si creerle o no, mientras Paulino se debatía entre convencer al jefe o que todo se fuera al traste, y entonces sí que no habría remedio

a la situación, porque lo apuraban los tiempos, y no sabía dónde buscar alguien que le hiciera el trabajo.

Era evidente que necesitaba convencerlo, y la experiencia de las negociaciones que llevaba en su empresa no creía que le servirían de mucho. No en vano se trataba de actores diferentes, y él también debía actuar diferente. Entonces se le ocurrió algo, y ya jugado el todo por el todo le dijo:

—Mire, yo trabajo en una fábrica de dulces y mermeladas, en las oficinas, le doy el teléfono, llame y pregunte por mí, le dirán que hoy no he ido a trabajar, porque yo mismo llamé con la excusa que estoy enfermo, porque tenía que hacer esto que estoy haciendo ahora.

—Eso no me da ninguna seguridad que Ud. no sea un poli, —le contestó el ensortijado, y se quedó mirándolo a los ojos, como queriendo escrutar a través de las pupilas alguna verdad oculta que se le pudiera pasar por alto—, entonces continuó: —¿Y qué es eso que no tiene valor material pero que es valioso para Ud.? Mire, aquí no podemos estar con medias tintas, o nos cuenta todo o no se hace el trabajo.

—Son fotografías..., fotografías comprometedoras..., y los negativos

—Ahhh... ¿Chantaje? ¿No es eso?

—Sí.

El ensortijado, sin quitarle la mirada de encima, se quedó pensando, el palurdo tenía cara de mentecato, eso no lo podía negar, pero no terminaba de confiar, finalmente se decidió, pero lo pondría contra las cuerdas, si lo engañaba le iba a costar lo suyo, ellos eran una banda bien organizada, no en vano habían sabido escalar sin muchas complicaciones, sabían que para mantener a la policía al margen y sin que los molestaran mucho en los robos no debía haber violencia, que por ahí no pasaban, pero si este palurdo era un poli se iba a enterar, entonces continuó:

—Mire, vamos a hacer el trabajo, pero le digo una cosa, —y acercó la cabeza a la suya y le dijo en un tono que no admitía dudas—: si es un poli y me engaña, no vivirá para contarlo, lo vamos a buscar hasta debajo de las piedras, por más poli que sea.

Paulino tuvo un pequeño estremecimiento cuando escuchó al jefe, pero pronto se repuso, por otra parte estaba consiguiendo lo que había venido a buscar, después de ese primer asalto tuvo un brote de euforia, no lo podía evitar, al final de cuentas todo estaba saliendo mejor de lo esperado, después de esa mañana convulsa que lo había llenado de nerviosismo y lo había hecho padecer, ahora tenía que negociar, ver cómo llegaban a un acuerdo, tampoco

sabía cuánto dinero le iba a costar este «trabajito», pero estaba dispuesto a pagar lo que hiciera falta, había llegado muy lejos para que esa cuestión lo hiciese echar atrás. Fue entonces que pensaba estas cosas que el jefe le interrumpió los pensamientos:

—Y Ud. dice que tiene que ser esta noche.

—Sí señor, tiene que ser esta noche, es preciso que sea esta noche, mire, le explico, entre las doce y las tres de la mañana, en esas horas en el departamento no hay nadie, se queda vacío, allí vive una pareja, y todas las noches a eso de las once salen de copas, y hasta las cuatro no vuelven. Yo vivo en el edificio de al lado, me entiende, y yo desde el balcón veo cuando salen y sé cuando llegan, por eso esta noche yo puedo estar vigilante desde mi balcón cuando salgan, luego me puedo reunir con Uds. abajo, los edificios tienen una galería con negocios, yo los esperaré allí dentro, las puertas de debajo de los dos edificios dan a la galería y siempre están abiertas.

—Bueno, de acuerdo, ahora tenemos que hablar de dinero, porque esto como entenderá, no es gratis, —y miró a su «banda» y se sonrió con ellos.

—Sí señor, —contestó Paulino, que continuaba eufórico, porque estaba a punto de cerrar un trato, por lo que veía, y porque había acertado cuando tomó la decisión de llegarse hasta el barrio a buscar ayuda, alguien que le reventara la puerta al intruso.

Ahora tocaba acordar los términos, él ya lo sabía, y aunque no podía aplicar sus reglas, siendo los personajes tan distintos, fue cuajando una idea que se le acababa de ocurrir, pero que además podía ser muy beneficiosa, y para mayor escarnio podía suponer una venganza hacia el intruso, rata humana que él odiaba desde lo más profundo de su ser.

—Mire, le propongo algo, —dijo un Paulino esta vez sin complejos—. Uds. me abren la puerta y yo robo lo que a mí me interesa, que no tiene ningún valor material, y Uds. saquean la casa y se llevan todo lo que quieran, desde el televisor hasta el equipo de música, y todo lo que encuentren, allí vive una señora, o señorita, no lo sé, por eso quizás haya joyas también, ese es mi pago, —y se lo quedó mirando al jefe del pelo ensortijado.

El del pelo ensortijado miró a sus compinches, el de la cara gris dibujó una sonrisa, después todos lo imitaron. Estaban conformes. Sin embargo, la respuesta fue bien distinta:

—No señor, no lo vamos a hacer así, hay una cuestión: que no encontremos nada de valor realmente, —y entonces le dijo

acercándole la cabeza y mirándolo a los ojos—, en ese caso Ud. deberá pagarnos. Vamos a hacer lo siguiente: el precio por este trabajo son diez mil pesos, luego vemos lo que hemos robado y hacemos la diferencia, las cuentas las hacemos nosotros, ¿Ok?, —y se sonrió, como sabiendo que allí se hacía lo que él decía.

Eran duros de pelar, en realidad no había margen para negociar nada, y ellos tenían la sartén por el mango, y Paulino no iba a perder la única posibilidad de defender a su protegida, y ese dinero lo tenía, solo quedaba aceptar los términos que el ensortijado le había impuesto.

—De acuerdo, —les dijo Paulino, un tanto excitado porque había llegado a un pacto con los delincuentes que lo ponía al margen de la ley, a sabiendas que si lo prendían tenía la cárcel por delante.

Pero no le importaba, las consecuencias ingratas que pudieran suceder no entraban en su razonamiento, había logrado lo que hasta ese momento parecía imposible, nunca antes se había podido imaginar los caminos por los que discurriría su aventura de espía, como le gustaba decirse, y si todo salía bien, se congratularía, no en vano había planificado todo hasta el último detalle: el alquiler del departamento, la vigilancia, el haber descubierto al que se había interpuesto en su camino, y por fin haber encontrado una solución al chantaje a que había sido sometida su protegida. Por todo eso no cabía menos que felicitarse, y si todo salía bien, ya lo celebraría, de eso no tenía la menor duda. El de la cara gris trajo papel y lápiz y el ensortijado le mandó a Paulino que dibujara un plano para situarse en el sitio donde esa noche se iba a realizar el atraco, entre las doce y las tres de la mañana, según él había dicho. Paulino trazó unas líneas y dibujó la calle, la plazoleta, y después en las esquinas la cafetería y el supermercado, marcó los dos bloques de edificios y la galería entre ambos, y señaló: «Este es el edificio, en el tercer piso», —les dijo un tanto agitado, porque tomaba consciencia que él, tan luego él, cobarde y pusilánime, estaba con unos delincuentes planificando un robo. Entonces tomó la palabra el ensortijado:

—Bien, lo haremos esta noche, ahora saldremos con nuestro auto a hacer una recorrida por la zona, Ud. vendrá con nosotros y nos indicará lo que nos ha dibujado en el plano, siempre es bueno tener una visión del sitio a donde vamos a hacer la faena, luego Ud. se va a su departamento y desde allí vigila cuando el tipo salga y que el departamento se quede vacío, entonces nos llama a este teléfono, lo atenderé yo, tome el número, —y rompió un trocito de papel del plano

que había hecho Paulino minutos antes, escribió un número y se lo dio —. Esta noche iremos tres, Ud. nos esperará en el edificio, en la galería, como nos dijo, uno de nosotros se quedará en el auto, habrá que bajar cosas, me refiero el televisor y todo lo que podamos, tenga preparado el dinero, si no hay dinero, no hay trato. Es importante que esté seguro que no haya nadie en el departamento, no queremos problemas.

Paulino respiró profundo. Su espíritu de timorato no debía reflejarse en su expresión, al contrario, puso cara de duro. El ensortijado y su banda no debían percatarse que en esos momentos él estaba muerto de miedo, y que comenzaba a tomar consciencia de la aventura en que se embarcaba. Por eso, como si fuera un experimentado atracador, siguió con el juego:

—Cuando salen del departamento ellos apagan todas las luces y es muy fácil verlos desde mi balcón. Además estaré vigilante, suelen ir a la cafetería de la esquina y después de un rato salen y se van de copas por el centro de la ciudad. Igual sería mejor esperar hasta las doce de la noche, la cafetería cierra y casi no hay gente por la calle.

Y dijo todo esto sin trastabillar una sola palabra, con una soltura y una seguridad pasmosa, como si estas cosas del hampa fueran con él.

—Salgamos entonces —mandó el jefe.

Todos se levantaron de las sillas, el de la cara gris inició la marcha, parecía ser su mano derecha, aunque se le veía el profundo respeto que le profesaba, en realidad todos eran sumisos al ensortijado, no había dudas que era el jefe, claro mandamás del grupo.

Eran las dos de la tarde. Cuando salieron de la habitación volvieron a pasar por el corredor por el que habían venido, solo iluminado por la escasa luz que le llegaba de la cochera donde había dejado su auto, luego se dirigieron a una puerta que había al fondo, y que al abrirla descubrió un gran galpón donde había estacionados varios coches, algunos eran de lujo. El ensortijado, los otros dos y Paulino subieron a un Plymouth del 66, una verdadera joya, de color beige muy claro, y por un portón que daba al otro lado de la calle salieron a la vía pública. El espectáculo era el mismo que había visto antes, cuando ese mediodía había llegado al barrio. Las mismas casas chatas y viejas, las calles de tierra, y mucha miseria entre la gente. En las calles se intercalaban algunos árboles raquíticos, y cada tanto algún negocio de comestibles, o algún bar, dándole al lugar una apariencia de normalidad, que en realidad no tenía, por lo demás Paulino no dejaba de sorprenderle que esta



parte perteneciera a la ciudad donde vivía. Cuando dejaron la tierra y se adentraron en la ciudad se sintió más aliviado, y pensó que cuando todo pasara, lo recordaría con un cierto orgullo, porque al final de cuentas lo que estaba haciendo no era más que un acto heroico. Era irónica la situación, porque para defender a su protegida de un delincuente había tenido que recurrir a delincuentes. El Plymouth fue acercándose al barrio, harían un reconocimiento desde el mismo coche, entrarían por el otro extremo de la calle de los edificios y se llegarían a la plazoleta, darían una vuelta alrededor de ella y tendrían una visión general del sitio donde esa misma noche iban a actuar. Hicieron el plan para la noche del robo: dejarían el coche en la plazoleta donde pudiera verse desde el balcón del departamento, uno se quedaría en el auto, y los otros dos se encontrarían con Paulino que los estaría esperando en la galería del edificio, como él había dicho, y no dejaba de ser una ventaja, porque Paulino no se tendría que exponer a que alguien lo viera de afuera. La puerta de entrada de los dos bloques que daban a la galería solían estar sin llave, subirían por el ascensor del bloque «B» y ya en el tercero harían el trabajo de descerrajar la puerta del departamento que iban a buscar. Cuando tuvieran todo listo, del balcón con una linterna avisarían al compinche que se había quedado en el auto para que iniciase la marcha hacia el edificio, luego cargarían todo y se irían. Paulino arreglaría el pago al momento, luego él subiría a su departamento, con su carga más preciada. El plan era perfecto. Paulino se volvió con ellos, tenía que buscar su coche.

Cuando le abrieron el portón y salió con su auto miró la hora. Daban las cinco y media de la tarde. Si lograba apoderarse de todas las fotos y los negativos, al intruso lo dejaba desarmado, se le caía todo el tinglado que había armado, le daría un ataque, de eso estaba seguro, y si además, sus cómplices le vaciaban el departamento, mejor que mejor, la venganza sería completa. Mientras marchaba a su viejo y deslucido departamento pensó en la amenaza que se cernía sobre él. El tipo que lo había amenazado le había dado cuarenta y ocho horas para irse del edificio, igualmente esa noche que iría a hacer la vigilancia desde el balcón, tendría que ser lo más discreto posible, no fuera que su sola visión lo incitara a recurrir a la policía, aun sin haberse cumplido las cuarenta y ocho horas, entonces estaría perdido. En su viejo y anticuado departamento comería algo y vaciaría el bolso en el que había llevado la cámara, el telescopio, el trípode y el vapeador, lo usaría para cargar su botín. Luego, cuando comenzara a anochecer, lo más oculto posible se iría a la guarida para comenzar su trabajo, sería la última vez que estaría allí, y un dejo de amargura lo traspasó por dentro, era una etapa que se cerraba, pero

quedaría como una herida abierta, en el fondo, él ya lo había pensado más de una vez, quizás hubiera podido renacer en su nuevo piso, en el fondo el departamento de la Paca le gustaba. Cuando llegó a su departamento, viejo y deslucido, se tiró en el sofá, estaba extenuado; la tensión que había pasado durante las horas que estuvo con los delincuentes lo habían agotado. Así como estaba hizo un repaso de los momentos vividos. En realidad aun no era totalmente consciente hasta dónde había llegado. Esa noche debía encontrarse con ellos, entrar a un departamento después de violentar la puerta, y robar unas fotografías, y ellos, sus cómplices, todo lo que se pudieran llevar. Había cruzado unas líneas rojas que jamás se le había ocurrido que podía hacer. Con el corazón aun palpitante se fue a la nevera a buscar una cerveza y encendió un cigarrillo. Que el *intruso* viviera en un departamento con la misma distribución que el suyo era una ventaja, podía hacer buen uso de ese conocimiento, desplazarse por allí solo con la luz de una linterna, para él no sería complicado, y luego buscar lo que iba a buscar. A medida que se iba calmando fue entrando en un estado de sosiego, aunque no por eso los pensamientos de la tarde con los delincuentes y el plan que habían forjado para esa noche lo dejaban en paz. Si bien el sentido último del robo era quitarle al *intruso* las fotografías comprometedoras que tenía en su poder obligándolo a renunciar a la extorsión, Paulino, notable vigilante y protector de *la señora*, comenzó a meditar sobre el hecho de que luego del robo debía dejar el edificio, dejando sin protección a su protegida, mientras que este seguiría viviendo allí, y sería como una amenaza latente, y ella quedaría desamparada, indefensa ante tan ruin personaje. El *intruso*, al descubrir que le habían sido birladas las fotografías, —Paulino daba por seguro que las fotografías y los negativos los tenía a buen reparo en el departamento—, entraría en cólera, de eso no le cabía ninguna duda, y no sería nada raro que aun sin asociarla al robo, quisiera emprenderla contra ella. Estas meditaciones supusieron una nueva preocupación para Paulino, que se sentía responsable de su integridad, y ahora debía abandonarla, dejándola sola, huérfana de protección. Si él pudiera continuar viviendo en su guarida de alguna manera estaría vigilante, atento a que el truhan no desatara su ira contra ella. En realidad, no sabía cómo podría actuar el *intruso* contra su protegida, pero el tipo era de cuidado, de semejante ruin se podía esperar cualquier cosa, y este razonamiento lo preocupó. Estos pensamientos que perseguían a Paulino lo llevaban a discurrir por los vericuetos que su mente le dictaba, y por esa razón comenzó a sentir que con su huida de la guarida la abandonaba a su suerte y la traicionaba. Pero no podía hacer otra cosa, había sido descubierto y lo

habían amenazado, debía huir de allí. A la ansiedad que iba *in crescendo* porque a medida que pasaban los minutos se acercaba la hora, se unieron una sensación de impotencia y desazón, por no poder protegerla como hubiera querido. Aunque rechazaba beber porque quería estar lo más lúcido posible cuando se tuviera que encontrar con sus compinches para realizar «el trabajo», no lo pudo evitar y se sirvió un whisky. Pese a que el sentimiento de abandonarla a su suerte lo angustiaba, era obvio que debía dejar la guarida inmediatamente después del robo: el indiscreto vecino que lo había visto hurgar en el buzón de su protegida lo tenía fichado, y bien lo decía la misiva: «lo denunciaría a la policía si lo veía por el barrio», y le había dado cuarenta y ocho horas. También se preguntó si el intruso se animaría a denunciar el robo, siendo él un delincuente, tenía dudas que lo hiciera, pero no lo podía asegurar, y si esto ocurría, la policía comenzaría a investigar, y esto lo intranquilizaba. Si esto fuera así, el hecho de que él desapareciera repentinamente del edificio coincidiendo con el robo, podría ponerlo bajo sospecha, y no dejaba de ser una preocupación más a su ya atolondrada cabeza, que le hacía presagiar sombras en el horizonte. Por otro lado el temor a que lo descubrieran como autor del robo y que pudiera dar con sus huesos en la cárcel, lo abrumaba. Y todo esto sucedía, mientras quedaban pocas horas para iniciar la marcha a la aventura más insólita en la que había incurrido. En esos pensamientos estaba cuando de pronto se le ocurrió una idea: la carta amenazante que una vez había pensado para hacer desistir al *intruso* y que luego desechó, ahora unida al robo del departamento, podría ser efectiva. Antes era solo una amenaza por escrito de la cual el intruso se hubiera reído de ella, eso terminó concluyendo, pero ahora esta misma amenaza, acompañada por el robo, —sus compinches le dijeron que iban a vaciar el departamento, no iban a dejar nada—, esto cambiaba las perspectivas. El intruso ahora sabría que se enfrentaba a verdaderos delincuentes que no reparaban en nada, y ahora sí que la carta podía dar resultado, ahora podía esperar que esta lo atemorizase, y lo podría obligar a irse del barrio. Además, razonó, podría agregar a la carta amenazante una cabeza de cerdo, como aquella vez lo había pensado, y esto sí que lo vería como una verdadera advertencia, una verdadera intimidación. De la angustia y la preocupación pasó a un leve estado de euforia, esta acción tenía visos de prosperar. Miró la hora y vio que daban las seis y media. Le quedaba poco tiempo y tenía que actuar con rapidez. Primero pensó en la carta, debía ser corta, contundente, con un claro matiz de ultimátum. Entonces agarró el lápiz y comenzó a escribir:

«PERRO INMUNDO, TE DOY 48 HORAS PARA QUE DESAPAREZCAS, NO TE QUIERO VER NUNCA MÁS POR AQUÍ. NO ES BROMA, SI NO DE VAS TE METERÉ UN TIRO EN LA NUCA».

Le gustó, el mensaje era rotundo, tajante, no admitía réplicas, esto lo pondría patitas a la calle, pensó él, porque aunque era un tipo soberbio y arrogante, no era estúpido, y se atemorizaría y huiría. Se quedó satisfecho, pensó que daría resultado. Se le ocurrió algo más, compondría el texto con letras de periódicos, de distintos tamaños y colores, las pegaría en un papel, esas cosas surtían efecto, siempre impresionaban. Buscó una hoja en blanco y unos periódicos viejos que tenía en su departamento. Antes se puso unos guantes, lo había visto en las películas, no podía dejar ningún rastro, menos sus huellas dactilares. Con una tijera comenzó a recortar las letras, tal como lo había pensado. Luego fue pegando una a una en la hoja de papel. Cuando vio el cartel terminado se estremeció. Era perfecto, perfecto para disuadir a cualquiera, y si ahora se iba a una carnicería y compraba una cabeza de cerdo, la disuasión, la presión al *intruso* sería máxima. Salió de su departamento rumbo a una carnicería, lejos de su casa, tenía que despistar, por si la policía entraba en juego; compró la cabeza de cerdo y en su departamento la metió en una caja, antes vertió algunas gotas de sangre en la hoja que acababa de construir, unas pocas, debajo, sin tocar las letras, a modo de firma. Sí, iría firmada por su verdugo, él ahora era el verdugo del *intruso*, así quería actuar, así debía actuar. Cuando terminó su trabajo vio mermar la luz del día, y los últimos rayos de sol apenas si traspasaban los cortinajes de su casa. Miró la hora, daban las siete y media de la tarde, pronto sería de noche y sería la hora de partir a su guarida. La ansiedad le subió de golpe, de pronto se iba a convertir en cómplice de una banda dedicada al saqueo de viviendas, en un reventador de puertas, en un verdadero ladrón. El paso que daba era gigante comparado con su hobby de robar cartas, pero las cartas estaban echadas, y lo más importante, no tenía otra solución si quería salvar a su protegida de las garras de un delincuente sin escrúpulos, un verdadero facineroso. Puso la caja con la cabeza de cerdo en el bolso y la hoja que había preparado la dobló cuidadosamente en dos y la metió, luego puso unos guantes y una linterna, se calzó unas zapatillas y se vistió de chándal, del fondo del armario sacó una gorra con visera. No era un disfraz, pero en el barrio no lo conocían así vestido, y estas ropas le permitirían pasar desapercibido. Paulino Chain salió de su departamento apresuradamente. Esa noche tenía una importante tarea por delante. Se lo había propuesto desde el momento que había leído la última carta que había robado. Bolso al hombro y así vestido se fue a su auto. Salió

disparado del parking y puso rumbo a su guarida. No dejaría el coche en la plazoleta como siempre lo hacía, esta vez lo dejaría en el otro extremo de la calle, donde lo había dejado aquella primera vez, que ahora le parecía lejana, cuando fue a buzonear. Estacionó el coche y con el bolso al hombro se fue andando al departamento, la oscuridad de la noche le daba una cierta seguridad, esperaba que su acechador no lo descubriera, aunque era temprano y todavía había gente en la calle. Mientras iba a su edificio vio que la cafetería estaba abierta, lo mismo que el supermercado. Enfrente, la casa de su protegida estaba sumergida en la oscuridad. Subió con el ascensor y la suerte quiso que no se cruzara con nadie. Cuando entró al departamento encendió la luz tenue de una lámpara de mesa, pero no se animó a encender la luz del techo. Se fue directo al balcón y se sentó en la única silla que había. Desde la oscuridad de su sitio de vigilancia vio que el departamento del intruso tenía las ventanas encendidas, y que las sombras que se movían dentro le decían que ellos estaban allí. Ahora había que esperar que saliesen, y aunque desde el día que comenzó a vigilarlos salían cada noche, nada le aseguraba que esta noche volvieran a hacer lo mismo, y en ese caso todo se iría al traste. Pero tenía que seguir adelante, se jugaba mucho, y la que más se jugaba era su protegida, que estaba a un tris de caer en sus redes. Aunque fumaba sin parar porque los nervios lo corroían por dentro no probó un solo trago de whisky, era consciente que debía estar en la plenitud de sus facultades mentales y que no se podía permitir un fallo. Al rato entró y apagó la única luz de la lámpara, quería estar en la total oscuridad y no ser visto por nadie. Con la punta del cigarrillo alumbraba el reloj e iba viendo cómo los minutos pasaban con una lentitud exasperante. A medida que corría el tiempo la ansiedad fue ganando enteros, no faltaba mucho para entrar en acción, entonces un sudor frío le comenzó a recorrer el espinazo, la respiración se hizo cada vez más rápida, más entrecortada, y sentía cómo el corazón le galopaba en el pecho a una velocidad inusitada. Estaba en una situación límite, y el estado de nerviosismo que llevaba lo desbordaba. De pronto, a eso de las once, se apagaron las luces del 3.ºA. Al rato, ambos, salieron a la calle y se dirigieron a la cafetería, como cada noche de las que él había sido testigo, respiró profundo y alivió una carga. Cuando pasaron debajo los siguió con la mirada, aunque de refilón, sin dejarse ver. Entraron a la cafetería. Ahora la mirada estaba dirigida a la esquina, a la cafetería. Las mesas y las sillas vacías en la terraza, iluminada por la luz del interior, era un buen escaparate donde podía ver todos los movimientos. No pasó media hora que salieron. Eran cuatro, ellos dos y una pareja, riendo, y carcajeando. Así hasta que

desaparecieron de su vista. Faltaba casi media hora para las doce. Llamó a sus compinches, como habían quedado:

—Hola, soy yo, estoy aquí en el balcón, ya han salido.

—¿Están apagadas todas las luces de la casa?

—Sí, están apagadas, no hay nadie ahora, se han ido de la cafetería también.

—Bien, llámanos cuando la cafetería esté cerrada.

—De acuerdo.

A las doce los camareros comenzaron a entrar las sillas y las mesas. Poco después se apagaron las luces y fueron saliendo todos, uno de ellos, el último, cerró la puerta y bajó las persianas. Era la hora señalada. Cuando llamó por última vez fue para decirles que todo estaba despejado, la cafetería cerrada y nadie por la calle. Paulino, con el corazón en un puño, se quedó en el balcón. Al rato, un Plymouth del 66 aparcó en la plazoleta. Se bajaron dos e iniciaron la marcha. Agitado como estaba, abrió el bolso e hizo un recuento: la caja con la cabeza de cerdo, la carta, la abrió y la volvió a leer: «PERRO INMUNDO, TE DOY 48 HORAS PARA QUE DESAPAREZCAS, NO TE QUIERO VER NUNCA MÁS POR AQUÍ. NO ES BROMA, SI NO DE VAS TE METERÉ UN TIRO EN LA NUCA», se sintió orgulloso, era un texto que intimidaba a cualquiera, comprobó la linterna, sacó los guantes y se los calzó, se puso el bolso al hombro y bajó. Casi al momento llegaron el ensortijado y el de la cara gris, ambos con sendos bolsos. Antes de tocar nada se calzaron unos guantes y subieron por el ascensor, cuando llegaron al rellano Paulino les indicó la puerta. La oscuridad era total, y no se oía un solo ruido, todo era silencio, se podía decir que el edificio entero dormía. El ensortijado encendió una linterna y el de la cara gris sacó del bolsillo de la chaqueta dos alambres de acero, muy duros, pudo ver los reflejos, algo moldeados en la punta, y los introdujo en la cerradura, uno arriba y el otro abajo, como haciendo un ángulo entre ellos, y comenzó a hurgar, hacia un lado, hacia el otro, uno más adentro, el otro algo más afuera, al cabo de un momento oyó un click, el de la cara gris sostuvo con fuerza los alambres y le hizo una seña con la cabeza al ensortijado, entonces este agarró el picaporte y lo giró, y con una suavidad sorda, casi inaudible, la puerta cedió. Fue un momento mágico para Paulino, lo que para ellos era algo habitual, para Paulino fue asombroso, estaba viviendo unos momentos que no olvidaría nunca, de simple robacartas a cómplice de una banda de asaltantes en plena faena, en segundos se encontró dentro de la casa de su enemigo, cerraron tras de sí y linterna en mano alumbraron la sala, inmediatamente bajaron todas las persianas, Paulino sacó

su linterna del bolso y se fue al dormitorio, conocía la distribución del piso, era igual al suyo, imitándolos se fue a la ventana y bajó la persiana, el ensortijado y el de la cara gris lo siguieron, en ese momento Paulino, agitado como estaba, les pidió, bajando la voz: «Si ven fotografías díganmelo, es lo que vengo a buscar», luego se dirigió al armario, los otros dos alumbraron una cómoda y un tocador, luego las dos mesitas de luz, había piezas brillantes, unas parecían de oro, otras de plata, algunas tenían piedras engarzadas, se alzaron con todas, sin estar totalmente seguros si eran simples imitaciones o auténticas, poco importaba en ese momento, ya estudiarían las piezas una a una después, en su apostadero, con más tiempo y dedicación, ahora había que llevarse todo lo que podía ser de valor. Paulino abrió el armario y se lo encontró atiborrado de ropa que pendía del colgador, a la derecha algunas chaquetas, pantalones y camisas que sin duda eran de él, a la izquierda, ocupando un mayor espacio ropa de mujer, vestidos, chaquetas, más camisas, arriba, sobre un estante que iba de lado a lado del armario había cajas de cartón, algún sombrero suelto, dos maletas y un bolso de deportes, bajó las cajas y las maletas, después el bolso de deportes, abrió las cajas, más sombreros, alguna prenda que no entendía que hacía allí, en otra había papeles sueltos, recortes de periódicos, algunos documentos, facturas, sin detenerse en ellos los metió todos en su bolso, podrían ser importantes, abrió las maletas, una estaba vacía, la otra llena de prendas, rebuscó entre ellas, no encontró nada interesante, el bolso de deportes tenía dos raquetas de tenis, por lo demás estaba vacío, prestó atención abajo, en el suelo del armario, había pares de zapatos sueltos, y zapatillas, y en el extremo derecho, de pie, una maleta negra de viaje, la asió por la empuñadura y la sacó, intentó abrirla pero no pudo, estaba cerrada con llave, mientras esto ocurría los maleantes seguían revisando cajones y vaciándolos, mientras descartaban lo que no veían de valor, así fueron rebuscando en cada mueble que se cruzaba en su camino, «¿No han visto ninguna foto en los cajones..., o negativos...?», —les dijo en voz baja, algo jadeante, porque estaba muy excitado y vivía un momento excepcional de su vida—, mientras tanto los otros dos que estaban muy atareados metiendo cosas en sus bolsos ni le contestaron, estaban en lo suyo, y nada los detenía en ese trajinar de saqueo en plena oscuridad solo iluminado por el haz de las linternas. Sin contestarle salieron del dormitorio e hicieron un recorrido por la casa, primero la sala, allí señalaron un televisor y un equipo de música que cargaron y lo dejaron al lado de la puerta de entrada, había otros muebles que vaciaron y dejaron todo por el suelo desparramado, cuando veían algo que pudiera ser de valor lo cargaban: pequeños adornos,

una casetera de música, un reloj de muñeca de mujer, otro de hombre, un lapicero que parecía tener el capuchón de oro, una cajita de música, una plancha, arrasaban con todo lo que pudiera ser vendible, así fueron vaciando la casa entera, del baño se llevaron una máquina de afeitar eléctrica, un secador para el pelo, un perfume cerrado en su caja, en la cocina encontraron una tostadora, volvieron al dormitorio y la maleta vacía les sirvió para seguir arrasando con todo lo que veían a su paso, Paulino mientras tanto peleaba con la maleta negra que no podía abrir, ni siquiera tratando de forzar la cerradura con la punta de un cuchillo que había traído de la cocina, en esas estaba cuando el de la cara gris lo apartó, sacó sus alambres de acero y con dos movimientos certeros la abrió, alumbró con la linterna, y allí estaba, un revoltijo de fotografías llenaban la maleta, las pasó rápidamente de mano en mano alumbrándose como pudo, eran todas escenas pornográficas de diferentes personas, luego vio algunos recortes de periódicos y alguna que otra factura suelta, en un bolsillo interno descubrió unos negativos, y a un lado un sobre abultado, lo abrió, y eran las fotos de ella, *la señora*, próximas a ser usadas, si no se rendía a sus demandas, «¿Esto es lo que buscabas, eh?», —le dijo entre sonrisas el de la cara gris, que se ufanaba de su habilidad para abrir cerraduras—, «Sí», —dijo extasiado, no pudiendo contener su alegría, porque se sonrió, al principio fue solo una mueca, pero después, en voz baja, comenzó a carcajear, porque era incontenible su alegría, porque no se podía creer lo que tenía en sus manos, tan luego las fotos con las que el maldito intruso pensaba chantajear a su protegida—. Los maleantes eligieron la mejor ropa, las mejores chaquetas, los mejores vestidos, las mejores camisas, y cargaron todo en la maleta vacía, el ensortijado miró la hora, «Son las dos», dijo, «Es hora de marcharnos», y fueron llevando todo a la entrada, los dos bolsos que habían llevado, la maleta grande cargada de ropa, y lo dispusieron al lado del televisor y del equipo de música. Paulino se puso el bolso al hombro y se llevó la maleta negra, cuando estaba en la sala abrió el bolso y sacó la caja, dejó la cabeza en la mesa y al lado la nota amenazante, apuntó con la linterna y la volvió a leer: «PERRO INMUNDO, TE DOY 48 HS PARA QUE DESAPAREZCAS, NO TE QUIERO VER NUNCA MÁS POR AQUÍ. NO ES BROMA, SI NO TE VAS TE METERÉ UN TIRO EN LA NUCA», tuvo un amago de soberbia, porque en ese momento se sintió poderoso, había vaciado de poder a su archienemigo al robarle las fotos, lo había dejado inerme, desarmado, y ahora, sin las fotografías era un simple mortal miserable y execrable que suponía iba a darse a la fuga en cuanto leyera la amenaza, y había tenido una gran idea al remarcarla con la cabeza de



cerdo que aun chorreaba de sangre, pero la situación apuraba, el jefe había dicho que «era hora de irse», así que se puso el bolso al hombro nuevamente y se dirigió a la puerta, donde esperaban los trastos que sus compinches habían amontonado; el ensortijado, jefe absoluto de la operación que estaba a punto de acabar, miró la nota y la cabeza de cerdo al lado, «¿Y esto qué es?», le preguntó, «Esto un regalo que le dejo al hijo de puta que vive acá», le contestó con una pizca de osadía, no pudo continuar, porque en respuesta lo midió con la mirada, y le largó: «No me importan tus problemas, dame cinco mil y estamos en paz», y le alargó la mano, Paulino, eufórico como estaba, metió la mano en el bolsillo y sacó un fajo, contó cinco mil y se los entregó. Apagaron las linternas y el de la cara gris se fue al balcón, desde allí con la linterna hizo señas al compinche que había quedado en el auto estacionado en la plazoleta, un guiño de luces y al momento se puso en marcha. La tarea estaba concluida. Hicieron dos viajes en el ascensor para bajar todo, Paulino en el primer viaje se despidió de ellos y se metió en su edificio, en sus manos, su botín, la maleta negra. Subió a su guarida y no se animó a encender la luz. Quizás fuera esa la última vez que paraba por allí, y aunque en plena oscuridad, el pequeño resplandor que llegaba de la calle se colaba por las ventanas y pudo ver al trasluz de las cortinas la sala entera: la ventana desde donde observaba desnuda a *la señora*, la silla y la mesita donde se hacía el café para no perder ni un segundo la vigilancia, la cocina donde preparaba sus frugales cenas a base de emparedados, luego la mesa comedor y las sillas, allí festejó con vino blanco cuando descubrió que el intruso era sin lugar a dudas un residente de alguno de los dos edificios, solo había pasado un mes, y le parecía toda una vida, ¡eran tantos los recuerdos, y tan intensos! Bajó en el ascensor y salió a la calle, sus compinches ya se habían largado, el reloj tocaba las dos y media. Ya afuera se dirigió a su auto. Metió la maleta negra y el bolso en el baúl y salió disparado a su departamento. Cuando desde el parking subió en el ascensor y entró a su departamento estaba ansioso por ver las fotografías que le había arrebatado al maldito malhechor. Despejó la mesa redonda y puso la maleta encima. La abrió y descubrió, ahora sí, a plena luz de la sala, su preciado tesoro: estaba atestado de fotografías, había además algunos recortes de periódicos y unas pocas facturas sueltas, y en el bolsillo interno, como ya lo tenía visto de antes, el sobre con las fotos de su protegida. Sacó todo de la maleta y lo esparció en la mesa, a la maleta la apoyó en el suelo. Luego fue separando las fotografías y las fue apilando en un extremo de la mesa, estimó que habría unas doscientas, a los recortes de diario y las facturas los apartó y los puso encima de una silla, lo mismo hizo con los

negativos, quería la mesa despejada, ya luego también estudiaría eso, ahora tomó el sobre y lo puso delante de sí, sabía de su contenido, ya lo había visto antes, a la luz de la linterna, de manera rápida, casi descuidada diría, pero sabía que se trataba del sobre donde estaban las fotos de *la señora*, de su protegida. Ahora podía ver bien. Había más de veinte fotos de ella, y entre ellas los negativos. Las fue observando una a una, en todas se dibujaban las escenas más escabrosas y lujuriosas que jamás habría podido imaginar. Las miró por detrás y vio que figuraba el nombre y el año: Margarita Bassand, y debajo 1960. Estaban en el 1976, habían pasado diez y seis años, las tenía guardadas, y ahora se disponía a usarlas. Se quedó perplejo. ¿Por qué no las usó en su momento? Quizás por esa época su protegida era una simple profesora universitaria y su economía no justificaba un chantaje. Era evidente que la mujer que veía en la foto con su protegida y el maldito *intruso* eran socios en este sucio negocio de extorsionar a la gente, ella seduciendo a los incautos que caían en sus redes y luego manteniendo relaciones sexuales, y el otro fotografiando, vaya a saber cómo lo haría, quizás desde un cuarto vecino a través de un agujero en la pared, muy bien disimulado, o desde un armario, también a través de un orificio. ¿Y dónde harían la «faena»? ¿Sería en la casa de alguno de los dos? ¿O tenían algún sitio especial, destinado a «hacer la función»? Ahora que lo recordaba, en el único seguimiento que le había hecho al truhan, lo había visto entrar, —y esa vez entró con su propia llave—, como decía, lo había visto entrar a una casa de citas que él conocía, «Paradise» se llamaba, no tenía buena fama, luego vio cómo se despedía de la *madame*, con mucha confianza, y mucha familiaridad, como si fueran viejos amigos, quizás pudiera ser que allí mismo tuviera armada la trampa, el tinglado donde llevarían a los incautos. También caía en la cuenta que su protegida era homosexual, era lesbiana. Para su desgracia, porque desde la primera vez que la vio desnuda la deseó, y con el paso de los días la deseó más que a ninguna otra mujer había deseado en su vida, ya recordaba él los envaramientos involuntarios que lo acosaban continuamente y cómo resolvía la permanente excitación sexual visitando a sus «chicas» cada vez con más frecuencia. Pero este deseo que sentía hacia *la señora*, ahora sabía que no podría ser complacido jamás. Ahora que lo recordaba, en la primera carta amenazante el truhan había escrito que sabía «que tenía a su mejor amiga en el extranjero y que ella solía venir a visitarla», también recordó que una noche, mientras la observaba a través del telescopio, vio aparecer en el dormitorio otra mujer, lo recordaba muy bien, era rubia, de buen ver, rondaría la misma edad que ella, y cuando se detuvieron frente a la cómoda se pusieron

de frente mientras reían, hablaban y gesticulaban, después ella se fue hasta la ventana y bajó la persiana, y esa noche se quedó sin desnudos. ¿Sería su mejor amiga del extranjero? ¿Sería su amante actual? Todo eran interrogantes. De todos modos, poco importaba ahora que fuera lesbiana o no, lo cierto es que le había salvado la vida a su protegida, o mejor, de ser extorsionada, por un ser miserable, por una rata inmundada, y él, sí, él, precisamente él, había vencido. Y no era poco. De pronto se sintió poderoso, también él necesitaba darse un baño de orgullo. Entonces alzó la vista y respiró profundo. Se pasó la mano por la frente y miró la hora, daban las cuatro de la mañana. Ya no le importaba, faltaría al trabajo por segundo día consecutivo, y además no tenía sueño, estaba totalmente desvelado. Siguió con el razonamiento y pensó que su protegida habría sido seducida por la mujer, quizás hubo un verdadero atractivo sexual entre ellas, y luego la otra la traicionó, permitiendo que su socio las fotografiara en plena faena, luego no se deshicieron de las fotos, y quedaron allí, como tantas otras, para el recuerdo. No sabía cuánto tiempo hacía que el intruso vivía en el edificio de al lado, quizás no hacía mucho, y seguramente cuando un día la descubrió desde su balcón, o desde la cafetería, le asaltó la idea. Y vio que su morada no era un miserable departamento, se trataba de una hermosa casa, probablemente la mejor del vecindario, le habrá extrañado eso, y habrá pensado que tendría dinero, entonces se puso manos a la obra, y habrá comenzado a hacerle un seguimiento, allí habría descubierto que trabajaba como investigadora en el Consejo de Investigación y que ganaría un buen dinero, entonces recuperó las fotos que tenía de ella y tramó el plan. En los seguimientos habrá descubierto las intimidades que de ella cuenta en las cartas: la hora que sale de su casa, el bus que toma para ir al Consejo, el pequeño restaurante donde almuerza, su plato favorito, la hora que regresa del trabajo, el supermercado, el pescado y el vino blanco, a lo mejor la envió a su compinche para hacer la vigilancia, todo podría ser, lo que no entendía era cómo se había enterado que tenía su mejor amiga-amante en el extranjero y que venía a visitarla, quizás su compinche en uno de los seguimientos descubrió una conversación entre ellas, sí, era lo más probable, y usó esta información en la primera carta, para impactarla y darle a entender que la tenía totalmente controlada, habría sido así, no creía equivocarse. Habían pasado diez y seis años, y él habría cambiado lo suficiente como para no correr el peligro de ser reconocido por ella, y ella por lo que sabía no era de andar mucho por el barrio, no se daba con la gente, recordaba la carta que había recibido él mismo cuando un vecino lo descubrió hurgando en el buzón

de ella: «*Ud. sale de su edificio y se dirige a la casa de una vecina nuestra, por cierto muy poco dada a relacionarse con el vecindario...*», y también «*Por el momento no se lo comunicaré a la citada vecina porque esta señora, muy poco comunicativa con los vecinos...*». El maldito intruso la habría descubierto alguna noche desde la cafetería, cuando ella llegaba a su casa, después del Consejo. Así habría sido, —se dijo convencido de sus razonamientos. Volvió a guardar las fotos en el sobre y lo apartó. No quería regodearse con la visión de las fotos de su protegida, en una orgía de sexo y lujuria, en el fondo le producía un disgusto haber descubierto su sexualidad, no dejaba de ser una desilusión para él, que sin saber cómo, se había imaginado un futuro ligado a ella. Acercó el manajo de fotografías que había dejado en la mesa y una a una las fue mirando. La mayoría eran la compinche de turno con hombres en las posiciones más obscenas y pornográficas que se pudo imaginar, ahora entendía bien, el tipo era un delincuente que en combinación con las mujeres de las fotos fotografiaban con las manos en la masa a ingenuos personajes que caían en la trampa a cambio de tener sexo, luego, como en el caso que le tocaba, los extorsionaban; elegían gente con dinero, gente casada, o con puestos de trabajo de responsabilidad y de mucha exposición, gente relevante, y siempre adinerados, he aquí el quid de la cuestión, el motivo de los elegidos, y así vivían, del chantaje y la extorsión. Luego no les entregaban todas las fotos, se quedaban con algunas, o quizás hacían copia de cada una, por si alguna vez querían volver a extorsionarlos, por eso veía tantas fotos de tantos personajes, era un sucio estafador, un tramposo, un maldito timador que se merecía un buen escarmiento. Siguió observando con detenimiento las fotos. Por detrás, lo mismo que las de su protegida, todas tenían escrito el nombre del incauto y el año del suceso. Y así, año por año, las fue ordenando. Fue haciendo pequeños montones. Las primeras, se remontaban al 1956, seguramente cuando el tipo comenzó con este juego de fotografiar y extorsionar. Se fijó que del cincuenta y seis al sesenta y cinco era siempre la misma mujer la que actuaba, evidentemente era su cómplice, muy joven, y por lo que veía muy agraciada, y mirando con más detenimiento observó que se trataba de la misma mujer que aparecía en las fotos con su protegida, todo coincidía, las fotos de su protegida eran del 1960, luego vio que del sesenta y seis al setenta y dos era otra mujer distinta, y que del setenta y tres en adelante, era la misma que ahora era su compañera en el departamento. Había tenido tres mujeres cómplices distintas en su carrera delictiva, que se habían beneficiado y habían completado con él un dúo de estafadores que le habían permitido vivir como señores, y nunca denunciados,

nunca descubiertos, habían sabido mantenerse en el anonimato durante tanto tiempo. Increíble. Pero ahora llegaba él para darle el zarpazo, para vengarse de todas sus víctimas, ahora él, espía por necesidad, se iba a tomar la revancha en nombre de todos, al truhan le iba a dar un escarmiento que no se olvidaría jamás, porque semejante desalmado no podía quedarse impune, a salvo y tan campante, no, no lo iba a permitir. Miró la hora y daban las cinco. Estaba exhausto. El día había sido agotador. Se levantó y casi tambaleante se dirigió a su dormitorio. Necesitaba dormir.

# VEINTE

---

Cuando Román Argutti y su compañera Naomi entraron al departamento y encendieron la luz de la sala se quedaron paralizados. Al asombro por el caos que veían, —todo estaba revuelto y desparramado por el piso—, le siguió una sensación de angustia mezclada con una rabia incontenible: alguien había entrado en la casa y lo que era evidente, habían robado. Y no se habían andado con chiquitas, porque un primer pantallazo de la situación les mostraba que había desaparecido el televisor y el equipo de música, los dos elementos que más sobresalían en la sala. Cerraron la puerta tras de sí alarmados, y rápidamente la mirada de ambos se centró en la mesa de la sala, allí destacaba como si fuera la reina de un carnaval dantesco, una enorme cabeza de cerdo, los ojos abiertos y exorbitados parecían mirarlos con odio, y de la boca colgaba una lengua azulada, en plan de burla al mismo tiempo que amenazante. A la sorpresa le siguió la parálisis, los dos se quedaron con la mirada fija en la mesa, Román, despertó del ensimismamiento y dio dos pasos hacia allí, y al acercarse vio la nota, detrás, paralizada, Naomi, su amante-amiga-compinche, se cubrió la cara sin por eso dejar de observar, alucinada y llena de pavor, la cabeza de cerdo, que inquietante cernía su mirada hacia ella, o eso le parecía. Cuando Román Argutti se acercó pudo ver de cerca la nota, que escrita con letras de periódicos recortados y pegados en una hoja de folio blanco lo amenazaba y lo conminaba a largarse: «*Perro inmundo, te doy 48 hs para que desaparezcas, no te quiero ver nunca más por aquí. No es broma, si no te vas te meteré un tiro en la nuca*».

—¿Quién es el hijo de puta? —se dijo sorprendido.

Le salió del alma, pero inmediatamente casi corriendo recorrieron la casa, Román rápidamente se fue al dormitorio, abrió el armario y lo primero que vio lo llenó de pánico, la maleta negra, la maleta que contenía todas las fotos y negativos de su trabajo de años había desaparecido.

—¡Hijo de puta!, —dijo casi gritando.

La habitación, como la sala, parecía devastada. Maletas en piso, cajones abiertos, ropa tirada aquí y allá, sombreros que se mezclaban con zapatos, y no quedaba nada de los contenidos de las cajas que contenían las joyas y las bisuterías de su amante-amiga-compinche. Naomi pegó un gritito. Román, en un estado de nerviosismo extremo siguió rebuscando como creyendo que

todavía era posible encontrar, en algún sitio del departamento, la maleta negra, la maleta que le tenía que dar los cincuenta de los grandes, sin esa maleta era hombre muerto, y lo sabía, lo sabía muy bien. Sobre la cama ropa suelta, cajones de las cajoneras dados vuelta, algunos zapatos, cuadros que habían sido descolgados, —¿buscando una caja fuerte?—, perchas sueltas, un abrigo viejo, y por el suelo otro tanto, todo era un desbarajuste descomunal, y haciendo un recuento muy por encima vio que le faltaban las mejores ropas, las mejores camisas, una chaqueta de cuero nueva, pantalones de fiesta, el abrigo de cachemira que hoy justo hoy no se había llevado, el robo era gigantesco. Naomi, profundamente alterada, se fue a la cocina, luego al baño, faltaba todo lo que se podían haber llevado que tuviera algo de valor. No les quedaba nada. Habían sido vaciados. Casi corriendo se cruzaron en el pasillo, él saliendo del dormitorio y ella viniendo de la cocina, Román, que completamente alterado jadeaba mientras rebuscaba en todos los sitios en busca de la imposible maleta negra, y ella sin las joyas y los mejores vestidos. Román sabía que sin las fotos era hombre muerto, se le venía el mundo abajo, y nada podía hacer. Se fue a la sala y se sentó en el sofá. Lo siguió su amante-amiga-compinche, que sin mirar la mesa desde donde los amenazaba la cabeza de cerdo, se sentó a su lado.

—¿Quién pudo haber sido? —se dijo Román en voz baja, aunque suficiente para que su par le contestara algo, necesitaba una respuesta, por estúpida que fuera.

Con la cabeza entre las manos, mirando hacia abajo, —no quería ni pasar la mirada por la mesa de la sala—, la mujer contestó compungida:

—No sé. Nadie sabe que estamos acá. Salvo los del «Paradise», nadie más. Pero esa cabeza de cerdo, y la nota, ¿Qué dice la nota? Yo no la quise ni mirar.

—No entiendo, ¿por qué la cabeza y la nota? Si fuera solo el robo... pero la cabeza de cerdo y la nota, no me encaja todo esto. ¿Qué dice la nota?, que nos tenemos que rajar de aquí o nos meten un tiro en la nuca, eso dice. ¡Qué te parece! Una cosa disparatada. Pero una cosa es cierto, no es solo un robo, hay algo más. ¿La tonta esta de acá enfrente nos habrá denunciado a alguien? No puede ser cosa de la policía, pero sí de algún otro, que nos esté queriendo quitar del medio, no sé por qué.

—¿Y qué vamos a hacer?

—No lo sé. Si nos tomamos en serio lo de «el tiro en la nuca» nos tendríamos que rajar. Pero no sé. Lo cierto es que nos robaron todo, no

tenemos las fotos, eso es lo más jodido, y el televisor, la ropa, hasta la máquina de afeitar se llevaron estos hijos de puta.

—Yo diría de irnos, buscamos otro departamento, lejos de acá.

—Alguno del «Paradise», ¿tendrá algo que ver?, —meditaba en un monólogo continuo Román.

—No creo, solo Sara, la *madame*, y su nuevo novio, saben nuestro paradero, las chicas no saben nada, no tienen ni idea.

—¿Tendrá algo que ver ese nuevo novio que se echó? ¿Sabes algo de él?

—No, Sara dijo que trabajaba en una oficina, nada más.

—¡En una oficina!... eso no se lo creo ni aunque me lo jure, es un vividor, ¿no viste la pinta que tiene?, ¿tiene pinta de laburante?, ¿de levantarse a las siete para ir a laburar? A mí no me la hace correr. ¡A ver si este tipo se juntó con un par de colegas y nos vinieron a reventar la casa! Y sabe del negocio de las fotos, y ahora las tiene él, ¡a ver si la va a chantajear él! ¡Hijo de puta! ¿Podrá ser cierto esto?

—Román, te estás equivocando, Sara no le habrá contado nada a nadie de los «trabajitos» que hacemos en el «Paradise», sabe que no lo puede contar, ella misma se juega el pellejo, no será tan estúpida de contar a cada novio que tiene todos los secretos de la habitación trucada donde hacemos las sesiones, ella no haría nunca una cosa así.

—No sé...

—Seguro que no, olvídate ya, el novio que tiene ahora es un patán, es incapaz de hacer una cosa así, como entrar al departamento y robar todo, todo Román, todo, nos han dejado sin nada. Para seguir viviendo aquí tendríamos que volver a comprar todo, ¿sabes qué es todo?, un televisor, un equipo de música, una radio, ropa, un montón de ropa, y de la buena, y un montón de cosas más, yo me he quedado sin nada, ni una joya, ni un anillo, pulseras, colgantes, todo de oro y brillantes, —comenzó a sollozar Naomi, que compungida le caían lágrimas como de cocodrilo, y con el dorso de las manos intentaba sacárselas de encima—, joyas que he ido comprando para el día de mañana tener algo, ¡es como si todos mis ahorros se hubieran ido a la mierda!, y ahora no tengo nada, son años de trabajo, de tener que estar con gente, algunos asquerosos, y haciendo jueguecitos que ni me apetecían ni los deseaba, ¿y todo para qué?, ¿para que un hijo de puta venga y me robe todo lo que tengo? ¿Sabes qué te digo?, que ahora me siento violada, estafada, trampeada, es lo peor que me pudo pasar en esta vida de mierda.

Mientras tanto, Naomi seguía a llanto vivo, porque no se podía contener, y no encontraba consuelo a tanto ultraje, a tanta vejación, a tanta infamia, según



ella sentía. Y sentía todo esto con total desparpajo y el mayor de los descaros, sin contar con los que fueron esquilados y estafados por ella misma y su compinche, a los que intimidaban ordenándoles el pago de una jugosa suma de dinero a cambio de entregar unas fotos que comprometían seriamente a la gente que timaban. Para mal de males, ahora de amenazantes pasaban a ser amenazados, la carta que aparecía al lado de la cabeza de cerdo lo decía con total claridad: «*no te quiero ver nunca más por aquí, si no te vas te meteré un tiro en la nuca*», y Naomi tenía miedo.

—Siga, siga, no se detenga... ¡es tan interesante!

## VEINTIUNO

---

A las once de la mañana del martes unos ruidos en la calle y un hilo de luz que se colaba por la persiana y que le atravesaba en diagonal la cara lo despertaron. Rápidamente tomó consciencia de las circunstancias que rodearon las últimas horas del día anterior y eso lo sobresaltó. Ese día había sido lo suficientemente intenso como para no olvidarlo. Se sentó en la cama y con los ojos aun entrecerrados intentó ponerse de pie. Debía llamar a su oficina y dar alguna justificación. Se fue a la cocina y después de llamar y dar un montón de explicaciones acerca de su «enfermedad», se preparó un café bien cargado. Consciente que el robo de las fotos había desbaratado el plan del maldito intruso, se lo imaginó furioso en su departamento y vaya a saber ahora qué estaría tramando. Teniendo en cuenta la figura del truhan, siempre soberbio y arrogante, con el aspecto de llevarse el mundo por delante, temió por su protegida. Eran los mismos pensamientos que ya había tenido antes y que ahora le volvían. Se la tomaría con ella, totalmente desprotegida e ignorante de su situación. Pero ¿qué es lo que podría hacer el maldito intruso contra ella? Mientras fumaba un cigarrillo y bebía a sorbos su café caliente comenzó a meditar. Era martes y ese día por la noche vencían las cuarenta y ocho horas que el miserable le había dado para juntar el dinero. Recordó que en la carta también decía que la llamaría por teléfono el martes por la noche para arreglar la entrega. El tipo, ajeno a que ella desconocía la amenaza, pero abonándose a la idea que su víctima no sabía que él ya no tenía las fotos, podría seguir adelante con el plan, y esa noche podría llamarla por teléfono, tal cual ponía en la última carta, y conminarla a que le pagara los cincuenta mil, y allí, en esa llamada, darle las instrucciones de cómo, dónde y cuándo efectuar la entrega, aunque todo fuera un farol. Si ocurriera algo así, ella, pobre desvalida, sería la primera en sorprenderse, porque no sabría a qué se refería. Pero por otra parte, ¿la carta amenazante que él le dejó en la mesa junto a la cabeza de cerdo surtiría el efecto esperado y saldría huyendo? ¿Renunciaría a llamarla y declinaría seguir adelante con el plan? ¿O se rebelaría y enfrentaría la situación sin hacer caso a su carta? Todas estas preguntas no tenían respuestas para Paulino, que seguía en la gran duda. Si bien el plan de dejar la carta con la cabeza de cerdo junto al desbarajuste y el robo del departamento había sido una gran idea, lo que no sabía era cómo reaccionaría el truhan. Después de reflexionar sobre este punto, comenzó por

desmenuzar los hechos y llegó a las siguientes conclusiones: en el peor de los casos podría ocurrir, tal como había pensado minutos antes, que el truhan ignorase la carta y siguiese adelante con el plan: en ese caso llamaría a su protegida y le reclamaría los cincuenta mil; la otra posibilidad, la más deseada por Paulino, era que el truhan, muerto de miedo por la carta y la cabeza de cerdo, se diese a la fuga y se olvidase de *la señora* y desapareciese, aunque dado el conocimiento que tenía de él, temía que esto no sucediera; una tercera posibilidad era que no dejara el departamento tal como él le ordenaba en la carta, pero que la amenaza y el robo de la maleta negra con todas las fotos le hiciese desistir llamarla para conseguir el botín, pero que al mismo tiempo comenzara a urdir algún otro plan, y esta era una posibilidad real, que aunque peligrosa, porque el tipo permanecería en el departamento a la espera de una oportunidad, a él le daba tiempo para reaccionar y ver cómo protegerla de rata tan vil. En este caso, si bien la carta con recortes de diario y la cabeza de cerdo aun chorreada de sangre no habrían dado el resultado esperado, sí era verdad que renunciaba a llamarla, renunciaba a seguir adelante con lo que se había propuesto, y esto, ya de por sí era un mérito. Preocupado por ambas posibilidades se sintió en la necesidad pergeñar alguna idea para neutralizarlo, para enfrentar dicha situación. Miró la hora y daban las doce del mediodía. Hasta la noche ella no llegaría a su casa y estaría libre de la temible llamada que él suponía que podía suceder. También terminaba el plazo para él, que tenía que desaparecer de la guarida, cosa que ya había hecho, por lo menos momentáneamente, porque estaba allí, en su antiguo departamento, rodeado de sus cosas antiguas y viejas, y que ahora, viéndolo como lo veía, se le antojaba detestable. Aunque aun no había comido y tenía el estómago vacío se sirvió un vermouth. Le echó un chorro de sifón y se sentó en el sofá. Encendió otro cigarrillo y se puso a pensar. En realidad, estando ausente de la guarida, no podía saber si el tipo y su compinche hacían las maletas y se largaban, o decidían quedarse. Y no tenía salida, para saberlo debía volver a la guarida, y de allí vigilar y ver qué hacían, con todo el peligro que ello entrañaba. Desde el balcón, y mirando de refilón, él podía ver si había movimientos en el departamento, y cuando se hiciese de noche las luces encendidas de la vivienda los delataría, sin embargo estaba en una encrucijada, porque a él también le habían dado un plazo para desaparecer del edificio y del barrio, recordaba perfectamente la carta que había recibido: «*le doy cuarenta y ocho horas para que se marche del edificio y del barrio, de lo contrario lo denunciaré a la policía*». Estaba en un dilema, pero no tenía alternativa, si quería saber los movimientos del truhan se la debía jugar.

También pensó que no era necesario estar en el balcón todo el tiempo vigilando, desde la ventana veía la calle, y él conocía el auto del truhan, un Pontiac del 66 verde claro con los cromados relucientes, y si tomaban la decisión de irse traería el auto hasta la puerta del edificio y cargarían las maletas, eso lo podría ver sin necesidad de hacerse ver, solo bastaría salir unos minutos al balcón cada tanto para ver si había movimientos en la casa. Siguió razonando que el truhan, aun yéndose del departamento, incluso despavorido y muerto de miedo, podría de cualquier otro teléfono llamar a su presa y reclamarle el dinero. Eso no lo había pensado, y lo alarmó aun más. ¿Cómo pararlo? ¿Cómo detener esa acción? Tomó una decisión: se iría a su guarida, con todo el peligro que esta acción encerraba para él. No podía permanecer inactivo. Desde allí controlaría, tal como lo había pensado, si permanecían en el departamento o se largaban. Si se largaban sería una buena señal, significaría que estarían asustados, y que tomaban consciencia de su derrota. Luego ya vería.

Eran las siete de la mañana cuando el sueño terminó por vencerlos. Uno tirado en el sofá y la otra en la cama, después de despejar los trastos, por fin se quedaron dormidos. Habían estado desde que habían llegado, a las cuatro de la mañana, el uno lleno de ira y la otra totalmente descompuesta, de punta a punta registrando el departamento y comprobando qué cosas les faltaban, qué les habían robado. La devastación era total. Naomi totalmente desenchajada no podía creer que todo el fruto de su «trabajo» le había desaparecido como por encanto. El otro mientras tanto lleno de cólera no dejaba de despotricar y maldecir a quien había osado entrar a su morada, robar todas sus pertenencias más valiosas, y haberse llevado lo más preciado: las fotos que le permitían vivir de la extorsión y el chantaje y que tan buen resultado le había proporcionado de hacía ya muchos años, cuando había comenzado a atracar a la gente de esta forma. Luego en su intimidad, cuando pudo constatar que todo estaba perdido, comenzó a hacerse a la idea que debía volver a empezar, que no todo estaba realmente perdido, porque el «Paradise» seguía allí, con su habitación preparada para continuar con los numeritos sexuales. Sara, la *madame*, su intimísima amiga y también compinche, dispuesta como siempre a continuar prestando su dedicada colaboración, a cambio lógicamente de una parte del pastel, la Naomi, joven, hermosa y ambiciosa, estaba demasiado comprometida para dejarlo en la estacada, además le ganaba la codicia y la avidez por el dinero, estaba seguro que iba a continuar con él; para reponerse habría que «trabajar» más, ya no le bastarían uno o dos chantajes al año, como hasta ahora hacía, habría que

levantar el promedio, eso ya lo sabía, y aunque había sufrido un traspies, había que levantarse, no iba a dejar lo único que sabía hacer y que le había dado tan buenos frutos, de eso vivía hacía ya muchos años, y debía seguir adelante. Quizás no estaba nada mal eso de cambiar de sitio, irse del maldito departamento, ahora ya lo tenían calado, allí estaba «fichado», podrían volver y hacer lo mismo en cualquier momento, y él no podría vivir con la incertidumbre auestas, y que le volvieran a robar, y a amenazar; se compraría un arma, eso sí haría, por si acaso, ahora se trataba de ponerse a resguardo, y también de defenderse, siempre había dudado de comprar un arma, pero lo había rechazado, la posesión de un arma era un agravante, por si alguna vez lo agarraban, pero ahora no tenía opciones, se tenía que proteger. Continuó pensando, era martes, a la lesbiana de enfrente le había dado hasta esa noche para que le entregara el dinero, podría llamarla y echarse un farol, y aunque ya no tenía las fotos, amenazarla igual con desparramarlas por toda la ciudad, si entraba por el aro conseguiría cincuenta de los grandes, sí, eso haría; cuando por la noche llegara a su casa la llamaría y la conminaría a pagar lo que le había exigido, este robo que había sufrido no era de la policía, y no creía que ella hubiera denunciado las amenazas, si esto era así tenía el camino libre para recoger el dinero, sin miedo a que lo atrapen con las manos en la masa. De pronto le asaltó una duda, no lo había pensado. ¿Y si todo era obra de un detective privado? ¿Y si la maldita lesbiana hubiera contratado un detective, y este, no sabía cómo coños, lo había descubierto? ¿Y si ahora el tipo lo estaba espionando? No sabía cómo lo haría, pero estos tipos tienen sus mañas, a veces suelen ser ex policías que hacen estos trabajitos y cosas así. ¿Y si el tipo estaba en esos momentos en la casa de ella esperando la llamada para caer sobre él? Era una posibilidad, aunque no tenía la total seguridad. Sin embargo, el robo en el departamento, los destrozos, la maleta negra que se llevaron, la amenaza con la cabeza de cerdo, podría ser eso, un detective privado, la muy maldita podría haber contratado uno y este habría dado con él. En ese caso llamarla podía ser peligroso, pero... ¿Y si estaba equivocado y no existía el tal detective y se perdía los cincuenta mil? Porque estaba necesitado de dinero, se estaba quedando sin reservas, y necesitaba esos cincuenta mil como el agua. Tomó la decisión, se jugaría, por la tarde noche, cuando volviera del trabajo la llamaría por teléfono, necesitaba el dinero. Así se tumbó en el sofá y al rato, agotado, se quedó dormido. Naomi mientras tanto despejó la cama y se tiró encima, estaba destrozada, ella no pensaba en nada más que en la pérdida sufrida, y solo tenía claro que tenían que irse de allí. La cabeza de cerdo la había alarmado lo suficiente como para no querer

saber más nada de quedarse en el departamento. Boca abajo, sollozando sin parar, al rato se durmió.

Cuando Paulino tomó la resolución de ir a su guarida pasaba la una del mediodía. Se fue al parking, subió al auto y salió disparado. Nuevamente la ansiedad. Volver lo ponía en un trance peligroso. Si su amenazador lo veía lo podía denunciar. Entonces estaría perdido. Si la policía localizaba su verdadero departamento encontrarían en el estudio el fichero con cientos de cartas robadas, fotos de los buzones, la vitrina con las plaquitas, el Buzón Imperial, el vaporizador, las cubetas donde revelaba las fotos, y no sabría cómo explicar tanta locura. Pero estaba metido en el baile y se las tenía que jugar. Tal como lo pensó intentaría ser lo más precavido posible, vigilaría la calle desde la ventana, y desde allí su amenazador no lo vería, solo saldría al balcón unos minutos para ver si en el departamento de su enemigo aun estaban ellos, por lo demás sería muy cauto, quizás tenía suerte y no lo descubría. Su temor: que la maldita rata vil se echara un farol llamando a *la señora* y la conminara a pagar amenazándola con desplegar toda su artillería de fotos sexuales por la ciudad, y ella, pobre, sin entender nada. ¿Cómo pararlo? ¿Qué podía hacer él? Cuando llegó al barrio aparcó el coche más lejos que de costumbre. Caminando abordó el edificio y se metió en su guarida. Se fue a la ventana y puso las lamas un poco inclinadas hacia abajo, él veía la calle perfectamente, y a él no lo veían. Esa era la posición. Abrió la puerta que daba al balcón y salió un minuto, miró al 3.ºA del bloque de al lado y todo era quietud, nada se movía, «quizás ya se han ido», —pensó—, «sí, y muertos de miedo al encontrarse con la cabeza de cerdo ensangrentada en la mesa de la sala, y luego la carta», esa carta tan intimidatoria que había escrito y que lo había enorgullecido, sí, podría ser así, en ese caso ya era todo un triunfo, no lo podía negar, era lo que buscaba, pero debía seguir vigilando, porque no estaba del todo seguro de este pensamiento. Se metió en la vivienda y cerró la puerta. Pudieran estar en la sala y él no verlos, o quizás, después de la noche que habrían pasado, quizás estuvieran durmiendo, vaya uno a saber. Tenía que seguir y no desfallecer. Había llegado muy lejos para ahora abandonar el barco, y de ella no se iba desentender, estaba muy implicado, y no la iba a abandonar. Se llevó una silla a la ventana, tal cual lo había hecho otras tantas noches cuando hacía la vigilancia, acercó la mesita, posó una jarra de café caliente, una taza, y el paquete de cigarrillos. Y así sentado, mirando sin parar la calle que se ofrecía ante sí, fue pasando el tiempo mientras paseaba la mirada, cada media hora salía al balcón y observaba el departamento, pero estos, seguían sin aparecer. De esta manera

fue tomando forma la idea de que quizás, muertos de miedo, hubieran partido, y ya no estaban, esto por un lado lo halagó, porque significaba claramente que su amenaza había surtido efecto, sin embargo también había comenzado a tomar forma otra idea que ya había tenido antes, cuando estaba en su departamento, y que cuando se le ocurrió lo alarmó ingratamente, y que no era otra que el truhan, estuviera donde estuviera, al anochecer, cuando supusiera que su protegida llegaba a su casa, podría llamarla y conminarla a pagar lo convenido. Y eso lo podía hacer desde cualquier lugar. El que hubieran partido no era garantía que el maldito intruso hubiera renunciado a su plan. Este pensamiento lo llenó de angustia, porque Paulino no sabía cómo atajar esta posibilidad. No sabía qué hacer. Las horas fueron pasando inexorables, y cuanto más pasaban más se acercaba el momento que ella solía llegar por la noche, a eso de las nueve, cuando antes de entrar a su casa se acercaba al supermercado de la esquina, la hora que el maldito truhan la podría llamar, desde cualquier sitio, y él sin poder descubrir si esta llamada se llevaría a cabo o no, la llamada fatídica, la llamada que primero la sorprendería, pero que después la dejaría totalmente confundida, porque no sabría de qué le estaban hablando. A eso de las siete comenzó a anochecer, era invierno, y por esta hora el sol se comenzaba a esconder, dando paso a un mar de sombras que como un reguero se extendían hasta que en la plazoleta y en las calles se encendían las farolas, como cada noche, dando esa luminosidad tenue pero firme, porque de pronto todo volvía a tener vida, todo renacía. La cercanía de la llegada de ella, y la imposibilidad de prever si se produciría la llamada, lo pusieron en una situación de angustia que fue *in crescendo* a medida que transcurrían los minutos. Una vez más la ansiedad, que comenzó a carcomerlo por dentro, y entonces notó la taquicardia, ya estaba acostumbrado, mientras tanto, unas gotas de sudor le perlaban la frente.

A las tres de la tarde, aun somnoliento, Román se despertó. La mala posición en el sofá y un rayo de luz que se filtraba en la habitación lo desveló. Se sentó, un poco entumecido por la postura mientras dormía, y rápidamente tomó consciencia de su situación. Así como estaba comenzó a insultar por lo bajo, porque la realidad peor no podía ser: le habían robado todo, lo habían amenazado de muerte, y ahora se debatía entre si llamar a la maldita lesbiana y exigirle el pago de los cincuenta mil, tal como le había puesto en la última carta, aunque no tuviera las fotos, o que el supuesto detective contratado por la lesbiana estuviera realmente dispuesto a matarlo, en ese caso su vida corría peligro, y en ese caso convenía rajarse del departamento lo antes posible, y lo

peor, sin cobrar nada. Estaba en una encrucijada. Antes de quedarse dormido como una marmota en el sofá había tomado la decisión de jugarse y llamarla, necesitaba ese dinero, pero ahora que lo volvía pensar se quedó dudando, porque en definitiva temía que el detective, como lo había pensado antes, lo pudiera matar. La amenaza estaba allí: *«no te quiero ver nunca más por aquí, si no te vas te meteré un tiro en la nuca»*, y después la cabeza de cerdo. Estaba claro que el que había entrado y había cometido el robo y le había dejado el «regalito» era un profesional, le llamaba la atención que había entrado sin violentar la puerta, y si había desparramado todo por los suelos era para intimidarlo aun más, no le quedaba duda. Lo que no tenía claro era si el robo estaba relacionado con el chantaje, la amenaza no hacía mención de ningún chantaje, y tampoco la mencionaba a ella; podría haber sido un simple robo sin ningún vínculo con su víctima, y si fuera así, y él se iba disparado y no la llamaba, se quedaba sin los cincuenta mil, pero si estuviera relacionado..., si estuviera relacionado y el tipo era un detective, o peor un sicario, lo estaría esperando, quizás ahora estaba en la casa de ella, vigilando su departamento, vigilándolo a él, y cuando llegara ella, por la noche, estaría esperando la llamada, en ese caso él correría peligro, nadie le garantizaba que el tipo no lo esperara abajo y le metiera un tiro, como bien decía la amenaza con los recortes de diario. Se levantó del sofá, aun medio mareado, y se fue a la cocina, tenía hambre. Cuando abrió la nevera vio que no habían tocado nada, *«por lo menos respetaron esto»*, —se dijo malhumorado y con cara de pocos amigos—, sacó unos fiambres y una cerveza y de la panera rescató un pan que había quedado del día anterior. Se hizo un sándwich y se volvió a la sala. Todavía tenía tiempo para tomar una decisión, hasta las nueve ella no llegaba del Consejo, donde trabajaba, pero para ese entonces debía estar muy seguro qué camino tomar. Por lo visto su amante-amiga-compinche seguía en el limbo durmiendo en la habitación, la noche había transcurrido a puro shock, él mismo aun estaba como aturdido, y tenía la impresión de estar viviendo una pesadilla, algo que nunca se imaginó que le podía ocurrir. Cuando terminó de comer se levantó y se fue a la habitación donde ella dormía. Entró a la habitación y allí estaba, boca arriba, mirando el techo, tapada hasta el cuello con una manta, giró la cabeza y se lo quedó mirando. La habitación estaba iluminada de manera tenue por los hilos de luz que se colaban por la persiana, él se quedó en la puerta, observándola, con aspecto sombrío.

—¿Qué vamos a hacer Román?, —le dijo ella emitiendo un suspiro.



Él se acercó y se sentó en la cama, se le veía la cara de preocupación.

—No lo sé. No sé si quedarnos y llamarla cuando llegue y exigirle que nos pague, o irnos y olvidarnos del tema, aunque, lo sabes muy bien, necesitamos el dinero, nos estamos quedando sin blanca.

—Ya lo sé, pero es peligroso, ¿no viste la amenaza?

Él se acostó a su lado, estaba molido, quizás haber dormido mal en el sofá, además, ahora que recordaba, no había llegado a conciliar un sueño profundo, había soñado mucho, eso sí, él corría y alguien con una capucha lo perseguía, llevaba una masa en una de sus manos, el esfuerzo era titánico, sin fuerzas en las piernas trataba de escapar, pero no podía, y cuando estaba a punto de alcanzarlo, entonces se despertaba, y luego nuevamente caía en un sopor, y nuevamente el sueño, y ahora no daba más, se sentía agotado. Se tapó con la manta y se acercó a ella, sintió su calor, eso lo tranquilizó, no supo muy bien por qué, pero necesitaba un apoyo, sí, eso era, y así con este pensamiento se volvió a quedar profundamente dormido.

Cuando se hicieron las ocho se volvió a despertar, esta vez sobresaltado, la habitación estaba totalmente a oscuras, sintió el cuerpo caliente de su amante-amiga-compinche que seguía durmiendo, con la respiración entrecortada, quizás perseguida por algún otro encapuchado en algún otro sueño, encendió la luz de la lámpara y la vio mejor: tenía el entrecejo ceñido, y que los ojos, bien cubiertos por los párpados, iban de un lado para el otro. «Está soñando», —se dijo—, y miró la hora. Cuando vio que eran las ocho se levantó de golpe, tenía una hora para tomar una decisión: o la llamaba y le exigía el pago, o se iba rajando del departamento. Despertó a su amiga, que en ese momento iluminada por la luz de la lámpara entrecerraba los ojos.

—Levántate, —le dijo apresurado—, notó que el corazón arrancaba de prisa con unos latidos que sentía como galopes, y que le atronaban las sienes, y le tensaban los músculos, nunca se había sentido tan agitado, nunca antes la ansiedad le había suscitado tal estado de nerviosismo. Descorrió la manta y se fue a la sala. Encendió la luz. Abrió un poco la persiana y observó la casa. Esta, como cada día a esta hora, permanecía a oscuras, esperando la llegada de su dueña, que después de entrar encendía el farolito de la entrada, y luego las luces de la sala. Él también la espiaba de noche, como aquella vez, que la descubrió, después buscó las fotos, y cuando las encontró en la maleta negra donde guardaba sus tesoros, pergeñó el plan. Lo recordaba muy bien. Cambió su aspecto, se dejó un poco la barba, dejó de peinarse con gomina y se dejó el pelo suelto, con eso bastaba, no lo recordaría. En esas apareció Naomi, que se

lo quedó mirando desde el marco de la puerta. A una seña de él se fueron al sofá y se sentaron.

—Nos vamos, creo que es peligroso quedarnos aquí, sin embargo se me ha ocurrido algo, quizás pudiéramos salvar el plan, por supuesto nos vamos al «Paradise», allí nos quedaremos hasta que encontremos otro departamento, pero que salgamos de aquí no significa que no la llamemos, que no le exijamos el pago, mira Naomi, hasta ahora yo veía dos posibilidades, o rajarse y olvidarse del tema, o quedarse y llamarla, con el riesgo que eso significa, porque si hay un detective en la casa, un sicario, y nos está esperando, lo tenemos mal, yo no estoy armado, no me puedo defender, pero sabes qué se me ocurre, que no hace falta quedarse aquí para llamarla, la vamos a llamar desde el «Paradise», luego arreglamos la entrega del dinero, que será riesgoso también, pero ya me las arreglaré, tampoco soy estúpido, me compraré un arma. ¿Lo entiendes? Vamos a hacer las dos cosas, nos vamos, y la llamamos, le exigimos que nos entregue los cincuenta, y arreglamos el pago.

—Sí, está bien, me parece muy bien, es buena la idea, pero lo más importante Román es irnos de aquí, la amenaza que nos hicieron con los recortes de diario y esa cabeza toda chorreada de sangre, eso va en serio, no creo que sea un farol, el que dejó todo eso, qué necesidad tiene de mentir, no sé porque, pero nos quiere ver fuera, eso es lo que no entiendo Román, ¿porque nos quiere sacar del departamento?

—Porque aunque en la amenaza que nos deja no menciona a la lesbiana ni el chantaje que le hacemos, podría ser que esté relacionado con ella. Esa es la cuestión, esa es la pregunta que me hago. ¿La está defendiendo? ¿Es un sicario o un detective contratado por ella que nos ha descubierto? ¿O el robo no tiene nada que ver y es todo una gran casualidad? No lo sé. Pero por si acaso nos tenemos que ir, no vamos a jugarnos el pellejo. Son las ocho y media, quedan dos maletas vacías, ve poniendo la ropa que nos queda y lo que veas imprescindible, nos vamos al «Paradise».

Cuando Paulino volvió a mirar la hora eran las ocho y media. La angustia, las perlas de sudor bañando su cara, la taquicardia. Ella estaba por llegar, y él sin saber si la llamarían para exigirle el dinero, o se habían ido y habían renunciado a ello. Tenía que volver a salir al balcón, ya era de noche, todas las salidas anteriores le habían dicho que no estaban, o por lo menos no daban muestra de ello. Abrió la puerta y salió, miró al 3.<sup>a</sup>A y fue como un shock, una conmoción, una sacudida, porque las luces encendidas de la sala lo denunciaba, estaban allí, no se habían amilanado con la amenaza y la cabeza de cerdo bañada en sangre, entonces no le cupo duda, la iban a llamar apenas

la vieran llegar, maldito sea el maldito truhan, maldita sea la maldita rata vil. ¿Qué hacer? ¿Ir en busca de ella antes de que entrara a su casa y contarle toda la verdad? No, no podía hacer eso. Ella no lo conocía, no conocía nada de todo lo que estaba ocurriendo a su alrededor, lo tomaría por un loco, quizás gritara que un loco la acosaba, no, no podía. ¿Qué hacer entonces? ¡Maldita sea! De pronto tuvo una luz. Como tantas veces. Sí, de pronto se le ocurrió. Era la única posibilidad de intimidar al maldito. Lo llamaría, se haría pasar por su amenazador y lo intimidaría, le diría que sabía todo del chantaje y los cincuenta mil que le pedía, le diría que estaba dispuesto a matarlo si se le ocurría llamarla para pedirle el dinero, y que lo estaba vigilando, él no sabría quién, ni de donde lo vigilaban, sería un farol, pero quizás lograba atemorizarlo y lo hacía renunciar a llamarla. Era la última carta que le quedaba. Lo iba a hacer. Se fue al teléfono, al lado todavía tenía el papel donde figuraba su teléfono, el que había usado cuando se había hecho pasar por un compañero del colegio, Carlos había dicho esa vez, esta vez no sería Carlos, esta vez sería su cazador.

Mientras los dos se ufanaban en hacer las maletas con lo poco que les habían dejado después del robo, sonó el teléfono. Román levantó la cabeza.

—¿Quién puede ser?, —preguntó extrañado.

—A lo mejor Sara, del «Paradise», —le contestó Naomi, que continuaba en lo suyo—, viene bien, así le decimos que vamos para allá y nos prepara una habitación.

—Ve a atender, —le mandó agitado y malhumorado Román, mientras seguía metiendo cosas de manera desordenada en una de las maletas.

Naomi dejó lo que estaba haciendo y se fue a la sala. El teléfono no dejaba de sonar. Levantó el tubo y preguntó quién era. Una voz gruesa, extraña a sus oídos, le pidió por Román.

—¡Román! ¡Preguntan por ti!

—¿Quién mierda...? —dejó lo que estaba haciendo, y a paso firme y con la ira en el cuerpo se fue al teléfono.

—¿Quién es? —preguntó iracundo, marcando un tono enérgico en la interpelación.

Entonces apareció la respuesta. Era una voz quebrada, que sonaba a siniestra, porque Román se quedó desconcertado.

—Soy el que te va a matar, el que te va a meter un tiro en la nuca, rata asquerosa, —le contestó Paulino ejerciendo de matón dispuesto a

todo, la voz entre ronca y dura le imprimían a la amenaza certeza, y que no admitía réplica.

Román se quedó pasmado. La ira que llevaba se transformó de repente, porque una sensación de estupefacción se apoderó de él.

—¿Quién es?, —volvió a preguntar, ahora más mansamente.

—Te lo repito maldita rata, el que te va a meter un tiro en la nuca, te había dicho que te quería fuera de aquí, o no sabes leer, pedazo de mierda.

Román se quedó callado, no contestó, la parálisis lo había agarrotado, de pronto el pánico se había apoderado de él, y unas gotas de sudor frío le comenzaron a brotar por las sienes y por la frente, nunca antes había estado en una situación igual.

—Contéstame hijo de la gran puta, te dije que te fueras de aquí, ¿Qué estás haciendo todavía en el departamento? ¿Qué estás planeando? ¿Llamarla a tu vecina para pedirle los cincuenta mil?

Román se sorprendió. «¿Cómo lo sabía el hijo de puta?» —se dijo con el susto metido en el cuerpo. «Entonces es como lo había pensado al principio, la hija de puta contrató a alguien, conoce las cartas que le mandé, las amenazas, y ahora me descubrió. ¿Pero cómo lo hizo? ¿Cómo me descubrió?».

—¿Seguís sin hablar carroña? ¡Pedazo de basura, cobarde!

Paulino esperó unos segundos antes de continuar, entonces le largó, ahora con la seguridad del gánster, con la seguridad del profesional:

—No sé si en mi revólver hay sitio para una muesca más, pero no me has dejado opción Román, Román Argutti, te tengo que matar.

¡Conocía su nombre! «¡¿Cómo mierda...?!». Presa del pánico Román seguía mudo, el espanto se apoderó de él, de pronto notó que le temblaban las manos. Entonces se animó a decir dos palabras.

—No sé quién eres, pero podemos arreglar.

—¡Cállate rata inmunda! Sé todo de ti, de los numeritos sexuales que hacían en el «Paradise», ¡eres muy amiguito de la *madame*! ¿O crees que no lo sé?

¡Sabía lo del «Paradise», sabía todo, estaba perdido! De pronto apareció Naomi por la puerta, venía del dormitorio, con la maleta preparada, cuando vio a Román temblando, como paralizado, la mirada fija en el teléfono, algo no iba bien.

—¿Qué pasa Román? ¿Quién es?

—Cállate, —le dijo sin mirarla—, no hables.

—¿Estás con tu amiguita? ¡Cerdo!, —le increpó Paulino bajando un tanto la voz y dándole una sonoridad entre risueña y de mofa, como jactándose de la posición que iba tomando frente a él, siempre tan arrogante, tan soberbio, y ahora lo veía tan cagado, tan cobarde—, ¡Te quiero fuera ya mismo!, —le gritó—, ¡A los dos los quiero fuera! Te estoy vigilando Román, casi te diría que te tengo en la mira, y te podría matar ahora —le largó Paulino sin remilgos.

Era un farol, pero no importaba, lo tenía que ahuyentar, sacar del departamento, Margarita estaba por llegar, tenía que evitar que la llamara y ella se enterara de todo el absurdo que la perseguía, y lo peor, no entendería nada, tenía que seguir actuando, tenía que seguir en la piel del gánster dispuesto a todo, era increíble, pero su actuación estaba resultando perfecta, se daba cuenta que era capaz de camuflarse en todos los personajes que por necesidad fueron apareciendo en su vida: era un buen empleado de la fábrica de dulces y mermeladas, bien visto por el director, al mismo tiempo experimentado ladrón de cartas, luego detective mezcla de espía con unos resultados insuperables según iba viendo, después formó parte de una banda de delincuentes, y ahora hacía de gánster asesino a sueldo como nadie; además, a medida que seguía con el teatro se iba envalentonando, y cada vez se hacía más creíble, más verosímil, hasta él mismo estaba persuadido del personaje que encarnaba, porque iba tomando cuerpo en su alocada mente que era un verdadero asesino capaz de todo, si por él fuera en ese momento estaba dispuesto a matar, a perseguir a quien hiciera falta, y si tuviera un revolver en su mano, dispuesto a usarlo, sin ningún tipo de complejos. En esa situación estaba, totalmente convencido de ser un auténtico matón sin escrúpulos, un gánster de los bajos fondos, fue que dio una orden que no admitía réplicas, porque iba cargado de advertencias, la amenaza iba en serio, y para Román ya no se trataba de un simple ladrón que le había vaciado la casa, iba más allá, iba su vida.

—Ahora mismo salís y vas a buscar el Pontiac ese verde claro que tienes estacionado en la plazoleta, —Román se volvió a pasmar, sabía incluso de su coche, entonces Paulino continuó—: lo estacionas frente al departamento y lo cargas con tus cosas, o mejor dicho, con lo que te ha quedado, —mientras dijo esto largó una risotada, y después continuó, de la forma más brutal posible—, ¡sucia rata inmundada! ¡Y se van los dos! ¡Se van fuera de la ciudad, te quiero fuera, y no te

quiero ver nunca más!, ¿me has escuchado asqueroso cobarde?, —le gritó sin más. Entonces vino la orden—: vas a hacer lo que te digo, tomas la calle que va a la ruta norte que sale de la ciudad, en las afueras, a la derecha hay una gasolinera, llenas el tanque de gasolina y te largas muy lejos de aquí. Te seguiré, y si no haces esto te mataré, a ti y a la carroña de tu compañera. Ahora está por llegar mi protegida, tu vecina, ni se te ocurra levantar el teléfono para llamarla, puerco nauseabundo, repugnante estafador de tres por cuarto. ¡Contesta hijo de puta!

Román se había puesto pálido. Nunca había estado en una situación igual. El corazón le latía con violencia, mientras unas gotas de sudor frío le caían por la frente y por las sienes. Sabía que tenía que hacer lo que le decían, no podía desatender la orden, porque era evidente que su perseguidor era un maldito asesino que no dudaría un instante en apretar el gatillo para matarlo, lo tenía vigilado, y no se andaba con chiquitas, y sabía todo de él: sabía su plan para chantajear a la Margarita Bassand, sabía lo del «Paradise», sabía de su coche, sabía su nombre, y se había quedado con la maleta negra y todas las fotos. ¡Qué estúpido había sido en dejar la maleta con las fotos en el departamento! Y ahora no tenía opciones, ni siquiera podía rehacerse volviendo a los chantajes en el «Paradise», como había pensado, se tenía que ir, se tenía que ir de la ciudad, y lo antes posible. Tampoco le podía pedir los cincuenta mil a la maldita lesbiana, y estaba sin blanca, pero no tenía elección.

—Sí, —contestó con un monosílabo Román, hecho un trapo y sintiéndose humillado, un miserable.

—¡Sí qué, perro!!

—Que sí, que haré lo que dice, —volvió a balbucear Román, que era la primera vez que se sentía en peligro, que estaba dispuesto a obedecer todo lo que le pidieran.

—Te doy diez minutos, —le dijo sin cortapisas, y colgó.

Había hecho un buen trabajo. Y aunque aun no lo podía festejar, se sentía orgulloso, porque había logrado meterle el miedo en el cuerpo, eso lo había notado, no le cabían dudas, ahora había que ver si se doblegaba y se iba, o bien, lo peor para Paulino, que el tipo estuviera dispuesto a resistir y enfrentara la situación. Le había dado diez minutos. Había que esperar. Era la última carta que se jugaba, todo un farol, pero se lo había jugado. Si el tipo resistía y no se doblegaba a sus exigencias y se quedaba en el departamento, lo tendría muy mal, ya que no sabría qué hacer, y estaría todo perdido, o

mejor dicho, su protegida estaría perdida. Miró la hora y eran las nueve. Miró por la ventana y la vio aparecer. Un temblor agitó su cuerpo. La vio meterse en el supermercado. Mientras, en el 3.ªA todo era confusión.

—¿Qué pasó?, —lo interpeló Naomi

—Que nos tenemos que ir, hay un hijo de puta que lo sabe todo y me está amenazando con meterme un tiro si no me voy, o mejor dicho si no nos vamos, porque contigo también va la cosa.

—¿El de la cabeza de cerdo?

—Sí, el muy cabrón, la puta lesbiana lo contrató, es un asesino, no se anda con vueltas.

Naomi se fue a la ventana. Miró a través y la vio venir de la parada del bus.

—Allí está, —dijo dirigiéndose a un Román que continuaba paralizado, porque el maldito sicario le había metido el miedo en el cuerpo, y ahora solo pensaba en huir de allí lo más rápido posible.

—¿Quién está?

—La que nos puede dar los cincuenta que necesitamos.

—Estás loca. El tipo nos tiene vigilados, ahora seguro que está en la casa. Si no queremos meternos en líos y que nos meta un tiro en la cabeza mejor salir rajando de aquí. Nos dio diez minutos para irnos.

—¿Y a dónde nos vamos a ir? ¿Vamos al «Paradise», como habíamos quedado?

—Sabe todo lo del «Paradise», y de Sara, y que allí hacíamos las fotos, sabe todo el muy hijo de puta, es un tipo peligroso, es un sicario, quiere que nos vayamos de la ciudad.

Román se acercó a la ventana justo en el momento que Margarita Bassand entraba al supermercado. «Ahí se nos van cincuenta de los grandes», —musitó entre dientes.

Paulino mientras, vigilaba la calle, a la espera de ver aparecer el Pontiac, signo inequívoco de que habría vencido, pero a medida que pasaban los minutos la agitación iba en aumento, porque el Pontiac no aparecía, y el muy cabrón podría no doblegarse, y resistir, entonces, no le quedarían opciones, y estaría todo perdido. Miró la hora y ya habían pasado cinco minutos. «Todavía hay tiempo», —dijo por lo bajo, pero no muy convencido.

—¿Y si probamos y cuando entre a su casa la llamamos?, —aventuró decir Naomi, que no se quería perder los cincuenta mil que necesitaban como agua de lluvia.

—¿Estás loca?! ¡Tú no entiendes nada porque no lo has escuchado! ¡Es un asesino que no dudaría un minuto en matarnos! Y yo aun tengo muchas cosas que hacer en este mundo, —continuó ahora más parsimonioso y como aceptando la derrota—, no quiero que me quiten de en medio, no quiero que me maten, además ni siquiera vamos armados, ya te he dicho, cuando salgamos de esta me compraré un arma, ni siquiera nos podemos defender. ¡Con un arma otro gallo cantaría!, —alardeó Román, que se volvía a ver como siempre había sido, un fanfarrón. Pero la falta de tener un arma le solventaba una papeleta, porque era la excusa perfecta para salir disparado sin dar más explicaciones. Tendría que empezar de nuevo, eso sí, pero lo haría, él era joven, y seductor, y saldría adelante, pero ahora no le quedaba otra alternativa—. Y ahora recoge las cosas y bajemos, me esperas abajo y yo voy a buscar el coche.

—No Román, probemos, cuando entre a la casa llamémosla, no perdemos nada con llamar.

—¡Cómo que no perdemos nada! ¡Vamos a perder la cabeza si no salimos ya mismo! ¡Ya han pasado casi los diez minutos, y nosotros todavía acá! ¿No te das cuenta que corremos peligro?

A todo esto Paulino veía que las manecillas del reloj corrían inexorablemente y el Pontiac sin aparecer. ¿Qué hacer? Miró la hora y vio que marcaban los diez minutos que le había impuesto al maldito Román, miró por la ventana y de pronto vio salir del supermercado y dirigirse a la casa a su protegida, a la pobre víctima que él trataba por todos los medios de proteger. Cuando abrió la puerta de su casa y entró, y luego vio encenderse el farolito de la entrada y la luz de la sala, el corazón le volvió a latir a mil, nuevamente la sudoración en el cuerpo, la ansiedad, el desespero. Entonces se fue al teléfono y marcó nuevamente la casa de Román.

—¡Es él!, —gritó atemorizado Román.

—¡Deja que atienda yo!, —dijo con aparente tranquilidad Naomi, que no sabía de dónde había sacado las agallas para enfrentarse a tamaña amenaza—. ¡Dígame!, —dijo con un tono ciertamente autoritario.

Paulino se desorientó, resulta que ahora era ella, la pusilánime amante-amiga-compinche del intruso la que lo enfrentaba, de pronto se envalentonó, de pronto le subieron el arrojo y la valentía, de pronto resurgió el actor de gánster, la figura del asesino sin escrúpulos, porque inmediatamente contestó casi gritando:



—¡Maldita perra rata inmundada, a ti te voy a ahorcar, no vas a tener la suerte del tiro en la nuca, te voy meter una soga en el cuello y te la voy a retorcer de a poco, se te saltarán los ojos y luego te arrancaré la lengua maldita seas!, — esto lo dijo con tal odio, con tanto rencor, con tanta rabia contenida, que inmediatamente Naomi retiró el teléfono del oído y lo miró aterrorizada a Román, que con los ojos exorbitados miraba ansiosamente a Naomi, que mostraba una imagen de espanto, de pavor, porque el que estaba al otro lado del teléfono no iba de broma, debían huir, huir ya mismo, ella tampoco quería morir, el tipo era sin lugar a dudas un sanguinario criminal y debían salir de allí lo más rápidamente posible.

—¡Vámonos!, —gritó más que habló Naomi dirigiéndose a su amante-amigo-compinche, mientras colgaba dando un golpe al teléfono, muerta de miedo. Le había bastado solamente escucharlo para darse cuenta que los temores de Román tenían todos los sentidos, y que corrían verdadero peligro si no emprendían la huida.

Salieron del departamento casi corriendo, cuando con el ascensor llegaron abajo ella se quedó en el rellano mientras Román iba por el Pontiac. Emprendió el camino a paso lo más rápido posible, mirando a un lado y a otro por si se le aparecía el sicario a sueldo y le pegaba un tiro por haber fallado tan solo unos minutos a la orden que había recibido. Y tenía miedo.

Paulino mientras tanto se quedó pegado a la ventana, las lamas inclinadas le daban una visión perfecta de la calle. Tenía que ver aparecer el Pontiac. ¡Debía aparecer! ¡Había sido su última carta! La maldita amante-amiga-compinche le había colgado, no sabía muy bien por qué, no sabía si era porque despreciaba su amenaza y habían tomado la decisión de quedarse y llamar a su protegida y reclamarle el pago, o porque había entrado en pánico por la sarta de cosas que le había dicho. De pronto vio unas luces largas de un coche que se acercaba, acercó como pudo la cara a las lamas y de repente lo vio bien. Se puso casi de frente. Era el Pontiac verde claro. Los cromados refulgentes le devolvían como brillos la luz de las farolas y de los farolitos de las casas. Sintió su corazón latir de alegría, una sensación desconocida por él se apoderó de repente, nunca antes había tenido este sentir, este efecto, esta emoción. La vio a ella acercar dos maletas, él se bajó a recoger unos bolsos que habían quedado, abrieron el baúl, lo pusieron todo dentro, mientras ambos miraban a un lado y a otro temerosos, como si esperaran que les pudiera aparecer un fantasma. Cuando subieron al auto bajó inmediatamente a las zancadas, sin esperar el ascensor. Al llegar abajo dirigió su mirada en la

dirección a la plazoleta y allí se iba el Pontiac verde claro. Paró un taxi que justo pasaba frente a él y le ordenó al taxista:

—Siga ese auto, ese Pontiac verde claro. No se acerque demasiado, pero no lo pierda de vista.

El Pontiac se dirigió a la calle que llevaba a la ruta norte, cuando se despejó de coches, ya en las afueras de la ciudad, solo quedaban el Pontiac, y a unos cien metros, el taxi, ambos con las luces relumbrantes.

—Me parece que un auto nos sigue, —dijo Naomi aun con el miedo en el cuerpo, que cada rato miraba hacia atrás.

—¡Maldito sea! ¡El hijo de puta!, —apuntó Román, que no dejaba de mirar por el retrovisor—, ya me di cuenta, el cabrón nos está siguiendo.

Al poco rato, ya en pleno descampado, apareció a la derecha las luces de una vieja gasolinera. Cuando estuvieron cerca Román dirigió el Pontiac hacia allí y se detuvo para cargar gasolina, tal como le había ordenado su siniestro perseguidor. Mientras, en el taxi, Paulino seguía todos los movimientos. El auto estaba ahora a unos doscientos metros.

—Pare aquí en el costado de la ruta y mantenga las luces encendidas, —le ordenó Paulino al taxista—, tendrá una recompensa por todo esto, no se preocupe, —continuó.

El taxi se detuvo con las luces encendidas. Desde la gasolinera era muy visible el coche encandilando hacia adelante. Román se bajó del Pontiac y miró hacia el auto que detenido, lo alumbraba desde lejos, luego se dirigió al empleado y pidió que le llenaran el tanque, luego volvió a dirigir la mirada hacia atrás, y se lo quedó observando, el maldito estaba allí, vigilando que saliera de la ciudad. «El muy hijo de puta», —se dijo, sin llegar a quitársele el miedo que aun llevaba en el cuerpo. Mientras, dentro del Pontiac, Naomi no dejaba de observar también, asustada, comprobando por sus propios medios que estaban ante un asesino peligroso, que los había seguido hasta allí, y que la huida les salvaba la vida. En esos pensamientos estaba cuando discurrió que debía continuar con su amante-amigo-compinche, e iniciar una nueva aventura, en otra ciudad naturalmente, esta, se había vuelto muy peligrosa para ellos.

Cuando el Pontiac dejó la gasolinera y puso rumbo al norte, Paulino pudo sentir en sus propias carnes el sabor del triunfo. No era un triunfo cualquiera, había luchado contra viento y marea para llegar a donde había llegado, y ahora sí, ahora podía brindar, como él diría. Volvería a la guarida, quería echarle un último vistazo al departamento, y por qué no, a *la señora* también,

con todo el riesgo que ello suponía, porque él tenía su propio amenazador, lo tenía presente, pero ya había quebrantado tantas veces la orden de alejarse del edificio y del vecindario inclusive, que si era denunciado, nunca sabría si era por esta última vez o por todas las otras anteriores. Y ahora, eran tantos los deseos de volver a ver a *su señora*, que nada lo podía frenar, nada lo podía detener, aun sin la perfección de la imagen que le daban el telescopio y el zoom de la cámara, pero sí volver a verla allí en la sala viendo la televisión, y después en el dormitorio, cuando quitándose ropa a ropa se quedaba desnuda. Por una vez tomó consciencia que ese desnudo ya no sería suyo, ni siquiera en sueños, porque ella era lesbiana, y tenía su propio dueño, y él jamás sería correspondido. Le dio orden al taxista de volver a la plazoleta. El coche giró en medio de la ruta y puso rumbo a la ciudad. Mientras volvían, las luces, que a medida que se adentraban se multiplicaban salpicando el paisaje en múltiples puntos de colores, le hicieron reflexionar sobre su propia existencia: había culminado con éxito un arduo enigma que había comenzado con una carta y que él había decidido asumir como propio, y había ganado. Engrandecido su orgullo por la victoria obtenida, envanecido por el triunfo, se dejó llevar por sus pensamientos, quizás su destino traspasaba el designio de ser un simple ladrón de cartas, quizás el futuro le deparaba otros horizontes. Había hecho cursos de fotografía, luego de grafología, y estaba licenciado en la universidad. ¿Qué le impedía hacer un curso de detective privado y luego abrir una oficina? Estaba razonando estas cuestiones cuando llegaron a la plazoleta. Miró la hora y daban las once. Se bajó del taxi y se fue al departamento. Cuando entró, sin encender la luz se dirigió a la ventana. Puso las lamas nuevamente horizontales y allí la vio. Estaba en la sala sentada en el sofá, de frente al televisor, como antes la había visto por primera vez, en esa primera noche en la guarida, y ahora quizás la última que la viera, ignorante del peligro que se había cernido sobre su hermosa cabeza, ajena a las amenazas que habían pendido sobre ella por obra de un delincuente que hubiera arruinado su vida, desconocedora de todo lo que él había tenido que luchar para que ella ahora pudiese continuar con su vida tranquila y feliz, ajena de las vicisitudes por las que había tenido que pasar, pero estaba orgulloso de la misión que se había impuesto, y de la cual había salido victorioso, había salido ganador, él, tan luego él, un simple ladrón de cartas. Los flashes de luz de la pantalla regaban a fregonazos su cara, y pudo adivinar su perfil, el flequillo que caía sobre la frente, la nariz, pequeña y hermosamente recta, su labio superior ligeramente levantado, sintió un escalofrío, la había imaginado suya, y ahora la veía tan lejana, tan distante.

Siguió observando. Ella al rato se levantó, y como antes también, se fue al dormitorio. Cuando comenzó a desvestirse, y empezó a mostrar su desnudez, Paulino puso verticales las lamas, se giró, y la dejó de ver. Miró al interior y a la luz difusa que entraba por las rendijas de la ventana dio un último pantallazo al que había sido su guarida. Se tenía que ir, y quizás para siempre. Acomodó un par de enseres que habían quedado en la mesada de la cocina, la cafetera, la taza de café, el tarro de azúcar, y cuando tuvo todo listo abrió la puerta que daba al rellano, y sin hacer ruido bajó. Se fue andando hasta el auto, mañana le esperaba un nuevo día, debía volver a la oficina, tendría que dar un par de explicaciones de alguna enfermedad inventada, y luego volver a la rutina. Había pasado unos días a pura adrenalina, quizás los más intensos que él recordaría por mucho tiempo, pero había tenido una recompensa que nadie le podría arrebatarse, la satisfacción de haber culminado un trabajo detectivesco increíble, quizás irrepetible. Mientras iba en el auto pensó, — ahora que tenía todo muy fresco—, que podría hacer un relato escrito de todas las peripecias vividas, desde que leyó aquella fatídica carta amenazante hasta la huida desesperada del maldito intruso, podría escribir un diario íntimo, algo para degustar en sus momentos de soledad, no estaba mal la idea, quizás mañana, por la tarde después de la oficina, comenzara. Y cambiándole los nombres quizás pudiera llevarla a alguna editorial, si les gustaba la historia, quizá la publicaran. Discurría estos pensamientos cuando llegó a su departamento. Entró al parking y dejó el coche en su sitio. Cuando entró a su morada lo envolvió un olor a rancio, él ya lo conocía, era el olor de su vetusta vivienda, su morada vieja, vieja y anticuada, el olor provenía de las paredes, del piso, de las cortinas, de los muebles, del sofá, de cada rincón, entonces un sentimiento de rebeldía lo invadió por dentro, porque ahora, envanecido por el triunfo, se sintió merecedor de una morada más digna de su estatus, ahora ya no era un simple roba cartas, en su consideración se sentía superior, por eso, al entrar y encender la luz y ver el anticuado mobiliario, las paredes descoloridas y en algunos sitios manchadas, el piso de baldosas pasado de moda, las cortinas deslucidas por el tiempo, y el olor a rancio, sí, el maldito olor rancio, que cuando vivía allí no lo notaba porque él mismo formaba parte de los enseres de la casa y él mismo desprendería el mismo olor, cuando percibió su decadente vida, cuando advirtió lo inútil de continuar viviendo en la vetustez en la que vivía, tomó la decisión de ejercer un cambio en su existencia: metamorfosear su vida y su estilo pasarían a ser prioritarios a partir de ahora, por otra parte, el conocimiento del departamento de la Paca, que tanto lo había conmovido por su elegancia y su buen gusto, el edificio en

sí mismo, moderno y limpio, el barrio coqueto de casas nuevas, todo esto le había hecho cambiar a Paulino en cuanto a la apreciación que ahora tenía de las cosas, era un verdadero disgusto que no pudiera continuar viviendo en ese departamento que tanto había calado en su espíritu, pero no podía volver por allí, le estaba vedado no solo el departamento sino el edificio e inclusive el barrio entero. Después de encender la luz se fue a la cocina y se dispuso a comer algo rápido, ya era tarde y mañana lo esperaba un nuevo día en la oficina, debía acostarse y descansar, mañana sería otro día, y tomaría decisiones importantes, pero esta noche, pese al fastidio por su viejo departamento, dormiría a pierna suelta, hacía muchas noches que no lo hacía, eran muchas las noches que había pasado, la mitad en vela, vigilando, y la otra mitad con la angustia en el cuerpo. Esta noche nada lo atormentaba en su horizonte, y con ese pensamiento inmediatamente se quedó profundamente dormido.

—¡Qué increíble!, siga, siga, no se detenga, todo es muy interesante...

# VEINTIDOS

---

En la oficina fue recibido con una cierta animación. Sus compañeros, al contrario de sus propias apreciaciones, le manifestaron una estima desacostumbrada, ya que él, tan parco en las relaciones, siempre pensó que por su propia personalidad, era un personaje poco apreciado, y ciertamente no estaba equivocado, pero esa mañana, que lucía en la cara una suerte de alegría por el feliz desenlace de su colosal aventura, entró a la oficina con otro semblante, cierto era que su peculiar forma de comportarse habitualmente estaba lejos de despertar simpatías, pero ese día algo había cambiado. Para Paulino fue toda una sorpresa, pues no se esperaba esas muestras de camaradería por su vuelta, en realidad era la primera vez que faltaba tantos días seguidos al trabajo, y el hecho, inusual en un trabajador como Paulino, al principio fue tomado con naturalidad, pero luego, tantos días ausente, se tornó en una incógnita. En su ausencia, sus compañeros no paraban de preguntarse qué podría haber ocurrido con Paulino, aunque en realidad era más que nada por la curiosidad que despertaba que por el cariño que le dispensaban. «¡Tantos días ausente!». Estas cosas y otras parecidas discurrían en la oficina donde Paulino hacía ya muchos años que trabajaba. La entrada triunfal, porque su alegría por el final feliz de su pesquisa se traslucía en la expresión de su rostro y en sus formas un tanto desenfadadas, fue inmediatamente captada por sus compañeros, que espontáneamente lo saludaron dándole muestras de afecto por el reencuentro. Algo había cambiado en Paulino, y lo mismo ocurría con sus compañeros de oficina. Le llamó la atención a Paulino. Ahora que lo recordaba, cuando salió del parking de su edificio se cruzó con el portero, este también lo había saludado con unas muestras de simpatía que nunca había conocido antes, aunque tenía que reconocer que también él se había comportado de otra manera, con una cierta estima, impensable en otros tiempos, inclusive estuvo charlando un rato acerca del tiempo y esas cosas. Luego de ser saludado por todos sus compañeros de oficina se dirigió al despacho del director, y allí, como era de esperar, lo estaba esperando, no sin cierta ansiedad, el Sr Benedicto Martínez, este siempre había sentido predilección por su empleado favorito, él era su mano derecha, y además solía llevar las negociaciones con las empresas, así que no solo lo saludó dándole un apretón de manos, sino que se salió de detrás del escritorio y le dio un fraternal abrazo. Feliz, pero completamente asombrado, Paulino se dijo, que

ese era el mejor trabajo que había tenido jamás, y que sus compañeros y su director era una de las mejores cosas que le habían ocurrido en su vida. Cuando volvió a su propio despacho y se encerró en su soledad, se puso a meditar en lo que había ocurrido, todo se salía de su propia lógica, y todo tomaba un cariz distinto al habitual. Era consciente que su felicidad provenía principalmente por el final feliz que había logrado en su aventura de perseguir y descubrir al amenazador de su protegida, y luego obligarlo a huir, gracias a su trabajo perseverante y a su inteligencia, y que esa y no otra era la razón por la cual esta se reflejaba en su cara sonriente, en su actitud desenfadada, en su aire distendido, luego era probable que los demás le respondieran con los mismos gestos que nunca antes había percibido. ¿Y si había vivido toda una vida equivocado, y la vida era algo más que vivir escondido y huyendo de todos? ¿Y si haber estado dedicado desde niño a la fatigosa obsesión por los buzones y vivir casi oculto le había robado una vida mejor? «¡Vaya, qué descubrimiento!», —se dijo inmutable, porque en el fondo seguía siendo el ser impenetrable que siempre había sido. Se puso al día en sus cosas, lo interrumpieron varias veces, el director lo llamó a su despacho en más de una ocasión. Cuando tocó la hora de irse esta vez no salió solo, como siempre había ocurrido, él, primero, y perdiéndose en los pasillos, lo hizo con el grupo, y algunos, intimando, le preguntaron por su enfermedad. Mientras iba en el auto a su casa, distendido y complaciente por cómo había ido la mañana, meditó sobre su futuro. Su trabajo en la fábrica de dulces y mermeladas tocaba a su fin, al final cuentas dentro de un par de años llegaría la edad de la jubilación, y aunque podía prolongar su edad laboral, —él siempre había pensado que estando jubilado podría dedicarse todo el tiempo en cuerpo y alma al robo de buzones—, ahora lo ponía en duda. Lo que ya sabía era que su director, —ya habían hablado sobre este tema—, le pediría continuar unos años más; este, casi de la misma edad que él, quería que Paulino lo acompañase hasta el final de su carrera en la fábrica de dulces y mermeladas, así era la confianza que le tenía depositada. Al llegar a su casa se preparó unos espaguetis con salsa y luego se recostó en el sofá, viejo, rancio y deshilachado. Lo miró con asco. No quiso encender la televisión, quería pensar, meditar sobre lo pasado y también sobre su futuro. Había dado por concluido su trabajo de detective en lo referente al «caso Margarita Bassand», —así se manifestaba cuando se refería a esta pesquisa—, un trabajo bien hecho, —se dijo respirando hondo y un tanto ufano por los resultados conseguidos—, pero quedaban algunos flecos que merecían su atención. El Román Argutti, según había visto, andaría lejos y con pocas ganas de volver,

de eso estaba casi seguro; su protegida, Margarita Bassand, como si hubiera vivido en una nube, no se había enterado de nada de lo cerca que había estado de perder cincuenta mil dólares, o perder la cabeza, era un decir, porque si no se hubiera avenido al pago que le ordenaba su particular amenazador este le hubiera empapelado la ciudad con las fotos más eróticas y pornográficas con su amante-amiga, de eso no tenía la menor duda, y luego ser cesada en el Consejo y con posibilidades nulas de conseguir otro trabajo, y después estaban el bochorno y la deshonra a que hubiera estado abocada; luego estaba la Paca, la Paca le gustaba, pero el departamento que le alquilaba en la plazoleta lo tenía que dejar, y si bien al tener el mes pagado por adelantado le daba un cierto margen para maniobrar, tendría que ver qué excusa ponerle para dejar su departamento y continuar con la relación, y lo veía difícil, y para más inri, jamás podría invitarla a su vetusta morada, y esta posibilidad, en algún momento sucedería, ella querría saber donde vivía él, ¿y qué le diría? Lo dejaba en un brete de difícil solución. Sin embargo había un problema mayor, y este, ahora que lo pensaba, lo llenaba de zozobra: era el caso de su misterioso amenazador. Consciente que había quebrado en más de una ocasión la advertencia de desaparecer del edificio y del barrio, no estaba seguro de haber sido descubierto. En todo caso estaba en ascuas. Para mal de males, su maldito y misterioso vigilante lo había fotografiado, y esto lo tenía preocupado. Aun era pronto para saber sobre este hecho y si la policía había tomado cartas en el asunto, solo le cabía esperar. Se puso a repasar los contactos que había hecho en el barrio durante los casi dos meses que había vivido allí, y concluyó que tenía a su favor que nadie con los que había intimado sabían nada de él. Si hubiera una denuncia, y en caso que la policía se aviniese a investigar, la realidad le decía que finalmente lo descubrirían, máxime habiendo sido fotografiado. Decidió en un cuaderno hacer un detallado informe de aquellos con los que había tenido algún tipo de relación: primero estaba la Paca, esta solo sabía su nombre y el documento de identidad cuando firmó el contrato de alquiler, por lo demás era un ser anónimo, recordaba que le había contado el cuento de que trabajaba para una orden religiosa y no mucho más, otro que sabía de él era el presidente de la comunidad de vecinos de los edificios, pero además de su nombre tampoco sabía nada, había estado también en la facultad en los intentos por descubrir al maldito intruso, pero allí había ido con una identidad falsa, ¡qué inteligente había sido!, —se ufanaba Paulino mientras con dedicación escribía el informe, muy detallado, separando entre renglones los distintos personajes—, por último había gente intrascendente que había intercambiado con él pero sin



ningún tipo de importancia, como podían ser los camareros de la cafetería de la esquina, la pescadera del supermercado, y pocos más. Por otra parte, desde que vivía en la ciudad, en sus comienzos, cuando comenzó los estudios y ya se dedicaba a robar en los buzones, había tomado la precaución de no registrarse en el municipio de la ciudad, y desde que había alquilado hacía ya muchos años, su ahora anticuado departamento, se había limitado siempre a pagar mensualmente con una puntualidad exasperante la mensualidad del alquiler, y luego en las correspondientes oficinas, la luz, el agua y el gas, y así, tal cual lo había hecho, había llegado a ser un perfecto anónimo. Luego estaban las chicas de «El Neón» y «La Perla», con las cuales mantenía una profunda relación, pero tampoco sabían nada de él, aunque sí era verdad que a veces había llevado a algunas a su departamento y conocían su domicilio. También era cierto que en su trabajo, en las oficinas de la fábrica, tenían su dirección y su teléfono, pero nadie tenía relación con el barrio de la plazoleta ni con los vecinos del edificio ni con nada que lo vinculara. Ni siquiera los delincuentes con los que había robado en el departamento de Román Argutti sabían nada de esto. Había sido muy inteligente, aunque no podía descartar que en caso que la policía se pusiese a investigar, seguramente contarían con medios para descubrirlo, y debía tenerlo en cuenta. La primera conclusión que sacó fue que debía actuar como si la policía fuera a dar con él, y ante una situación como la que acababa de reseñar, debía protegerse, y desprenderse de todo lo que podía inculparlo. La mayoría de las cartas que tenía archivadas no tenían gran importancia, algunas se trataban de cartas de amor, en algunas el escribiente quería dar fin a una relación, otras eran para comenzar un idilio o un romance, otras eran de pura amistad, por eso Paulino no creía que el hallazgo de estas misivas pudieran penalizarlo, y para él, robar cartas en un buzón tampoco era un delito lo suficientemente grave como para que la policía llegase a intervenir, sin embargo ahí quedaba la duda, y tenía que ser precavido. Lo primero que se le ocurrió fue deshacerse de la maleta negra con las fotos que lo podían incriminar, porque, en caso de que lo descubrieran, ¿cómo podría justificar la tenencia de fotos sexuales, la mayoría de carácter sádico-masoquista, tan comprometedoras para las personas que aparecían allí? Incluso debía incluir en la maleta las tres fotos de *la señora* de la última carta amenazante, tan lascivas, tan libidinosas. Las cientos de cartas manuscritas robadas en tantos buzones de hacía tantos años, en el fondo, era su tesoro, era la verdadera historia de su vida, y a esto ya había decidido que no iba a renunciar, el precio a pagar era demasiado alto, y le resultaba insufrible solo pensar en despojarse de ello, pero estas cartas, ya había concluido, y lo había

razonado muy bien, no creía que tuvieran verdadera importancia, trataban cuestiones amor, o desamor, o de amistad, eran cartas realmente intrascendentes. Sin embargo, algunas de ellas, sí lo podían incriminar, por ejemplo las cartas amenazantes que le había robado a su protegida, y en especial la última, la que la conminaba a pagar los cincuenta mil dólares y que hacía referencia a las fotos, esas cartas podrían poner en alerta a la policía, era un caso de amenaza, una extorsión, esas, si bien no se desprendería de ellas, las ocultaría, no ocupaban mucho espacio, y ya vería cómo hacerlo; ahora que recordaba estaba la fotocopia de la carta que una vez le había sustraído temporalmente a su director, el Sr Benedicto Martínez, esa fotocopia también debía ocultarla. Las cartas archivadas iban dentro de una carpeta junto con los informes y las fotos de las casas y los buzones, y las carpetas, clasificadas por fecha y por la dificultad del acceso, llevaban además la dirección y el nombre de la víctima, estas carpetas también debían desaparecer. Lo mismo que las fotos, también a estas le convenía quitárselas de en medio, podría dar lugar a una pesquisa que diera con la casa, y localizada esta darían con el propietario, y este podría denunciarlo y tener problemas. Luego estaba la vitrina donde se exponían las plaquitas identificatorias, allí obviamente figuraban los nombres de las víctimas del robo también, y estas, con un gran dolor del alma las tendría que hacer desaparecer, no las podía ocultar, lo mismo haría con los azulejos, aquí sí lo podrían inculpar por robo en una propiedad privada y todas esas cosas, de todo esto se debería deshacer, todo se iría con la maleta negra. Se quedaría solo con las cartas y los informes, que eran la esencia de su trabajo, era lo más valioso de su tesoro, y no creía que tuviera mayor importancia. Si dieran con él lo tomarían por loco, pero no por delincuente. Las cartas en sí mismo, solo tenían un valor simbólico, y realmente no lo comprometían más allá de ser el autor de robos de cartas intrascendentes que él con gran estilo y audacia había sabido llevar a cabo. Así razonaba Paulino cuando se refería a su actividad de robacartas, quitándole importancia, «cualquier juez diría que es una tontería que no merece la pena ni siquiera ser juzgada», eso pensaba. Por eso Paulino descartó de entrada deshacerse de todo el archivo. De la vitrina solo dejaría el «Buzón Imperial», que se alzaba allí en medio de la propia vitrina como un trofeo mayor, diría que lo había comprado en un mercadillo callejero, nada lo inculpaba, y un poco más abajo, en una caja de madera de roble su «vara», la «saeta» que le llamaba, la que otrora lo había sacado de un brete, cuando su mano no daba más de sí, después estaba «la letal», con la que había hecho las últimas incursiones con sorprendente éxito, y luego, como la vitrina quedaría un poco huérfana y con

huecos deshabitados, la rellenaría con algunos libros y alguna que otra bagatela que podría comprar en cualquier tienda de regalos, como para despistar. Y si le preguntaban por la «saeta» y la «letal», dos instrumentos que carecerían de toda lógica a los ojos de la policía que «supuestamente» podría caerle a investigar, les diría sin ningún tipo de consideración, sin ningún temor, que se servía de ellos para sacar las cartas de los buzones. Después estaban el «vaporizador», las pinzas con las abría delicadamente los sobres, la lámpara lupa, y luego la mesa donde tenía dispuesto todo lo necesario para el revelado de las fotografías: la ampliadora, los líquidos y las cubetas para la fijación y lavado de las películas. De todo esto no se pensaba desprender. «Sería una locura», —se dijo totalmente convencido. Respecto a la cámara de fotos, a los líquidos de revelado, las cubetas y la ampliadora les diría que en un momento de su vida tuvo la ilusión de aprender fotografía y había hecho un curso, les mostraría el diploma, pero que al final todo había quedado en la nada. Luego estaba el telescopio con el trípode, nada más inocente que esto, bastaba decirles que gustaba de mirar las estrellas desde su balconcito. Ninguna relación con el robo de cartas. Se había hecho a la idea que si la policía lo encontraba, y esta tenía fotos de él robando en el buzón de su protegida, lo mejor que podía hacer era aceptar que robaba cartas en los buzones, cartas sin la menor importancia, sin la menor malicia, un juego, un pasatiempo, qué más daba, y se lo repetía mil veces: «cualquier juez diría que es una tontería que no merece la pena ni siquiera ser juzgada», y si daban con él lo tomarían por loco, pero no por delincuente. Se quedó satisfecho con este razonamiento. Sin embargo las tres cartas amenazantes a su protegida, la fotocopia de la carta que le había robado a su director, y ahora que lo pensaba, la carta que le había enviado su propio amenazador, estas sí lo podían comprometer si la policía se llegaba hasta allí y comenzaba a hurgar en su estudio, entonces tomó las siguientes decisiones: primero haría desaparecer la maleta negra y todo lo demás, ya vería cómo, pero eso urgía, segundo, las cartas que lo comprometían pero de las que no se quería desprender, a estas tenía que sacarlas del archivo y esconderlas, eran poca cosa, ocupaban poco espacio, incluso podría ocultarlas dentro del propio departamento. Todo lo demás, lo dejaría como está, en el fondo estaba convencido que no constituía ningún delito. Se puso a pensar. De pronto le surgió una idea. Cerca de la ciudad un viejo puente cruzaba un río, tiraría la maleta negra cargada de piedras, esta se hundiría al fondo, y nadie la encontraría. Era una buena idea. Tenía que ponerse en marcha. Tal como lo había pensado, lo primero que hizo fue poner la maleta negra encima de la mesa, la abrió y metió dentro, tal como

había pensado, todas las fotos, las carpetas, los azulejos, y las plaquitas indentificadoras, aun quedaba sitio, lo terminaría por rellenar con piedras, esa misma noche ejecutaría la acción. Luego lo pensó mejor y se llegó a una casa de venta de materiales de construcción, allí compró media docena de ladrillos y de vuelta en el departamento logró meter cuatro de ellos en la maleta, la cerró y probó el peso, realmente pesaba, se hundiría, de eso no tenía dudas. Luego se paseó por la vivienda buscando algún sitio donde esconder las cartas que debía ocultar, al poco rato se le ocurrió que si descosía el fondo del colchón por el sitio de los pies, doblando las hojas con cuidado, podría meterlas dentro, entre las lanas, y así lo hizo. Le dio trabajo pero lo logró. Ayudado por un cuchillo de punta fina y muy afilado que tenía, y unas tijeras, consiguió hacer un ojal en el borde inferior, se hizo un hueco entre el relleno y las metió. Luego con aguja e hilo cerró la brecha. Volvió a poner las sábanas y la manta encima, y se quedó mirando el trabajo bien hecho, estaba realmente satisfecho, estaba haciendo las cosas bien. En unas horas, bien entrada la noche, se iría con el auto por la ruta norte, cuando llegara al puente, tiraría la maleta, allí sobre el río este era profundo, allí la arrojaría, no la encontrarían jamás, y si la policía llegaba a su casa a indagar solo hallarían unas cartas sin importancia. ¡Qué listo era!

Cuando se hicieron las once bajó la maleta al auto. Abrió el baúl y la introdujo en él. Sin hacer mucho ruido salió discretamente del parking y se dirigió a la ruta norte. Cuando pasó los límites de la ciudad, a la derecha apareció la gasolinera, se acordó de Argutti y su amante-amiga-compinche y cómo habían salido espantados, perseguidos por los faros de su taxi, en esa última ocurrencia que tuvo a mano y que le salvó la vida a él y a su protegida. Siguió adelante, a unos treinta kilómetros más arriba se encontraría con el puente; debajo, torrentoso y profundo, corría el único río cercano, luego, más adelante un brazo se desprendía de él para formar el solitario arroyo que se acercaba a la ciudad bordeándola por fuera, delicia de algunos parroquianos que se juntaban a pescar pequeños peces, alguna lamprea, alguna boga de río, o alguna bermejuela, y en las tardes de verano, algunos chiquillos se llegaban hasta allí y no paraban de zambullirse, el arroyo era también parte de la diversión de la ciudad. Allí donde los chicos se zambullían no había vegetación, y la municipalidad se tomaba en serio esta zona, a la que cada año le dedicaba algunas toneladas de arena para hacerla lo más parecido a una playa, pero a ambos lados, frondosos árboles hundían sus raíces en el agua dando cobijo a los pescadores y los domingos a los domingueros que se acercaban con sus cestas de comida y bebida a pasar el día. Paulino lo

recordaba con cariño, porque no pocas eran las veces que en su soledad de soltero, eran los domingos cuando aburrido en su casa se llegaba hasta allí. Extendía una manta, sacaba de su canasto unos bocadillos y unas cervezas, y se ponía a leer el periódico que había terminado de comprar en el kiosco de la esquina.

Estaba ensimismado en esos pensamientos cuando aparecieron a lo lejos las sombras del puente que estaba buscando, aminoró la marcha y se fijó en los alrededores, todo era quietud y nada perturbaba la misión que se había encomendado. Las nubes cargadas de tormenta en un cielo sin estrellas se encargaban de oscurecer la poca luminosidad que destilaba la luna en cuarto creciente. Para su suerte el puente no estaba iluminado, accedió a él lentamente y sintió crujir los tablones de madera bajo las ruedas, cuando llegó a la mitad frenó el coche y apagó las luces. Se volvió a fijar antes de bajar, y como la vez anterior, nada se veía en derredor, tampoco nadie circulaba por la ruta. Tenía suerte. Debía aprovechar el momento y actuar con rapidez. Abrió el baúl y asió la maleta, ahora le pareció muy pesada, y se fue hasta la barandilla. No sin esfuerzo la levantó, la posó encima, y sin contemplaciones la lanzó al río. Escuchó un ruido agudo, de un objeto pesado que se estrellaba contra el agua, y que contrastaba con la correntada del río que solo dejaba murmuraciones lejanas, como un runrun permanente, que no paraba nunca. Se subió al coche, llegó hasta el final del puente, allí dio la vuelta y se volvió a la ciudad, nadie había visto nada, o eso le pareció, porque todo continuaba con la misma parálisis con la que había llegado, el mismo silencio, la misma desolación. Cuando habían pasado unos cinco minutos y ya había hecho un par de kilómetros se cruzó con un coche con los faros encendidos, en ese momento pensó que la vida era una sucesión de circunstancias disparadas al azar, que marcaban el camino, el destino de la gente, y en su caso, su propio destino, porque cinco minutos más tarde que él hubiese salido de su casa le hubieran significado haberse encontrado con los focos de ese mismo auto en el puente, y él hubiera tenido que salir corriendo, y quizás sin haber podido tirar la maleta, con todo el peligro que hubiera podido significar. El azar, esta vez, y quizás cuántas veces más, le había sonreído. Llegó a su departamento cuarenta minutos más tarde y volvió a dejar el coche en su parking. Miró en derredor y nada le llamó la atención, nadie había visto su salida a una hora intempestiva, ni lo había visto llegar. Cuando entró se abrió una cerveza, estaba sediento, y tenía la boca seca. Por fin se pudo relajar. Se sentó en su sofá y encendió un cigarrillo. Después se iría a dormir, mañana lo esperaba la oficina, con su monótono trajín diario, documentos que rellenar, alguna visita

de alguna empresa, alguna entrevista con el director. Así pasaron los primeros días en su renacido trabajo en la oficina de la fábrica, marcados por una tensión que lo mantenía en alerta, porque no sabía si su amenazador lo había denunciado o no, y tampoco si la policía estaba detrás. Cuando pasaron dos semanas y nada nuevo se vislumbraba en el horizonte se comenzó a tranquilizar y a hacerse a la idea que todo había pasado. Fue por ese entonces que tuvo un dejo de remordimiento por haber tirado las plaquitas identificatorias, los azulejos y las otras muestras que tenía en la vitrina, inclusive el haberse deshecho de las fotos de las casas y los buzones. Pero eso ya no tenía vuelta atrás, todo ese arsenal estaría descansando en el fondo del río con las fotos, tan indignantes para la que había sido su amante platónica, su protegida. Ese fin de semana, entre el mal tiempo y las pocas ganas de hacer alguna incursión para otear algún buzón, se quedó sin hacer nada. Solamente la noche del sábado la rellenó con una visita a «La Perla», allí las chicas lo esperaban, como cada sábado, y si no era «La Perla» era «El Neón». Las dos casas de citas no estaban muy lejos una de otra, y las meretrices se conocían, por lo que no era de extrañar que todas tenían conocimiento «donde había estado Paulino la noche del sábado». Los fines de semana, con el auto, aun con mal tiempo, él solía hacer incursiones por distintos barrios, y así localizaba alguna casa, algún buzón, luego, otro día, si el tiempo lo permitía, hacía una inspección más profunda, entonces iba a pie, y constataba ahora con más precisión la posibilidad real de un futuro buzoneo. Pero ese fin de semana, su estado de ánimo, un tanto alicaído, no lo llamaba a algún tipo de acción semejante. Cuando ese sábado por la noche volvió de «La Perla» se detuvo a pensar que probablemente hacía muchos años que no dejaba pasar un fin de semana en blanco, sin ninguna actividad que lo relacionase con los buzones. Quizás el estado de ansiedad que había pasado en los últimos dos meses lo habían agotado y necesitaba un tiempo de tranquilidad, para después volver más animoso y con más bríos a su habitual actividad de robacartas, y si bien esa posibilidad era factible, sin embargo, ese pensamiento no lo dejó totalmente convencido, pudiera ser también, que la labor que había ejercido, esta vez sí, y con notable éxito, de detective, hubiera desplazado a la actividad de robacartas, dejándola en su intimidad y de manera inconsciente aparcada a un lado, pudiendo ser reemplazada por esta otra, mucho más emocionante, aunque más riesgosa, eso lo había podido comprobar. Si esto fuera así se encontraba en un dilema, porque ahora que el «caso Margarita Bassand» estaba cerrado, no tenía qué investigar, no tenía un nuevo «caso», y no tenía en qué invertir el tiempo, y los fines de semana podían tornarse

exasperantemente aburridos, y no estaba seguro de poder aguantar semejante hastío. Se fue hasta el estudio y dirigió su mirada a la vitrina, allí estaba, enfundada, «la letal». Abrió la puerta, le quitó la funda y la tomó en sus manos. De acero como era, brillaba entre sus dedos, destilando reflejos plateados y dibujando a modo de espejo su imagen alargada en el mango y en las ramas. Tuvo un amago de tristeza sin saber el motivo, pero la enfundó y la volvió a meter en la vitrina. Se fue a acostar porque era tarde, mañana domingo Dios diría. Se durmió con un nudo en el pecho, y durmió mal, se levantó varias veces a orinar, dio muchas vueltas en la cama, y tuvo la sensación, al otro día, de no haber descansado bien. Por la mañana se preparó un café bien cargado, y se sentó en el sofá. Se sentía desgastado, miró por la ventana y el cielo seguía encapotado, y continuaba el frío. Miró la hora. Eran las nueve y media. Con su Renault Dauphine podría hacer un recorrido por algunos barrios y localizar algún buzón. Una manera de distraerse, de matar el tiempo. Pero ni siquiera eso lo sacaba de la apatía en la que estaba enquistado. ¿Qué le estaba pasando? ¿Sería que su obsesión por los buzones se había acabado? Se fue al baño y se miró al espejo. Estaba ojeroso, la barba rala sin afeitar, y los pocos pelos que le quedaban estaban revueltos, algunos, como greñas, le caían desordenados sobre las orejas. Abrió la boca y se miró los dientes, estaban marrones de tanta nicotina. El aspecto no era el mejor. Un dejo de melancolía lo traspasó por dentro. Era como si las ilusiones, esas que él había creado en su particular mundo, se hubieran desvanecido. Estaba solo, tenía todo el domingo por delante, y no tenía nada que hacer. Reflexionando sobre esta última cuestión, se dijo que este pensamiento, tan simplista, estaba lejos de apuntar a la realidad, porque no era verdad «que no tenía nada que hacer», en realidad lo que le ocurría era «que no tenía ganas de hacer nada». Este matiz le hizo tomar consciencia que no era la soledad la que le creaba este estado de ánimo de melancolía, sino la percepción que él hacía de su propia soledad. No en vano toda su vida había sido un hombre solitario, ufanándose de ello y de las ventajas que la soltería conllevaba, y excepto las chicas de las casas de citas, siempre estuvo rodeado de las imágenes que él creaba en su mente, figuras indelebles que marchaban firmes a su alrededor haciéndole también a él partícipe de sus fantasías. Porque iba al ritmo de sus invenciones, al ritmo de su ficción, así fue creando un mundo propio, al cual solo tenían acceso él y sus creaciones. Pobre Paulino. No era «que no tenía nada que hacer», era que de pronto percibía que se había desvanecido su mundo, su mundo utópico, su mundo de fantasía. Se habría curado de su enfermedad obsesiva que lo llamaba a robar en los buzones, a planificar los

robos, a inspeccionar la zona, a fotografiar las casas, a hacer informes y estudiar psicológicamente a los escribientes, y se había quedado sin un motivo por el que vivir. La pasividad, la apatía en la que había entrado, le producían un estado de melancolía que nunca había sentido, y le habían hecho entrar en un bucle de aflicción del que no sabía cómo salir. Sin ganas y haciendo un esfuerzo se fue al baño y se comenzó a afeitarse. En un descuido se hizo un pequeño corte en el cuello. Maldijo y se puso un trozo apretujado de papel higiénico sobre la herida. Se terminó de afeitarse y se volvió al sofá. Un cigarrillo tras otro y la mirada en la ventana que daba al balcón. Así dejó pasar el tiempo. El nudo y la melancolía no cejaban, se levantó y se dirigió al estudio, abrió el archivo y sacó unas cartas, se las llevó a la sala y comenzó a leer. Inmediatamente las dejó sobre la mesita, ni siquiera la lectura de sus robos le producían el encantamiento de antaño, todo lo contrario, por un momento pensó que todo era una estupidez. Pensó en la Paca, pero no estaba con ánimos ni siquiera de llamarla, luego empezaría con su coquetería, sus subidas y bajadas de tono cuando le hablaba, sus contorneos, ahora hasta detestaba el culo grande y las tetas inmensas insinuándosele por el escote. Cuando supuso que la pequeña herida del cuello se había secado se fue a dar un baño. Cuando se peinó y después se vistió la imagen que le devolvía el espejo tenía otro aspecto. Se iría a comprar el periódico, el kiosco los domingos cerraba a las dos, no se quería quedar sin el único entretenimiento que le quedaba.



# VEINTITRES

---

Aunque el nudo no aflojaba tomó la decisión de salir a caminar. Era la una cuando bajó por el periódico. Con el diario bajo el brazo se dirigió a la avenida, una calle ancha que tenía algunos restaurantes a lo largo y que terminaba en la zona más céntrica de la ciudad. Al llegar a la plaza principal se sentó en un banco, y sin abrir el periódico, siguió meditando sobre su pesar, y también sobre su futuro. En una situación igual, en estos momentos él estaría planificando el próximo robo a algún buzón, quizás más tarde se desplazaría a la zona para ver la actividad alrededor de la casa donde pensaba actuar, una especie de primer reconocimiento somero, muy superficial, y luego, siendo domingo, por la noche se retiraría a su morada cargado de expectativas, y en su cocina se prepararía una buena comida, regada con un buen vino, como para festejar la buena nueva, o sea el nuevo buzón. Sin embargo algo había cambiado en su vida, porque este halagüeño panorama, que con tanta pasión había ejecutado hasta la perfección desde hacía mucho tiempo, ya no le complacía, ya no le entusiasmaba, o eso veía él. Todo le resultaba muy extraño, pero había entrado en una pendiente de desánimo que debía detener si no quería caer en un estado de abatimiento que lo podía derrumbar, y dejarlo inerte, sin defensas. Él quería volver a sentir las emociones de antes, aquellas que lo llevaron tan alto y que le proporcionaron los momentos más felices de su vida. Trajo al instante un pensamiento que había razonado una vez y que tenía una cierta lógica: quizás, el robo de buzones había agotado sus ilusiones, porque un nuevo anhelo se abría en su horizonte, una nueva actividad que entraba vigorosa para sustituir a la otra ya pasada, ya otrora, y que le seducía mucho más, la labor que había marcado sus últimos tiempos, la de ser espía-detective, y él estaba en un momento de impasse que le producía incertidumbre, una indefinición que lo llevaba al abatimiento, al cual ahora estaba sometido. Debía dilucidar de qué lado quería estar. De alguna manera este razonamiento, que clarificaba su situación, porque tomaba consciencia de lo que estaba en juego, le fue aflojando el nudo en la garganta y poco a poco comenzó a sentirse mejor. Aquella vez había pensado, que terminado el caso Margarita Bassand, —y con gran éxito por lo que él había podido comprobar—, haría un curso de detective y luego se dedicaría a ello. Había pensado en un despacho en algún edificio de oficinas, y allí en el cristal ahumado en letras negras y bien notables haría poner:

Paulino Chain, y debajo, Detective Privado, como lo había visto en las películas americanas de polis y ladrones, de las que era un gran aficionado, y todo esto sin que tuviera que esconderse de nadie, porque sería una actividad legal, y él sería el único empleado y jefe al mismo tiempo, —esto le sacó una sonrisa—. ¡Vaya! ¡Por fin una sonrisa!, —pensó. Mientras estaba en estas cavilaciones había dejado el periódico a un lado, —aun sin abrir—, y centrado como estaba en estos pensamientos, reflexionó sobre el tema. La investigación sobre el caso Margarita Bassand la había hecho no solo bajo el mando del anonimato sino también de la transgresión y del quebrantamiento de la ley, de alguna manera había hecho de detective-delincuente, si podría denominársele así, demás está decir que haber contratado unos maleantes para que reventaran la puerta de un vecino y entrar allí a robar no había sido muy lícito que digamos. Era evidente que actuar como detective conllevaba también estar en el filo de la navaja respecto a la ley, muchas veces a un paso de vulnerarla, y a veces, para llevar a buen término una pesquisa, tener que delinquir. Su corta experiencia le decía que esos eran los derroteros por los que debía discurrir. Por otro lado estaba el robo de los buzones. De alguna manera, a lo largo de los años, él había creado una obsesión con el robo a los buzones, y luego, terminado el trabajo, con el tesoro en sus manos, en su casa, entregarse a leer las cartas robadas, y así inmiscuirse en la vida de los demás, y esas lecturas le producían un estado de euforia que difícilmente lo conseguía con otras experiencias, pero también, eso lo razonaba ahora, lo que además le atraía del robo a los buzones, era la excitación que le producía el robo en sí mismo, jugársela por la noche a que nadie lo descubriera con las manos en la masa, la violación de lo ajeno, la contravención, y la desobediencia de las normas de conducta, que le decían que no se debía robar, y menos robar la historia «de los demás». Razonado de esta manera, solo el morbo de estar implicado en la perpetua transgresión le daba la razón de ser a su actividad, cualquiera que sea, siendo espía-detective, o siendo ladrón de cartas. Quizás por esta razón el robo de buzones le había producido la ilusión que él necesitaba para que esta acción se hubiera mantenido durante tantos años sin haber decaído un ápice por la excitación que le producía. Pero ahora entraba en juego una nueva experiencia, y eso lo mantenía en vilo, en una constante incertidumbre.

Poco a poco le fue entrando el hambre. Miró la hora y daban las tres. El cielo encapotado seguía cerniéndose sobre su cabeza, y un leve viento frío se levantó en la desolada plaza. Se levantó del banco, y pausado se dirigió a un restaurante que había cerca. Se sentó en una mesa solitaria al lado del

ventanal que daba a la calle y pidió la carta. Comería frugal, y se bebería un buen vino, lo necesitaba. Después iría a un cine, por los alrededores había varios, tenía que cerrar el domingo, y acabar con un día pésimo, un día lleno de pesadumbre y de desasosiego. Salió del cine a eso de las ocho y se fue a su casa. Ahora se sentía mejor, la película, de guerra, había sido buena, y además, le había hecho olvidar, aunque más no sea por un par de horas, las incertidumbres que llevaba. Ahora en su casa, después de cocinarse algo, vería la televisión, cita obligada que lo había acompañado durante toda su soltería, y mañana, mañana sería otro día.

Entró a su oficina con otro ímpetu, y aunque en el fondo seguía siendo el ser solitario que siempre había sido, ahora todo se le antojaba más amable, más acorde con su nueva manera de sentir, y aunque estaba confuso, eso no lo podía negar, sus sensaciones habían cambiado. Así y todo se encerró en su despacho y empezó a hacer garabatos con un bolígrafo sobre un papel. No tenía ganas de hacer nada, y rogaba que el director no lo llamara y no le encomendara ninguna «misión especial». Abrió algunas cartas, escribió algunos informes, controló el último embarque de dulces y mermeladas a un país lejano, tuvo que llamar por teléfono a la casa de fotograbados para adelantarles que necesitaban un nuevo etiquetado para los frascos de dulces, y se quedó pensando en la Paca y todo su histrionismo. Se sintió mejor de ánimo. Dejó pasar el tiempo y cuando dieron las tres salió en tropel con los demás, se fue a buscar su auto y puso rumbo a su departamento. Cuando llegó se preparó «algo sano», tenía que bajar la panza, ¡qué diría la Paca si lo viese así! Después de comer se echó en el sofá para ver un poco de televisión, y aunque no pasaban ningún programa en especial que le atrajera, allí se quedó, fija la mirada en la pantalla. Poco a poco se empezó a adormilar, y a dar cabezadas, mientras el televisor seguía emitiendo sin parar, imágenes y más imágenes que como oleadas le llegaban a la cabeza, que veía sin mirar, y que tenía la sensación que las voces y la música le llegaban de algún lugar lejano, que no podía precisar, luego entró en un limbo que lo desconectó de todo lo que lo rodeaba, y se durmió. Así estaba, sumido en un profundo sueño cuando de pronto sintió unos ruidos que lo despertaron. La televisión estaba encendida, y en esos momentos pasaban un programa musical. La apagó y prestó atención. No pasó mucho tiempo que volvió a escuchar: alguien llamaba a la puerta. Toc toc toc, el ruido de los golpes en la puerta retumbaron en sus oídos. Aunque aun estaba algo adormilado, todo su cuerpo se puso en alerta, se incorporó en el sofá y luego se puso de pie. «¿Quién podría ser? ¿Algún vecino?». Se calzó las chanclas y arrastrando los pies se

llegó a la puerta. No sabía por qué, pero no se animaba a abrir, algo le decía que lo que allí afuera estaba no era bueno para él, y allí se quedó, mudo, de frente, mirando la tabla rasa de la puerta, sin atinar a moverse, en décimas de segundos le pasaron miles de pensamientos por la cabeza, «¡La policía! ¿¡Podría ser la policía!?!». Nuevamente el toc toc, ahora más fuerte, más prepotente, más lacerante.

—¿Quién es?, —dijo con un susurro, casi con la seguridad que solo él se había oído. Nuevamente el toc toc, ahora más fuertes, le pareció que en esos golpes querían derrumbar la puerta, porque le sonaron horripilantes, porque le resonaron en los oídos como masas, pensó en los vecinos, que también escucharían los mismos golpes, ¡qué podrían decir de él! Y luego un grito:

—¿Hay alguien allí?

—Sssiii, —ahora el susurro sonó más fuerte, pero sonaba a súplica, a ruego, «¿Quién era y que querían de él?!».

—¡Abra por favor! ¡La policía!, —resonó una voz autoritaria.

«¡La policía! ¡Era la policía! ¡Ya lo sabía él! ¡Al final lo iban a encontrar! ¡Y tan seguro estaba que todo había pasado!». Paulino empalideció, se quedó paralizado, no atinaba a hacer nada, pero debía abrir, ¡era la policía!

—¡Abra por favor! ¡Tenemos una orden de registro!, —volvió la misma voz, ahora le sonó más imperiosa, más tajante.

«¡Una orden de registro! ¡Algún vecino podría estar escuchando! ¡Qué podría decir él! ¡Qué pensarían de él! ¡La policía! ¡Él, que siempre había sido tan prudente con todos, tan respetuoso, tan reservado, que nunca había tenido una discusión con nadie! ¡El portero! ¡Cuando entraron quizás hablaron con él! ¡Qué deshonra!». Entonces, casi temblando, llevó la mano al picaporte y muy despaciosamente lo giró, luego abrió la puerta, apenas dejó una luz para ver, un policía de uniforme aplicó su manaza en la puerta y la terminó de abrir, Paulino no opuso ninguna resistencia, la puerta quedó completamente abierta, y allí los vio: el uniformado, un tipo más bien grandote con un mostacho que le tapaba todo el labio superior, y más atrás dos personajes de civil, uno de ellos, el más alto, también parecía forzado, llevaba un papel en la mano, se lo alzó a la altura de su cara, y con una voz que no admitía réplicas le espetó:

—Esta es la orden de registro, tiene que dejarnos pasar, —lo dijo casi sin mirarlo, y apoyó su mano en el pecho de Paulino y lo hizo a un lado, e inmediatamente pasaron.

El último en pasar fue el más pequeño de los tres, era delgado y tenía una nariz aguileña, parecía un pájaro, o más bien un cuervo, y llevaba un abrigo oscuro que le llegaba casi a los pies, las manos en los bolsillos, de repente le recordó a un personaje que él ya había visto en las películas, ahora no lo tenía presente, pero ya lo iba a recordar, iba muy recto caminando, la frente alta, muy amplia, y peinado hacia atrás, aun no había abierto la boca, e iba siempre detrás, pero tuvo la impresión que era el que verdaderamente mandaba. Cuando pasaron el de uniforme cerró la puerta tras de sí y se quedaron en el pasillo, estaban todos muy serios, no había ninguna cortesía en sus miradas, en sus gestos, Paulino estaba descompuesto de miedo, iba como encogido, esperando alguna interpelación, alguna mala pregunta, él no se animaba abrir la boca, de pronto el grandote de civil señaló la primera puerta del pasillo:

—¿Qué hay aquí?, —se lo dijo con mal talante, Paulino no se merecía este trato, él era una persona educada, correcta, retraída, sí, eso era verdad, pero siempre había sido respetuoso y nunca había entrado en conflicto con nadie, al contrario, se cuidaba muy bien en no generar ningún enfrentamiento con algún vecino, y no digamos con el portero del edificio.

—Este es mi dormitorio, —dijo casi musitando.

Abrieron la puerta y los dos grandotes se pusieron a abrir cajones, de la mesita de luz, de la cómoda, luego el armario. En la mesa de luz había unas cajitas de preservativos, el de uniforme que en ese momento estaba allí revisando las asíó con las manos e hizo una exclamación, les causó gracia porque el otro grandote se lo festejó, riéndose descaradamente, mientras el más pequeño solo observaba, de pie, casi en la entrada, viendo cómo inspeccionaban, ni una sola sonrisa, aun no había abierto la boca. De la cómoda sacaron camisas dobladas, jerseys, ropa interior, medias, luego se fueron al armario, allí colgaban chaquetas, pantalones, abrigos, alguna camisa, pero metieron las manos en los bolsillos de cada prenda, de cada chaqueta, de cada pantalón, cada tanto sacaban alguna moneda, algún papelito de la compra que se lo había olvidado, el de uniforme volvió a sacar un preservativo del bolsillo de un pantalón. Nuevamente la burla, el recochineo. Salieron, la próxima puerta daba al baño, allí estuvieron poco tiempo, los cajones con pastillas de jabón, un champú, un fijador para el pelo, las hojitas de afeitar en una cajita, toallas, un albornoz prendido de un colgador, abrieron la mampara de la ducha, probaron el agua, en un vaso estaban el cepillo de dientes y la pasta dentífrica. La próxima puerta era la del estudio, Paulino se echó a temblar, no sabría cómo explicar tantos objetos, inclusive extraños para la propia policía. ¿Qué diría de la «saeta»? ¿Y de la «letal»? Luego el

Buzón Imperial, el vaporizador, el archivo, ¡Dios! ¡El archivo! Pronto salieron del baño. Sin preguntarle siquiera entraron al estudio. Había abierto la puerta el de uniforme, entró detrás el otro grandote de civil, hubieron de encender la luz, las cortinas, oscuras, están corridas, y no entraba ni un hilo de luz. Se quedaron paralizados, con los ojos recorrieron la estancia, el más pequeño se abrió paso y se puso delante de todos, Paulino había quedado atrás, en el pasillo, mudo, miraba hacia adentro, entre las cabezas, y luego giraba la cabeza a la sala, se sentía además, como avergonzado, no sabía cómo responder a las seguras preguntas que ya se le agolpaban en la cabeza. Por fin el más pequeño, el pájaro, abrió la boca:

—Háganlo pasar, —tenía una voz fina, acorde con su estatura y con su cara de cuervo, pero era imperativa, y se notaba que era absolutista, despótica.

Los otros dos le abrieron paso y Paulino entró. Un sudor frío le recorrió todo el cuerpo. Había llegado la hora menos deseada, la hora que siempre supo que iba a llegar. Después de tantos años escondiéndose de todos, la obra tocaba a su fin, era la obra de un ingenioso, eso nadie lo podría dudar, ni siquiera él lo ponía en duda, pero esta era la última escena, el último capítulo de su creación. Siempre lo supo. Siempre supo que algún día ocurriría lo que en ese momento estaba viviendo, quizás esta escena ya la había vivido mucho antes, algunas veces en sueños, otras, en su imaginación, pero que él, en la mayor de las inconsciencias, la rechazaba. Pero allí estaba, en el estudio, policia mediante.

—¿Qué es esto?, —le dijo la voz fina

—Este es el estudio, —le respondió en un susurro Paulino

—¿Estudio de qué?, explíquese mejor. Ahora era notorio que el pájaro llevaba la voz cantante.

—De cartas, —siguió musitando Paulino.

—No entiendo, explíquese mejor, ¿de qué cartas?

—Cartas señor, yo a veces robaba cartas, —la voz seguía siendo un hilo.

—Así que usted robaba cartas. ¿Dónde están?

Paulino giró la cabeza hacia el archivo y lo señaló con el mentón. A una indicación del pájaro y los otros dos se fueron al mueble, el fortachón de civil lo abrió, y allí archivadas, con sus respectivos informes, estaban las cientos de cartas que Paulino había robado en toda su vida, un verdadero tesoro, un manantial de sentimientos que nadie en el mundo era capaz de acaparar, allí estaban escritas y agrupadas como en una biblioteca todas las emociones

posibles de ser transcriptas, allí bailaban como en sombras el amor, la pasión, el odio, la envidia, el afecto, la piedad, la conmiseración, la compasión, la insensibilidad, el arrebatado de los amantes, la lujuria y el deseo, el sufrimiento, el frenesí, todos los sentimientos posibles, reunidos en un fichero. El pájaro metió la mano y asió una: «Querida Lola. Estoy ansioso esperando una respuesta tuya, tú no lo sabes, pero cada noche solo sueño contigo, y necesito verte, tocarte, mi loco corazón no puede más...», la volvió a meter en el archivo y sacó otra: «Amor mío. Últimamente te encuentro distante y muy frío. ¿Es que has encontrado otra con quien reemplazarme? Porque te diré una cosa...», así hizo con varias cartas, y todas eran más o menos del mismo talante, luego adosadas a las cartas, con clip estaban los informes, leyó uno: «Por la forma de las letras, muy globulosas, se nota que es alguien expansivo y nada introvertido, luego...», siguió leyendo otros informes, «Llego a la esquina a las doce y treinta, no veo ninguna ventana con la luz encendida y nadie por la calle rondando, creo que tengo el campo libre, dificultad 1...». «Este tipo está loco», —pensó sin dudarlo el pájaro—, luego levantó la vista y la dirigió a Paulino, era una mirada fría como el hielo, se lo quedó mirando un rato, escrutándolo, allí Paulino bajó la cabeza, estaba totalmente sometido, y no podía hacer nada, luego el pájaro se dirigió a los suyos:

—Llévense todas las cartas, —el uniformado y el otro de civil abrieron unas bolsas que traían consigo y metieron todas las cartas, desordenadas, llenaron la bolsa.

Luego se dirigió a la vitrina, allí descollaba en rojo brillante el Buzón Imperial, era como un sol que bajo su manto irradiaba todo lo demás, opacándolo, velando el resto, el pájaro abrió las puertas y lo asió:

—¿De dónde sacó esto?

—Lo compré en un mercadillo, hace mucho tiempo, me gustó y lo compré.

—¿Qué es esto de aquí abajo?

—Esta es una vara de madera, y esto otro una pinza, —entonces Paulino animó una especie de sonrisa, hasta él mismo se sonreía al pensar qué pensaría cualquiera, al ver estos dos instrumentos.

—¿Y para qué sirve todo esto?, —el pájaro estaba cada vez más intrigado de semejante personaje, era evidente que no se trataba de ningún delincuente de los que él estaba acostumbrado a tratar, era más bien un loco, un ido de la cabeza, eso comenzó a pensar.

—Bueno, son para sacar las cartas de los buzones, es la única manera que tenía para poder hacerme con las cartas.

Luego vino el vaporizador, las pinzas, la lámpara lupa, las cubetas de revelado de fotografías, los líquidos, todo lo fue explicando tal cual él se lo había propuesto. Paulino poco a poco se iba reponiendo del primer impacto que sufrió cuando vio la policía y le entraron sin más ni más, casi a la fuerza, con orden de registro y todas esas cosas que lo habían asustado muchísimo. Ahora se sentía más rehecho, y cada vez tenía más claro que lo tomarían por loco, pero no por delincuente, eso le dio ánimos, y comenzó a contestar con mayor claridad, sin tanta cautela y tanto sometimiento.

—Lleven todo esto y vámonos. Ud. vendrá con nosotros.

—Sí señor, —contestó Paulino ahora sin mirarlo y bajando una vez más la cabeza.

Los otros bajaron y subieron unas cajas de cartón, dentro pusieron todo lo que les había resultado sospechoso, todo lo que el pájaro ordenaba, no en vano era el jefe. Se encaminaron abajo y lo metieron en un coche de la policía. Cuando salió del edificio, rodeado por los policías, vio al portero que estaba observando todo lo que ocurría. Para su suerte no le pusieron las esposas, como solían hacer cuando detenían a alguien. Al salir sintió un poco de vergüenza, y en ese momento giró la cabeza hacia otro lado, como para que el portero no lo viera, pero seguramente ya estaría enterado de todo y todo el edificio se pondría al tanto. «¡Qué vergüenza!», —pensó.

Cuando llegaron a la comisaría lo metieron dentro de una sala pequeña y cerraron con llave. Esto lo atemorizó, estaba incomunicado. Miró la hora y daban las siete. Por suerte había llevado cigarrillos. Encendió uno y se dispuso a esperar. Los pensamientos se le agolpaban en la cabeza, mañana debía ir a la oficina y esto pintaba mal, y si continuaba así volvería a faltar, luego el director se enteraría, y también estaban sus compañeros de trabajo. ¡Qué desastre! Nunca había pensado realmente en las consecuencias, pero estaban allí, y no las podía obviar. Luego estaba el edificio donde vivía, el portero, que lo vio salir custodiado por la policía y en un coche policial, los vecinos, que aunque él era un ser retraído y no se daba con nadie, eran muchos los años que vivía allí, y todos lo conocían. ¡Qué vergüenza! Después estaba la Paca, ¿se llegaría a enterar? Supuso que sí. Al final de cuentas su particular amenazador lo había descubierto buzoneando en el barrio, y sabía su dirección y su nombre. Y no digamos el presidente de la comunidad. Al rato la puerta se abrió y apareció un policía distinto a los que habían ido a su casa.

—Sígame, —le dijo muy escuetamente, casi sin mirarlo.



Paulino salió de la sala, cabizbajo, amedrentado por la situación, y se puso tras él. Recorrieron un pasillo, doblaron a la derecha, otro pasillo, y al final llegaron a una puerta que daba a una sala respetablemente grande, entró, o mejor dicho lo hicieron entrar, porque el policía le puso la mano en la espalda y lo impulsó hacia adentro, y allí, sentado tras un enorme escritorio, el que parecía ser el comisario, un hombre un poco grueso de espalda, con su impecable uniforme y unos mofletes sonrosados que le daban un aire superior, a un costado un policía con una máquina de escribir oficiaba de secretario, era evidente que le iban a tomar declaración, y al lado de pie, el pájaro, con la mirada perdida, impertérrito, más allá, cerrando el círculo otros tres policías más, parecían oficiales o con algún grado superior, según él veía, al lado de la puerta, el policía que lo había acompañado. Sobre una mesa que estaba a un costado estaban las cartas con los informes, el Buzón Imperial, la «letal», la «saeta», el vaporizador, las pinzas, la lámpara lupa, los líquidos de revelado, la ampliadora, las cubetas, la máquina de fotografiar, el telescopio, y apoyados de plano en la mesa, pudo divisar, no sin cierta dificultad, los dos títulos, el de grafología y el de fotografía. Paulino se quedó mirando todo su arsenal, estaba absorto, como aturdido, ¡todos sus instrumentos, cartas, diplomas, todo lo tenían allí! De pronto, una voz autoritaria lo hizo volver en sí.

—Siéntese, —le dijo el hombre de los mofletes, mirándolo por encima de las gafas—, soy el comisario Forlán, y usted, —y se dirigió al policía que estaba a un costado con la máquina de escribir—, vaya tomando nota.

Paulino tomó asiento, el corazón le latía a mil revoluciones, notaba un ligero temblor en las manos, y trató de tranquilizarse, sabía que estaba en un momento crucial, le iban a tomar declaración, lo que allí dijera lo podía salvar, o condenar.

—Bueno, a ver, que esto que usted se dedica a robar cartas, cuénteme, y no me venga con tonterías, diga todo lo que tenga que decir, que no será poco, me imagino, —y dejó deslizar la frase, mientras le dirigía una mirada penetrante, que no dejaba lugar a dudas que no podía andar con cuentos.

Pero Paulino tenía muy bien estudiado qué tenía que decir, o por lo menos qué era lo que no debía decir. Sabía que no podía sacar a relucir las cartas amenazantes a su protegida, y menos hablar de ella y de Román Argutti, que por otra parte estaría ya bien lejos, tampoco del robo en el departamento y de

la existencia de los delincuentes, eso lo ponía fuera de la ley, sin embargo había algunas cuestiones que lo pondrían en un aprieto, no podría ocultar el piso de la Paca, donde había vivido los casi dos últimos meses, quien lo había descubierto sabía su dirección, lo mismo ocurriría con su trabajo en la fábrica de dulces y mermeladas, de alguna manera se iban a enterar, y era mejor confesar que trabajaba allí a no decirlo y que lo descubrieran después, le preocupaba el director, era probable que lo echaran, de eso era consciente, pero no podía hacer nada. Sin embargo sabía que le convenía que lo tomaran por loco, eso era mejor que ser condenado por delincuente, y por allí iba a jugar sus bazas, por allí se podía salvar.

—Sí, desde muy pequeño me gustaba meter la mano en los buzones y robar cartas, era una obsesión, pero nunca me la pude sacar de encima. La verdad que últimamente solo robaba muy de vez en cuando, pero me daba cuenta que no estaba bien lo que hacía.

—¡Un poquito tarde se dio cuenta, no! Usted tiene ya sesenta y dos años, y me dice que «últimamente robaba solo muy de vez en cuando», ¿y no le da vergüenza a usted, con la edad que tiene, eso de estar metiendo la mano en los buzones y robar cartas?, ¿Qué bicho le picó que hacía esas cosas? Dígame, explíquemelo.

—Ya se lo dije, fue desde muy pequeño que comencé, era una obsesión, sabe, ni yo me lo explico. Pero le quiero aclarar, y eso lo podrá ver usted, porque los policías que fueron al departamento han traído todas las cartas que estaban en mi archivo, las cartas que yo robaba eran todas cartas de amor, de peleas entre novios, de cosas sin importancia, eso robaba yo, las otras no me interesaban, cuando sacaba las cartas yo me quedaba solo con estas, las que estaban escritas a mano, las otras las volvía a echar al buzón, —y se lo quedé mirando, tratando de poner la cara lo más inocente posible, le recordaba cuando hablaba con el director y lo pescaba en uno de sus delirios que le dejaba la mente en blanco, siempre ponía cara de mosquita muerta.

—A ver, hay una cosa que no me explico, usted vive en el departamento donde lo hemos detenido, porque... ¿no sé si se da cuenta, que usted está detenido, no?, bueno, como le decía, usted vive en su departamento, ¿pero que hacía viviendo en otro departamento, lejos del suyo, en otro barrio?, me refiero al departamento de esos edificios que hay en la plazoleta, ¿Qué hacía allí?, porque usted sabrá que fue denunciado por un vecino de allí que lo vio meter la mano en el buzón de una vecina suya, una señora muy honorable que vive justo frente al departamento donde vivía usted. ¿Qué hacía allí?

—Mire, mi departamento ya me resultaba viejo, achacoso, usted sabe, yo soy soltero, vivo solo...

—¡Y sí, quién lo podría aguantar! ¡Vivir con un ladrón de cartas!, siga, siga...

—Sí, como le decía, soy soltero, vivo solo, el departamento donde vivo es viejo, más aun, es deprimente, y estaba buscando algo más moderno, un barrio más elegante, entonces le alquilé este a esta señora, doña Paca, y si me gustaba me pensaba mudar allí, pero quería probar, primero quería probar, y la verdad que el barrio y el departamento me habían gustado mucho, si no fuera por lo que ha pasado, me hubiera quedado allí, pero ahora, imagínese, no sé qué pasará conmigo, y la señora Paca después de todo esto...

—¡Es que, amigo! ¡Eso de estar robando cartas en los buzones! ¡La verdad es la primera vez que me toca un caso así!

—Sí, yo lo lamento mucho, creo que debería recibir algún tratamiento, no es normal que me guste robar cartas, y le repito, últimamente había tomado consciencia de esto, y solo robaba muy de vez en cuando.

—Mire, no me venga con cuentos que a usted lo agarró con las manos en la masa un vecino suyo no hace mucho, ¿o cree que soy tonto? Nosotros, la policía, nos enteramos de todo, ¿me entiende?, para eso somos la policía, —y se arrellanó en el asiento dejando bien sentado que se trataba de la autoridad, de la autoridad con mayúsculas—, y ahora dígame, ¿qué es esa olla con un tubo en la tapa?, —y el comisario hizo traer el vaporizador y se lo quedó mirando, incrédulo, por tener delante a quien tenía, más que un delincuente un loco—, pensó, —un loco de atar.

—Sí, este es el vaporizador.

—¿El vaporizador?, —exclamó, mientras continuaba en la confusión.

—Sí, le explico, es un invento mío, lo hice hacer en un taller metalúrgico; ocurre que para despegar las solapas de los sobres se necesita vapor, al principio yo lo hacía calentando una olla, pero el vapor se perdía y a veces hasta me quemaba los dedos, ideé esta especie de olla con una tapa y el tubo que allí ve, esto concentra el vapor que sale solo por allí, es muy práctico sabe, la verdad que a veces se me ha ocurrido patentarlo.

El comisario lo escuchaba asombrado, los demás policías que estaban alrededor también quedaron embobados por las payasadas que decía su detenido, y esbozaron una sonrisa, hasta el escribiente que estaba al lado del comisario dejó de escribir y se sonrió. El comisario entonces reaccionó rápido:

—¡Usted, escriba lo que escucha! ¡No se quede como un bobo prestando oídos a semejantes tonterías!

Y ahora se volvió a dirigir a Paulino, este lo miraba prestando mucha atención e intentando contestar con simpatía y dando todos los detalles, quería parecer cordial y caer amable a todos, un poco campechano, pero muy sociable. Entonces el comisario continuó:

—¿Así que lo hizo fabricar expresamente para esa función? ¿Y era en el «estuuudiooo», —aquí el comisario pronunció esta palabra con un poco de guasa—, donde usted abría las cartas que robaba? ¿O sea un «estuuudiooo», —volvió la guasa—, muy interesante, no? ¡Muy instructivo su estudio! ¡Si hubiera usado la cabeza para otras cosas no estaría ahora aquí!, —le espetó con fastidio—. ¡Es que hay que escuchar cada cosa! Y dígame, en esa caja de madera, que hay un palo de madera, ¿Qué es eso? Entonces Paulino, con la misma cara de inocente, siguió con las explicaciones:

—¡Ah! ¡Esa es la «saeta»! Yo le puse ese nombre, mire, es muy sencillo, yo cuando era chico metía la mano en el buzón directamente, yo tenía una mano alargada y estilizada, y muy flexible, y no había buzón que se me resistiera, ¡ah!, ¡esos sí que fueron buenos tiempos!, pero luego a medida que fui creciendo también me fue creciendo la mano, y ya no podía meterla en el buzón, no vea señor comisario los temores que pasé, hasta llegué a pensar que tenía que dejar esta actividad que tanta ilusión me hacía, hasta que por fin un día se me ocurrió: metiendo un palo por la abertura yo podía levantar las cartas hasta arriba que ahora yo sí las podía agarrar con las manos, fue un gran adelanto, decidí entonces ponerle un nombre, le llamé la «saeta», y después le hice una caja, que es esa que ve allí, todo es de madera de roble, y cada tanto la untaba con aceites especiales, sí, fue de gran ayuda la «saeta» para mí.

El comisario y los policías, también el escribiente, e incluso el pájaro, mientras escuchaban lo miraban incrédulos.

—Bueno, usted me parece que es un maniático, —le dijo el comisario con cierta dejadez—, y dígame, esa otra pinza que está al lado, ¿para qué sirve?

—¡Ah! ¡La «letal»!

—¿La que?, —lo increpó inmediatamente el comisario.

—La «letal» señor comisario. Ese es el instrumento que más satisfacciones me dio. Mire, con la «saeta» yo sacaba bastantes cartas, pero a veces resbalaban por el costado y caían al fondo del buzón, y me hacía perder tiempo, y muchas veces me quedaban algunas que no podía sacar, además, en

estas cosas, la cuestión del tiempo es importante, porque este trabajo hay que hacerlo lo más rápido posible, alguien puede estar atento, alguna ventana indiscreta, y no se puede perder tiempo así porque sí, así que como no estaba totalmente satisfecho con la «saeta» me inventé la «letal», pero esto sin menospreciar a la «saeta», por supuesto, porque la «saeta» también me dio muchas satisfacciones, y en un principio cuando ya la mano no entraba más por la abertura fue la que me sacó del problema, por eso yo le tengo mucho cariño a la «saeta», por eso estaba allí en la vitrina como una reliquia, pero la «letal» la superó totalmente, mire, con esta pinza, que yo hice reformar en otro taller metalúrgico alargándole las ramas, sacaba las cartas en un santiamén, era meter y sacar a una velocidad vertiginosa, es un instrumento valiosísimo, si alguien se dedicara a esto este es el instrumento que debería usar, es un instrumento con mayúscula, también he pensado en patentarlo.

El comisario no pudo más y largó una sonrisa. Los otros policías se pusieron a reír, alguno de forma descarada. Hasta el pájaro sonrió disimuladamente, aunque eso de sonreír no iba con su personalidad. Fue entonces cuando el comisario dio un golpe con el puño en el escritorio y dijo de manera acalorada:

—¡Basta señores! ¡Estamos en la comisaría! ¡Y estamos tomando una declaración! ¡Basta de risas!

Pero no podía quitar la sonrisa de los labios, haciendo que los demás tampoco se tomaran en serio el golpe de puño en el escritorio, la verdad era que no se podían contener, no era por una falta de respeto a su superior, al que verdaderamente temían, porque cuando se ponía furioso era mejor no tenerlo cerca, pero él mismo sonriéndose como estaba, les daba pie a que ellos mismos tampoco pudieran reprimir la risa. Los tres policías que cerraban el círculo se giraban para no mostrar el desenfado de sus sonrisas, hasta el policía que estaba de pie en la puerta no podía contenerse, el pájaro decidió salir de la sala, el escribiente no podía con las teclas, debía borrar cada rato y volver a escribir, y todo se empezó a transformar en un lio de difícil solución. Mientras, Paulino los miraba circunspecto, era como si se hubiera puesto solemne, porque él estaba haciendo una declaración lo más seria posible, sin un atisbo de mentir en nada, todo lo contrario, quería dar todas las explicaciones pertinentes. Cuando todo pareció que volvía a los causes normales, el comisario volvió a la carga:

—Bueno, basta de jolgorio, ya ve que en la policía no todo es rigidez y disciplina, también nos reímos de cosas, bueno, a ver, sigamos, dígame que es

ese buzón rojo, —y prosiguió dirigiéndose al policía de pie—, tráigalo, tráigalo acá, —y el policía fue hasta la mesa y lo llevó al escritorio donde estaba el comisario, frente a frente con Paulino, y el comisario continuó—: esto usted tenía en la vitrina, por qué... ¿usted tenía esto en una vitrina, no?

—Sí, lo compré en un mercadillo, hace mucho, lo vi y me gustó, la verdad es una obra de arte, imagínese, yo por aquel entonces robaba mucho, no como ahora que casi no robo, pero este buzón es inglés, si se fija bien, ahí, en un costadito dice «made in england», para mí tener ese buzón en mi casa fue como un sueño, como a alguien al que le gustan las pinturas y tiene un Velázquez, o un Rembrandt. Es eso, solo eso.

—¿Así que para usted este buzón es como una obra de arte? La verdad, yo alucino con usted. Y dígame, ¿para qué todo ese arsenal de líquidos de revelado, cubetas, ampliadora, para qué?

—Bueno señor comisario, en una época se me dio por la fotografía, en realidad eso me creí, hasta hice un curso de fotografía y revelado, no sé si allí, arriba de la mesa, está el diploma que me dieron por el curso, incluso me compré una máquina de fotos, de las buenas, está allí en la mesa, la puedo ver, y al final no sirvió para nada, fue un espejismo, no sé si llegué a gastar dos rollos de fotografía, fue un dinero tirado a la basura, un error, pero bueno, todos cometemos errores, yo el primero, ya ve usted.

En esas entró el pájaro, se le notaban aun llorosos los ojos, y una sonrisa que no se podía quitar, la nariz le bailoteaba en ese rostro demacrado, casi infame. Paulino lo volvió a mirar, le recordaba a algún actor, o por lo menos a algún personaje que él ya había visto en películas, sí, ahora recordaba más, eran películas de guerra, ¿quién era? Entonces tomó una silla y se sentó al lado del comisario, a todo esto, este continuaba con el interrogatorio.

—¿Y ese telescopio, para qué lo usaba? ¿No me diga que además le gustaba mirar por las ventanas la intimidad de los vecinos?, —lo dijo con sorna, con cierta socarronería, como haciéndole ver que era un comisario inteligente y que no se le escapaban ni los mínimos detalles.

—Bueno, ya le dije que soy soltero, los solteros a veces nos tenemos que inventar algo para distraernos, se me dio por comprarlo porque, aunque no entiendo ni pizca de astronomía, me gusta ver el cielo los días estrellados, ver la luna, una distracción, nada más, —mientras, el comisario, con la mano en el mentón lo miraba fijamente, como queriéndole sacar todo el jugo posible a esta declaración que le estaba tomando.

—¿Y el diploma de grafología?, —prosiguió.

—¡Ah! Ese diploma. Bueno, fue en esa época que yo tenía la cabeza en esto de robar cartas, entonces hice este curso, era para saber, según el tipo de letra, y la inclinación de las palabras, bueno, todo eso, usted sabe, era para saber la personalidad de los que escribían, inclusive hacía un informe de la personalidad, —aquí Paulino se sonrió—, es una tontería ya lo sé, pero bueno, esas cosas me pasaban por la cabeza.

—¿Y ahora..., no le pasa más por la cabeza?, —esbozó la pregunta el comisario, mientras inclinaba levemente la cabeza y le salía una media sonrisa, una pregunta llena de interrogantes.

—Bueno, no, no como se me pasaba antes, antes estaba muy obsesionado, ahora no tanto, y ahora que estoy acá, haciendo esta declaración, tengo que decir que he tomado consciencia del error de haber llegado hasta donde llegué. Creo que no podría volver a meter más la mano en un buzón, eso es lo que creo, mejor dicho, estoy seguro.

—¡Mmmmm! ¡No sé qué pensar! ¡Dudo que usted me esté diciendo toda la verdad, y nada más que la verdad! ¿Reconoce esta frase? ¿Eh? ¡Que usted es un truhan! ¡Eso es lo que pienso!, —y prosiguió, ahora dirigiéndose a los policías que tenía al lado, en el escritorio:

—¡Llévenselo! ¡Métnlo en el calabozo!, ya veremos qué hacemos con usted, —dijo el comisario, ahora dirigiéndose a Paulino, que no daba crédito a sus oídos, ¡en un calabozo!, ¡lo iban a meter en un calabozo!

El policía que estaba en la puerta lo agarró de un brazo y se lo llevó. Volvieron a recorrer los pasillos, una puerta a la derecha dio con una sala no muy grande, al final, otra puerta de rejas, la abrió con unas llaves, luego quitó un seguro y después más llaves, por fin se abrió, lo acompañó con el brazo hasta que estuvo dentro, detrás de sí, escuchó cómo se cerraban las distintas cerraduras, una sensación de ahogo y una profunda tristeza lo invadió, miró a su alrededor, el calabozo era más bien pequeño, un tabla con un colchón, arriba unas mantas, y una mesa y una silla, ese era todo el mobiliario, cuando se giró el policía ya había desaparecido.

Mientras tanto en el despacho del comisario comenzaron a debatir el caso.

—Este tipo está más loco que una cabra, —dijo uno de los oficiales, el escribiente ya había dejado de tomar nota, el debate, aunque con el comisario delante, era más bien informal.

—Creo que de eso no hay ninguna duda, —continuó el otro oficial, mientras tanto el comisario escuchaba atentamente las opiniones de sus subordinados, luego hablaría él, daría su certera opinión, como siempre hacía, entonces el oficial siguió hablando—, un tipo que dice que quiere patentar esa

pinza, la «letal» o como se llame, —fue allí cuando todos largaron una carcajada, hasta el pájaro, que esta vez sí, se rio a boca tendida—, lo que quiero decir, si dice que va a patentar esa mierda, —todos volvieron a carcajear, el comisario, el escribiente, los oficiales, inclusive el pájaro—, es que está chiflado.

Entonces tomó la palabra el pájaro, entre los que allí había era el que seguía en jerarquía, y era un tipo callado, más bien severo en sus conclusiones, siempre parecía malhumorado, pero era muy eficiente en las pesquisas, y todos le tenían respeto, hasta el mismo comisario tomaba muy en cuenta su criterio, porque a decir verdad, el comisario no era muy despierto que digamos, más bien todo lo contrario:

—Debemos considerar que nos encontramos ante un personaje no habitual entre los delincuentes con los que normalmente nos topamos. En realidad, parecería ser que solo robaba cartas, y no todas, sino un tipo especial de cartas, cartas románticas, sin trascendencia, podemos ver que todas las encontradas en el archivo tienen esta característica, sin embargo aquí hay un claro delito de violación de la intimidad, por lo que tendremos que enviarlo al juez para que abra instrucciones, luego ya verá el juez si tiene que ser visto por un psiquiatra, a los efectos, —aquí hizo una pequeña tosecita—, a los efectos, como decía, de que valore sus facultades mentales, aunque en el fondo, y sin ser psiquiatra ni nada parecido, para mí, —esto lo dijo con la voz un poco más baja y recorriendo con la mirada a todos—, está loco de remate, —y largó una sonrisita. Tampoco creo que se hubiera desembarazado de otras pruebas que podrían incriminarlo antes de nosotros descubrirlo. Ni siquiera creo que tenga la inteligencia suficiente como para sospechar que le podíamos caer encima. Cuando aparecimos en el departamento lo agarramos de sorpresa, se le veía en la cara, no nos esperaba.

Luego tomó la palabra el comisario, y como siempre ocurría hizo un resumen de lo mejor que había escuchado de cada uno, no tenía el comisario muchas luces como para hilvanar un discurso muy razonable que digamos, por eso prefería escuchar primero y decidir después, y en eso sí demostraba inteligencia, antes de tomar decisiones que pudieran resultar equivocadas, por eso, luego de la alocución, que alargó injustificadamente, y siendo la hora que era, —se habían hecho las nueve y media de la noche—, determinó que lo iban a dejar dormir en el calabozo y a la mañana siguiente lo llevarían a los juzgados para que el juez de instrucción le tome declaración. Al momento se



levantaron todos y cada uno se fue a su casa. En la comisaría, en uno de los calabozos, yacía Paulino, con la mirada al techo, y la mente ocupada en reflexionar en todo lo que había sucedido en esa maldita tarde que lo habían descubierto, y en lo que acontecería de aquí en más. El futuro lo veía negro, por de pronto estaba entre rejas, y no tenía ni idea cuales serían los próximos pasos. ¿Lo llevarían ante un juez? ¿Tendría que volver a declarar? ¿Podría terminar en la cárcel, en un presidio? En ese caso, ¿Sería condenado? ¿Y cuánto tiempo lo condenarían? ¿Años quizás? Se pasó la mano por la cara como queriendo borrar con este gesto todo lo que estaba viviendo. La sensación de ahogo y tristeza le atenazaban la garganta y le oprimían el pecho. De pronto escuchó que unas llaves abrían su celda. Dirigió la mirada a su puerta y entró un policía con una bandeja.

—¡Aquí tiene la cena maestro!, —le dijo amable el policía, y dejó la bandeja encima de la mesa, de la que humeaba lo que parecía ser un buen guiso—. Y si necesita el baño pegue un grito, nosotros estamos del otro lado, lo escucharemos, —e inmediatamente se retiró, y volvió a cerrar la puerta de rejas, con ese ruido atronador con el que suenan las cerraduras de los calabozos y sus llaves casi medievales, le repicaban como un eco en su atribulada cabeza esos ruidos de encierro y soledad.

Sin hacer caso a la comida, Paulino siguió discurriendo sobre su futuro. Según veía el devenir era trágico. De su trabajo, casi con seguridad lo echarían, sería una vergüenza, una humillación, ¿Cómo podría mirarlo a la cara al director, al señor Benedicto, quien tanto había confiado en él, y luego estaban los compañeros de trabajo, que por esas cosas de la vida, en los últimos días le habían abierto los brazos, ¿él un delincuente?, ¿un presidiario?, luego había más preguntas por hacerse: si se quedaba sin trabajo, ¿de qué viviría?, es verdad que estaba a las puertas de la jubilación, aun le faltaban dos años para jubilarse, pero ahora todo entraba en una gran incógnita, él no sabía de leyes, ¿podría perder los derechos de la jubilación?, no lo sabía, comenzó a hacerse a la idea que quizás iba a necesitar un abogado, sí, casi con toda seguridad. Luego estaban los vecinos del edificio donde vivía. ¿Qué dirían de él? ¿Qué pensarían? ¿Qué se estaría chismeando en este momento?, el portero había visto todo, ¿habría dado la voz de alarma, ya? «¡Atención! ¡Tenemos un delincuente en el edificio!, ¿Sí? ¿Quién?, ¡Ese tal Paulino! ¡El del quinto!». Paulino no solo no tenía hambre, quería que se lo tragara la tierra, querría desaparecer y volver a aparecer en otra ciudad, en otro país, en otro mundo. Tal era el estado de Paulino. A las doce de la noche

tuvo un amago de necesidad de llenar el estómago, el guiso estaba frío, pero había además un trozo de pan y un vaso de agua. Se comió el pan y bebió el agua. Se volvió a tirar en el camastro. Casi no durmió esa noche. Dio vueltas y más vueltas y cada tanto entraba en una somnolencia de la que a cada rato despertaba bruscamente con el corazón agitado y mojado de transpiración. Entre sueños se imaginó con el traje a rayas negro y blanco horizontales de los presidiarios, enganchado a una bola de hierro atada a un tobillo por una gruesa cadena, le costaba caminar, y lo llevaban a una cantera, «¡Sí, —le decía el juez, en voz alta—, a trabajos forzados!» Así llegó la mañana, que se terminó por despertar. Se dio cuenta porque a eso de las siete, —llevaba su reloj pulsera—, comenzó a escuchar una cierta actividad al otro lado de las rejas, que aunque no veía porque estas daban a una sala vacía, y todo ocurría al otro lado, escuchaba hablar y ruidos de sillas que se corrían, y luego un tableteo que le pareció que era una máquina de escribir. A las ocho le entraron un desayuno y aprovechó para ir al baño. Aunque tenía el estómago cerrado el hambre le pudo, y se bebió el vaso de leche con dos bizcochos que había en un plato. Se quedó sentado en la cama, sin saber qué hacer, de pronto se acordó de su oficina, allí no sabrían nada, tendría que llamar por teléfono, ¿y qué diría?, ¿que estaba en un calabozo?, no, si le dejaban llamar por teléfono llamaría y mentiría, diría «que estaba enfermo, otra vez enfermo, sí, otra vez, ¿por qué no?, los virus son así, y no sabría cuánto tiempo estaría mal, ya iría al médico, cualquier novedad y los tendría al tanto». Eso haría, ir tirando para adelante, no diría la verdad, ya habría tiempo, según se desarrollaran los hechos, de contar toda la verdad, y nada más que la verdad, como le había dicho el día de ayer el comisario, en un alarde de querer mostrar que tenía profundos conocimientos de las leyes. «¡Jaja! Este comisario era un patán, ya lo había descubierto, un mamotreto, con sus mofletes gordos y su risa estúpida». Eso pensaba Paulino, que mientras pasaban los minutos más se ponía nervioso, porque no podía llamar a su oficina y dar el parte que estaba nuevamente enfermo y hoy no iría, y quizás mañana tampoco, y quien sabe cuándo podría ir. Comenzó por llamar en voz alta, «¡Guardia! ¡Guardia!», luego al ver que nadie se acercaba por allí siguió palmeando las manos, y nuevamente «¡Guardia! ¡Eh! ¡Guardia!», así, al rato, se abrió una puerta y detrás de las rejas apareció el comisario. Eran las nueve de la mañana, a esa hora estaban entrando a la oficina sus compañeros de trabajo, y pocos minutos después llegaría el señor Benedicto, ¡Ay señor Benedicto, cuánto pesar tengo!

—¡Buenos días señor Paulino Chain! ¿Cómo ha pasado la noche?, —le inquirió el comisario con una sonrisa que a Paulino lo puso rabioso.

—¡Bien señor comisario! ¡O mejor dicho más o menos! ¡Estoy muy preocupado por mi trabajo, tendría que llamar y explicar que hoy no podré ir, hágame el favor de facilitarme un teléfono!, —casi rogó Paulino.

—Señor Chain. Usted no se preocupe, le facilitaremos un teléfono, por el momento no está incomunicado, —el comisario lo miró a los ojos, afloró un esbozo de sonrisa, y le dijo cierta saña y estirando las palabras—: aunque en cualquier momento podría estarlo.

Paulino estaba desesperado y pasó por alto el sarcasmo del comisario, lo importante es que llamaría a la oficina y podría explicar que «volvía a estar enfermo, que no se preocuparan por él, que quizás estaría algunos días sin ir a trabajar pero que no era nada grave, y que cuando estuviera en condiciones ya se encargaría él de llamar, que les enviaba un saludo a todos, y principalmente al señor Benedicto».

—¡Gracias señor comisario! ¡Imagínese lo importante que es para mí mi trabajo, y yo aquí como si fuera un delincuente!

—¡Pero señor Chain! ¿Y usted qué piensa, que por qué motivo está aquí? Para nosotros, para mí expresamente, que soy el comisario de esta seccional de policía, —y lo dijo con cierto engreimiento, porque en ese momento alzó ligeramente la barbilla—, usted es un presunto delincuente, dentro de un rato lo llevaremos al juzgado de instrucción, y allí le tomará declaración un juez, en definitiva él será quien dictaminará la responsabilidad de sus actos, ¡eso de estar robando cartitas por allí! ¿Usted no sabe que está violando la intimidad de las personas?, —esto lo dijo con un poco de enfado y alzando ligeramente la voz, como reprendiéndolo—, ahora un policía lo llevará al lavabo, arréglese un poco, y afeítese, allí hay hojitas de afeitar y todo, y dese una ducha, que en un rato iremos al juez.

Paulino se quedó mudo. No sabía que todo esto podía llegar tan lejos. De pronto pasaron por alto la oficina, el señor Benedicto, sus compañeros de trabajo, los vecinos de su edificio, el portero, hasta la Paca quedó desdibujada. Ahora se trataba de él, de su libertad, o de terminar entre rejas, y vaya a saber cuánto tiempo. ¡Y todo dependería de un juez! ¡Una nueva declaración! ¡Tenía que volver a hacerse el loco! ¡Sería lo único que lo podría salvar! O eso pensaba él, era el único hilo que lo aferraba a su liberación, a volver a vivir en paz, a iniciar una nueva vida sin tropiezos, sin caer en el error de una conducta absorbida por una maldita obsesión, como había sido toda su existencia, un desatino, un disparate, una permanente mentira. Se sentó en la cama y puso la cara entre sus manos. Era la primera vez que le ocurría, pero sintió ganas de llorar. El comisario, que se lo había quedado

mirando, sintió pena por ese pobre hombre, que una locura lo había llevado tan lejos. «¡Vaya manía de robar cartitas!», —se dijo un poco atribulado por la pesadumbre que veía en el pobre loco. Y salió de allí. Al poco rato otro policía lo fue a buscar, le dio una toalla y lo llevó al lavabo. Luego lo hicieron pasar a una sala donde había un teléfono. Allí, en su intimidad, llamó a la oficina y habló con uno de sus compañeros de trabajo. En un rato, como le había dicho el comisario, lo llevarían con un coche de la policía ante el juez.

A las once dos policías abrieron la puerta de rejas y sacaron a Paulino del calabozo, le pusieron unas esposas y lo dirigieron a un patio donde estaban los coches policiales. Lo metieron en la parte de atrás de una furgoneta policial separada del conductor y su acompañante por una fuerte malla metálica. Otro policía subió con él y se sentó enfrente. El policía, que no le había dirigido la mirada en ningún momento, llevaba en sus manos una ametralladora, no podría decir qué tipo de ametralladora era, pero las había visto en la televisión, y trataba de recordar el nombre, pero no caía. Entregado a la situación que estaba viviendo, la angustia y la tristeza le habían desaparecido, la sensación de ahogo y de estrangulamiento habían sido reemplazados por un estado de ansiedad que él ya conocía. Sus sistemas de alerta funcionaban una vez más, como siempre había ocurrido en los momentos decisivos, la situación era crítica y solo le cabía enfrentarse como mejor pudiera a los nuevos acontecimientos. Ahora lo llevaban a declarar ante el juez, allí debía quemar sus naves, de esta entrevista dependía su futuro. Ni siquiera lo sobrepasaban el verse esposado ni llevado en una furgoneta policial, ahora había retomado consciencia de la realidad y una fuerza interior lo impulsaba a mantener la calma, de ello dependía que terminara en una cárcel o en un psiquiátrico, de eso no tenía dudas, pero sabía que en la diferencia se jugaba el pellejo. Cuando llegaron al edificio de los juzgados, la furgoneta entró por un camino lateral hasta un patio, donde estaban estacionadas otras furgonetas, incluidos coches policiales y otros automóviles, algunos lujosos, que pertenecían a jueces y letrados que tenían acceso a esta zona del parking. Lo bajaron por la puerta de atrás y después de cruzar un patio empedrado lo metieron en el edificio. Un ascensor los llevó a la tercera planta. Iba esposado y diligente, acompañado por los policías, porque colaboraba en todo lo que podía colaborar. Llegaron a un largo pasillo con sillas a cada lado donde se abrían varias puertas. Mucha gente esperaba, algunas de pie, otras sentadas. Había policías también. «Aquí están las salas, aquí me espera el juez, mi juez, el que decidirá mi destino» —pensó ahora con cierto temor Paulino. Cuando pasó una hora lo hicieron pasar a una de las

salas, le retiraron las esposas y lo sentaron en una silla. Enfrente y detrás de un gran escritorio, el juez. De mediana edad y con el pelo blanco lo recibió con una sonrisa. Al verlo tuvo un hábito de esperanza. Imbuidos en sus imponentes togas negras él se los imaginaba sombríos, perversos, que desconocían el significado de la palabra compasión, piedad, eso de lo que él tanto necesitaba, que alguien se apiadase, porque en el fondo no había hecho mal a nadie, él, justamente él, que era incapaz de matar una mosca. Pero ahora, al verlo sonreír, con su cabellera de abuelo bueno, un soplo de esperanza lo insufló. Entonces el juez, sin abandonar la sonrisa, le comenzó a preguntar:

—¿Es usted el señor Paulino Chain?

—Sí señor, —dijo Paulino con una inclinación de la cabeza.

—¿Su documento de identidad es «4...» y su domicilio «calle B... número 7..., piso 5.º A»?

—Sí señor, —nueva inclinación de cabeza.

—Sepa, que si bien no hay una denuncia formal, la policía ha actuado de oficio y lo ha encontrado culpable de robar cartas en los buzones. ¿Sabe eso?

—Sí señor.

—¿Me lo puede explicar?

—Lo intentaré señor, quiero colaborar en todo con usted y con la policía, —y allí puso cara de cándido, de un ser inofensivo, incapaz de matar una mosca.

—Comience por favor, —el juez, sin dejar en ningún momento la sonrisa, parecía como que le hacía gracia investigar este hecho.

—Mire señor juez, empecé desde muy niño, me gustaba meter la mano en los buzones y quedarme con las cartas de la gente, en realidad las cartas que siempre me interesaron eran las personales, las que estaban escritas a mano, las otras siempre las devolvía al buzón. Sé que está mal, pero en aquella época yo no lo sabía, y me hice aficionado a robar cartas en los buzones. No sé bien qué me pasó señor juez, porque aunque yo fui creciendo y tomando consciencia de las cosas que estaban bien y que estaban mal, yo seguí robando cartas, era como una obsesión, algo que podía más que yo. Cuando me hice adolescente, primero en el colegio secundario, y después en la facultad, cuando tenía oportunidad, yo seguía robando cartas, creo que hasta perdí una novia por esta obsesión con los buzones, es difícil entenderlo, pero fue así. Después, entré a trabajar en las oficinas de una fábrica, y aunque me cuestionaba esta costumbre que tenía de robar en los buzones, no me podía contener. Y así hasta hoy, que la policía me descubrió. Al final, yo doy las

gracias que me hayan descubierto, la única manera de parar este disparate en el que estoy metido, porque lo considero así como se lo estoy diciendo, un verdadero disparate, aunque también le quiero decir que últimamente estaba robando menos, no estaba tan obsesionado, estaba pasando un momento de gran confusión.

Como cuando había declarado en la policía, en una mesa, a la izquierda, estaban todos los artilugios que él había usado en su larga carrera de ladrón de cartas. Fue entonces cuando el juez le fue preguntando por cada uno de ellos: el vaporizador, que había pensado patentar, la «saeta», que lo había sacado del paso en un momento crítico porque su mano ya no entraba con facilidad en las aberturas de los buzones, la «letal», el mayor de sus inventos y que también pensaba patentar, los diplomas de grafología y el otro de fotografía, la cámara fotográfica, la ampliadora, las cubetas y los líquidos de revelado, la lámpara lupa, el Buzón Imperial...

—Este buzón es como un estandarte para mí, imagínese, yo, un profesional en robar cartas, un día me encuentro con esta belleza en un mercadillo, lo compré, casi no tuve opciones, —mentía descaradamente Paulino—, y lo bauticé, le puse nombre, es el Buzón Imperial, es hermoso, por supuesto lo tenía expuesto en la vitrina.

—¿Y las cartas señor Paulino, que hacía con ellas?

—Eran cartas sin importancia señor juez, solo robaba las manuscritas, puede verlas a todas, algunas eran de amor, otras de reproches por alguna infidelidad, otras simplemente de amistad. Cuando sacaba las cartas solo me quedaba con las manuscritas, las otras las devolvía al buzón.

—También escribía informes.

—Sí, eran muy interesantes, por un lado estaban los informes de la personalidad del individuo que había escrito la carta, y se podía ver con mucha claridad la correlación del tipo de carta que había escrito con la personalidad del individuo, esto según el estudio grafológico que yo hacía, siempre pensé en hacer un ensayo sobre el tema y luego publicarlo, —Paulino tenía que convencer al juez que estaba totalmente chiflado, era la única manera de evitar la cárcel, y que lo enviara a un psiquiátrico, además suponía que «su chifladura» podía ser un atenuante, y así librarse de una larga condena.

—¿Así que iba a escribir un ensayo sobre la correlación entre la personalidad del individuo, según un estudio grafológico, y el tipo de carta que escribía?

—¡Sí! ¡Y creo que hubiera tenido éxito! ¡Éxito de ventas me refiero! ¿Quién no podría interesarse en algo así?, —Paulino le ponía tanto énfasis a lo que decía, que fue en ese momento que el juez, mirando hacia abajo hizo un movimiento con la cabeza hacia un lado y hacia el otro como dando a entender que «estaba más loco que una cabra», y fue en ese momento que Paulino advirtió este gesto que dijo por dentro: «Punto a mi favor, voy bien».

—¿Y el otro informe?, me refiero al relato del robo en sí.

—¡Ah! Usted señor juez se refiere a la descripción, muy minuciosa por cierto, no sé si habrá leído algunos...

—Sí, sí, he leído varios, —y aquí el juez se despachó con una sonrisita.

—Bueno, habrá visto primero la minuciosidad y hasta los pequeños detalles del robo, eso es una obra de arte, —Paulino ahora daba la impresión de estar en la cima del delirio—, si se fija bien están puestos hasta los minutos de cada acto, la hora que llegaba a la esquina, cuando arribaba y atacaba el buzón, el tiempo que me llevaba sacar todas las catas, clasificar las buenas y devolver las que no me interesaban, luego de acuerdo a la dificultad estaban clasificadas por distintos niveles, fue una obra magistral, podría hacer una novela con esos informes, y también creo que de publicarse tendría notable éxito.

El juez estaba apabullado escuchando tanta locura. Evidentemente no era un delincuente común, digamos que su locura lo había llegado a delinquir, le daba pena este personaje sacado de los vericuetos de su mente, no sabía qué hacer, de lo que estaba seguro es que tenía que enviarlo a un psiquiatra para que haga un juicio sobre su estado mental. Luego ya vería. Pero quería dar por terminada la vista, ya estaba cansado de escuchar tanta chifladura, y todavía le quedaba mucho trabajo por delante. Entonces intervino:

—¿Sabe usted que apoderarse de correspondencia ajena es un delito tipificado en el Código Penal en su artículo «1...» que señala que se castigará con penas de uno a cuatro años a quien «vulnerara la intimidad de otro, sin su consentimiento, se apodere de sus papeles, cartas, o cualquier otro documento o efecto personal»? ¿Sabe usted eso?

Paulino se quedó petrificado, no sabía nada de leyes, y menos de lo que escuchaba de boca del juez, tampoco había tenido tiempo de consultar con un abogado, sin embargo, él sabía que había atenuantes, y que si conseguía hacerse pasar por loco, podía llegar a conseguir lo que buscaba, ir a un psiquiátrico a cambio de la cárcel. Luego ya vería, allí tendría que demostrar, luego de un tiempo, que se había curado, y después, quizás, con suerte, podría

ser liberado. Eso pensaba Paulino, que no sabía nada de leyes, pero no estaba muy desencaminado en estas apreciaciones. De lo que estaba seguro era que al juez lo había conseguido convencer de su chifladura.

—No, no sabía todo eso, —mintió Paulino, casi con lágrimas en los ojos—, mi robo de cartas no pretendía quebrantar la ley, era como un juego, como un entretenimiento, y era una obsesión señor juez, no podía parar, —lo dijo casi implorando, en ese momento agachó la cabeza y se llevó las manos a la cara.

—Bueno, —dijo el juez tratando de hacer ver que la escena no lo conmovía—, dado que considero que usted tiene las facultades mentales alteradas, determino que sea examinado por un psiquiatra, en función del resultado de dicha prueba pericial podrá ser tomada en cuenta como atenuante, en ese caso lo condeno a permanecer recluido en un hospital psiquiátrico hasta su total rehabilitación, momento en que recobrará la libertad. Pueden llevarse al detenido.

Paulino, después de saludar al juez con una inclinación de cabeza, salió de la sala aparentemente compungido, pero en el fondo la alegría lo desbordaba por dentro, había conseguido lo que había ido a buscar, el próximo paso era su particular examen con el psiquiatra, a él también le debería demostrar que estaba loco pero no tanto, y al poco tiempo conseguir hacerle ver que estaba curado y luego su rehabilitación, y después, la libertad. El camino no era fácil, pero lo estaba consiguiendo. Por otra parte él se consideraba curado, no en vano ya no le entusiasmaba el robo de cartas, y las cartas y los informes, la «letal», y hasta el mismo Buzón Imperial no tenían el mismo significado que habían tenido antes. El haber acabado con éxito una investigación que había iniciado hacía tan solo dos meses le habían hecho cambiar de derrotero, sus propósitos y sus afanes ya no pasaban por los buzones, su verdadero y último anhelo era la pesquisa, el seguimiento de un delincuente, el descubrir un malhechor, o un criminal, eso pensaba Paulino. Las emociones que le habían proporcionado los saqueos de los buzones habían sido sobrepasados por el espionaje, la indagación, en fin, quería ejercer de detective, y esta actividad estaba muy lejos de la ilegalidad y de la locura. Por todo esto se consideraba curado, rehabilitado para vivir en sociedad, él sentía la necesidad de las emociones, pero eso sin infringir la ley. Además, tanto había cambiado su vida que la relación con los compañeros de trabajo era otra, con los propios vecinos otro tanto, o por lo menos con el portero, y hasta había revivido a la Paca, que llegó a verla como una compañera para los días en que el verano daba paso al otoño. Sabía que todo esto se había ido al traste con la detención, porque lo echarían del trabajo, sus vecinos lo mirarían con mala cara, y la



Paca ahora le quedaba lejos, no querría saber nada de él. Pero una vez libre intentaría recomponer su vida, tenía una pensión, reformaría el departamento donde vivía o se buscaría otro, y se dedicaría a hacer de detective, su última y verdadera ilusión. Y todo amparado por la ley, no la quebrantaría en ningún momento. Se veía un hombre nuevo. Eso lo consoló, y no solo eso, le insufló los ánimos, se podría decir que hasta tuvo una dosis de euforia. Todo eso pensaba él.

La furgoneta que lo devolvía a la comisaría traqueteaba por el empedrado de las calles. Mientras, miraba de reojo al policía que lo custodiaba. Este, somnoliento como estaba, iba cerrando y abriendo los ojos al compás de los baches que la furgoneta no podía esquivar. Cuando llegaron eran casi las tres, la hora que estarían saliendo sus compañeros de trabajo de la oficina. ¿Se habrían enterado de algo? Lo hicieron bajar de la furgoneta y lo volvieron a meter en el calabozo. No pasó mucho rato que un policía entró con un plato caliente. Aunque no tenía hambre, una sensación indefinida de vacío en el estómago le obligó a ingerir algunas cucharadas de un guiso desabrido y caldoso sobre el que flotaban algunas verduras. Sobre las cinco, —Paulino no dejaba de mirar la hora a cada rato—, apareció un policía que lo llevó al despacho del comisario. Este, con sus mofletes sonrosados, lo miró por encima de las gafas, y le ordenó que se sentara. Paulino obedeció. Estaba tenso pero le había vuelto la ilusión.

—Señor Paulino Chain, por orden del juez, mañana será llevado al hospital psiquiátrico de la ciudad, allí tiene una cita con el director de la institución, el doctor Pieter Rascowski, el doctor le hará una prueba pericial psiquiátrica a los efectos de evaluar si usted tiene algún tipo de trastorno mental que influya o explique su conducta delictiva, que es muy clara, ¡esto de andar robando cartitas en los buzones, no me diga que es muy normal que digamos!, —lo volvió a reprender el comisario de los mofletes—. Así que ya sabe, mañana por la mañana, y lo quiero aseadito y limpito, como hoy, ¿de acuerdo?, vaya, vaya con Dios.

El policía, que había permanecido a su lado, lo tomó del brazo y lo volvió a llevar al calabozo. Ya era la tarde, volvió a mirar la hora y daban casi las seis. Se tumbó en el camastro y con la vista al techo hizo un resumen de sus últimas veinticuatro horas. Habían sido vertiginosas, la policía lo había descubierto, esa misma tarde tuvo que rendir cuentas ante el comisario, pasó la primera noche en el calabozo, una noche horrible en la que casi no había pegado ojo, luego los juzgados, la declaración ante el juez, y ahora la cita para

la mañana siguiente con el director del hospital psiquiátrico. Aunque estaba metido en un brete, debía mantener la calma, mañana era un día crucial para su futuro, lo que había escuchado del juez le brindaba muchas esperanzas, este había dicho que «si el psiquiatra concluía que tenía las facultades mentales alteradas lo condenaba a permanecer recluido en un hospital psiquiátrico hasta su total rehabilitación, momento en que recobraría la libertad». Esto se lo había aprendido de memoria, y así debía hacer que fuera: un poco loco, pero no del todo, pasado un mes sería tan cuerdo como el que más, luego, si conseguía su objetivo, el psiquiatra lo daría por rehabilitado, y después, patitas a la calle.

# VEINTICUATRO

---

—Siga, siga que es muy interesante todo esto, no me lo podía imaginar, es como una película...

—Bueno, y eso es todo doctor, eso es todo lo que ha ocurrido, y ahora estoy aquí, ya ve, me envió el juez, yo sé que lo mío no es normal, esta obsesión por las cartas y los buzones, por eso necesito ayuda, soy consciente de ello, porque hasta ahora no lo he podido evitar.

—Sí, estoy de acuerdo con usted, después de escuchar todo su relato le puedo decir que en principio se trata de un trastorno obsesivo compulsivo, que en su caso, como ha comenzado en la infancia, está muy estructurado, muy arraigado, y lógicamente perturba su vida cotidiana, llevándolo inclusive a cometer comportamientos indeseados que no puede controlar, y que le causa angustia interfiriendo en su vida hasta inclusive llevarlo a cometer verdaderos delitos, como en el caso suyo, —aquí el doctor se enderezó en la butaca y apoyó los codos en el escritorio como dándosele de sabihondo, un poco pedante en su gesto, pero era lo que correspondía a todo un doctor, y máxime director del hospital, y continuó con la arrogancia—: en esta casa hemos tratado algunos casos como el suyo con excelentes resultados, tenga en cuenta que contamos con magníficos profesionales y tenemos mucha experiencia en todo tipo de trastornos mentales, no le quepa la menor duda.

Quien decía todo esto era el profesor y doctor Pieter Rascowski, médico psiquiatra y director del Hospital de Psiquiatría de la ciudad, que tenía bajo su batuta hacía ya varios años. De estatura mediana y cabello algo entrecano, se destacaba por ser demasiado contundente en sus apreciaciones y porque se irritaba con facilidad. De su cara sobresalía su nariz un poco afilada y su mirada tajante, un tanto despótica, no era extremadamente simpático, aun cuando por determinadas circunstancias intentaba parecerlo.

Paulino se quedó pensando. «Este es un engreído», —se dijo para sí, «Pero tengo que seguirle la corriente, lo importante es que me crea un poco loco y que me haga quedar aquí ingresado». Por supuesto que en el extenso relato que Paulino le había acabado de hacer no le había contado toda la verdad, no le podía decir por ejemplo que de su manía por los buzones se creía curado y ya no le hacía más ilusión robar cartas, algo de lo que estaba casi convencido, y que había encontrado otra prioridad que lo entusiasmaba mucho más, que

era en el futuro ejercer de detective. Sin embargo sí le había deslizado que la investigación que había hecho en el «caso Margarita Bassand» le había despertado una nueva inquietud, y dejaba en el aire que pudiera compaginarla con el robo a los buzones. Entonces tuvo que continuar con la farsa, no le quedaba otra opción.

—Le entiendo perfectamente, —mintió Paulino descaradamente, porque el doctor le había dado una clase doctoral y había empleado tal cantidad de tecnicismos que él no entendió ni jota, entonces continuó, para que lo crea un poco loco—: Respecto al «caso Margarita Bassand» me he dado cuenta que estoy preparado para iniciarme en la investigación. Me gustaría ser espía.

—¿¡Ah sí!? ¡Qué bien! ¿Y cómo va hacer para hacerse espía? ¿Tiene previsto hacer algún curso de espionaje?, —esto lo dijo con un poco de guasa, como queriéndole hacer ver que las cosas no eran tan sencillas, que pretender de la noche a la mañana querer ser espía era algo así como de pronto ocurrírsele a alguien querer ser astronauta.

—Bueno, no lo sé, yo la investigación la hice sin necesidad de ningún curso. ¿Hay cursos de espionaje?, —contestó Paulino de la manera más inocente posible, ladeando la cabeza y mirándolo fijo a los ojos; así quería mostrarse, un poco absurdo en su razonamiento.

Aquí el director del psiquiátrico quedó un tanto desorientado con esta respuesta, hay que tener en cuenta que después del extenso relato que había escuchado de Paulino, aunque enfermo por su obsesión por robar en los buzones, lo tuvo por un personaje extremadamente inteligente, no había dudas que el trabajo de Paulino había sido intachable, y el resultado, a ojos vistas, excelente, por eso lo desorientó esta respuesta tan tonta.

—Mire Paulino, yo creo que usted resolvió el «caso Margarita Bassand», como usted dice, de la mejor manera posible, la verdad creo que es usted una persona muy inteligente, quizás con un coeficiente un poco por encima de la media, pero tendrá que reconocer que padece una obsesión que hay que tratar...

—Lo reconozco...

—No me interrumpa por favor, le decía que usted tendrá que reconocer que hay en su persona un rasgo de obsesión...

—Lo reconozco...

—¡No me interrumpa! ¡Por favor!, —aquí el director se estaba empezando a molestar, pero eso es lo que quería Paulino, en definitiva, si el director no lo consideraba lo suficientemente loco podría darle un tratamiento ambulatorio, en ese caso lo haría desde la cárcel, que era lo que Paulino quería evitar—,

¡hágame el favor de no interrumpirme!, ¡simplemente le quería decir que usted necesita un tratamiento!, —aquí el director tiró la toalla, le estaba empezando a cansar el tal Chain, en el fondo no podía con ese hombre. Entonces Paulino continuó:

—Hay una cosa que le quiero decir señor director, yo le he confiado toda mi historia, me he referido a cosas y hechos que no he declarado a nadie más que a usted, ni al comisario cuando me interrogó la primera vez, y ni siquiera al juez cuando me llevaron a los juzgados, yo confío en el «secreto profesional», yo a ellos no les he hablado del «caso Margarita Bassand», ni siquiera lo he mencionado, tampoco saben nada del tal Román Argutti, que a usted le he referido, y muchísimo menos que me tuve que asociar a unos delincuentes para que revienten una puerta para poder hacerme con las fotografías que ya le mencioné, nadie sabe todo esto, solo usted, pero me he confiado a usted porque usted es una persona que parece muy seria y muy amable, ¡y además es profesor y doctor, y el director de este hospital!

Entonces el director, el doctor Pieter Rascowski, ahora complaciente por las alabanzas que había escuchado de su interlocutor, le contestó con cierta afectuosidad. Lo confundía este enfermo de los buzones, y ahora le caía más simpático.

—Por supuesto que en ese aspecto puede confiar en mí, el secreto profesional está por encima de toda cuestión, qué sería de nosotros, «los médicos», —y aquí volvió a enderezar su busto en la butaca y a alzar la barbilla—, si falláramos en esa consigna, signo inescrutable de nuestra fiabilidad, estaríamos fallando a la misma esencia de la medicina, de Hipócrates en adelante, que dijo eso de «todo lo que viere u oyere en mi profesión o fuera de ella, lo guardaré con sumo sigilo», el secreto profesional es un dogma para nosotros «los médicos», —y lo volvió a repetir, con una cierta hidalguía, ahora barbilla aun más alta, busto aun más recto.

—Gracias doctor Rascowski, no podía esperar menos de usted. Por cierto, ¿ese apellido es polaco, no?

—Sí, mi abuelo lo era.

—¡Ah! ¡Qué interesante!

—¿Qué tiene de interesante?

—¿Usted sabe la historia de los buzones?, yo de buzones lo sé todo.

—No, no sé la historia de los buzones. ¿Y qué tengo que ver yo con los buzones? ¿O con la historia de los buzones? No entiendo.

—No, como su abuelo era polaco, mire, le voy a contar, no se lo va a poder creer. Esto sucedió en Polonia, hace mucho tiempo, por el 1600 creo,

entonces un cartero, que hacía la ruta entre las ciudades Breslavia y Leipzig y que pasaba por un pueblo que se llamaba Legnica, para ahorrar tiempo se le ocurrió fabricar una especie de caja de madera donde los habitantes de ese pueblo dejaran las cartas, así se evitaba tener que pasar casa por casa a recoger la correspondencia, y así ganaba tiempo, esa caja, ese recipiente es el antecedente del actual buzón. ¡Grandioso, eh!

—¡Muy interesante! Se ve que usted ama los buzones, lo veo claramente, —le contestó el director, mirándolo una vez más con desconfianza, aunque le había resultado interesante la historia.

—¡Sí! ¡Ha dado en el clavo! ¡Y usted como polaco los amaré también! ¡Yo soy un admirador de los polacos! ¡En el fútbol, en la música, en todo! ¡Y ahora que me atienda un polaco! ¡Es lo máximo!

—Yo no soy polaco, el polaco era mi abuelo, ¿creo habérselo dicho no?

—Sí, es verdad, discúlpeme, a veces me confundo, porque como usted tiene un apellido polaco.

—¡Usted me desconcierta! ¡A veces parece brillante, y otras un poco delirante. ¡Qué cosa con usted! «Tanto a mi favor», se vanaglorió Paulino. Entonces continuó, totalmente decidido a ponerlo fuera de sí.

—Y bueno, uno es como es, ya sabe. ¿Una pregunta?, ya que usted es polaco, o su abuelo, no lo sé bien ahora, ¿no tendrá nada que ver con ese cartero de Polonia, no?, porque él era polaco también.

El director no se lo podía creer. ¿El tipo era estúpido o se hacía el imbécil? Totalmente colérico le respondió mal, no correspondía con un paciente, pero este había empezado a irritarlo, entonces le contestó levantando un poco la voz:

—Primero que no soy polaco, ya se lo he dicho varias veces, y así y todo, ¿Cómo piensa que puedo tener algo que ver con un cartero que vivió en el año 1600 y que, según usted, inventó, —si se puede decir que inventó—, el buzón? ¿Cómo se le ocurren estas tonterías?

—A lo mejor un abuelo suyo, o un bisabuelo.

—¡Es igual! ¿Cómo mi abuelo o mi bisabuelo? ¿Usted no tiene noción del tiempo?, —ahora esto lo dijo casi gritando, lo exasperaba Paulino.

—Bueno, varias generaciones, pero podría ser, —Paulino no podía más de la risa, lo veía tan enrabiado al director que le daba gracia, pero pensaba seguir, lo iba a exprimir al máximo, y siguió—, piense que usted siendo polaco...

—¡Ya le he dicho que no soy polaco!, —esta vez sí pegó un grito el director, Paulino pegó un saltito y se echó hacia atrás—, ¡y aunque lo fuese!,

—continuó el director—, ¿quién le ha dicho que ese cartero, maldita sea la hora que inventó los buzones, pudiera tener relación con mi bis bisbisbis bisabuelo o lo que quiera? ¿Usted está loco o me quiere volver loco a mí? «Voy a terminar yo en el loquero con este tipo, malditos sean el juez, el comisario, y todas las autoridades juntas, mandarme semejante pirado», —razonó irritado el director. Entonces continuó Paulino.

—Bueno, veo que es un tema que le molesta. ¿Habrá tenido en su niñez problemas con algún cartero?, —le pregunto Paulino bajo el manto de una total inocencia.

—Mire señor Chain o como se llame, o deja de decir estupideces o canto todo a la policía y el secreto profesional se va al carajo. ¿Me entiende no?

Fue en ese momento que Paulino tomó la decisión de parar, aunque le producía mucha gracia el director por cómo había discurrido la entrevista, y le sorprendió la forma, o mejor dicho la mala forma de relacionarse con los pacientes, más, teniendo en cuenta que trataba pacientes locos. Ante semejante amenaza Paulino se arrebujó en el asiento y se quedó sin habla, prefería callarse y dejarle la iniciativa al otro. Fue cuando volvió a intervenir el director:

—Disculpe señor Chain, pero a veces estas situaciones me sacan de quicio, he tenido una mañana terrible aquí en el hospital, —intentó excusarse el director—. Bueno mire, luego de esta entrevista voy a comunicar al juez que lo mejor para usted sería que permaneciese aquí internado, le haremos terapia cognitiva, lo último en tratamientos psicológicos, y lo apoyaremos con medicación. Le haremos una entrevista semanal, y en vista de los resultados iremos viendo la evolución de su enfermedad y qué resolución tomar, —se lo dijo en un tono seco, con cara de pocos amigos, pero ya estaba harto de Paulino, quería perderlo de vista.

—¿Y quién me hará las entrevistas? ¿Si se puede saber, si no es un inconveniente?, —nuevamente intercedió Paulino con cara de chico inocente.

—Yo mismo, que soy especialista en trastornos obsesivos, así que dentro de una semana nos veremos, —lo dijo de mala gana y se veía a la legua que estaba colérico, muy irritado, no viendo la hora de deshacerse de semejante patán.

A todo esto Paulino saltaba en una pata, loco de alegría por el resultado conseguido no podía menos que felicitarse, había logrado lo que se había propuesto. A todo esto el director, quería sacárselo de encima lo antes posible, así que hizo sonar una campanilla e inmediatamente llegó un enfermero.

—Este paciente, el señor Paulino Chain, quedará ingresado, póngalo en el pabellón de observación de pacientes no peligrosos, en una habitación individual, luego le acercaré las indicaciones médicas. Hasta luego señor Chain, pronto nos veremos, —le dijo casi con mala cara, porque lo había hecho salir de quicio, a él, todo un psiquiatra que se suponía que dominaba a la perfección este tipo de situaciones.

Cuando Paulino salió el doctor Pieter Rascowski se agarró la cabeza, este paciente le había resultado insoportable, y aunque lo trataría otro psiquiatra del hospital, dado que venía de parte del juez, a su cargo corría la supervisión del tratamiento y las entrevistas.

Mientras tanto Paulino observaba la habitación que le habían asignado con un placer inusitado. Arriba de la cama le habían dejado una toalla y un pijama, y sobre la mesa luz un cepillo de dientes, una pasta dentífrica, un peine y una pastilla de jabón. «Esto es mejor que un hotel», musitó sin dejar de brillarle los ojos, porque se había librado de la cárcel, y la libertad la veía a la vuelta de la esquina. Ahora poco a poco, entrevista tras entrevista, tendría que dar muestras de la suficiente mejoría para que en no mucho tiempo le dieran el alta, y luego, patitas a la calle. La habitación no era muy grande pero lo suficiente como para dar cabida a una cama de una plaza, —Paulino con ambas manos probó la elasticidad y la blandura del colchón—, una mesita de luz con su respectiva lámpara, una mesa y silla incluida, un armario donde colgar su ropa con un espejo en una de las puertas, y al final, debajo de un ventanuco que daba a un jardín, un lavabo con un grifo para el aseo personal. Se volvió a reiterar «que era mejor que un hotel». Miró la hora, eran las dos de la tarde. No pasó mucho tiempo que entró un enfermero.

—Señor Paulino Chain, le vengo a dar una serie de instrucciones: desayunará y comerá en el comedor con el resto de los pacientes, el desayuno es a las ocho de la mañana, la comida del mediodía a las doce y media, y la cena a las veinte, a media tarde hay una merienda; el hospital dispone de una biblioteca por si le interesa leer, puede traer los libros a su habitación previa autorización que debe rellenar; tiene libertad para salir al patio con el resto de los enfermos pero aquí le dejo un papel con los horarios que debe estar en su habitación, en esas horas pasará el médico a visitarlo y pasaremos nosotros a dejarle la medicación que le hayan indicado; puede estar en pijama o con la ropa de calle de su propiedad; puede recibir visitas, pero nos lo tiene que comunicar, y para cualquier aclaración puede preguntarnos a



nosotros. Aunque es un poco tarde ahora le traerán la comida del mediodía, seguro que tendrá hambre.

Al poco rato entró un auxiliar con un plato de comida y un vaso de agua en una bandeja, por esta vez comería en su mesa. Estaba hambriento. No podía negar que desde que lo habían detenido, este era el primer momento de paz, por fin su truculento cerebro no lo perturbaba, era como si la tormenta hubiera dado paso a la calma, eso siempre ocurría así, y él no iba a ser la excepción. Después de comer se tendió en la cama y repasó los últimos acontecimientos vividos. Le preocupaba su trabajo, días antes había llamado diciendo que estaba enfermo, pero no podía mantener esa mentira demasiado tiempo, aunque pensándolo bien, en realidad estaba ingresado en un hospital; no tenía una enfermedad física, no tenía fiebre, no tenía dolor, pero el hecho de estar ingresado lo caratulaba como enfermo, conclusión, no había mentido. ¿Qué hacer entonces? Era esperable que una vez que su director en la oficina, el señor Benedicto Martínez, se enterara que estaba ingresado en el Hospital Psiquiátrico por un trastorno mental que lo había llevado a robar cartas durante casi toda su vida, lo despidiera de su trabajo, sin embargo pensó con acierto que en ese caso era preferible que lo enterara él mismo de su propia boca a que se enterara por habladurías que luego terminaría por confirmar en el propio hospital. La posibilidad de ser él mismo quien le contase al director su particular drama de ser un ladrón de cartas fue ganando enteros. Además siempre había tenido una buena relación con el señor Benedicto, y si bien las posibilidades de conservar el puesto eran casi nulas, nunca debía perder las esperanzas. Una distendida y franca charla con él, podría allanar el camino a que este pudiera comprender su drama, drama que no había podido evitar, pero que se había colado en su vida como se cuelan las tragedias en cualquier familia, o como se cuele la desdicha en la vida de cualquier desgraciado, como él mismo había sido, pero ahora estaba allí, ingresado en un Hospital Psiquiátrico, y estaba para curarse, para quitar de su mente las falsas ideas que lo habían llevado a lo más bajo, y una vez rehabilitado, podría reincorporarse a la sociedad y tener una vida normal, todo eso le diría, y quizás, quizás lo entendería. Eso haría. Le pediría al enfermero que le permitiesen un teléfono y hablaría con el señor Benedicto, le diría que estaba ingresado y que quería hablar con él. Por supuesto, que igual que había hecho con la policía y con el mismo juez, no le contaría toda la verdad, se remitiría solamente al robo de las cartas, y por cierto, ahora que lo recordaba, cuando le había robado la carta al director, había tenido el tino de fotocopiarla y devolver el original a su origen, y la fotocopia, muy bien guardadita la tenía. Como ya era tarde,

habían pasado las tres, dejaría la llamada telefónica para mañana. Esa tarde por primera vez salió al patio con el resto de los enfermos, algunos en sillas de ruedas le hacían morisquetas y ejercían todos los movimientos posibles con las manos, y con los ojos, que los movían de un lado para el otro, los que se desplazaban por su propio pie, algunos se le acercaron y trataron algún tipo de conversación, pero lo que escuchaba no tenía ni ton ni son, y prefirió pasar de largo y hacerse un hueco solitario cerca de la puerta de salida. Un monitor cuidaba que nada alterara el orden, y uno que parecía muy cuerdo cuando se le acercó le preguntó si era el director. Así pasó las horas, entre el ingenio de la observación y la curiosidad por los personajes que pasaban ante sus ojos. Nunca antes había estado en un hospital psiquiátrico, pero nunca antes se había sentido tan alejado de una forma de vida que, estaba seguro, no le correspondía. Cuando los últimos rayos de sol abandonaron el patio se metió en su habitación. Pronto servirían la cena. Se acordó de la biblioteca. Se traería algún libro para leer. Y aunque no era un asiduo lector, le serviría para distraerse. Al rato entró un enfermero, traía en un plato pequeño una pastilla y un vaso de agua.

—Esta es su medicación, —le dijo, y le alcanzó el plato con la pastilla, igual que el vaso de agua, y se quedó allí delante para asegurarse que la tomaba, lo miraba escrupulosamente, no le quitaba el ojo de encima, no era nada simpático este enfermero, y aunque no se quería medicar no tenía opción, se la puso encima de la lengua y se la tragó.

Esa noche, a las ocho, avisaron para ir al comedor. Salió a un corredor y se unió a los otros enfermos, que en una fila, algunos torpes, y otros en silla de ruedas, se desplazaban en conjunto. Le había alterado el ánimo la obligación de la medicación. Se sentó en una mesa que encontró libre pero las sillas rápidamente fueron ocupadas. Esa noche le dieron sopa de fideos y un bistec con un puré de calabazas, de postre una rodaja de melón. Cuando estaba troceando el melón se dio cuenta que las semillas tenían casi el mismo aspecto que la pastilla que había tomado un rato antes: oblongas y ligeramente marrones. Las separó con el cuchillo, y se las metió en el bolsillo de la chaqueta. Él era rápido con las manos, cuando le trajeran la medicación haría el cambiazo, no se volvería a medicar. Feliz por el descubrimiento ahora había que ponerlo en práctica, esa misma noche dejaría secar las semillas en el ventanuco, luego las guardaría muy bien guardadas, luego actuaría, y mañana llamaría a su director en la oficina.

Pasó la noche entre sueños truculentos, seres desconocidos lo perseguían por un corredor extraño, unos iban en sillas de ruedas y otros cojeando, pero todos lo perseguían sin degüello, él corría delante huyendo, en medio del pánico que le provocaba la situación. Estaba tan fatigado que apenas si podía levantar los pies del suelo, y justo en el momento que uno de ellos estaba a punto de alcanzarlo, se despertó de golpe, todo sudado, con el corazón en la boca, y con una profunda sensación de horror. «Ha sido la pastilla, maldita sea, mañana haré cualquier cosa, pero no la tomaré». A las siete ya estaba despierto. No sabía cuándo le traerían nuevamente la medicación, pero se preparó. Se fue al ventanuco y recogió las semillas, se quedó con una y el resto las puso en el bolsillo de su pantalón. Estuvo practicando un rato, los movimientos que haría para desconcertar al enfermero. Pronto se dio cuenta que podía hacerlo. Ahora era esperar. No pasó mucho tiempo que entró otro enfermero, no era el mismo de ayer, pero llevaba el mismo gesto adusto, de cara de pocos amigos, él llevaba en la mano izquierda la semilla, cuando el enfermero le acercó el plato, con la derecha asió el vaso mientras que con la otra mano la pastilla, en la misma mano hizo el cambio con los dedos, se puso la semilla en la boca, bajo la atenta mirada del enfermero, y se la tragó.

—Bien, —dijo el enfermero, y se marchó.

Una complaciente sonrisa le llenó el rostro, había empezado el día con buen pie, seguiría practicando cambiando semilla por semilla con los dedos en la misma mano izquierda hasta conseguir la perfección, como cuando se dedicaba a robar cartas, que con la «letal» había llegado a ser un experto. Ahora llamarían para el desayuno. Luego llamaría por teléfono a la oficina, y dentro de una semana la primera entrevista.

En uno de los pasillos del pabellón había un teléfono público, era una de las ventajas de estar en el pabellón de observación de pacientes no peligrosos, sacó unas monedas de su bolsillo y llamó a la oficina, después de una corta espera le atendió la telefonista:

—Hola, oficinas de la fábrica de dulces y mermeladas, dígame.

—Hola, soy Paulino Chain, me podría poner con el director, con el señor Benedicto Martínez.

—¡Hola señor Chain! ¡Ahora le paso!

—Hola, Benedicto Martínez al habla.

—¡Hola señor director! ¡Soy Paulino Chain!

—¡Paulino!, ¿Cómo está usted? ¡Aquí todos preocupados por su salud!

—Sí señor director, me lo imagino, mire le tengo que comentar una cosa...

—¿Pero cómo está usted?

—Estoy bien, pero estoy ingresado en el...

—¿Está ingresado? ¿Pero que le ha pasado?

—Le estaba diciendo, que estoy ingresado en el Hospital Psiquiátrico y...

—¿En el Hospital Psiquiátrico? ¿Pero que le ha pasado?

—Bueno, eso es lo que trato de explicarle señor director, me gustaría tener una conversación con usted, pero la única manera es que usted me venga a ver al hospital, por ahora no puedo salir de aquí.

—¿No puede salir?

—No señor director, pero me gustaría conversar con usted, y la única manera es que usted venga a verme.

—Por supuesto, ¿Cuándo quiere que vaya?

—Cuando a usted le venga bien señor director, pero antes deberá llamar al hospital y anunciar que va a venir a visitarme, entonces ellos le darán las indicaciones pertinentes, me refiero el día y la hora, bueno, eso es algo que podrá arreglar usted.

—Bueno, no se haga problemas, sabe que cuenta conmigo, ahora mismo llamaré y si esta tarde puedo ir lo pasaré a visitar.

—Muchas gracias señor director, yo lo espero, muchas gracias por todo.

—Adiós Paulino, adiós, —y el director colgó el teléfono y se quedó alelado, no entendía nada, ¿Qué estaba pasando con Paulino?, su mejor empleado.

En el hospital Paulino hizo un suspiro profundo. Ahora tenía que esperar que su director hiciera las gestiones oportunas, y luego la reunión con él. Tenía que tener muy claro qué iba a contarle. Solo hablaría de su obsesión por los buzones y que robaba cartas, y todo desde la niñez; el director del hospital, que sabía toda su historia no le revelaría toda la verdad, el secreto profesional le prohibía un gesto así, y ante él debería mostrarse compungido y aceptando que había estado en un error, y que efectivamente era una enfermedad, pero que estaba allí para curarse, de eso estaba seguro. También le diría que querría conservar el empleo, y que nunca tuvo ningún desliz en la oficina, eso lo podría jurar. Ahora había que esperar, y rezar, rezar para que todo fuera bien. Al mediodía después de comer se acostó en su habitación. Intentó dormir pero no pudo, estaba ansioso, no sabía si finalmente su director, el señor Benedicto Martínez obtendría la autorización para visitarlo ese mismo día, esa misma tarde. Poco a poco fue entrando en una modorra que lo dejó en una especie de limbo, hasta creyó soñar, vio una señora gorda con el culo muy grande que le bailaba alrededor, y mientras se reía a carcajada limpia acercaba y alejaba su cara pintarrajeada, él intentaba asirla

por los brazos pero no podía porque cuando estaba a punto de hacerlo ella se separaba y seguía bailando y girando a su alrededor sin dejarse agarrar, de pronto alguien abrió la puerta y despertó, estaba agitado y sudoroso, era un enfermero que tan serio como la otra vez le dijo:

—Tiene visita, acompañeme.

Se levantó presuroso, se miró al espejo, se acomodó el pelo con las manos, y salió detrás del enfermero. Recorrieron el pasillo hacia la entrada principal del hospital, donde tenía el despacho el director, y antes de llegar, a mano derecha, el enfermero abrió una puerta y lo hizo pasar.

—Pase y espere aquí, —le dijo, y salió y cerró detrás de él.

La habitación era más o menos como la que le habían asignado a él como dormitorio, tenía una mesa más amplia y varias sillas alrededor, y un ventanal más grande, que también daba a un jardín. El hospital era una construcción vieja pero muy bien conservada, se trataba de una sola edificación rodeada de amplios espacios verdes, muy bien cuidados, con plantas y árboles, un poco alejada de la ciudad. Paulino estaba muy ansioso. Sabía que se jugaba el empleo, y prefería no hacerse ilusiones, detenido por la policía e internado en un hospital psiquiátrico no eran buenos antecedentes. Se sentó en una de las sillas y comenzó a restregarse las manos, la ansiedad lo carcomía por dentro. También sentía una profunda vergüenza, tan luego él, la mano derecha de su director, su hombre de confianza, resultaba que era un ladrón de cartas. ¿Cómo lo podría entender? No pasó mucho tiempo que la puerta se abrió, dio un pequeño respingo y se puso de pie, y allí apareció, el señor Benedicto Martínez, con su traje oscuro y su corbata azul, muy bien peinado hacia atrás, ahora que lo veía fuera del contexto de la oficina le parecía un señor mucho más respetable, casi distinguido. Sintió admiración por el digno personaje, y él ahora se veía tan miserable, tan poca cosa, sin quererlo se sonrojó, y sintió bochorno, casi abominó de su antigua obsesión. El señor Benedicto Martínez dio un paso al frente y abrió los brazos, Paulino estaba paralizado por la emoción que lo embargaba, de pronto se vio abrazado por su director, de a poco se soltaron y se sentaron, el uno al lado del otro, en las sillas que allí había. Se quedaron mirándose a la cara, Benedicto, un hombre simple, le largó una mirada franca, entonces le preguntó:

—¿Qué ha pasado Paulino? ¡Cuénteme!

—¡Señor Benedicto! ¡Cuánto siento lo que me está pasando! ¡Usted no se lo imagina!

—¡Pero cuénteme hombre! ¡Cuénteme! ¡Sabe que puede confiar en mí! ¡Adelante!, —prosiguió el director.

—Es una historia larga señor director, hasta me avergüenza contarla, tan luego a usted, a quien admiro y estimo, por sobre todas las cosas, y usted lo sabe.

Y entonces Paulino fue desgranado como bien pudo toda la historia de su vida, desde la niñez, cuando comenzaron sus aventuras con los buzones, hasta que fue prendido por la policía por una denuncia anónima que lo había visto meter la mano en un buzón, contó de su empecinamiento en continuar con algo que aunque sabía que no estaba bien, él no podía parar, le contó de las cartas robadas que guardaba en un archivo, de los informes que escribía del robo, del curso de grafología, le habló del vaporizador, de la «vara», y después de la «letal», y del Buzón Imperial. Sin embargo se guardó muy bien de contar nada acerca del «caso Margarita Bassand», como él le llamaba, de Román Argutti y de cómo se libró de él, y de los delincuentes con los que se asoció, solo le contaría lo que podía recoger del comisario, o quizás del juez, el resto se lo guardaba, era demasiada la locura que encerraban esos actos, no lo entendería ni su propio director, se cavaría su propia fosa, y del director del Hospital confiaba que no revelaría la verdad, suponía que respetaría el «secreto profesional», o eso creía.

—Y eso es todo señor Benedicto, el médico psiquiatra que me entrevistó me dijo que tenía un trastorno obsesivo compulsivo, y que me van a dar un tratamiento, luego cuando esté curado me darán el alta, espero que no sea dentro mucho tiempo.

—Pero Paulino, ¿qué era eso que se le daba por robar cartas? No lo entiendo, tan luego usted, a mis ojos una persona íntegra por donde se la mire, yo a usted siempre lo he tenido por ser un poco retraído, poco amigo de dar confianza a los demás, pero siempre en sus cabales, eso es lo que no entiendo.

—Ni siquiera yo lo entiendo, cómo he podido llegar hasta aquí, porque cuando estaba en el trabajo, en la oficina me refiero, yo no tenía esas locuras, solo pensaba en mi trabajo, —mintió Paulino, que se acordaba muy bien cuando estaba en alguno de sus delirios los despistes que tenía—, eran los fines de semana, cuando estaba en mi casa, entonces me entraban deseos de salir y robar buzones. Ya le dije, eran cartas sin importancia, de amor, de esas cosas, las otras las volvía a meter en el buzón.

—Una pregunta Paulino, hablando del trabajo justamente, usted al principio era el encargado de la correspondencia... ¿no se habrá quedado con alguna carta mía, verdad?, disculpe si le molesta esta pregunta, pero se la

tengo que hacer, no olvide que soy su director..., —aquí al señor Benedicto le había quedado la mosca detrás de la oreja, él recibía cartas, por así decir, «clandestinas», y ahora le entró la duda.

—¡No señor Benedicto! ¡Ya le he dicho que estas cosas me pasaban fuera de la oficina, en mi casa, los fines de semana! ¡Esto se lo puedo jurar, por favor, su desconfianza es para mí como un disparo en el pecho, su presunción de que me podría haber quedado con una carta suya sería mi mayor castigo!

—No, no, no es que desconfíe de usted, es que me lo he preguntado y quiero salir de dudas, usted Paulino entiéndame, me doy por satisfecho con su respuesta, tenga en cuenta que usted es y seguirá siendo mi mejor empleado.

Esta respuesta tan contundente por parte de su director a Paulino le insufló los ánimos, le había dicho que «seguiría siendo su mejor empleado», y aunque todavía no podía asegurarlo, la «cosa» iba bien encaminada.

—Mire señor Benedicto, es verdad que yo soy obsesivo, por eso estoy aquí, y que en el caso de los buzones me llevó por mal camino, pero así como era obsesivo con los buzones, también lo era con mi trabajo, y en ese caso puede estar seguro que esa obsesión por hacer las cosas bien, por mi compromiso con la empresa, por mi sacrificio por la casa, por mi lealtad a usted, por mi imparcialidad ante mis compañeros, a veces pareciendo antipáticos ante ellos, por todo ello, creo que siempre he actuado desde la más profunda honestidad, —aquí Paulino terminó por remachar un discurso que iba directo al corazón del director, que quedó apabullado ante tal disertación.

—Paulino, cuente conmigo para lo que necesite. Sepa que su puesto de trabajo en la fábrica de dulces y mermeladas lo está esperando. Hablaré, si usted me lo permite, con el director del hospital...

—Sí, el doctor Pieter Rascowski, yo ya he tenido una entrevista con él, ayer precisamente, cuando me trajeron.

—Sí, simplemente para remarcarle la clase de persona que ha sido usted para la empresa, después de tantos años trabajando en ella, esto, si a usted le parece bien, es para que sepa que tiene mi apoyo.

—Yo se lo agradezco mucho señor Benedicto, usted, más que como director, está actuando como actuaría un amigo, yo no puedo más que agradecersele, —y se levantó y le dio un abrazo, ambos estaban emocionados, y mucho más Paulino, que veía que su puesto de trabajo, por el momento, no corría peligro.

—Lo pasaré a visitar en otra oportunidad, personas como usted merecen ser tenidas en cuenta, —le remarcó el director, convencido de la pronta resolución del caso, y se dio media vuelta y se fue.

Cuando el señor Benedicto dejó la estancia, Paulino se quedó solo en la sala, esperando que algún enfermero lo fuera a buscar, esa era la orden. Cuando lo vinieron a buscar lo llevaron directamente a su habitación, y lo primero que hizo fue echarse en la cama, estaba agotado, estas situaciones lo dejaban exhausto, aunque esta vez con la tranquilidad de saber, que por el momento, continuaba en su trabajo. Sin embargo, boca arriba en la cama, comenzó a cavilar. La entrevista que el señor Benedicto tendría con el director del hospital le preocupaba, este sabía toda la verdad de su aventura con los buzones, y ese pensamiento lo mantuvo en alerta. Creía, con una cierta seguridad, que el director del hospital no podría faltar al juramento que lo obligaba a guardar «lo que viere u oyere en su profesión», sin embargo recordó que cuando lo sacó de quicio lo amenazó con cantar todo a la policía, por eso ahora dudaba. Había pasado la hora de la merienda pero no tenía hambre, pronto anochecería y luego sí, iría al comedor a cenar. Sacó del bolsillo una semilla y se la puso en la mano izquierda. Pronto llegarían con la pastilla.

Tuvo una noche tranquila, porque durmió de un tirón, toda la tensión acumulada en los días pasados había dado paso a un estado de relativa calma, por eso cuando al otro día se despertó se sintió como nuevo, y eso era bueno, porque se debía enfrentar a un nuevo día que no sabía qué le depararía. Volvió a ponerse una semilla en la mano izquierda y esperó. Al rato apareció el enfermero con la pastilla, el vaso de agua y la cara agria. Fue en ese momento que le comunicó:

—Entre las diez y las once debe permanecer en la habitación, lo pasará a ver el doctor Mansul, es el médico que llevará su caso.

Efectivamente, a las once se abrió la puerta de su habitación y apareció un médico que no había visto. De bata blanca más allá de las rodillas y de cara redonda un poco rechoncha, el doctor Mansul era un personaje simpático, por eso entró con una sonrisa y un «buenos días» que lo alegró.

—Buenos días, soy el doctor Mansul, llevaré su caso y lo visitaré cada día, —le dijo sonriendo, y continuó—: Bueno, he hablado con el doctor Rascowski y sé todo referente a su caso. Dígame cómo se siente hoy.

—Buenos días doctor, encantado. La verdad me siento muy bien, —le contestó Paulino haciendo alarde de una normalidad absoluta, a partir de ahora tenía que dar muestras de cordura, de estar en sus cabales, luego, una vez por semana vendrían las entrevistas con el director, allí debía actuar de la misma manera, estaba en juego su propia libertad.



—Muy bien, me alegra mucho escucharle decir eso. ¿Le traen la medicación verdad?, son dos pastillas al día, —quiso confirmar el médico.

—Sí, sí, cada día, una vez por la mañana antes del desayuno y otra por la noche, antes de la cena.

—¿Y qué tal? ¿Algún efecto secundario?, —inquirió el médico.

—No entiendo, —le dijo Paulino, aunque sí había entendido perfectamente la pregunta. No sabía por qué pero le daba gracia este médico, recordó cuando lo sacó de quicio al director, había descubierto un don que desconocía de su personalidad, esa de saber que podía reírse de la gente, de mofarse, y de dejarlos un poco desconcertados, pero ahora debía hacer buena letra, no podía andar con chanzas ni con bromas, ahora tenía que dar pistas de normalidad, y que le dieran el alta, y volver a ser libre.

—Sí, ¿si ha tenido mareos, o si ha sentido sueño durante el día?, alguna sensación, algún síntoma que no haya tenido antes.

—No, estoy perfecto, al contrario, me siento muy tranquilo y muy bien, antes, a veces, me sentía nervioso, no sé, como intranquilo, pero ahora estoy muy bien, —y entonces continuó, y porque le daba gracia el médico y veía que podía reírse un poco de él, no se pudo contener, y aunque iba en contra de su empeño, le dijo—, Incluso, mire lo que le voy a decir, antes, me la pasaba rascándome la cabeza, y ahora no, esas pastillas son muy buenas, —acotó Paulino, mirándolo seriamente y riéndose por dentro.

—Bueno, a ver, esas pastillas no son para el picor en la cabeza, lo que pasa es que si estaba nervioso, el nerviosismo le puede causar picor, con las pastillas, desaparecido el nerviosismo, desaparece el picor, ¿me entiende?

—¡Ah!, —le contestó Paulino que lo miraba y escuchaba atentamente, y continuó—, porque tengo un amigo que se la pasa rascándose la cabeza todo el día, a lo mejor con estas pastillas...

—¡No!, a ver, si su amigo se rasca puede ser que tenga caspa...

—¡Sí!, le cae una cosita blanca del pelo, le mancha toda la ropa...

—Es lo que le estoy diciendo...

—No sirven para la caspa, —volvió a la carga Paulino, que se estaba pasando, porque el médico se estaba empezando a mosquear.

—¡Claro! ¡Por supuesto que no son para la caspa!, —se alteró el médico, aquí Paulino se tuvo que parar, corría el riesgo de dar al traste con sus planes, pero por dentro se reía mucho, el médico iba a terminar desconcertado con él, y no le convenía, debía tener más cuidado.

—Le entiendo, le entiendo doctor, discúlpeme, estas pastillas son para los nervios, mi amigo mejor que vaya a un especialista y que lo medique como

corresponde, —ahora Paulino se puso el disfraz de cuerdo, de hombre coherente, no podía ser de otra manera.

—Exacto señor Chain, me alegro que lo haya entendido.

—Sí, como le decía antes, yo estoy muy bien desde que tomo esas pastillas, —mentía descaradamente Paulino, que solo tragaba semillas de melón.

—Bueno, eso son las pastillas, ha visto que aquí tratamos a la gente como se merece, de aquí saldrá curado, eso se lo garantizo.

—¡Ojalá doctor! ¡Yo sabía que necesitaba esto, y ser atendido por buenos profesionales!

—Gracias señor Chain, cada mañana lo pasaré a ver más o menos a la misma hora, hasta mañana.

Cuando el médico dejó la habitación Paulino sintió que no podía más de la risa, sin embargo razonó que las cosas discurrían de la mejor manera posible. Estaría atento a la próxima visita que le haría su jefe, el señor Benedicto, allí se enteraría si había hablado con el director del hospital y qué cosas le habría dicho, luego estaba la entrevista con el propio director del hospital, solo quedaba en suspenso el asunto de la Paca, de la que no sabía nada, y supuestamente ella que tampoco sabía nada de él. A fin de mes debía pagar la mensualidad, y si continuaba en el hospital, no sabría cómo hacerlo. Además la Paca le gustaba, pero después de lo que había pasado no creía que esta accediera a tener algún tipo de relaciones con él. Sin embargo debía abordar la cuestión. Pensó que debía actuar igual que había actuado con el señor Benedicto, contarle toda la verdad, o mejor dicho, parte de la verdad. ¿Pero cómo hacía para tener un encuentro con ella?

# VEINTICINCO

---

La segunda entrevista con el doctor Rascowski discurrió sin controversias. No hubo desavenencias ni polémicas, y la plática se desarrolló dentro de los cauces normales para este tipo de reuniones. Esa vez Paulino tuvo mucho cuidado en no mencionar si el doctor era polaco o hijo de polaco o nada que se relacionara con el país, tampoco salió el tema del cartero que había inventado el buzón de cartas, fue una charla distendida en la que el médico quería comprobar el estado de salud de su paciente y el grado de mejora con el tratamiento instituido. Paulino intentó esta vez no alterarlo, y dar muestras de un estado mental que se acercaba a la normalidad. Esa vez el médico se mostró más receptivo y hasta simpático se podría decir, Paulino pensó que era una manera de disculparse por el altercado vivido en aquella primera visita para olvidar. Mientras tanto el doctor Mansul lo visitaba cada mañana y no volvió a salir el tema de la caspa de su amigo ni nada que pudiera perturbar la buena relación que se había iniciado entre ellos. En la segunda semana recibió por segunda vez la visita de su director, el señor Benedicto Martínez, y allí pudo comprobar que el director del hospital no se había ido de la lengua, porque no le reprochó nada acerca de la historia que él le había contado, al contrario, le mencionó que había tenido un agradable encuentro con el doctor Pieter Rascowski, y que le había transmitido a este las excelencias de su labor en la fábrica de dulces y mermeladas, que siempre se había comportado como una persona íntegra, comprometida con la empresa, y que además lo necesitaba cuanto antes, ya que su labor le resultaba indispensable.

Así fueron pasando los días y Paulino se fue adaptando cada vez más a la vida del hospital. Las visitas diarias del doctor Mansul, las entrevistas semanales con el doctor Rascowski, los paseos por el patio, el enfermero que cada día por dos veces le traía las pastillas que él luego cambiaba por las semillas. En un momento pensó que le saldría una planta de melón en el estómago. Pero aun le quedaba pendiente la cuestión de la Paca. Se acercaba fin de mes y tenía que pagarle el alquiler. Además, la Paca ya no era un tema menor, había sido la única mujer, que sin ningún tipo de interés, había mostrado simpatía por él, y no era poco. De más está decir que le gustaba. Era una tarde que llovía cántaros, y él estaba en la habitación, echado en la cama boca arriba, divagando como casi cada día, y elucubrando su futuro, y esa tarde, que comenzó a llenarla de recuerdos y de nostalgia, se dijo que la única

manera de saber si la Paca lo aceptaba o finalmente rechazaba todo tipo de relación con él, era contándole la verdad, como había hecho con el señor Benedicto. La llamaría por teléfono y le explicaría que estaba ingresado en el Hospital Psiquiátrico, y aunque imaginaba su sorpresa, no tenía otra salida.

—Paca Contreras al habla, ¿quién es?

—¡Hola Paca! ¡Soy yo, Paulino!

—¡Pero Paulino! ¡Qué alegría oír su voz! ¡Usted está desaparecido! ¡Lo he estado llamando por teléfono y no está nunca!

—¡Paca!

—¡Me parece que está saliendo demasiado! ¡Demasiadas jovencitas sueltas! ¡Y usted, que trabaja para una orden religiosa!

—¡Paca, escúcheme por favor!

—¡Dígame polígamo, dígame!

—En serio Paca, no le he contestado porque no estoy en el departamento...

—¿Y dónde está usted? ¡No se olvide que tiene una cena pendiente conmigo!

—Le explico Paca, estoy ingresado en el Hospital...

—¡Ingresado en el Hospital! ¿En qué Hospital? ¿Qué le pasado? ¡No me asuste!

—Estoy en Hospital Psiquiátrico...

—¡En el Hospital Psiquiátrico! ¡Pero qué me dice!

—Sí Paca, y necesito hablar con usted, además se acerca fin de mes y tengo que pagarle el alquiler, —aquí Paulino lo dijo con naturalidad, pero la verdad era que si no pensaba volver por allí no tenía ningún sentido hacer ese gasto innecesario, sin embargo todavía tenía esperanzas de empezar algún tipo de relación con la Paca, por eso prefirió seguir adelante con el tema del alquiler —, además no puedo salir, es muy largo de contar, pero me gustaría que usted viniese, tendría que llamar por teléfono y pedir una cita conmigo, aquí hay una sala donde podemos hablar.

—¡Ay Paulino! ¡Usted me desconcierta!, —la Paca, como siempre lo hacía, modulaba su voz, en tonos altos y bajos, y ya se la imaginaba mientras hablaba por teléfono moviéndose para todos lados y haciendo carantoñas y entornando lo ojos.

—Sí Paca, me gustaría hablar con usted y contarle todo, pero ya le he dicho, no puedo salir, tendría que convenir con el hospital la hora y el día.

—No se preocupe, hombre de mi alma, llamaré, como usted dice, y nos veremos. ¡Ay mi polígamo, qué habrá hecho usted!

—Adiós Paca, la verdad me he acordado mucho de usted...

—¡Ay no me diga eso, —aquí volvió a modular la voz, como si fuera una colegiala—, que me tiembla el corazón! ¡Adiós Pauli! ¡Pronto nos veremos!

Cortó y se quedó de pie, frente al teléfono del pasillo, pensando en la Paca. La charla no había ido mal, había que ver cómo se tomaba el hecho de que estaba allí porque robaba cartas en los buzones y lo tomaban por loco. Ahora cabía esperar.

Al otro día, por la tarde, no eran las cinco todavía, entró un enfermero para anunciarle que tenía una visita. «La Paca», —pensó—. De un salto se levantó, se acicaló como pudo en el lavabo de su habitación, se puso la ropa de calle que tenía lavada y planchada, y se arregló un poco el poco pelo que le quedaba, y vio que estaba bien, por la mañana se había afeitado, como cada mañana, y tenía buen aspecto. Con el corazón en un puño siguió al enfermero, y como las otras veces se metió en la sala de visitas, al rato se abrió la puerta y apareció ella, estaba radiante, lucía un abrigo negro y venía como siempre la había conocido: los labios bien pintados en rojo carmesí, maquillados los ojos, y colorete en las mejillas; entró con el contorneo habitual, hasta que se acercaron, frente a frente en la estancia, y con el habitual respeto se dieron dos besos en la cara.

—Siéntese Paca, siéntese, —le dijo apresurado, como tropezando las palabras.

—¡Paulino!, —le dijo la Paca, y suspiró profundo—, ¡lo veo muy bien!, —y entornó los ojos—, ahora cuénteme por qué está aquí.

Entonces Paulino comenzó un relato muy parecido al que le había hecho al señor Benedicto, le contó de su afán por los buzones, de su niñez y cómo había comenzado su historia, y cómo un vecino lo denunció cuando lo pescó robando una carta en un buzón, después las autoridades concluyeron que se trataba de un trastorno obsesivo y terminó en el hospital; pasó por alto el vaporizador, los informes, y hasta la «letal» pasó por alto, y ni siquiera le habló del Buzón Imperial, no podía mostrarse tan loco, tan chiflado, no tenía por qué enterarla de tantos detalles, tampoco le habló de cuando fue detenido y llevado a un calabozo, y la declaración al comisario, y después en los juzgados ante el juez, dejó muchas cosas en el tintero que ella no tenía por qué saber, ya el tiempo diría si podría ir dosificando confesiones que por ahora le convenía mejor silenciar, sin embargo mientras hablaba con ella fue tomando cuerpo una idea que se le acababa de ocurrir, «en realidad, —se dijo—, el día que saliese del hospital, habría pagado su condena, y nada le impedía volver al departamento de la Paca». Su departamento viejo y achacoso lo detestaba, y la vuelta a la cafetería de la esquina, al supermercado

de enfrente, al edificio donde había vivido los últimos meses, con los negocios en la planta baja, y a la plazoleta arbolada, en definitiva, volver al barrio, le sonaba a una suerte de felicidad que podía construir con cimientos nuevos, podría rehacer su vida allí; Argutti ya no existía, de su particular acusador ya no tendría nada que temer, y Margarita Bassand pasaba a un segundo plano, incluso desde su ventana podría seguir recreándose con sus desnudos, por eso puso todo su empeño en convencer a la Paca que seguía siendo la persona íntegra que había conocido, y que tenía el mayor interés en continuar alquilando su departamento. Si conseguía esto, dejaría su antiguo piso y se mudaría definitivamente allí.

—¡Pero usted, que trabajaba para una orden religiosa, se dedicaba a robar cartas en los buzones! ¡¡¡Jai jarajai jajai!!! ¡Qué loco que es usted Paulino! ¡Me hace mucha gracia!, ¿pero de verdad trabajaba en esa orden religiosa?, o es otra mentirita suya... ¡qué loco!, —y mientras decía todo esto seguía en su afán de hacerse la coqueta. Mientras tanto Paulino tomaba impulso, porque no veía que la Paca se molestara por lo que estaba escuchado, al contrario, le causaba gracia, aunque todavía le faltaban más cosas que aclarar.

—No Paca, yo no trabajaba para una orden religiosa, yo trabajo en las oficinas de una fábrica de dulces y mermeladas, cuando salga de aquí voy a retomar el puesto, —no le podía decir que aquella vez le había mentido para sacársela de encima porque desde su departamento iba a someter a una vigilancia intensiva a una vecina suya, y que su presencia le hubiera molestado—, yo, Paca, en ese momento estaba buscando un departamento para cambiar de aires, —mintió Paulino—, el mío, donde actualmente vivo, desde hace ya muchos años, es viejo y achacoso, el mismo barrio me resulta antiguo y pasado de moda, yo quería un cambio, por eso encontré el suyo, nuevo, flamante, en un barrio muy moderno y atractivo, y por eso quise hacer una prueba, estar un tiempo, y luego si me convencía, mudarme allí. La verdad Paca, me gusta su departamento, me gusta el barrio, todo me gusta, y quisiera cambiar de vida, y creo que ese es el sitio ideal.

—¡Pero usted robaba cartas! ¡Cuénteme qué es eso de robar cartas! ¿Qué se siente? ¡Debe ser muy emocionante! ¡Ay Paulino! ¡Yo quiero robar cartas con usted! ¡Podemos hacer un dúo! ¡¡¡Jai jarajai jajai!!!, —le hacía gracia a la Paca eso de que su inquilino fuese un ladrón de cartas, en absoluto lo tomó con fastidio, todo lo contrario, por lo que Paulino podía ver.

—¡¡¡Jajaja!!!, —Paulino no pudo más que sonreírse de tanta inocencia, de tanta alegría en ese cuerpote sano y robusto, ahora que se había quitado el abrigo volvía a exhibir dos senos opulentos que se los imaginaba tersos y

voluminosos por el escote que llevaba—. ¡No Paca!, ¡eso no se puede hacer! ¡Míreme a mí, preso en este hospital!, —le contestó riendo Paulino.

—¿Y cuándo le van a dar de alta, si se puede saber?, —le preguntó mientras lo miraba con los ojos muy abiertos y chispeantes.

—Bueno, —Paulino tenía que hacer malabarismos para contestar todos los interrogantes que le hacía la Paca, y no caer en ningún error que pudiera dar al traste con sus intenciones de rehabilitarse ante ella y poder continuar en el piso—, eso exactamente no lo sé, —continuó—, un médico pasa a verme cada día, y luego tengo una entrevista semanal con el director del hospital, me imagino que este decidirá cuándo me darán de alta, —y aunque se sentía totalmente cuerdo tenía que manifestarse ante ella como el más sensato y juicioso de los mortales, no podía haber una sola chispa de duda, no en vano él estaba internado en una institución psiquiátrica, donde se suponía que recluían a los locos, a los que estaban mal de la cabeza, debía insistir, sin decirlo directamente, que todo se trataba de un gran error.

—Mire Pauli, —se sinceró la Paca—, yo confío plenamente en usted, siempre me ha parecido un persona sensata, un poco apocado, ¡eso sí!, —y se contorneó en la silla mientras entornaba los ojos y bajaba y subía el tono de voz—, pero sincero y buena persona, ¡a mí me gustan las buenas personas!, —aquí abrió casi desmesuradamente los ojos y lo miró fijamente—, y usted es una de esas personas que me caen bien, ¿sabe qué le digo?, que no veo la hora que le den de alta para que cumpla con su promesa, ¿la recuerda, no?, ¡me tiene prometida una cena!

Paulino se sentía atraído por esa mujer, no lo podía negar, no solo eran sus ojos grandes y sus tetas enormes y su formidable trasero lo que habían hecho mella en su intimidad, también era su expresividad, su talento para mostrar afecto, el encanto y la gracia que derrochaba en cada gesto, por todas estas cosas Paulino iba, lenta pero inexorablemente, cayendo en sus redes, pero también tenía que aceptar que era la primera mujer que le había mostrado una simpatía desenfundada, casi imposible de entender para el espíritu de Paulino, siempre alejado de todos y solo confidente con las chicas de las casas de citas. La Paca lo miraba con ojos lánguidos, seguramente en este momento lo estaba deseando, una vibración interna le despertó el apetito sexual, Paulino se dio cuenta por el cosquilleo en el bajo vientre y un despertar de su miembro, y fue en ese momento que entró el enfermero y dijo con voz indiferente:

—Se ha cumplido la hora, lo siento, pero ya va media hora.

Ambos se pusieron de pie al unísono, estaban frente a frente, se tomaron las manos y acercaron sus caras, cerraron los ojos, y fue tan solo un beso fugaz,

pero entreabrieron los labios y las puntas de dos lenguas ensalivadas se tocaron, allí sellaron un vínculo que los mantendría unidos el resto de sus vidas, ese momento, nunca lo olvidarían.



## VEINTISEIS

---

Pasaron los días y las semanas, y Paulino, aunque adaptado a la rutina del hospital, aspiraba salir de allí cuanto antes y reencontrarse con el mundo. Lo esperaban ansiosos su trabajo, su nuevo departamento, y la Paca. El médico pasaba cada día dos veces con la pastilla, el doctor Mansul lo visitaba con la misma frecuencia, y cada semana tenía una entrevista con el profesor Rascowski. El señor Benedicto no se olvidaba de él, y todas las semanas lo pasaba a ver, y la Paca, «su» Paca, hacía lo mismo. Hasta que un día, a los dos meses de su ingreso, una mañana como tantas, el doctor Mansul le comunicó que le darían el alta médica.

—Señor Paulino Chain, hemos conversado su caso con el doctor Rascowski y coincidimos que usted está curado y no vemos riesgo de reincidencia en su conducta obsesiva, por lo que hoy por la mañana recibirá el alta médica —y mientras le comunicaba la buena nueva una sonrisa cómplice acompañó el acontecimiento—, a las doce lo espera el profesor en su despacho.

Para Paulino, después de dos largos meses recluido en el hospital, esta era la mejor noticia que le podían dar. Había arreglado su tema laboral, —Benedicto creía en él y no lo había despedido—, y había iniciado una relación formal con «su» novia la Paca, e iniciaría una nueva vida, por el momento como soltero, en el departamento que continuaba alquilando. El pago de los alquileres no constituyeron ningún problema porque por un lado la Paca rehusó cobrarle hasta tanto él no estuviera en la calle y trabajando, y por otra parte el señor Benedicto le había adelantado un dinero a cuenta de su sueldo para que se pudiera mover con soltura en el hospital, donde se podían contraer gastos, este pabellón de observación de pacientes no peligrosos tenía un pequeño bar donde Paulino consumía buena parte de su tiempo charlando con Manolo, el encargado del bar, y una proveeduría, allí se nutría de sus perfumes, hojitas de afeitar, y alguna que otra ropa interior. Miró la hora y daban las once. Desbordante de alegría comenzó a ordenar sus cosas a la espera de que a las doce el enfermero lo pasara a buscar para llevarlo, por última vez, al despacho del director. El cielo estaba encapotado pero no hacía frío. Miró por el ventanuco y sin quererlo se despidió del jardín que cada mañana lo había acompañado en esa larga espera por salir de su particular

prisión. Había tenido suerte, el juez había sido benévolo con él, había dejado librada su libertad a la evolución de su enfermedad. A partir de ahora debería hacer buena letra: nada de buzones, nada de meterse en líos. Se sentó en la cama y miró y observó los objetos que lo habían acompañado los dos últimos meses. La propia cama donde estaba sentado, el lavabo, la mesa y la silla, el armario, la mesita de luz con su lámpara. Dejaba allí lo que habían sido sus pertenencias personales, el peine que le habían facilitado, el cepillo de dientes, la máquina de afeitar. Los paseos por el patio, el recorrido por los pasillos, los cafés que cada mañana saboreaba en el bar de Manolo, el enfermero que cada día le llevaba las pastillas que él intercambiaba por las semillas de melón, la proveeduría donde se surtía de las pequeñas necesidades o caprichos que se daba, todo se borraba de un plumazo, nada de todo esto volvería a formar parte de su vida. Una suerte de añoranza acompañó los últimos momentos. Se había acostumbrado a un mundo que lo había hecho suyo, y ahora le tocaba reconstruir uno nuevo en el departamento de la plazoleta, donde ya vislumbraba un futuro distinto, donde ya no le molestaría la presencia de la Paca. De pronto empezó a llover. Se fue hasta el ventanuco y vio la lluvia caer plácida sobre las hojas de los árboles y las plantas, formando pequeños charcos en el suelo de césped y hierbas, con un incesante repiqueteo que le sonaba a pena, no sabía por qué, pero que lo entristecía y lo dejaba mustio en ese momento tan especial que recobraba la libertad. ¿Qué temía de la libertad? Miró la hora y estaban por dar las doce. Cuando no tenía la entrevista semanal con el director, esa era la hora que se iba al bar a degustar su café y mantener las interminables charlas con Manolo, y ahora, que esperaba al enfermero le hubiera gustado volver al bar, a tomar su café, a charlar. ¡Ahora que lo pensaba no se había despedido de él! ¡Debía ahora mismo salir y llegarse allí, le quería contar que por suerte le daban el alta, y se iba! ¿Y era una suerte? ¿De verdad era una suerte? Y fue en ese momento, que estaba por largarse, rápido, muy rápido, al bar, para la despedida, que llegó el enfermero, esta vez con una amplia sonrisa.

—Vamos, —le dijo—, ¿estará contento, no?

—Y... sí, —le contestó monosilábico Paulino.

Pero en el fondo, sin saber por qué, sin poder explicarse qué le ocurría, no estaba contento, una pena mansa se derramaba y lo empapaba todo, sin dejar un solo resquicio, una sola rendija por donde pudiera colarse un hilo de felicidad, esa que tanto reclamaba cuando clamaba por la libertad. Y todo ocurría mientras con el enfermero recorrían, quizás por última vez, el corredor de la salida principal del hospital, donde estaba el despacho del director,

donde en unos instantes lo dejarían libre. El enfermero abrió la puerta y lo hizo pasar, y como siempre ocurría cuando tenía las entrevistas tuvo que esperar en la antesala del despacho, el director ahora estaba ocupado. Al cerrarse la puerta tuvo la sensación que dejaba atrás un mundo al cual no volvería, pero también supo que lo esperaba un mundo nuevo, un mundo desconocido por él, curada su obsesión, el mundo ya no sería el mismo, ya no viviría las peripecias del pasado, los devaneos por la locura de robar una carta, la excitación que le habían provocado la transgresión continua. Miró por el ventanal que daba a la calle y vio que había dejado de llover. Las hojas de los árboles y de las plantas, inclinadas y cedidas por los golpes de la lluvia habían recobrado su posición original, ahora, frescas y húmedas, estaban nuevamente erguidas, firmes en sus tallos. Se quedó pensando, y cuando intentaba hacer una reflexión sobre esta observación se abrió la puerta y apareció el doctor Rascowski:

—¡Buenos días señor Paulino Chain!, —le dijo sonriente—, puede usted pasar, —continuó ceremonioso.

—¡Buenos días profesor!, —respondió Paulino, ahora también sonriente, no podía hacer menos.

—Tome asiento, —le dijo imperativo, como acostumbraba a hacer, mientras al mismo tiempo tomaba asiento en su butaca de cuero, y entonces continuó—. Ya el doctor Mansul le habrá transmitido que hoy le daré el alta médica. Hemos llegado a esta conclusión porque tanto en las últimas entrevistas como en las sesiones con el doctor Mansul, estas han resultado de nuestra total satisfacción. Para nosotros usted está totalmente curado, —dijo esta última palabra alzando un poco la voz, mientras hacía un gesto con las manos, abriéndolas, dando como por sentado que habían hecho su trabajo como correspondía y allí estaban los resultados, a la vista y sin ninguna duda —, y además creemos firmemente que hay nulas posibilidades de reincidencia, —y remarcó esto de la reincidencia—, y esto es muy importante en cuanto a su pronóstico. Evidentemente, el tratamiento, basado en la terapia cognitiva, lo último en tratamientos psicológicos, sumado a la medicación, que sabiamente hemos dosificado, ha dado como resultado, como otros tantos casos parecidos al suyo que hemos tratado, como le decía, ha dado como resultado la reversión en su totalidad de su trastorno obsesivo con la posibilidad de la plena reinserción en la sociedad, como un hombre nuevo que es.

El tipo hablaba y hablaba y no paraba de disertar, y mientras lo hacía gesticulaba y sacaba a relucir otros casos, mientras dirigía la mirada ora hacia

la ventana, ora hacia el techo, ora hacia Paulino. Era una máquina que no paraba de martillear, y a Paulino lo sacaba de quicio.

—Debe contemplar que debe continuar con la medicación en su domicilio, —aquí Paulino dudó si continuar con las semillas ante el temor, que ya tenía, de que le saliera una planta de melón en el estómago, por eso en ese momento, sin querer, largó una media sonrisa que fue capada inmediatamente por el director—, se ha sonreído, ya lo he visto, y lo entiendo, los pacientes que salen de esta institución que me honro en dirigir, —aquí como la otra vez levantó la barbilla y se puso un tanto recto en la butaca—, se sienten tan bien, tan curados de su dolencia, que piensan con buen criterio que ya no necesitan más medicación, pero no es así, durante un tiempo, que yo indicaré en su oportunidad, usted deberá continuar medicándose, la única manera de salvaguardar el tratamiento instituido aquí, de todos modos, sabemos por experiencia, que todos, todos, —esto lo remarcó con énfasis—, cumplen con las indicaciones, porque saben de nuestra sapiencia y nuestra experiencia, porque hemos sido nosotros, que aquí, en esta santa casa, es de donde han salido curados, —y asintió con la cabeza, feliz y orgulloso de sí mismo.

El escritorio, grande de por sí, estaba lleno de papeles, informes médicos, carpetas de diferentes pacientes, folletos de laboratorios que anunciaban nuevos medicamentos para enfermedades psiquiátricas, bolígrafos, un lapicero de tinta con capuchón de oro en su sitio, una foto de mujer y dos niñas enmarcados que se veía que eran su familia, y un montón de cartas apiladas un tanto desordenadas, porque se veía que habían sido dejadas allí con cierto descuido. Paulino, que escuchaba la perorata del director, no le hacía mucho caso a la matraca imparable que salía de su boca, como si de una ametralladora se tratara, acribillándole los oídos, que lo único que pretendía era hacer alarde de un engreimiento insoportable, un envanecimiento que le resultaba de lo más repudiable, no entendía cómo sus colegas médicos lo aguantaban, y entonces Paulino se ocupaba en divagar, con un poco maña, haciéndole creer que lo escuchaba, mientras oteaba por todo el papelerío que había en el escritorio. Le llamaban la atención los folletos de medicamentos, estaban hechos de un buen papel grueso lustroso, con muchos colores y eran llamativos. Cuando miró la mujer con las dos hijas bien pensó que se trataba de su familia, también aquí se preguntó cómo aguantarían a semejante patán. Sintió un profundo desprecio hacia él. De pronto se detuvo en el montón de cartas. No estaban bien apiladas, y algunas sobresalían de las otras, dando la

imagen que habían sido puestas así con cierto apuro. Se quedó mirando el montón y le llamó la atención una de ellas, era la que más sobresalía de todas, era de papel color marfil, y estaba escrita a mano, en letra cursiva, estirada y muy elegante, con tinta azul, como letra de mujer; alzó inmediatamente la vista para disimular, mientras el profesor seguía disertando y gesticulando, pero luego la volvió a bajar y leyó: Pieter Rasc, y no pudo leer más porque estaba oculta por las cartas que estaban encima, quizás creyó oler un suave olor a perfume, o quizás se lo imaginó, pero de pronto algo lo sacudió por dentro, de pronto una vibración imperceptible le recorrió todo el cuerpo, era como un cosquilleo incontrolable que no podía ni quería parar, el corazón le comenzó a palpar enloquecido, no encontraba explicación a lo que le estaba ocurriendo, volvió a mirar la carta extasiado, y un deseo incontrolable de hacerse con ella se apoderó de él, en su mente se produjo una lucha sin cuartel, pero había perdido todo el control sobre sí mismo, y fue en ese momento, en ese fatal momento, que se abrió una puerta lateral pegada al escritorio y apareció el mayordomo:

—Aquí tiene su café profesor, —le dijo con la amabilidad y la genuflexión acostumbrada.

Entonces el profesor, paró la perorata, se secó la frente, porque de tanto parloteo había comenzado a sudar, y así sentado como estaba se dio la vuelta, sonriente, siempre le sonreía al genuflexo, y con una mano asió la tacita mientras con la otra se hacía del platito. Y fue en ese instante, justo en ese instante, que veloz como un rayo, en un estado de total inconsciencia, alargó la mano, y con un movimiento vertiginoso se hizo con la carta e inmediatamente la coló en el bolsillo interno de la chaqueta. Comenzó a sudar, había cometido una locura, pero tenía la pasión desbordada, todo su control, su dominio de sí mismo, su freno a cualquier vulneración de cualquier tipo, habían quedado desterradas, ahora lo sabía, desterradas de por vida, desterradas para siempre. Se acomodó en la silla y prestó atención al profesor, que saboreaba el rico café que le habían traído. De pronto se tranquilizó, una paz que hacía mucho tiempo que no conocía se apoderó de él. Le sonrió con simpatía al profesor, incluso se diría que en ese momento hasta sintió simpatía por el patán. El director lo miró a los ojos, y mientras dejaba el platito en el escritorio, se animó a continuar:

—¡Es un café formidable! Perdona que no lo haya invitado, pero no solemos hacerlo con los pacientes, normas de la casa, sabe.

—¡No señor director! ¡Yo estoy feliz aquí escuchándolo, usted es una fuente inagotable de conocimientos, es una suerte tenerlo de médico

supervisor!

—¡Ha dicho bien! ¡Soy su médico supervisor!, porque durante un tiempo tendrá que venir a verme, haremos una entrevista mensual, hasta el alta definitiva, pero eso Paulino, yo sé que es puro formalismo, porque usted, como ya lo hemos podido comprobar, está totalmente curado, y lo que es más importante, sin posibilidades de reincidencia, le hemos encauzado el vuelo, ya no hay vuelta atrás, —le decía totalmente convencido el director del hospital, el doctor y profesor Pieter Rascowski—, y ahora, Paulino, cuando quiera se puede ir.

Paulino, aun anonadado por lo que acababa de hacer, había dejado atrás su tristeza y la pena que lo había embargado por dejar el hospital, por el mundo que iba a encontrar. Cuando se levantó de la silla para dirigirse a la puerta, con el brazo rozó el sobre que llevaba en el bolsillo interno de la chaqueta, sintió el crujir del papel, y un cosquilleo de placer lo recorrió por dentro. Cuando salió del despacho y se dirigió a la calle una sensación de libertad infinita se apoderó de él, metió la mano en el bolsillo interior y tocó el sobre, un fuego lo inundó, volvía a ser él, volvía a vivir.



ROGELIO ARONNA (Rosario, Argentina, 1946).

Es Licenciado en Medicina por la Facultad de Medicina de la Universidad de Rosario en 1971 y Especialista en Cirugía General. En 1976 se desplaza a Mallorca y allí vive desde entonces en el ejercicio de su profesión. Es su primer libro después de una grata experiencia en un Taller Literario que realizó en Palma de Mallorca. Ha escrito algunos cuentos cortos, uno de ellos, «El aval», está publicado en internet por la Editorial Bubok. Presentó esta novela al Premio Ciutat de Palma de Novela y Poesía 2013.